

RAYETANO
VIDAL DE
VALENCIANO

LOCUCION
Y POESIA

POS 031

E4

1905

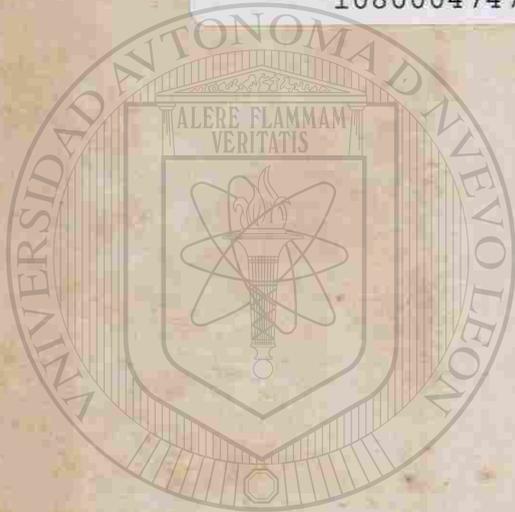
C. I.

860

V6498a



1080004747



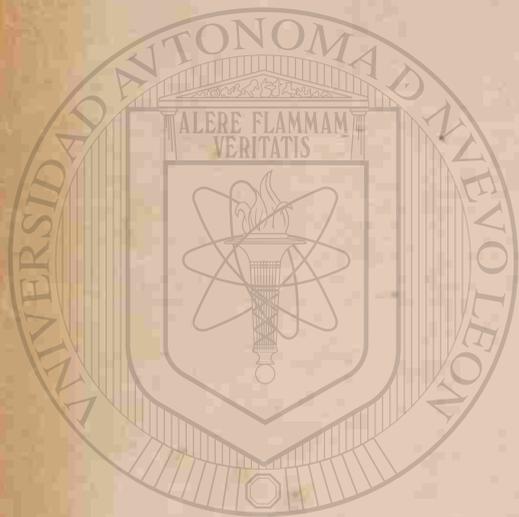
UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



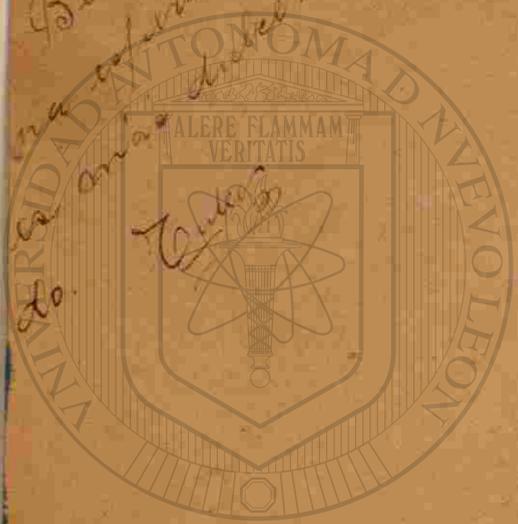


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Concha
Bella vida
na confianza, pero
do. Anos desde un recuerdo*



*Resumen
de los cursos de Filosofía
para
Gustavo J. Aguilar*

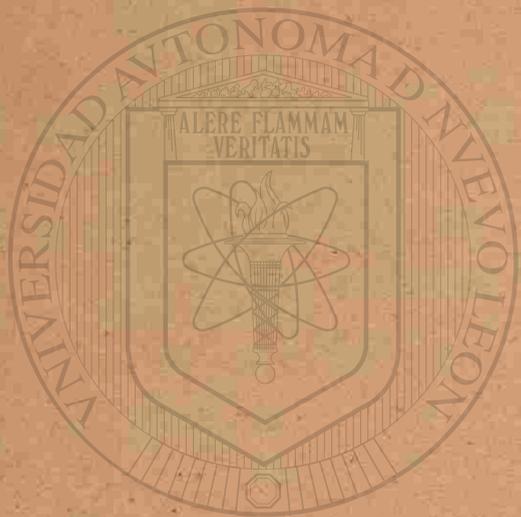
ELOCUENCIA Y POESÍA
CASTELLANAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

c-6
ELOCUENCIA Y POESÍA
CASTELLANAS

COLECCIÓN DE FRAGMENTOS EN PROSA Y VERSO

ENTRESACADOS DE

NOTABLES ESCRITORES DE LOS SIGLOS XVIII Y XIX

para ejercicios de lectura en las escuelas primarias

Precedida de una

BREVE RESEÑA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

POR EL

Dr. D. CAYETANO VIDAL DE VALENCIANO

Catedrático por oposición
de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona,
Individuo de las Academias Española y de la Historia,
Presidente de la de Buenas Letras, etc., etc.

10.^a EDICIÓN, AUMENTADA

POR

D. PEDRO MARIA BARRERA

Y ESCRUPULOSAMENTE CORREGIDA

Obra aprobada para servir de texto en las Escuelas primarias,
por Real Orden de 20 de Diciembre de 1886 y para las de Puerto-Rico en 30 Octubre de 1875

BARCELONA

ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR | LIBRERÍA DE JULIÁN BASTINOS
CONCEJO DE CIENTO, 306. | CALLE DE PELAYO, 52.

1903

860
V6498e

STC
16-FEB-79



FSRM

4747

Hijos de Jaime Jeps, impresores, Notariado, n.º 9.—Barcelona.

PRELIMINAR

Al dar á luz la primera edición de este libro, expusimos latamente las razones que nos indujeron á apartarnos de la senda adoptada por la mayor parte de los que han publicado obras análogas, con destino á las escuelas. Entonces, como ahora, creímos preferible para enseñar á leer á niños de corta edad, trozos selectos y escogidos de lectura corriente en el día, que los sublimados conceptos de nuestros grandes escritores del siglo de oro de nuestra literatura. Conceptuamos que el objeto del libro, á ese fin encaminado, es enseñar á leer con la variedad de entonación que los distintos géneros requieren, y presentar al niño asuntos é ideas que estén más á su alcance, que los modelos literarios de épocas pasadas, más propios sin duda para estudiarse en la segunda enseñanza y cuando el juicio está desarrollado.

No quisimos, empero, que en una obra de modelos literarios, siquiera fuesen simplemente para ejercicios de lectura, faltara una expresiva reseña de la historia de nuestro patrio idioma, como introducción al presente libro y como índice razonado de lo que ha sido hasta llegar á nuestros días; y, á la verdad, el trabajo llevado á cabo por el Sr. Vidal y Valenciano cumple perfectamente este objeto y ha merecido unánimes elogios de la prensa y de competentes literatos.

No faltaron ilustres impugnadores, sin embargo, al pensamiento dominante en esta obra, que á las lumbreras de la Ciencia les es muy difeíl retrotraerse á la edad en que apuntaba su inteligencia, y juzgar desde su altura lo que necesita y conviene al niño que va á la escuela, con sus facultades en embrión. El éxito conseguido por el libro nos excusa, no obstante, de reproducir los argumentos que antes adujimos al darlo á la estampa por primera vez, y que aquí hemos sintetizado brevemente.

Hemos, sí, aprovechado atinadas y benévolas indicaciones relativas á adiciónar la obra con algunos fragmentos de *Elocuencia*, toda vez que, en sentido genérico, titulamos *Elocuencia y Poesía castellanas* al presente libro y á añadir otros notables escritores que no figuraron en la primera edición. Estas mejoras las ha llevado á cabo con grande escrupulosidad y experto tino el literato de la Corte D. Pedro María Barrera, por no haberlo podido desempeñar el primitivo compilador y autor de la *Breve reseña de la literatura española* Sr. Vidal y Valenciano, por hallarse éste absorbido en otros importantes trabajos literarios.

EL EDITOR.



BREVE RESEÑA

DE LA

LITERATURA ESPAÑOLA

Es la literatura de nuestra patria una de las más ricas y originales que se conocen, y decimos de las más ricas, porque pocas pueden envanecerse con tan abundante número de cultivadores, de estos, muchísimos de primera nota; y añadimos originales, porque, aun cuando en determinadas épocas ha recibido la influencia de otros pueblos,—como no podía menos de suceder, atendidas las vicisitudes por que ha pasado,—esa influencia, al llegar á nuestro suelo, hase modificado vistiendo, si así podemos decirlo, un traje completamente nacional.

Nacida cuando tocaba á su término el siglo xii, anuncia en sus primeras, sencillísimas cuanto espontáneas manifestaciones, lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

No faltaron ilustres impugnadores, sin embargo, al pensamiento dominante en esta obra, que á las lumbreras de la Ciencia les es muy difeíl retrotraerse á la edad en que apuntaba su inteligencia, y juzgar desde su altura lo que necesita y conviene al niño que va á la escuela, con sus facultades en embrión. El éxito conseguido por el libro nos excusa, no obstante, de reproducir los argumentos que antes adujimos al darlo á la estampa por primera vez, y que aquí hemos sintetizado brevemente.

Hemos, sí, aprovechado atinadas y benévolas indicaciones relativas á adiciónar la obra con algunos fragmentos de *Elocuencia*, toda vez que, en sentido genérico, titulamos *Elocuencia y Poesía castellanas* al presente libro y á añadir otros notables escritores que no figuraron en la primera edición. Estas mejoras las ha llevado á cabo con grande escrupulosidad y experto tino el literato de la Corte D. Pedro María Barrera, por no haberlo podido desempeñar el primitivo compilador y autor de la *Breve reseña de la literatura española* Sr. Vidal y Valenciano, por hallarse éste absorbido en otros importantes trabajos literarios.

EL EDITOR.



BREVE RESEÑA

DE LA

LITERATURA ESPAÑOLA

Es la literatura de nuestra patria una de las más ricas y originales que se conocen, y decimos de las más ricas, porque pocas pueden envanecerse con tan abundante número de cultivadores, de estos, muchísimos de primera nota; y añadimos originales, porque, aun cuando en determinadas épocas ha recibido la influencia de otros pueblos,—como no podía menos de suceder, atendidas las vicisitudes por que ha pasado,—esa influencia, al llegar á nuestro suelo, hase modificado vistiendo, si así podemos decirlo, un traje completamente nacional.

Nacida cuando tocaba á su término el siglo xii, anuncia en sus primeras, sencillísimas cuanto espontáneas manifestaciones, lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAHÍA DE LOS ANGELES



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que había de ser andando los tiempos, pues lo mismo en las composiciones cantadas por los juglares ante el pueblo reunido en medio de la plaza ó cabe el atrio de la iglesia, en las cuales ensalzaban las virtudes de sus héroes favoritos, tales como el Cid, el Conde Fernán González y los siete Infantes de Lara, que en las obras de mayor aliento indudablemente, y acaso de valor un tanto más artístico, recitadas por los trovadores ante los magnates congregados en las moradas de los próceres, ó bajo los artesones de enhiesto castillo feudal, puede percibirse, siquiera de un modo rudimentario, aquel sentimiento de dignidad y altivez y aquel espíritu de hidalguía, religiosidad y monarquismo que constituyen el fondo ó carácter distintivo de toda la literatura castellana.

Mas en vano sería buscar en esas primeras muestras de su existencia, composiciones literarias escritas en prosa. Faltaban elementos para ello: la guerra en que de luengos siglos hallábanse ocupados los españoles, era obstáculo para que pudiera consagrarse al estudio de una lengua que precisamente entonces se estaba formando, y esta circunstancia y el ser indispensable para el cultivo de la prosa, mayor juicio que imaginación, in-

fluían y aun determinaban semejante hecho. Gentes indoctas existen, desprovistas de todo elemento de cultura, ó que, teniéndolo serian incapaces de escribir una carta, y que sin embargo improvisan cantares tan perfectos y acabados, cual puede imaginarse el más cumplido poeta.

Así se explica que, encontrándose en este primer momento verdaderas manifestaciones, siquiera rudimentarias, de los géneros poético, lírico, épico y aun dramático, quede reducido el empleo de la informe prosa á la redacción de instrumentos y escrituras públicas, debiendo avanzar hasta mediados del siglo XII para encontrar verdaderas obras literarias escritas en la forma indicada.

Mas ya en este punto, no puede menos que causar verdadera admiración el espectáculo ofrecido por los monumentos del tiempo, toda vez que sin precedentes, sin haber pasado por un período de infancia, manifiéstasenos de repente la prosa en la plenitud de su ser, llena de vida, de fuerza, de virilidad y apta para el empleo de todos los géneros y á propósito para la expresión de todos los sentimientos. Díganlo sino las obras inspiradas

por el sabio Rey D. Alfonso X, tales como *Las Siete Partidas*, *El Espéculo* y *Fuero Real*, tratados jurídicos y compilaciones legales del más alto precio, y las científicas, morales y de grata recreación, que se escribieron durante su reinado y el de su hijo Sancho el Bravo; las debidas á la pluma del nieto de San Fernando, el príncipe D. Juan Manuel; las consagradas á la narración de los hechos que constituyen la Historia patria, y aun la universal, pues no otro fin se propone la *Grande et General Estoria*, escrita también en el reinado de Alfonso X; y, por último, las numerosas colecciones de cuentos y apólogos, que, inspirados y aun atraídos de las antiguas literaturas orientales por el intermedio de los judíos y de los árabes establecidos en nuestra Península, tenían por objeto inculcar toda clase de enseñanzas, por manera grata y provechosa á un pueblo ignorante, que, habiendo hecho hasta entonces ocupación exclusiva del arte de la guerra, debía hallarse preparado y dispuesto para el momento en que, realizándose la restauración de las artes y de las letras de la antigüedad clásica, pudiera sembrarse la semilla, sin temor de que se esterilizara por caer en terreno completamente inculto.

Y este espectáculo que presenciarnos en Castilla, podemos contemplarlo igualmente en Cataluña, donde reyes tan ilustres como Jaime I el Conquistador y Pedro IV el Ceremonioso, escribiendo sus propias historias, dan ejemplo para que redacten sus famosas "Crónicas," Desclot y Muntaner; así como el primero de aquéllos, con su *Libre de la Sabiesa*, pudo trazar el camino seguido más adelante por el mallorquín Ramón Llull, que, echando mano de la forma simbólica para su *Libre del Orden de Cavaylerie*, sirvió de modelo al antes citado D. Juan Manuel, para el que compuso con el título de *Libro del Escudero y del Caballero*.

No hay para qué decir que no permanecían la musas ociosas entre tanto. Lo mismo en el centro de la Península que en sus dos regiones oriental y occidental, los cantores populares castellanos y los juglares moriscos, los trovadores de Provenza y Cataluña, y los Gallego-Portugueses, dedicábanse con empeño al cultivo de la poesía lírica, que, convirtiéndose en ocasiones en didáctica, al par retrataba las costumbres, los usos y las tradiciones del pueblo cristiano, y traducía las influencias en el mismo ejercidas por los que, procedentes de otras regiones,

con él moraban confundidos en íntimo contacto.

Al propio tiempo el clero, más ilustrado que la generalidad de las gentes, y menos que antes obligado á vivir fuera de su trato y comunicación, apartándose de la manera ruda y vulgar de los juglares y demás cantores callejeros, lo mismo que de la atildada y artificiosa de los trovadores que recorrían las diferentes cortes del mediodía de Europa, daba vida á una nueva manifestación, mucho más literaria, más artística por lo tanto, y que, con todo esto, no perdiendo de vista el estado social del pueblo al cual iba dirigida, ponía á su alcance trabajos de verdadero aliento, en los cuales se trataban, en sendos poemas, asuntos religiosos, como la *Vida de San Millán* y la de *Santo Domingo de la Calzada*; novelescos, como el de *Apolonio*; heróicos, como el de *Alejandro*; histórico-caballerescos, como el del *Conde de Castilla Fernán González*, escrito por un monje de Arlanza, y otros y otros, sin olvidar los alegórico-burlescos, debidos al malicioso y travieso Arcipreste de Hita.

Y por lo que al género dramático dice relación, si bien no se conserva monumento alguno de aquel tiempo, no cabe dudar que lo

mismo en Castilla que en Cataluña, continuaban representándose en determinadas festividades, en el interior del templo, los *misterios*, y en la plaza pública las *farsas* y *momos*, ó *juegos á escarnio*, elementos embrionarios aún, pero dotados de gran fuerza y robustez, que más tarde, cuando llegue á su mayor grado de esplendor, nos encontraremos en el fondo del riquísimo teatro español.

Entre tanto ibanse desarrollando los diferentes medios que habían de constituir un día la poderosa monarquía española: reducido de cada vez más el terreno sobre el cual dominaban los árabes; menos frecuentes las luchas entre uno y otro pueblo, las artes de la paz crecían al compás del orden y bienestar que en ellos se disfrutaba. En el período en que entramos, ya no es exclusivamente la gente de iglesia la que hace profesión del estudio literario: los más encumbrados magnates, cuantos pretenden captarse las simpatías de las clases elevadas, siquiera deriven de humilde extracción, esfuerzarse en imitar á los que juzgan más acabados modelos, ora procedan de la antigüedad clásica, griega ó latina, ora deban acudir para la realización de

sus propósitos á las literaturas provenzal, francesa é italiana.

Tan cierto es esto, que los mismos cultivadores de la poesía lírica popular no son ya los cantores callejeros, juglares, ciegos, escolares, que en los períodos precedentes hemos visto, sino verdaderos trovadores, es decir, poetas cortesanos, que sin olvidar las reglas del arte, prestan mayor ó menor tributo á las exigencias de la musa popular. Entre tanto, imitándose en Barcelona á fines del siglo xiv, lo que á principios del mismo se hiciera en Tolosa, donde se trató de restaurar la poesía provenzal, fúndase el *Consistori del Gay Saber*, en el cual brillaron trovadores tan eminentes como Rocaberti, Jordi de Sant Jordi, Ausias March, Fogassot, Jaime Roig, etcétera, que, constituyendo en Castilla la *gaya sciencia*, dió vida á la corte literaria de Juan II, en la cual, al lado del monarca, poeta él mismo, como su favorito D. Alvaro de Luna, brillaron, entre otros, el renombrado canciller Pedro López de Ayala, autor de *El Rimado de Palacio*; Francisco Imperial; uno de los que más se distinguieron en la imitación de la alegoría dantesca; D. Enrique de Aragón, Marqués de Villena, presidente del Consistorio de Barcelona en tiempo de don

Martín, y autor de diferentes obras y tratados que le valieron la fama de hechicero, que le ha conservado la tradición; el Marqués de Santillana, autor de muchos sonetos, canciones, serranillas y decires; Juan de Mena, el más famoso y notable y el que emprendió una obra de mayor prez, *El Laverintho*, en la cual domina también el elemento dantesco, y entre otros muchos, que sería prolijo enumerar, Jorge Manrique, el autor de aquellas sabidas *Coplas á la muerte de su padre*, en las cuales encontramos tantos pensamientos y verdades tan profundas como versos contienen.

Esto por lo que al género lírico se refiere; pues por lo que con el épico dice relación, no sólo no permaneció olvidado, sino que tomó notables creces, pues si bien no había llegado el momento de que las clases ilustradas le prestaran especial atención, las populares, que no podían olvidar las empresas y altos hechos llevados á felice cima por sus héroes favoritos, que en otro lugar dejamos citados, hechos y empresas que la distancia abultaba y embellecía la tradición, prestándoles gratísimo y apropiado ornamento; continuaron en la tarea de componer romances, con la circunstancia de que no satisfechos con cantar

los asuntos que sirvieron de tema á los autores de los cantares de gesta ó primitivos poemas, tomaron como tema para sus composiciones los que se referian á los hechos de la guerra de Granada, y hasta los pertenecientes á la historia de Francia, en lo que se refiere á Carlomagno y á los Doce Pares.

En cuanto al dramático, da en este período un gran paso hacia su perfección, pues los poetas eruditos dan la pauta de lo que en su concepto debe ser la poesía destinada á la representación, vertiendo á nuestra lengua composiciones pertenecientes á las literaturas antiguas, y escribiendo otras originales á imitación de éstas, y al par otros, como Juan de la Encina y Lucas Fernández, siguiendo los impulsos de la propia inspiración, perfeccionan por medio de sus *pasos, églogas y entremeses*, la obra iniciada por Fernando de Rojas y Rodrigo de Cota, en sus obras dialogadas, bien que desnudas de todo otro requisito dramático; pero no de vis cómica y epigramática intención.

No son menos notables los progresos que realiza la prosa, pues sobre ensanchar el campo de su acción, en términos de poder distinguir tratados religiosos, y aun, en Cataluña, algún ejemplar de elocuencia política, ade-

más de los géneros didáctico y epistolar, que ya en período anterior, con el histórico y novelesco se habían cultivado, lleva los últimos á tal grado de perfección, que pueden citarse como acabados modelos las obras que en tal sentido produjera.

Y no se contentan ya sus cultivadores con imitarse y aun copiarse. Ya que no nuevos géneros, introducen mayor variedad y notorias novedades en el mismo. A la historia universal y general, suceden las compilaciones históricas, las Crónicas reales, distinguiéndose entre los cronistas el ya citado canciller López de Ayala; las Crónicas de sucesos particulares y viajes; y los Retratos históricos, pudiendo citarse, entre los escritores de esa época, el alférez Gutiérrez Díaz de Gámez, Fernán Pérez de Guzmán y Hernando del Pulgar, que escribió la obra titulada *Claros Varones de Castilla*, y en el reino de Aragón el Príncipe de Viana, que escribió una historia de Navarra, Turrell, Tumich y Carbonell.

También se escribieron vidas de Santos, lo mismo en lengua castellana que en la catalana.

Iguales novedades encontramos en la Novela, que limitada hasta entonces á las ma-

nifestaciones que dejamos consignadas, toma en este período mayor vuelo y desarrollo, ya que además de la que reconoce su origen en las literaturas orientales, y de la que á justo título merece el nombre de novela sentimental, encontramos las dos especies más genuinamente españolas, ó que por lo menos mayor favor obtuvieron y más boga en lo sucesivo alcanzaron. Nos referimos á la novela caballeresca, más comunmente conocida bajo el nombre de "Libros de Caballerías,, de la cual es tronco y origen en España el *Amadís de Gaula*, debido al portugués Vasco de Lobeira, perteneciendo á la propia clase el *Tirant lo Blanch*, del valenciado Johanot Martorell, y la novela picaresca, que, presentándose en germen en la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*., obra debida al ya citado Fernando de Rojas, la veremos en el siguiente período ofreciéndonos modelos acabadísimos debidos á escritores de primer orden.

Nos encontramos al llegar á este punto en el período de mayor esplendor, no sólo para las letras patrias, sino también el de más importancia desde el punto de vista de la grandeza é influencia políticas de España. Los

Reyes Católicos, después de haber realizado por medio de su enlace la unidad de la monarquía, fundiendo en uno los reinos de Castilla y Aragón; clavando en las almenas de la Alhambra el estandarte de la Cruz, ponen término á la lucha iniciada ocho siglos antes en los montes de Asturias y en los riscos Pirenaicos: Colón engrandece los dominios españoles descubriendo un mundo al otro lado de los mares, y cual si esto no bastara aún, empuña al cabo de breve tiempo los cetros de San Fernando y de Jaime el Conquistador, el mismo cuyas sienes ciñe la corona del Imperio germánico.

La poesía, que tan notable desarrollo había alcanzado en los últimos reinados del período precedente, encuentra en el verso endecasílabo, traído á la literatura española, de la italiana, por el barcelonés Juan Boscán, un elemento poderosísimo para la expresión de todos los afectos, y no transcurre mucho tiempo antes de que el tierno Garcilaso de la Vega, el divino Fernando de Herrera, el dulce Maestro Fray Luis de León, y Francisco de la Torre, y los hermanos Argensola, y Lope de Vega, y Góngora, y Quevedo y Villegas, y Rioja, y otros muchos, cuya mera enumeración constituiría empeño más que

arduo, mostraron en sus églogas, sonetos, canciones, odas, elegías, endechas, sátiras, epístolas, y demás formas y especies, variedades y combinaciones propias del género, todas las bellezas del fondo y forma, todas las galas, todo el atractivo que en obras tales puede exigirse.

Y lo que con la lírica, acontecía al propio tiempo con la épica. Limitada ésta á las manifestaciones que en los períodos precedentes dejamos consignadas, sin abandonar el cultivo de la épica nacional en los romances históricos, caballerescos, moriscos, etc., etc., emprende la composición de poemas literarios, para los cuales toma como modelos los debidos á las plumas de los italianos Tasso y Ariosto (*La Jerusalén Libertada: El Orlando Furioso*). Y si bien en este género no llega á la perfección que en otros, tal vez porque se oponía á ello la carencia de grandeza en los asuntos que les servían de sujeto, las relevantes cualidades y algunos trozos de gran mérito que se encuentran en la *Araucana* de D. Alonso de Ercilla; el *Bernardo del Carpio* de Bernardo de Balbuena, y la *Cristiada* de Fray Diego de Ojeda, revelan la disposición que tenían para el mismo los poetas españoles, demostrándolo también el número ver-

daderamente prodigioso de los que al mismo se consagraron, entre los cuales merecen especial mención Lope de Vega, Juan de la Cueva, y el autor de *Monserate*, el valenciano Virués.

Peró donde con más vivos y refulgentes destellos brilla el ingenio español, es en el género dramático. Las muestras que del mismo se vieran en los precedentes períodos, claro daban á entender lo que de él podía esperarse en cuanto se fundieran y amalgamaran los elementos que, dispersos hasta entonces, debían presentarlo con carácter propio y completamente nacional. Las tendencias, las aspiraciones, las preocupaciones, los sentimientos, hasta los errores que constituían el patrimonio de las diferentes clases sociales de aquella época, debían hallarse unidas en las obras destinadas á la representación, para que en ellas encontrase, ya que no enseñanza provechosa, solaz, y agradable entretenimiento. Mas para realizarlo era menester un verdadero genio. Este se encontró en Lope de Vega, con justa razón llamado por sus contemporáneos *Fénix de los Ingenios*, y por Cervantes, *Mónstruo de la naturaleza*, el cual, apoderándose de cuantos recursos le ofrecían la historia, la tradición, las

artes, las costumbres; en suma, todo cuanto siendo español, antes de él había existido y en su tiempo existía, en prodigiosa, en inagotable abundancia, dando á la escena los dramas á centenares, pudo erigirse en verdadero creador ó padre del teatro nacional.

Mas esta misma abundancia, esa asombrosa facilidad, había de ser parte no pequeña para que en tales obras se echara de menos, con contadas excepciones, las dotes que constituyen la apetecible perfección. Los que más de cerca le siguieron é imitaron, entre los cuales bien merecen especial mención Guillén de Castro, Pérez de Montalván, Vélez de Guevara y otros, deslumbrados por sus fulgidos resplandores, no acertaron á distinguir aquellos defectos: vieronlos por fortuna un P. Gabriel Téllez, más conocido con el pseudónimo de Tirso de Molina; un Juan Ruiz de Alarcón, un Agustín Moreto y un Francisco de Rojas Zorrilla, contemporáneos de Lope los dos primeros, los últimos del inmortal Calderón; y Téllez, dando pruebas manifiestas de mayor tacto dramático; de más fuerza cómica, de estilo más perfecto; Ruiz de Alarcón dando mayor regularidad á los planes, más belleza al estilo, á los sentimientos mayor caballeridad, más profundidad é intención

moral á los asuntos; compensando Moreto la falta de originalidad con lo arreglado de los planes y la viveza y discreción en el lenguaje, y distinguiéndose Rojas por la destreza y habilidad en la exposición y desarrollo; así de las situaciones trágicas como de las cómicas, levantaron y embellecieron el edificio cuyos cimientos echara Lope, y al cual debía poner digno remate y coronamiento el felice ingenio de D. Pedro Calderón, el autor inimitable de *La vida es sueño*; *A secreto agravio secreta venganza*; *Casa con dos puertas mala es de guardar*, y tantas otras como brotaron de su mente, como pocas fecunda, y que sólo tiene igual en los *Autos sacramentales*, debidos á la pluma del propio autor.

Porque los dramáticos de la época que reseñamos no se satisfacían con presentar los asuntos de determinada manera: mezquino y reducido el cuadro que otra literatura podía presentarles, acudieron á la historia patria y á la extranjera, á lo antiguo y á lo moderno, á lo serio y á lo risible, á lo verdadero y á lo fabuloso, á la alegoría y al simbolismo, á lo religioso y á lo profano, al Olimpo pagano y al Cielo del Cristianismo, y, fundiéndolo todo en el crisol del espíritu patrio, y, vistiéndolo todo con el ropaje nacional, dieron

vida y cuerpo á aquel sér que fué, es y será motivo de orgullo para los propios, causa de admiración y estupor para los extraños.

Y, sin embargo, esa misma robustez, esa, vida, la fuerza y esplendor á que hace poco aludíamos, ese brillo, esa pompa, esa viveza esa discreción que en el lenguaje, en el estilo, en los pensamientos y en los conceptos, constituían sus galas más preciadas, exagerándose de mala manera por quien carecía de otras indispensables condiciones, habían de influir en su rápido descenso y completa ruina. Tanto es así, que, presentándose ya en las obras de Calderón y sus contemporáneos los primeros síntomas de tales vicios, no transcurre mucho tiempo antes de que se tornen en completa extravagancia, que en el período próximo han de determinar la muerte, ó por lo menos el descrédito del teatro nacional.

Si tan altos medros alcanzó la poesía, no fueron menores los que obtuvo la prosa, en términos que á las obras de tal suerte escritas deberá en todo tiempo acudir quien pretenda manejar debidamente la fluida, dulce y sonora lengua castellana. Preocupación infundada había sido hasta entonces la de que sólo los idiomas empleados en la antigüedad

clásica reunian las necesarias condiciones para tratar asuntos graves, sin que bastara á destruir tamaño error el ejemplo que dieron Alfonso X y sus contemporáneos é inmediatos sucesores. Afortunadamente, el procedimiento seguido por otros pueblos, en especial el italiano, que tanta influencia había ejercido ya en nuestras obras poéticas, venció cuantos escrúpulos existían, y los que, como Francisco de Villalobos, Juan López de Palacios Rubios, Fernán Pérez de Oliva, Fray D. Antonio de Guevara, Pedro de Roca, y otros que fiorecieron en el reinado de Carlos V, dejaron expedito el terreno á los ascéticos, didácticos, historiadores y novelistas que fueron preciado ornamento de los reinados de los tres Felipes.

Hallamos entre los primeros al venerable Juan de Avila, llamado el Apóstol de Andalucía, en cierto modo creador del lenguaje místico castellano; á su amigo y discípulo Fray Luis de Granada, príncipe de la elocuencia sagrada española; al inspirado y dulcísimo Fray Luis de León; á la santa fundadora Teresa de Jesús, una de las glorias más grandes y legítimas de nuestra nación; á San Juan de la Cruz, llamado el doctor extático, cuyas obras se distinguen por su

estilo especial lleno de misterio, de fuego y de sublimidad; girando en torno de los nombrados, que pudiéramos considerar estrellas de primera magnitud, un Fray Diego de Estella, el P. Pedro Malón de Chaide, el P. Luis de la Puente, y cien más, cuyas obras, menos estudiadas de lo que convienen, revelan que al lado de los poetas que en alas de su imaginación se elevaban hasta las más encumbradas regiones, existían teólogos, filósofos y moralistas que así esclarecían las verdades de la fé, como indicaban el procedimiento que reyes y pueblos debían seguir para merecer el nombre de políticos cristianos.

Como prueba de lo dicho, basta con citar los nombres de Antonio Pérez, secretario y privado de Felipe II, cuya gracia perdió más adelante; D. Francisco de Quevedo, más conocido por sus obras festivas que por las ascéticas, políticas y morales que brotaron en copiosa abundancia de su fecunda pluma; don Diego de Saavedra Fajardo, Juan de Zabaleta, Gracián y otros muchos de mayor importancia relativa, pero cuyos nombres serían citados con orgullo donde no pudieran envanecerse con los que dejamos apuntados.

Entre los historiadores, además de los que escribieron Crónicas y Anales, como Florián

de Ocampo, Ambrosio de Morales, Jerónimo Zurita y Esteban de Garibay, deben citarse el P. Juan de Mariana, cuya *Historia de España* fué la única que de la nación española poseímos hasta nuestro tiempo; D. Diego Hurtado de Mendoza, que historió las *Guererras Civiles de Granada*; D. Francisco de Moncada, autor de la *Expedición de Catalanes y Aragoneses*; D. Francisco Manuel de Melo, que escribió sobre los *Movimientos, separación y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV*; Bartolomé Leonardo de Argensola; D. Antonio Solís y otros muchos que fueron cronistas de los grandes hechos de armas, conquistas y descubrimientos, á que dieron cumplido remate los primeros monarcas de la dinastía austriaca, ó se dedicaron á reseñar las vidas de los ejemplarísimos varones que ilustraron las órdenes monásticas y religiosas, establecidas en nuestra península, ó á escribir minuciosas historias de estas mismas órdenes. Por último, en ese ramo de literatura que podemos juzgar el más popular de todos, por lo mismo que tiene por fin especial el solaz y esparcimiento, lo mismo de los que viven en aristocráticos salones, que en humilde morada, en la novela, encontramos diferentes especies, desde el libro de

caballerías y la novela de aventuras, de las cuales hemos visto muestra en los períodos precedentes, hasta la novela dialogada, la pastoril y la picaresca, que es de todas la más genuinamente española, y en el cultivo de la cual se distinguieron ingenios tan singulares, como el de los ya citados Hurtado de Mendoza y Quevedo, en sus *Lazarillo de Tormes* y *El gran Tacaño*, Mateo Alemán, Mateo Luján, Vélez de Guevara, etcétera, etc.

Todos estos géneros cultivó y en todos ellos dió muestra de su ingenio privilegiadísimo el autor de *Don Quijote de la Mancha*, y de *Persiles y Segismunda*, y de la *Galatea*, y de las *Novelas ejemplares*, el regocijo de las musas, el manco sano, el incomparable Miguel de Cervantes Saavedra, cuyo solo nombre, aun cuando no tuviéramos tantos otros de tan subidos quilates, bastaría para hacer la gloria y el orgullo de una nación tan grande como lo fué la española durante los siglos XVI y XVII.

Mas lo hemos dicho ya: al tocar éste á su término, dejábanse sentir los primeros síntomas de una próxima decadencia. Los acontecimientos políticos que resultaron del falle-

cimiento de Carlos II sin sucesión directa y que dieron lugar á que á la dinastía austriaca sucediera en nuestro suelo la borbónica, con el predominio que ejerció en Europa el monarca francés Luis XIV, de quien era nieto el primer soberano que de aquella nación se sentó en el trono de San Fernando, lejos de favorecer la restauración del sentimiento nacional, determinaron la introducción del gusto francés.

Poetas y prosistas ilustres trabajaron con ahinco en sostener los fueros de la literatura patria, realizándose un como pasajero renacimiento en el reinado de Carlos III, durante el cual brilla una verdadera pléyada de escritores distinguidísimos, que trazan á sus inmediatos sucesores el camino que deben seguir. El ejemplo dado por los mismos tiene cada vez más numerosos y concienzudos imitadores, influyendo no poco en la nueva dirección que toman los trabajos literarios desde principios del presente siglo, y durante el reinado de Fernando VII, los acontecimientos políticos que entonces se realizaron y tan largas consecuencias han tenido, y posteriormente, pero sobre todo desde la cuarta década, el estudio de nuestra poesía antigua nacional, con la de las

extranjerías, en particular la francesa y la alemana.

De este periodo no citamos nombres, puesto que los trozos y fragmentos que constituyen esta colección, pertenecen todos á autores que brillaron ó están brillando en el mismo.



PROSA



LA ELOCUENCIA

Si el más perfecto orador que la humanidad ha concebido tuvo que vencer los obstáculos que la naturaleza le oponía, y lo logró por la constancia de sus esfuerzos, ¿por qué no han de seguir el mismo camino todos los que quieran serlo? Profundizando algún tanto en este punto; descartando el vulgar error de los que creen que el orador nace; viendo la imposibilidad de que se forme, por decirlo así, artificialmente por la observancia de ciertas reglas, contemplando la naturaleza del hombre, el único entre todos los seres vivientes á quien Dios concedió el misterioso don de la palabra, y con ella, en eterna armonía, la expresión casi divina de su rostro, si no lo desfiguran instintos brutales ó malas pasiones; viendo

extranjerías, en particular la francesa y la alemana.

De este periodo no citamos nombres, puesto que los trozos y fragmentos que constituyen esta colección, pertenecen todos á autores que brillaron ó están brillando en el mismo.



PROSA



LA ELOCUCENCIA

Si el más perfecto orador que la humanidad ha concebido tuvo que vencer los obstáculos que la naturaleza le oponía, y lo logró por la constancia de sus esfuerzos, ¿por qué no han de seguir el mismo camino todos los que quieran serlo? Profundizando algún tanto en este punto; descartando el vulgar error de los que creen que el orador nace; viendo la imposibilidad de que se forme, por decirlo así, artificialmente por la observancia de ciertas reglas, contemplando la naturaleza del hombre, el único entre todos los seres vivientes á quien Dios concedió el misterioso don de la palabra, y con ella, en eterna armonía, la expresión casi divina de su rostro, si no lo desfiguran instintos brutales ó malas pasiones; viendo

en la voz humana y en la variedad infinita de sus inflexiones y modulaciones, la natural y viva correspondencia á los innumerables afectos y pasiones que man-
sa ó violentamente conmueven nuestra alma, se viene en conocimiento de una gran verdad, aunque parezca una paradoja: *todos los hombres son oradores*. Si, todos lo son naturalmente, y dejamos de serlo la mayor parte por los malos hábitos que desde los primeros años contraemos, por los vicios de la educación que recibimos y por las falsas ideas que acerca de la elocuencia nos formamos. ¡Quién no habrá sido elocuente alguna vez en la vida! ¡Qué mujer no lo es al llorar la muerte repentina ó violenta de su adorado esposo; qué madre no conmueve con su acento y con su ademán al ver en gran peligro la vida de un hijo; qué hombre del pueblo al sentir una afrenta que rechaza; qué buen ciudadano al jurar eterna venganza contra los enemigos de la patria! No se necesita más que sentir, sentir bien, para expresarlo con verdad y ser elocuente en aquel momento. Para serlo siempre, es menester sentir, estudiar, saber mucho.

Esta es la fuente que señala Horacio á los que deseen escribir bien, y no hay otra, ciertamente, para los buenos oradores.

SALUSTIANO DE OLÓZAGA.

(*Estudios sobre Elocuencia, política, etc.*)

DE LA POESIA EN GENERAL

Algunos han tomado la poesía por negocio de puro solaz y pasatiempo, por juguete bueno para ocupar las horas de ocio, ó una especie de receta para alejar el fastidio. Otros se propusieron realzarla considerándola como una hermosa corteza á propósito para cubrir verdades útiles, como un velo agradable tendido sobre las sentencias morales. Unos y otros erraron: la poesía tiene un valor real y propio; que consiste en elevar el alma á las regiones de lo bello, ennoblecer sus afecciones, cultivar sus inclinaciones de rechas, y disponerla á la gracia y elegancia moral. De este modo y no ocultando mañosamente verdades positivas, no haciendo máximas morales y aforis-

mos dogmáticos, obra eficazmente la poesía para adoctrinar y mejorar á los hombres. Aún mayor influjo que el que le cabe sobre los individuos, alcanza sobre las naciones, cuyos innumerables miembros hermana difundiendo afectos semejantes: conserva en ella el sagrado depósito de la tradición, y, con el recuerdo de costumbres y épocas gloriosas, puede ser parte á alzarlas de un abatimiento momentáneo y vergonzosa postración.

La grande influencia que la civilización de los Griegos y Romanos ha ejercido sobre las naciones modernas, debe mirarse como una de las principales causas de que aquellos pueblos hayan sido considerados, durante algún tiempo, como la única patria de la poesía y de las artes; pero si bien en ambos, y sobre todo en el primero, llegaron á un alto punto de esplendor, y les merecieron una atención particular y una especie de culto, todavía es cierto que el hombre, y especialmente el pueblo de todas épocas ó países, es más ó menos poeta. Entre los Asiáticos sobresalieron como tales los Indios,

los Persas y más recientemente los Arabes, al par que los Hebreos dieron al arte que nos ocupa el mayor destino que caberle pudo, cual fué el de expresar las inspiraciones divinas, y dejaron á las generaciones venideras ricos tesoros de grandiosa poesía, tanto de la que enarra acciones heroicas é importantes, como de aquella que sondea los misteriosos pliegues del corazón humano, y de la que le impele á generosos afectos.

Tampoco se crea que el cultivo de este arte sea privativo de las épocas de costumbres refinadas y de más adelantada cultura, cuyas producciones poéticas, si bien exentas de la rudeza y barbarie que afean las de las edades primitivas, no las igualan en los dotes más preciosos é intrínsecos de naturalidad, candor y entusiasmo. En los principios de un período social, cuando cada tribu forma una como vasta familia, ocupan los poetas la más elevada posición: son los filósofos, los historiadores y sacerdotes del pueblo naciente; su oficio no es el agradar, sino adoctrinar, causar admiración é infundir el entusiasmo. Tales eran los Bardos de los antiguos Celtas ó Bretones, tales en

especial los Escaldas de los Escandinavos, y tales serian en nuestra España los Cantores de los antiguos Callasios ó Gallegos, los de los Celtiberos, los de los Turdetanos, que á sus poemas atribuian seis mil años de antigüedad, y los de los Cántabros, que entonaban los suyos al espirar en la cruz. El destino de la poesía entre pueblos de tal condición fué el de celebrar fiestas cívicas y religiosas, nupcias y funerales; alimentar bélicos impulsos en los ánimos varoniles, cantar habidas victorias, y referir antiguos acontecimientos de amor y desventura. Así es que las poesías, no menos que muchas costumbres de las sociedades nacientes, se asemejan entre sí sobremanera, á pesar de que ciertas diferencias, nacidas de algún rasgo peculiar de la raza ó del país, ó de algún hábito dominante en cada pueblo, las distinguen y dan á cada una el carácter individual que constituye su nacionalidad.

Durante la semi-civilización de la Edad Media, el destino de los poetas fué un tanto semejante al de los siglos bárbaros. Menestrales y trovadores animaban la mesa del festín con regocijadas cancio-

nes, inflamaban los pechos en las refriegas y relataban, al amor del hogar, añejas leyendas amorosas, devotas ó guerreras. En los modernos siglos, á pesar de no pocas y venerandas excepciones, el errado concépto que se formó de la naturaleza de la poesía, la preferencia que de ordinario se ha dado á mostrar artificio y agudeza sobre conmover y entusiasmar, la extremada y falsa imitación de los antiguos Griegos y Romanos, han conducido al Arte á un estado general de abandono y postración, hasta que, casi en nuestros días, se ha dado más valor al sentimiento de lo bello, se ha enriquecido la teórica de la poesía con el atinado estudio y profundo conocimiento de sabias literaturas antiguas y modernas, y se la ha realzado, señalando y restableciendo su natural y primitiva alianza con la alta filosofía.

La poesía ha roto últimamente las estrechas vallas que limitaban su carrera, y, recorriendo el campo de la historia, ha encontrado nuevos manantiales y maravillosos espectáculos,

El ciego coplero que, rodeado de crédulos labradores, refiere pavorosas historias; el viejo menestral que, al divisar las torres de su señor feudal, siente renacer en el pecho los fuegos de la juventud; el trovador airosamente vestido que, acompañándose con la bandurria provenzal ó con el arpa adornada de la cigarra de oro, encantaba las cercanías del Languedoc ó del Llobregat con los más dulces acentos de la dulcísima habla lemosina; el gondolero veneciano que al cruzar su batel anchos canales plateados por la luna suspiraba suaves querellas; la huri de Oriente que durante una noche serena recorría cantando vergeles de naranjos y rosales; el americano Sachem que al pie de una cascada recordaba los cantares de su infancia; la maga del Norte que con silvestres sagas conmovía los gigantescos altares de piedra que la dedicaban; el bardo que, sentado sobre un desnudo peñón, unía su voz á la de cien espíritus que bramaban durante el ruido del trueno; hasta el profeta que derramaba lágrimas de dolor sobre las desgracias de Sión... todos estos cantores han aparecido en el presente siglo y unido

sus acentos á los sublimes versos del padre Homero.

MANUEL MILÁ Y FONTANALS,
(Compendio del Arte poética)

ELOCUENCIA POPULAR

La elocuencia popular; esa elocuencia que tiene por tribuna el espacio y por auditorio el pueblo, es la que permite vuelos más atrevidos, imágenes más valientes y emociones más vivas y profundas. El pueblo no calcula de antemano ni cambia sus convicciones por su interés. Hay ideas y nombres mágicos que siempre hallan eco en su corazón, y, además, el orador está libre, con él, del peligro de la envidia, porque el pueblo es demasiado grande para que pueda ser envidioso. Siempre atiende menos á los adornos del lenguaje que al nervio y energía de lo que se le dice. Quiere oír cosas grandes y que se le anuncien con apasionada voz, con ademanes expresivos y con todos los síntomas de convicción y de entusiasmo. Perdona la incorrección en gracia al vigor de las ideas y al calor y vehemencia

de las formas que siempre le contagian. ¡Qué grande espectáculo el de esa tribuna inmensa en que el orador agita ó calma las masas con el soplo de su palabra! ¿Quiere llevarlas al combate? Lanza una voz poderosa que resuena en todos los pechos como el trueno retumba por los senos de las cavernas, y el pueblo desenvaina el acero y se apresta á la pelea. ¿Quiere después enfrenar sus ímpetus belicosos? Pronuncia una palabra templada ó insinuante, y la multitud mete la espada en la vaina, quedando la mano pegada en la empuñadura, como si esperara una nueva orden de otra nueva inspiración. ¿Quiere el orador excitarle á la piedad? Derrama por el espacio una voz que invoca la compasión y la lástima, y el pueblo se muestra más que nadie generoso, porque se reconoce más que nadie pobre y desvalido. Esta es la elocuencia por excelencia, elocuencia que toca todas las fibras del corazón, que invade hasta su santuario, que todo lo puede, que todo lo intenta y que todo lo alcanza. El tribuno habla á las oleadas del pueblo que le rodean extasiadas, y éstas ceden doblandose al impulso que les comunica.

como las espigas de los campos se posttran al empuje del viento de la tarde.

JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ.

(Lectones de elocuencia.)

LA GEOGRAFIA

BASE PARA EL ESTUDIO DE LA HISTORIA

La más sencilla, la mayor recomendación de esta ciencia, se encierra en su nombre; porque geografía quiere decir tanto como pintura ó descripción de la tierra. Pero si reflexionáis que ella debe conducirnos al conocimiento del lugar que fué señalado á nuestro planeta en el gran sistema del universo, al de su figura y tamaño, al de los climas y regiones en que está dividido, de los mares que le abrazan, de las montañas que le cruzan, de los pueblos y naciones que le habitan, y, finalmente, al de esta superabundancia de los bienes y consuelos que la bondad del Criador derramó en su superficie, ó encerró en sus entrañas para dicha del hombre, fácilmente concebiréis cuánta sea la extensión, cuánta la excelencia de este nuevo estudio.

Pero esta excelencia se realzará más á vuestros ojos cuando, reuniendo el estudio de la historia al de la geografía, consideraréis la tierra como morada del género humano. Entonces este estudio, levantándoos á más alta contemplación, os pondrá delante los hombres de todos los tiempos, como los de todos los países, las varias sociedades en que se reunieron, las leyes é instituciones por que se gobernaron, los ritos, usos y costumbres que los distinguieron. El os descubrirá las secretas causas y las grandes revoluciones que levantaron los imperios de la tierra, y los borrarón de su superficie; y el rápido torrente de tantas generaciones, viendo al hombre subir lentamente, desde la más estúpida ignorancia hasta la más alta ilustración, ó caer precipitado desde las virtudes más sublimes á la depravación más corrompida, y conoceréis que no puede presentárseos un estudio más provechoso ni más digno del hombre.

Y todavía este estudio recibe mayor recomendación por el auxilio que presta á las demás ciencias; pues si bien se adelanta y perfecciona por ellas, también las

vuelve con usura lo que recibe, concurriendo á perfeccionarlas. El conocimiento de la naturaleza es el fin á que se encaminan todas las ciencias; pero el hombre no puede subir á este conocimiento sino por el estudio del planeta do tiene su morada, y por el examen de las relaciones que le enlazan con el gran sistema del universo. La misma astronomía, que más que otra alguna ha concurrido á ilustrar los principios geográficos, parte desde el conocimiento de este planeta á contemplar los cielos, y busca en él sus puntos de apoyo para fijar la situación de los astros, señalar sus órbitas, y seguir su curso en los inmensos desiertos del espacio. En él toma la geometría el tipo original y eterno de sus medidas, para perfeccionar sus teorías y aplicarlas después á tantos usos públicos como lo hacen recomendable. La geografía dirige al navegante por los inciertos mares, al mismo tiempo que abre al geólogo todos los ángulos de la tierra, y conduciendo por su inmenso ámbito al historiador y al estudioso de la naturaleza, desenvuelve á sus ojos todos los seres que debe descubrir, todos los hechos que debe recoger,

todos los fenómenos que debe someter á la observación y á la experiencia, para indagar estas leyes eternas á que obedece constantemente el universo y que forman el grande y universal objeto de las ciencias. Pero las que pertenecen á la política tienen aún más clara dependencia de la geografía. ¿Pueden por ventura, sin su conocimiento, organizarse las sociedades, ni regularse su gobierno? Ella es la que fija sus límites y los subdivide; la que determina los objetos de las leyes y su conveniencia, y la que señala la necesidad y el provecho de sus instituciones. Sin ella no puede la política combinar sus empresas; la magistratura dirigir su vigilancia y providencias; ni la economía perfeccionar su sistema y sus planes. La agricultura, la industria y el comercio, deben consultarla á todas horas, ya sea para dirigir sus operaciones, ya para reedificar sus cálculos, ó ya para buscar, determinar y extender la esfera de los consumos; y si es cierto que las ciencias morales se apoyan principalmente sobre el conocimiento del hombre, ¿cuánta luz, cuánto auxilio no podrán esperar de la geografía histó-

rica, la única que le puede presentar en todas las épocas, en todos los climas, en todos los estados y en todas las situaciones de la vida pública y privada?

No os negaré yo que los hombres abusando de la geografía, han prostituído sus luces á la dirección de tantas sangrientas guerras, tantas feroces conquistas, tantos horrendos planes de destrucción exterior y de opresión interna, como han affigido al género humano; pero ¿quién se atreverá á imputar á esta ciencia inocente y provechosa las locuras y atrocidades de la ambición? ¿No será más justo atribuir á sus luces estos pasos, tan lentos, pero tan seguros, con que el género humano camina hacia la época que debe reunir todos sus individuos en paz y amistad santa? ¿No será más glorioso esperar que la política, desprendida de la ambición é ilustrada por la moral, se dará priesa á estrechar estos vinculos de amor y fraternidad universal, que ninguna razón ilustrada desconoce, que todo corazón puro respeta, y en los cuales está cifrada la gloria de la especie humana? Entonces ya no indagará de la geografía naciones que conquistar, pue-

blos que oprimir, regiones que cubrir de luto y orfandad, sino países ignorados y desiertos, pueblos condenados á oscuridad é infortunio, para volar á su consuelo, llevándoles, con las virtudes humanas, con las ciencias útiles y con las artes pacíficas, todos los dones de la abundancia y de la paz, para agregarlos á la gran familia del género humano, y para llenar así el más santo y sublime designio de la Creación... Mientras la envidia pesa en injusta balanza la sangrey lágrimas de tantos pueblos descubiertos y conquistados, sin poner en ellos la santa moral, las leyes justas y las instituciones benéficas, que recibieron en cambio, saquemos nosotros una útil lección de estas pasadas glorias, y veamos cómo España, después de haber despertado la atención de las demás naciones, y dádoles el primer impulso para que le siguiesen en tan ilustre carrera, contenta con el fruto de sus victorias, y dormida sobre sus laureles, empezó á desdeñar los estudios á que los debiera; y cómo olvidándolos, casi por dos siglos enteros, se abandonó á las especulaciones de una filosofía estrepitosa y vacía, en tanto que

otros pueblos, contemplando los cielos, explorando la tierra y cultivando las ciencias naturales, corrían á un mismo paso á la cumbre de la ilustración y la opulencia.

¡Qué época tan gloriosa no abre aquí la historia á vuestros ojos, y cuántos ilustres genios no presenta á vuestra veneración! Copérnico, fijando el sol en su trono; Keplero, dando leyes al giro de los planetas; Newton, reduciéndolas á un principio tan sublime por su sencillez como por su grandeza; Galileo, Hevelio, Gasini, Lacaille y Herschel, describiendo, poblando y ensanchando los cielos, y tantos como, buscando en ellos el conocimiento del globo, lograron colocar su nombre entre los fundadores de la geografía moderna.

Su ilustre ejemplo infunde un ardiente espíritu de investigación en la filosofía, que, aliada con las artes, inventa instrumentos, perfecciona métodos, multiplica recursos, y, doblando el alcance de la vista y las fuerzas de la razón humana, abre á su contemplación los cielos y la tierra, y somete á sus cálculos, así los cuerpos grandes y remotos, como los

imperceptibles y escondidos en la naturaleza.

Entonces fué cuando la política, avergonzada de no tener alguna parte en esta gloria, empezó á inspirar en los gobiernos el deseo de asociarse á las ciencias, y aclarar y proteger sus designios. Y ved aquí el noble impulso á que fueron debidas aquellas empresas memorables que sólo pudo coronar la generosidad del poder, reunida al amor de la sabiduría, y que levantaron á tanto esplendor la ciencia geográfica. Premios señalados á los inventores de instrumentos para combinar con mayor exactitud las medidas del tiempo y del espacio; colonias de sabios destinados al Ecuador y á nuestro polo para resolver la cuestión cardinal de la figura y tamaño de la Tierra; astrónomos derramados por todas las playas del mundo, para determinar el tránsito de Venus por el disco solar, la paralaje de este gran planeta y su tamaño y distancia de nosotros; navegantes entregados á mares nunca conocidos, para descubrir entre peligros y naufragios los helados continentes de uno y otro polo... No, no nos es dado reducir á los estre-

chos límites de un discurso tan amplia materia de alabanzas. Algún día la descubriréis en la historia de las ciencias, cuando, con los nombres de Condamine y Maupertuis, os presente los de tantos dignos compañeros de sus trabajos; y algún día también, leyéndola, honraréis con vuestras lágrimas los de Cok, Malespina y Laperouse, y deploraréis el maligno hado que se complacia en confundir en su memoria, como en la de Colón y Magallanes, la gloria y el infortunio.

España, cediendo al mismo noble impulso, había asociado sus hijos á la gloria y á las fatigas de estas empresas; pero como si sólo hubiese recobrado su antigua energía para hacer más digno uso de tantas luces y experiencias, la veréis ahora acometiendo otra empresa, cuya grandeza se recomienda por su misma utilidad. Yo os lo recuerdo con tanto más placer, cuanto con algunos nombres, muy caros á mi amistad, presento á vuestra gratitud el del piadoso monarca á quien Asturias debe este Instituto, y vosotros esta enseñanza. Carlos IV, siguiendo las huellas de su ilustre padre, y los consejos

de un celoso ministro, nuestro protector y compatriota, supo aplicar todas las luces atesoradas por la astronomía y la náutica al adelantamiento de nuestra geografía nacional. A ella se debe este excelente atlas hidrográfico que tenéis á la vista, trabajado con tan sabia diligencia y publicado con tanta generosidad. El encierra un rico depósito de útiles é indispensables conocimientos, y él es el más irrefragable testimonio de la munificencia del soberano y de la ilustración de su ministro. El fijó con eternas señales los límites del continente de España, ofreciendo á sus pilotos y al extranjero navegante una senda segura en sus mares, una cierta guía en los arrumbamientos de sus costas, una sonda y una luz constante en las radas y puertos do quieran conducir sus naves. Nuevas cartas esféricas se suceden todos los días, y enriquecen nuestra colección hidrográfica, y extienden tan importante beneficio á los vastos continentes de nuestras colonias; y, si algún hado adverso no detiene tan loable impulso, la hidrografía española, ilustrando la mayor porción de la tierra, restablecerá el nombre de España al digno lugar

que ocupó un día, y que le destina la posteridad en la historia geográfica...

Miremos como una desgracia del espíritu humano que sea más propia de su condición esta inquieta curiosidad de saber lo que menos le importa, que la constancia en adquirir lo que más le interesa. ¿Por qué correrá desalado tras lo distante y extraño, descuidando lo cercano y doméstico? Observamos con más ahinco el cielo que la tierra, y preferimos el descubrimiento de regiones extrañas y remotas al conocimiento de nuestra propia morada. Estudiamos con más afán la historia de Roma y Grecia que la de España, y la geografía del Japón que la de nuestra península. Y mientras podemos señalar con el dedo el lugar que ocupa en los cielos una estrella solitaria, y una isla desierta en la inmensidad de los mares, ignoramos el origen de nuestros rios, las raíces de nuestros montes, la situación de nuestras provincias, y acaso el punto que ocupa en España el centro de nuestra circulación, y el asiento de nuestro gobierno; funesto abandono, que parecería increíble, si, propio de la humana flaqueza, no fuese

más ó menos imputable á todos los gobiernos!

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

ENTRADA DE LOS FRANCESES

Clara ya y del todo descubierta la política de Napoleón respecto de Portugal, disponían en tanto los fingidos aliados de España dar al mundo una señalada prueba de alevosía. Por las estrechuras de Roncesvalles se encaminó hacia Pamplona el general d'Armagnac con tres batallones, y, presentándose repentinamente delante de aquella plaza, se le permitió sin obstáculo alojar dentro sus tropas; no contento el francés con esta demostración de amistad y confianza, solicitó del Virrey, marqués de Vallesantoro, meter en la ciudadela dos batallones de suizos, so color de tener recelos de su fidelidad. Negóse á ello el Virrey, alegando que no le era lícito acceder á tan grave propuesta sin autoridad de la corte; adecua-

da contestación y digna del debido elogio, si la vigilancia hubiera correspondido á lo que requería la crítica situación de la plaza. Pero tal era el descuido, tal el incomprensible abandono, que hasta dentro de la misma ciudadela iban todos los días los soldados franceses á buscar sus raciones, sin que se tomasen ni las comunes precauciones de tiempo de paz. No así desprevenido el general d'Armagnac se había de antemano hospedado en casa del marqués de Besolla, porque situado aquel edificio al remate de la explanada y enfrente de la puerta principal de la ciudadela, podía desde allí acechar con más facilidad el oportuno momento para la ejecución de su alevoso designio. Viendo frustrado su primer intento con la repulsa del Virrey, ideó el francés recurrir á un vergonzoso ardid. uno á uno y con estudiada disimulación mandó que en la noche del 15 al 16 de febrero pasasen con armas á su posada cierto número de granaderos, al paso que en la mañana siguiente soldados escogidos, guiados bajo disfraz por el jefe Robert, acudieron á la ciudadela á tomar los viveres de costumbre. Nevaba, y ba-

más ó menos imputable á todos los gobiernos!

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

ENTRADA DE LOS FRANCESES

Clara ya y del todo descubierta la política de Napoleón respecto de Portugal, disponían en tanto los fingidos aliados de España dar al mundo una señalada prueba de alevosía. Por las estrechuras de Roncesvalles se encaminó hacia Pamplona el general d'Armagnac con tres batallones, y, presentándose repentinamente delante de aquella plaza, se le permitió sin obstáculo alojar dentro sus tropas; no contento el francés con esta demostración de amistad y confianza, solicitó del Virrey, marqués de Vallesantoro, meter en la ciudadela dos batallones de suizos, so color de tener recelos de su fidelidad. Negóse á ello el Virrey, alegando que no le era lícito acceder á tan grave propuesta sin autoridad de la corte; adecua-

da contestación y digna del debido elogio, si la vigilancia hubiera correspondido á lo que requería la crítica situación de la plaza. Pero tal era el descuido, tal el incomprensible abandono, que hasta dentro de la misma ciudadela iban todos los días los soldados franceses á buscar sus raciones, sin que se tomasen ni las comunes precauciones de tiempo de paz. No así desprevenido el general d'Armagnac se había de antemano hospedado en casa del marqués de Besolla, porque situado aquel edificio al remate de la explanada y enfrente de la puerta principal de la ciudadela, podía desde allí acechar con más facilidad el oportuno momento para la ejecución de su alevoso designio. Viendo frustrado su primer intento con la repulsa del Virrey, ideó el francés recurrir á un vergonzoso ardid. uno á uno y con estudiada disimulación mandó que en la noche del 15 al 16 de febrero pasasen con armas á su posada cierto número de granaderos, al paso que en la mañana siguiente soldados escogidos, guiados bajo disfraz por el jefe Robert, acudieron á la ciudadela á tomar los viveres de costumbre. Nevaba, y ba-

jo pretexto de aguardar á su jefe, empezaron los últimos á divertirse tirándose unos á otros pellas de nieve: distrajeron con el entretenimiento la atención de los soldados españoles, y, corriendo y jugando de aquella manera, se pusieron algunos sobre el puente levadizo para impedir que le alzasen. A poco, y á una señal convenida se avalanzaron los restantes al cuerpo de guardia, desarmaron á los descuidados centinelas, y, apoderándose de los fusiles del resto de la tropa, colocados en el armero, franquearon la entrada á los granaderos ocultos en casa d' Armagnac, á los que de cerca siguieron todos los demás. La traición se ejecutó con tanta celeridad, que apenas había recibido la primera noticia el desavisado Virrey, cuando ya los franceses se habían del todo posesionado de la ciudadela. D' Armagnac le escribió entonces, á manera de satisfacción, un oficio en que al paso que se disculpaba con la necesidad, lisonjeábase de que en nada se alteraría la buena armonía propia de los fieles aliados: género de mofa con que hacía resaltar su fementida conducta.

Por el mismo tiempo se había reunido

en los Pirineos orientales una división de tropas italianas y francesas, compuesta de once mil hombres de infantería y mil setecientos de caballería. En 4 de febrero tomó en Perpiñán el mando el general Duhesme, quien en sus memorias mienta sólo disponibles siete mil soldados: á sus órdenes estaban el general italiano Lechi y el francés Chabrán. A pocos días penetraron por la Junquera, dirigiéndose á Barcelona, con intento, decían, de proseguir su viaje á Valencia. Antes de avistar los muros de la capital de Cataluña, recibió Duhesme una instrucción del capitán general, conde de Ezpeleta, sucesor por aquellos días del de Santa Clara, para suspender su marcha hasta que consultase á la Corte. Completamente ignoraba ésta el envío de tropas por el lado oriental de España, ni el embajador francés había siquiera informado de la novedad, tanto más importante, cuanto Portugal no podía servir de capa á la reciente expedición. Duhesme, lejos de arredrarse con el requerimiento de Ezpeleta, contestó de palabra con arrogancia que á todo evento llevaría á cabo las órdenes del Emperador, y que sobre

el capitán general de Cataluña recaería la responsabilidad de cualquiera desavenencia. Celebró un consejo el conde de Ezpeleta, y en él se acordó permitir la entrada en Barcelona á las tropas francesas. Así lo realizaron en 13 de aquel mes, quedando no obstante en poder de la guarnición española Montjuich y la ciudadela. Pidió Duhesme que en prueba de buena armonía se dejase á sus tropas alternar con las nacionales en la guardia de todas las puertas. Falto de instrucciones, y temeroso de la enemistad francesa, accedió Ezpeleta, con harta, si bien disculpable debilidad, á la imperiosa demanda, colocando Duhesme en la puerta principal de la misma ciudadela una compañía de granaderos, en cuyo puesto había solamente veinte soldados españoles. Pesaroso el capitán general de haber llevado tan allá su condescendencia, rogó al francés que retirase aquel piquete, pero muy otras eran las intenciones del último, no contentándose ya con nada menos que con la total ocupación. Andaba también Duhesme más receloso, á causa de la llegada á Barcelona del oficial de artillería D. Joaquín Osma, á

quien suponía enviado con especial encargo de que se velase por la conservación de la plaza, probable conjetura, en efecto, si en Madrid hubiera habido sombra de buen gobierno; mas era tan al contrario, que Osma había sido comisionado para facilitar á los aliados cuanto apeteciesen, y para recomendar la buena armonía y mejor trato. Sólo se insinuó, en instrucción verbal, que procurase de paso indagar en las conversaciones con los oficiales cuál fuese el verdadero objeto de la expedición, como si para ello hubiera habido necesidad de correr hasta Barcelona y de despachar expresamente un oficial explorador...

He aquí el modo insidioso con que en medio de la paz y de una estrecha alianza se privó á España de sus plazas más importantes: perfidia atroz, deshonrosa arteria en guerreros envejecidos en la gloriosa profesión de las armas, ajena é indigna de una nación grande y belicosa.

DERROTA DE LOS FRANCESES EN EL BRUCH
POR LOS SOMATENES.

Es el somatén de Cataluña, «un género

de socorro, como dice Zurita, repentino y cierto, que muchas veces ha sido de grande efecto. » Está conocido de tiempo inmemorial, teniendo que acudir al repique de la campana concejil, todos los hombres aptos para las armas en las diversas veguerías ó partidos, según lo dispone el usaje de Barcelona. Fué en este caso no menos provechoso que en otros antiguos y renombrados. Había pocas armas y municiones tan escasas, que careciendo de balas de fusil, se cortaron las varillas de hierro de las cortinas, para que supliesen la falta.

Los somatenes de Igualada y Manresa fueron los primeros que se prepararon, y al hijo de un mercader, llamado Francisco Riva, tenía-sele por principal caudillo. Apostáronse, pues, y se escondieron entre los matorrales y arboleda de las alturas del Bruch. Apenas había pasado la columna francesa las casas que llevan el mismo nombre, y tomada la revuelta que forma el camino real, antes de emparejar con el de Manresa, cuando fué detenida por el inesperado fuego de los encubiertos somatenes. Schwartz, después de un rato de espera, embistió á sus contrarios,

replegáronse éstos, y, disputando el terreno á palmos, se dividieron, unos yendo la vuelta de Igualada y otros la de Casa-Massana. Desalojados del último punto y teniéndose por perdidos, apriesa se retiraban, y completa hubiera sido su derrota á no haber afortunadamente Schwartz desistido de perseguirlos. Admirados los manresanos de la suspensión del francés, cobraron aliento, y, engrosados con el somatén de San Pedor, compuesto de buenos y esforzados tiradores, volvieron de nuevo á la carga. Venía con los recién llegados un tambor, quien, como más experto, hizo las veces de general en jefe. Vivamente acometieron todos juntos á los franceses de Casa-Massana, los que se recogieron al cuerpo de la columna que comía el rancho á retaguardia.

El número de somatenes crecía por momentos, sus ánimos se enardecían, adquiriendo ventaja sobre los franceses descaecidos con la impetuosa embestida. Schwartz, al ver retirarse su vanguardia, al ruido de la caja del somatén de San Pedor, persuadióse que tropa de línea auxiliaba al paisanaje. Formó entonces el cuadro para evitar ser envuelto, y al

cabo de cierto tiempo determinó retroceder á Barcelona. Aunque molestados los enemigos por los somatenes en flanco y retaguardia llegaron sin desorden hasta Esparraguera.

Los vecinos de esta villa, puestos en acecho y sabiendo que los enemigos se retiraban, atajaron la calle larga y angosta que la atraviesa, con todo linaje de obstáculos, en especial con muebles y utensilios de casa. Al anochecer se acercaron los franceses, y, penetrando en la calle con imprudencia la cabeza de la columna, cayeron en la celada que les estaba armada. De todas partes empezaron á ofenderles á tejazos y pedradas, con algunos escopetazos y hasta con calderas de agua hirviendo. Schwartz suspendió el paso, y, dividiendo su gente en dos trozos, la hizo caminar á derecha é izquierda de la villa. Apretó después la marcha durante la noche, instigado incesantemente por los somatenes los que le cogieron un cañón á la riera de Cabrera y le acosaron hasta Martorell. No imitaron sus habitantes el ejemplo de los de Esparraguera, y así fuéles permitido á los franceses entrar en Barcelona el 8 de ju-

lio; pero tan destrozados y abatidos, que dieron claro indicio de la derrota experimentada. Su pérdida no dejó de ser considerable, mayormente si se atiende á que fueron acometidos por gente allegadiza y con escasas y malas armas. De los nuestros pocos perecieron, estando siempre amparados del terreno, y protegidos en el alcance por toda la población.

Toca á los catalanes la gloria de haber sido los primeros en España que postraron con feliz éxito el orgullo de los invasores. Fué en efecto la victoria del Bruch la que antes que ninguna otra mereció ser calificada con tal nombre. Y semejante triunfo, admirable en sus circunstancias, resonando por todo el Principado, excitó noble emulación en todos sus habitantes, declarándose á porfía los pueblos unos en pos de otros y denodadamente.

EL CONDE DE TORENO.

CONOCIMIENTO ADQUIRIDO

POR EL TESTIMONIO INMEDIATO DE LOS SENTIDOS

De la existencia ó no existencia de un sér, ó bien de que una cosa es ó no es,

podemos cerciorarnos de dos maneras, por nosotros mismos, ó por medio de otros.

El conocimiento de la existencia de las cosas que es adquirido por nosotros mismos, sin intervención ajena, proviene de los sentidos, mediata ó inmediatamente, pues ó ellos nos presentan el objeto, ó de las impresiones que los mismos nos causan, pasa el entendimiento á inferir la existencia de lo que no se hace sensible ó no lo es. La vista me informa inmediatamente de la existencia de un edificio que tengo presente; pero un trozo de columna, algunos restos de un pavimento, una inscripción ú otras señales, me hacen conocer que en tal ó cual lugar existió un templo romano. En ambos casos debo á los sentidos la noticia; pero en el primero inmediata, en el segundo mediatamente.

El conocimiento inmediato que los sentidos nos dan de la existencia de una cosa es á veces errado, porque no nos servimos como debemos de estos admirables instrumentos que nos ha concedido el Autor de la naturaleza. Los objetos corpóreos obrando sobre el órgano de los sentidos causan una impresión á nuestra al-

ma: asegurémonos bien de cuál es esta impresión, sepamos hasta qué punto le corresponde la existencia de un objeto; he aquí las reglas para no errar en estas materias. Algunas explicaciones enseñarán más que los preceptos y teorías.

Veo á larga distancia un objeto que se mueve, y digo: «allí hay un hombre;» y acercándome más, descubro que no es así, y que sólo hay un arbusto mecido por el viento. ¿Me ha engañado el sentido de la vista? No, porque la impresión que ella me transmitía era únicamente de un bulto movido; y si yo hubiese atendido bien á la sensación recibida habria notado que no me pintaba un hombre. Cuando, pues, yo he querido hacerle tal, no debo culpar al sentido, sino á mi poca atención, ó bien, á que notando alguna semejanza entre el bulto y un hombre visto de lejos, he inferido que aquello debía serlo en efecto, sin advertir que la semejanza y la realidad son cosas muy diversas.

Teniendo algunos antecedente de que se dará una batalla, ó se hostilizará alguna plaza, paréceme que he oído cañonazos, y me quedo en la creencia de que ha comenzado el fuego. Noticias posteriores

me hacen saber que no se ha disparado un tiro: ¿quién tiene la culpa de mi error? No mi oído, sino yo. El ruido se oía, en efecto; pero era el de los golpes de un leñador que resonaban en el fondo de un bosque distante; era el de cerrarse alguna puerta, cuyo estrépito retumbaba por el edificio y sus cercanías; era el de otra cosa cualquiera que producía un sonido semejante al del estampido de un cañón lejano. ¿Estaba yo bien seguro de que no se hallaba á mis inmediaciones la causa del ruido que me producía la ilusión? ¿Estaba bastante ejercitado para discernir la verdad, atendida la distancia á que debía hacerse el fuego, la dirección del lugar, y el viento que á la sazón reinaba? No es, pues, el sentido quien me ha engañado, sino mi ligereza y precipitación. La sensación era tal cual debía de ser; pero yo le he hecho decir lo que ella no me decía. Si me hubiese contentado con afirmar que oía ruido parecido al de cañonazos distantes, no hubiera inducido á error á otros y á mí mismo.

A uno le presentan un alimento de excelente calidad, y al probarlo dice: «es malo, intolerable, se conoce que hay tal

ó cual mezcla,» y es que en efecto su paladar lo experimenta así. ¿Le engañó el sentido? No; si le pareció amargo, no podía suceder de otra manera, atendida la indisposición gástrica que le tenía cubierta la lengua de un humor que lo maleaba todo. Bastábale á este hombre un poco de reflexión para no condenar tan fácilmente, ó al criado ó al revendedor. Cuando el paladar está bien dispuesto, sus sensaciones nos indican las cualidades del alimento; en caso contrario, no.

Conviene notar que para conocer por medio de los sentidos la existencia de un objeto, no basta á veces el uso de uno sólo, sino que es preciso emplear otros al mismo tiempo, ó bien atender á las circunstancias que nos pueden prevenir contra la ilusión. Es cierto que el discernir hasta qué punto corresponde la existencia de un objeto á la sensación que recibimos, es obra de la comparación, la que es fruto de la experiencia. Un ciego á quien se quitan las cataratas, no juzga bien de las distancias, tamaños y figuras, hasta haber adquirido la práctica de ver. Esta adquisición la hacemos sin advertirlo desde niños, y así creemos que bas-

ta abrir los ojos para juzgar de los objetos tales como son en sí. Una experiencia muy sencilla y frecuente nos convencerá de lo contrario. Un hombre adulto y un niño de tres años están mirando por un vidrio que les ofrece á la vista paisajes, animales, ejércitos... ambos reciben la misma impresión; pero el adulto, que sabe bien que no ha salido al campo, y se halla en un aposento cerrado, no se altera ni por la cercanía de las fieras, ni por los desastres del campo de batalla. Lo que le cuesta trabajo es conservar la ilusión; y más de una vez habrá menester distraerse de la realidad, y suplir algunos defectos del cuadro ó instrumento, para sentir placer con la presencia del espectáculo. Pero el niño, que no compara, que sólo atiende á la sensación en todo su aislamiento, se espanta y llora temiendo que se le han de comer las fieras, ó viendo que tan cruelmente se matan los soldados.

Todavía hay más: experimentamos á cada paso que una perspectiva excelente, de la cual no teníamos noticia, vista á la correspondiente distancia nos causa una ilusión, y nos hace tomar por obje-

tos de relieve los que en realidad son planos. La sensación no es errada; pero sí lo es el juicio que para ella formamos. Si advirtiésemos que caben reglas para producir en la retina la misma impresión con un objeto plano que con otro abultado, nos hubiéramos complacido en la habilidad del artista, sin caer en error. Este habría desaparecido mirando el objeto desde puntos diferentes, ó valiéndonos del tacto.

Lo que acontece habitualmente en estado de enfermedad cerebral, puede suceder muy bien cuando, exaltada la imaginación por una causa cualquiera, se pone actualmente enfermiza con relación á lo que la preocupa. ¿Qué son las manías sino la realización de este fenómeno? Pues entiéndase que las manías están distribuidas en muchas clases y graduaciones; y que las hay continuas y por intervalos, extravagantes y arregladas, vulgares y científicas; y que así como *Don Quijote* convertía los molinos de viento en desaforados gigantes, y los rebaños de ovejas y carneros en ejércitos de combatientes, puede también un sabio

testarudo descubrir con la ayuda de sus telescopios, microscopios y demás instrumentos, todo cuanto á su propósito cumpliera.

Los hombres muy pensadores y ensimismados, corren gran riesgo de caer en manías sabias, en ilusiones sublimes; que la misera humanidad, por más que se cubra con diferentes formas, según las varias situaciones de la vida, lleva siempre consigo su patrimonio de flaqueza. Para una débil mujercilla el susurro del viento es un gemido misterioso; la claridad de la luna, es la aparición de un finado, y el chillido de las aves nocturnas es el grito de las evocaciones del Averno para asistir á escenas pavorosas. Desgraciadamente, no son sólo las mujeres las que tienen imaginación calenturienta, y que toman por realidades los sueños de su fantasía.

JAIME BALMES.

(El Criterio.)

YO QUIERO SER CÓMICO

Auch'io son pittore.

No fuera yo Figaro, ni tuviera esa

travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, sino sacara á luz pública cierta visita que no há muchos días tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillón, de estos que dan vuelta sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto, por asemejarse en cierto modo á muchas gentes que conozco; y me hallaba en la mayor perplejidad sin saber cuál de mis numerosas apuntes elegiría para un artículo que me correspondía ingerir aquel día en la *Revista*. Quería yo que fuese interesante sin ser mordaz, y, conocida toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está un hombre de buen humor ó de buen talante para comunicar el suyo á los demás. No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, porque, mientras yo no haga más que cumplir con las obligaciones de fiel cronista de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pendencias por una sátira más ó menos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogería por más

testarudo descubrir con la ayuda de sus telescopios, microscopios y demás instrumentos, todo cuanto á su propósito cumpliera.

Los hombres muy pensadores y ensimismados, corren gran riesgo de caer en manías sabias, en ilusiones sublimes; que la misera humanidad, por más que se cubra con diferentes formas, según las varias situaciones de la vida, lleva siempre consigo su patrimonio de flaqueza. Para una débil mujercilla el susurro del viento es un gemido misterioso; la claridad de la luna, es la aparición de un finado, y el chillido de las aves nocturnas es el grito de las evocaciones del Averno para asistir á escenas pavorosas. Desgraciadamente, no son sólo las mujeres las que tienen imaginación calenturienta, y que toman por realidades los sueños de su fantasía.

JAIME BALMES.

(*El Criterio*)

YO QUIERO SER CÓMICO

Auch'io son pittore.

No fuera yo Figaro, ni tuviera esa

travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, sino sacara á luz pública cierta visita que no há muchos días tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillón, de estos que dan vuelta sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto, por asemejarse en cierto modo á muchas gentes que conozco; y me hallaba en la mayor perplejidad sin saber cuál de mis numerosas apuntes elegiría para un artículo que me correspondía ingerir aquel día en la *Revista*. Quería yo que fuese interesante sin ser mordaz, y, conocida toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está un hombre de buen humor ó de buen talante para comunicar el suyo á los demás. No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, porque, mientras yo no haga más que cumplir con las obligaciones de fiel cronista de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pendencias por una sátira más ó menos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogería por más

inocente, cuando me deparó felizmente la casualidad materia sobrada para un artículo, al anunciarme mi criado á un joven que me quería hablar indispensablemente.

Pasó adelante el joven, haciéndome una cortesía bastante zurda, como de hombre que necesita y estudia en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos é inclinaciones, ó su humor del momento para conformarse prudentemente por él; y dando tormento á los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplegasé á mi vista sentimientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzosamente sumisa y cariñosa:

—¿Es usted el redactor llamado Figaro?...

—¿Qué tiene usted que mandarme?

—Vengo á pedirle un favor... ¡Cómo me gustan sus artículos de usted!

—¡Es claro... si usted me necesita...

—Un favor de que depende mi vida acaso... ¡Soy un apasionado, un amigo de usted!

—Por supuesto... Siendo el favor de tanto interés para usted...

—Yo soy un joven...

—Lo presumo.

—Que quiero ser cómico y dedicarme al teatro...

—¿Al teatro?

—Sí, señor... como el teatro está cerrado ahora...

—Es la mejor ocasión.

—Como estamos en cuaresma, y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearía que usted me recomendase...

—¡Bravo empeño! ¿A quién?

—Al Ayuntamiento.

—¡Hola! ¿Ajusta el Ayuntamiento?

—Es decir, á la empresa.

—¡Ah! ¿Ajusta la empresa?

—Le diré á usted... según algunos, esto no se sabe... pero... para cuando se sepa.

—En ese caso, no tiene usted prisa, porque nadie la tiene...

—Sin embargo, como yo quiero ser cómico...

—Cierto... ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

—¿Cómo? ¿Se necesita saber algo?

—No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor,

—Por eso, yo no quiero singularizarme; siempre es malo entrar con ese pie en una corporación.

—Ya le entiendo á usted: usted quisiera ser cómico aquí, y así será preciso examinarle por la pauta del país. ¿Sabe usted el castellano?

—Lo que usted ve... para hablar, las gentes me entienden...

—Pero la gramática, la propiedad y...

—No, señor, no.

—Bien, jeso es muy bueno! Pero sabrá usted desgraciadamente el latín, y habrá estudiado humanidades, bellas letras...

—Perdone usted.

—Sabrá de memoria los poetas clásicos, y los comprenderá y podrá verter sus ideas en las tablas.

—Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡Tan poco favor me hace usted! Que me caiga muerto aquí si he leído una sola línea de eso, ni he oído hablar tampoco... mire usted...

—No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectación todas las letras de una palabra y decir unas veces por otras, *actitud* por *aptitud*, y *aptitud* por *actitud*;

diferencia por diferencia; háyamos por hayamos; dragmático por dramático, y otras semejantes?

—Sí, señor, sí; todo eso digo yo.

—Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso. ¿Aprendió usted historia?

—No, señor; no sé lo que es.

—Por consiguiente no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caracteres históricos...

—Nada, nada, no señor.

—Perfectamente.

—Le diré á usted; en cuanto á trajes, ya sé que en siendo muy antiguo, siempre á la romana.

—Esto es: aunque sea griego el asunto.

—Sí, señor: si no es tan antiguo, á la antigua francesa, á la antigua española; según... ropilla, trusas, capacetes, acuchillados, etc. Si es más moderno ó del día, levita á lo Utrilla en los calaveras; y polvos, casacón y media en los pades. ®

—¡Ah! ¡ah! Muy bien.

—Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galán ó á la dama, según el sexo de cada uno que lo pregunta, y

conforme á lo que ellos tienen en sus arcas, así...

—¡Bravo!

—Porque ellos suelen saberlo.

—¿Y cómo presentará usted un carácter histórico?

—Mire usted: el papel lo dirá, y luego como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar, sólo para desmentirle á uno... además que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros.

—¡Ah! ya... usted sirve para el ejercicio. La figura es lo que no...

—No es gran cosa; pero no es esencial.

—¿Y de educación, de modales y usos de sociedad? ¿A qué altura se halla usted?

—Mal; porque, si va á decir verdad, yo soy pobrecillo. Yo era escribiente en una mala administración: me echaron por holgazán, y me quiero meter cómico, porque se me figura á mí que es oficio en que no hay nada que hacer.

—Y tiene usted razón.

—Todo lo hace el apunte, y... por consiguiente, no conozco esos señores

usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté á ninguno de ellos.

—Ni conocerá usted el mundo, ni el corazón humano.

—Escasamente.

—¿Cómo presentará usted tantos caracteres distintos?

—Le diré á usted: si hago de rey, de príncipe ó de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro á mis compañeros, y mandaré con mucho imperio.

—Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y, como están acostumbrados, desde que nacen, á ser obedecidos á la menor indicación, mandan poco y sin dar gritos...

—Sí, pero ¡ya ve usted! en el teatro es otra cosa.

—Ya me hago cargo.

—Por ejemplo: si hago un papel de juez, aunque esté delante de señoras ó en casa ajena, no me quitaré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza; daré fuertes golpes en el tablado con mi bastón de borlas, y pondré cara de caballo, como si los jueces no tuvieran entrañas.

—No se puede hacer más.

—Si hago de delincuente, me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes.

—Muy bien.

—Si hago un papel de pícaro, que ahora están en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos... Si hago un calavera, muchos brincos y zapatetas, carreritas de pies y lengua, vueltas rápidas y habla ligera... Si hago un barba, andaré á compás, como un juego de escarpas, me temblarán siempre las manos como perlático ó descoyuntado, y aun cuando el papel no apunte más que cincuenta años, haré del tarato y decrepito, y apoyaré mucho la voz con intención marcada en la moraleja, como quien dice á los espectadores: «allá va esto para ustedes.»

—¿Tiene usted grandes calvas para los barbas?

—¡Oh! disformes, tengo una que me coge desde las narices hasta el colodrillo; bien que ésta la reservo para las grandes solemnidades. Pero aun para diario tengo otras tales que no se me ve la cara con ellas,

—¿Y los graciosos?

—Esto es lo más fácil, estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequín...

—Usted hará furor.

—¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa, y se hundirá la casa á aplausos. Y espècialmente, en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y parlamentos de intención ó lucimiento que en mi parte se presenten.

—¿Y memoria?

—No es cosa la que tengo; y aun esa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además que eso es cuenta del apuntador. Si se descuida, se le lanza de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público. ¿Ven ustedes qué hombre?

—Esto es; de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta y sacándole á usted la relación del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oír á un mismo

tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

—Sí, señor; y, en fin, cuando uno no sabe su relación, se dice cualquier tontaría, y el público se ríe. ¡Es tan guapo el público! ¡Si usted viera!

—¡Ya sé, ya!

—Vez hay que en una comedia en verso se añade un párrafo en prosa: pues ni se enfada ni menos lo nota. Así es que no hay nada más común que añadir...

—¡Ya se ve que hacen muy bien! Pues señor, usted es cómico, y bueno. ¿Usted ha representado anteriormente?

—¡Vaya! En comedias caseras. He alborotado con el *García* y el *Delincuente honrado*.

—No más, no más: le digo á usted que usted será cómico. Dígame usted. ¿Sabrá usted hablar mal de los poetas, y despreciarlos aunque no los entienda: alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa lo que es; ó por el verso, más que no entienda siquiera lo que es prosa?

—¿Pues no tengo de saber, señor? Eso lo hace cualquiera.

—¿Sabrá usted quejarse amargamente, y entablar una querrela criminal contra

el primero que se atreva á decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresalientemente? ¿Sabrá usted decir de los periodistas, que quiénes son ellos para...

—Vaya si sabré: precisamente este es el tema nuestro de todos los días. Mande usted otra cosa.

Al llegar aquí, no pude yo contener mi gozo por más tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado: «Venga usted acá, mancebo generoso, exclamé todo alborozado, venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática, para renovar aquel siglo de oro, en que sólo comían los hombres bellotas y pacían á su libertad por los bosques, sin la distinción del tuyo y del mío. Usted será cómico en fin, ó se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio.»

Diciendo estas y otras razones, despedí á mi candidato, prometiéndole las más eficaces recomendaciones.

M. J. DE LARRA.

(Figaro)

ORIGEN DE NUESTRAS ESCUELAS, SU ESPLENDOR Y DECADENCIA

Los tiempos que inmediatamente siguieron á la conquista de España por los árabes, no hubieron de ser en manera alguna favorables al estudio y al cultivo de las ciencias. Las escuelas que durante la monarquía goda habían existido, restos las unas de las establecidas por los romanos, creadas las otras por el clero, desaparecieron casi todas en aquella gran catástrofe; y las pocas que para la educación de los fieles quedaron en el territorio ocupado por los moros, y consentidas por éstos, perdieron toda importancia al lado de las más célebres que erigió la ilustración de los dominadores. En cuanto á los cristianos libres, reducidos á las asperezas de Covadonga, ocupados primero en defenderse contra el poder formidable de sus enemigos, y luego en recuperar palmo á palmo la tierra de sus mayores, sólo el ejercicio de las armas era entonces entre ellos de sazón, no quedándoles lugar para las pacíficas tareas del entendimiento. Guerreros y no estudiantes se necesi-

taban en tan tremenda crisis: todos eran soldados; y hasta los ministros del altar, á quienes más particularmente incumbía el conservar la moribunda antorcha del saber, tenían que abandonar la pluma por la espada y lanzarse á los combates en defensa de su Dios y de su patria.

Era además la época en que por toda Europa se eclipsaban los últimos restos de la civilización antigua. En vano Carlo-Magno procuró detener la decadencia dando nuevo impulso á los estudios: ocupado á su muerte el Occidente en la larga elaboración del feudalismo, triste fin que tuvo su dilatado imperio, se completó la barbarie á que habían dado principio las invasiones septentrionales; y durante más de tres siglos, castillos y no escuelas se alzaban por doquiera; armas y no libros se fabricaban; guerras y no discusiones literarias se promovía entre los conmovidos pueblos.

Pero no está la especie humana destinada á padecer un eclipse que le envuelva entera en las perdurables sombras de la ignorancia, y siempre existe un principio conservador, que alimenta la fuerza vital y progresiva del entendimiento.

Error fuera creer que durante aquellos siglos llamados de barbarie, se apagó del todo la luz de la ciencia, sin que nada quedase de la obra de Carlo-Magno. El hijo y los nietos de este grande hombre, educados en la escuela palatina, blasonaban de doctos; y en medio de sus interminables guerras, dispensaron protección á la enseñanza. El clero, depositario entonces del saber, coadyuvaba á sus miras, sosteniendo, en iglesias y monasterios, algunas escuelas; donde se aprendía gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, astronomía y música. Verdad es que estos estudios apenas aprovechaban más que á los que seguían la carrera eclesiástica: los seculares abandonaban cada vez más las escuelas; y las invasiones normandas, la disolución de los últimos restos del imperio Carlovingio, produjeron, aún en el clero, si no retroceso, al menos paralización respecto de la enseñanza, la cual no volvió á dar señales de vida hasta que, asentada de un modo firme en el trono la dinastía de los Capetos, fué organizándose la universidad de París, origen y vehículo de la ilustración francesa.

Entonces, en aquella gran reunión de maestros y alumnos que de todo el orbe acudían, Guillermo de Champeaux, Pedro Lombardo, Roscelino, Abelardo y otros sabios elocuentes, produjeron un movimiento intelectual inmenso, movimiento que, extendiéndose á todas partes, fué, por decirlo así, el despertador del genio europeo, que desde entonces empezó á desplegar el vuelo que á tanto se ha remontado en los tiempos modernos. El siglo XII, tan despreciado generalmente cuando se pondera la ignorancia de la Edad Media, es, sin embargo, uno de los que más sobresalen en los anales del mundo, porque en él se ve á la civilización recibir un poderoso impulso para entrar en nuevas vías de actividad y progreso. Las grandes cuestiones literarias y filosóficas, saliendo de la obscuridad de los claustros, se controvierten á la luz del día, se apoderan de todas las cabezas pensadoras, y producen ruidosas disputas, en las que si bien no faltan intolerancia y persecuciones, hay movimiento y vida. Porque el entendimiento humano, en su laboriosa carrera, no camina sino entre escollos, que, si á veces le detienen,

sirven también para darle más bríos con los rudos combates á que se ve obligado. El siglo XII fué, pues, el punto de partida de la civilización europea: en él la enseñanza adquirió grande importancia, y empezó á organizarse por todos lados: en él creáronse multitud de escuelas; y de aquella época data el origen de las más célebres universidades.

Acontecimiento es este notable, no sólo por la grande extensión que adquirieron los estudios, sino también por ser el primer paso que se dió para la secularización de la enseñanza. Esta entonces salió de las iglesias y monasterios para fijarse en escuelas propiamente tales, sin otro destino que el de la instrucción pública. A la verdad, hasta mucho tiempo después, fueron aún clérigos y monjes los que regentaron las cátedras; pero ya no lo hacían como ocupación inherente á su estado, sino á fuer de sabios, circunstancia que, alcanzando también á los seglares, les abría las puertas de la universidad para brillar en ella. Así se fué formando poco á poco una clase de hombres exclusivamente dedicados al profesorado, y que, reclutándose cada vez más en el

siglo, tenían que traer un tiempo en que los lazos entre el templo y las escuelas quedasen de todo punto disueltos.

Si en las orillas del Sena, como también en las del Támesis, del Pó, y en otros puntos de Europa, renacía de esta suerte la civilización, no sucedía lo mismo en el Norte de la Península ibérica, colocado en circunstancias menos favorables, y donde el retroceso intelectual hubo de ser espantoso. Hasta la batalla de Calatañazor, que acabó con el más formidable enemigo de los cristianos, dando principio á la decadencia del imperio de los Omniades, ningún punto de los habitados por aquéllos se hallaba á cubierto de la devastación. La capital misma de los monarcas leoneses se vió más de una vez abandonada ó destruída; y en tal estado, no podían existir escuelas, que sólo viven á la sombra de la paz y requieren estabilidad para desarrollarse. Dábanse únicamente en algunas iglesias y monasterios las enseñanzas más necesarias al clero, acudiendo á Francia ó Italia los que anhelaban mayor perfección en los conocimientos de la época.

Otra era la suerte de las letras en el Mediodía de España, donde, desde los primeros años de la conquista, asentaron los moros su imperio sin contradicción alguna, manteniendo viva, por medio de sus comunicaciones con el Oriente, una civilización especial, que así se prestaba á los encantos de la más exuberante poesía, como á las abstracciones de las ciencias exactas y á las sutilezas de la metafísica. Los árabes, pasado que hubo el primer ímpetu de su fanatismo, conquistador, luego que se vieron dueños de las más bellas regiones asiáticas, donde se conservaban esplendorosos restos del saber antiguo, no pudieron menos de sentirse avasallados por los portentos de las artes, que los rodeaban, y por la influencia de los que, si bien esclavos suyos, los aventajaban tanto en ilustración y cultura. Amantes de la poesía, de ingenio vivo y penetrante, de comprensión fácil, aunque más sutiles que profundos, abandonaron pronto sus intentos destructores, y se dedicaron al cultivo de las letras y ciencias, dándoles cierto carácter peculiar, que después influyó no poco en la cultura europea. Preciso es hacerles

justicia. A pesar del descrédito que sobre ellos ha dejado el hecho de Omar, mal comprobado en la historia, no estuvieron animados del espíritu devastador que acompañara á los septentrionales. Trajeron éstos, es verdad, en sus costumbres y leyes, principios que desarrollados á su tiempo, han sido favorables á la civilización del mundo; pero al arrojarse sobre el coloso romano, hubo entre ellos y los musulmanes la enorme diferencia de presentarse los primeros como destructores del saber de los vencidos, mientras los segundos se envanecieron con el papel de continuadores. Los árabes, por la influencia que al fin ejercieron sobre el Occidente, hicieron retroceder la barbarie que le cubría. Remontáronse á las fuentes eternas de la sabiduría griega; y no contentos con salvar el tesoro de los conocimientos adquiridos, abrieron nuevas vías al estudio de las ciencias y de la naturaleza. Las matemáticas, la geografía, la astronomía, la medicina, fueron objeto de sus desvelos. Tradujeron la mayor parte de las obras científicas de los griegos, particularmente las de Aristóteles y Ptolomeo; dieron

á conocer los guarismos, que llevan su nombre y que tanto han influido en las ciencias del cálculo; crearon, por decirlo así, el álgebra, que los griegos no habían hecho más que divisar; fundaron las ciencias químicas, aunque con ellas trataron sólo de hallar el oro y la panacea universal; hicieron la primera medición del meridiano terrestre; fueron tal vez los introductores del papel, de la pólvora, de la brújula y de otros inventos de sumo trascendencia, atribuidos á la Edad Media; y en fin, produjeron gran número de sabios que, extendiéndose por todas partes, llevaron al Occidente la fama de su ciencia y los gérmenes de una nueva cultura. No se quedaron atrás sus hermanos de España, y antes bien los aventajaron, conservando por más tiempo la antorcha del saber que en Asia se fué extinguiendo en medio de las continuas revoluciones que sufrieron aquellos desventurados países; y las escuelas, academias y demás establecimientos de Andalucía, en que muchos encuentran el origen y modelo de las universidades, juntamente con los hombres doctos que formaban, adquirieron tal celebridad,

que desde los puntos más remotos acudían cuantos, impulsados por el ansia de instrucción, querían beberla en sus más puras y abundantes fuentes.

Otra raza, maldecida entonces, contribuía, con la mahometana, á propagar las luces. Sin patria fija, ó por mejor decir, teniendo por patria todas las naciones, los judíos se dedicaron principalmente á la medicina, y por lo tanto al estudio de la naturaleza, brillando también muchos en las demás ciencias y la literatura. Fundaron primero en Oriente sus célebres academias ó escuelas, llamadas Yesebot, y las trajeron luego á Europa, no siendo España la que menos participó de este beneficio. Cuando todo el que no era clérigo ó monje se hallaba sumergido en la más profunda ignorancia, estos sectarios cosmopolitas, dotados de suma actividad, además de ser el principal vehiculo del comercio, hacían el oficio de traficantes del saber humano. Corriendo muchas tierras, recogían las riquezas científicas de cada país para llevarlas á los demás, desenterraban libros perdidos, los copiaban y traducían, enseñaban en no pocas partes, curaban en

las más, y haciéndose indispensables en todas, adquirieron suma influencia en los palacios de los reyes, en los castillos feudales y en las más célebres escuelas, sembrando por donde quiera semillas preciosas que no tardaron en florecer y dar ópimos frutos.

Algunas escuelas en iglesias y monasterios, particularmente las que fundaron los monjes de Cluni, que hacia el siglo XI se introdujeron en la Península; viajes por Francia y por la parte de España sujeta á los musulmanes; el trato con moros y judíos y con los extranjeros que el comercio, la devoción ú otros motivos atraían á las poco cultas ciudades de León y Castilla; he aquí, pues, los únicos medios de instrucción que los habitantes de estos reinos tuvieron durante el triste período de prueba y sufrimiento que atravesaron, hasta que, conquistada por Alfonso VI la antigua capital del imperio godo, quedó decidida la superioridad de los cristianos, pudiendo ya éstos, seguros en sus hogares, pensar en otra cosa que no fuese la guerra y las artes de defensa ó de exterminio.

Así es, que aquel monarca, ansioso en

tonces de promover mayor cultura en sus atrasados pueblos, creó en el monasterio de benedictinos de Sahagún una escuela que, bajo sus auspicios, se hizo muy pronto famosa, concurriendo á ella, no sólo monjes, sino también seglares. Todavía hizo más el célebre vencedor de las Navas de Tolosa, el noble Alfonso VII de Castilla, que no contento con el laurel de guerrero, quiso aspirar al título de protector de las letras, y estableció en Palencia una academia general de estudios, que muchos citan como la primera Universidad de España, dotándola generosamente y atrayendo á ella los más doctos profesores de Francia é Italia, á quienes prodigó muy grandes recompensas. Siguiendo su ejemplo, el rey de León Alfonso IX fundó el estudio general de Salamanca, aunque con más escasez de recursos que el de Palencia, por cuya razón brilló menos entonces la escuela que pocos años después llegó á ser la lumbrera de España y una de las cuatro principales de todo el Occidente. En fin, Valladolid y otros pueblos tuvieron también estudios que, meramente eclesiásticos, pasaron á ser generales, ad-

quiriendo celebridad aun antes que los reyes y los papas los elevaran á superior categoría.

El gran San Fernando, que reunió para siempre bajo un mismo cetro las dos coronas de León y Castilla, y que en vez de estar á la defensiva, llevó sus armas á los campos andaluces, apoderándose de las más bellas regiones de España, de las ricas ciudades que durante cinco siglos habían sido el emporio de la civilización musulmana, pudo disponer de menos elementos de ilustración para sus pueblos, y concedió una decidida protección al estudio de Salamanca, que á poco tiempo eclipsó el de Palencia. Mientras éste desaparecía, aquél aumentaba su esplendor y gloria, y obtenida por fin la sanción pontificia, tomaba el título de universidad, logrando una de las épocas más brillantes de su historia bajo el sucesor del santo rey, su hijo Alfonso el Sabio, digno de este título por su inmensa erudición, ya que no por los aciertos de su gobierno. Entonces se establecieron nuevas cátedras de lenguas, retórica, medicina, matemáticas, música y otras útiles enseñanzas; entonces se tra-

dujeron al latín las mejores obras de los griegos, que los árabes nos dieron á conocer en su lengua, y las que éstos habían compuesto sobre matemáticas, química y medicina; entonces brillaron conocimientos astronómicos que los mismos árabes habían salvado del olvido, recibiendo una magnífica aplicación en las Tablas Alfonsinas; y entonces, por último, entrando los españoles en la carrera del saber con tanto más ardor cuanto mayor había sido su forzoso alejamiento de ella, hicieron tales progresos, que en breve, lejos de verse obligados á salir de su patria para buscar la ciencia en extranjeros climas, fueron ellos mismos objeto de admiración y envidia para los extraños.

Mientras así progresaban los pueblos sujetos á la corona de Castilla, no se quedaban en zaga los que componían la monarquía aragonesa. El condado de Barcelona, formando á veces un solo estado con la Provenza, y hablando la misma lengua, participó de su temprana civilización, y unidos después al reino de Aragón, le comunicó su cultura. Brillaron las letras en aquella parte de España,

siendo catalanes, valencianos y mallorquines muchos de los más célebres trovadores que encantaron á Europa con su galante y sutil poesía. Por otro lado, las continuas comunicaciones de estos reinos con Italia; la dominación que sus monarcas ejercieron en Sicilia y Nápoles; las expediciones á Oriente que hicieron vacilar el imperio griego; el gran comercio de los catalanes; su destreza y fama en la navegación, á tal punto que sus leyes marítimas llegaron casi á ser un código universal; la frecuente celebración de las cortes de amor, así en Barcelona como en Zaragoza; la costumbre que tenían muchas familias de enviar sus hijos á Bolonia para educarse en aquella universidad, que sólo á la de París cedía en gloria literaria, todo contribuyó á que los pobladores de las costas del Mediterráneo se adelantasen tal vez á los castellanos. Y no faltaron tampoco en Aragón escuelas donde su juventud se formase; constando que en sus iglesias y monasterios sucedía lo que en toda la cristiandad. Casi al propio tiempo que la universidad de Valladolid, se fundaba la de Lérida para el condado de Barcelona,

La ciudad de Huesca, recordando que en ella habia establecido el romano Sertorio un célebre gimnasio, donde se educó gran parte de la nobleza española, solicitó del rey D. Pedro IV la creación de estudios generales, á lo que este monarca accedió, mandando al propio tiempo que aquella Universidad fuese la única en todo el reino de Aragón, Zaragoza poseía escuelas que, fundadas, según dicen, por Augusto, pasaron luego á manos del clero, y hasta se conservaron durante la dominación sarracena, recuperando su esplendor después de la reconquista. Esfuerzos hicieron sus habitantes para convertir estos estudios en generales y luego en Universidad, y al fin lo consiguieron, aunque bastante tarde. Cuando el rey D. Jaime I ganó á Valencia, le concedió un fuero que establecía la libertad de enseñanza, con cuyo motivo se dedicaron muchos á este ejercicio, contándose entre ellos á varios doctores de la Universidad de París, hasta que San Vicente Ferrer reunió todas estas escuelas particulares en un estudio público, que más adelante logró igualmente conferir los grados académicos.

Reunidos al fin los Estados de Castilla y Aragón, el impulso es mayor todavía. La católica Isabel llama para la educación de sus hijos á los más distinguidos maestros, así españoles como extranjeros; y deseando que la nobleza hermanase con el ejercicio de las armas el cultivo de la letras, funda, bajo la dirección de Pedro Mártir de Angleria, sabio italiano traído expresamente de su patria, una escuela que no tardó en llenarse de numerosos discípulos pertenecientes á las más altas familias. Aumentanse desde entonces considerablemente los establecimientos de enseñanza. A esta época pertenece la definitiva constitución de las universidades de Zaragoza y Valencia; la de Alcalá queda completamente organizada por el gran numen de Cisneros: créanse ó se reforman también las de Barcelona, Sevilla, Granada y Toledo, más tarde las de Oviedo y Santiago; y finalmente, es tan profuso en esto el siglo XVI, que, como en su lugar veremos, pasan de treinta las universidades que sólo en la Península llegaron á contarse. Reyes, prelados y magnates rivalizan en este punto, construyendo edificios mag-

níficos para toda clase de escuelas, dotándolas espléndidamente, y atrayendo con brillantes recompensas á los maestros de más nombradía. Aquellos cuyos recursos no alcanzan á tanto, fundan cátedras de latinidad, ó dejan legados á conventos con la obligación de abrir aulas para ciertas materias, principalmente humanidades, lógica y teología. Jamás hubo nación donde los medios de aprender se hallaran en tanta abundancia; pues no sólo estaba generalmente adoptado el sistema de enseñanza gratuita, sino que además multitud de colegios brindaban con su asilo á la numerosa juventud que se apresuraba á disfrutar de tan altos beneficios.

La masa general del pueblo permanecía, no obstante, en la ignorancia; porque, como más adelante veremos, la instrucción primaria yacía en completo abandono, dándose precio únicamente á los estudios superiores. Pero el mismo pueblo, merced á la profusión con que estos estudios se promovían, hallaba camino para que gran número de sus hijos saliese de su humilde condición, pudiéndose elevar hasta las más altas dignida-

des. A nadie se le preguntaba su origen, se atendía sólo á su saber; y cada estudiante, por pobre que fuese, veía en perspectiva, como premio de su aplicación y talento, una mitra, una toga, un asiento en los consejos del Estado. Así, los claustros, la Iglesia, los tribunales se llenaban de una inmensa multitud que contribuía poderosamente á aumentar el caudal intelectual de España; pero que, por una triste consecuencia, dejaba despoblados los campos y los talleres, que fueron visiblemente decayendo.

¿Cuál era entonces el sistema de enseñanza que prevalecía en tan considerable número de establecimientos literarios? Sistema general, ninguno; pues no había llegado la época en que así en éste como en los demás ramos de la administración, los gobiernos han creído necesario sujetarlo todo á un pensamiento uniforme, á una pauta común, estableciendo por donde quiera unidad y simetría. Era, por el contrario, el tiempo de la diversidad, del privilegio. La misma autoridad suprema se creía exenta del cuidado de dirigir las escuelas, dejándolas á merced de sus patronos, ó entregadas á

si propias, y contentándose, cuando más, con algunas lejanas visitas. Cada universidad tenía los estudios que le permitían sus recursos, sin más regla que la voluntad del fundador ó las prescripciones de la Santa Sede, gobernándose por sus particulares estatutos. Ni aun dentro de cada universidad se conocía un orden fijo, un método invariable, un cuerpo de doctrina por cada facultad, sino que establecidas cátedras para varios autores, tratados ó sistemas, el escolar seguía las que más le acomodaban, sujeto sólo á la asistencia mal probada de cierto número de años, y á la sustentación de los actos que cada grado exigía. La diversidad en esto era grande, y puede decirse que existía entonces casi en su mayor latitud de libertad de enseñanza; pero libertad limitada por el espíritu de la época, en que predominaba sobre todas las ciencias y estudios el respeto á la autoridad de los grandes maestros, el apego á ciertos libros considerados como el último esfuerzo del entendimiento humano, y la influencia de doctrinas arraigadas, que se tenía por locura ó profanación poner en duda. Epoca de erudi-

ción más bien que de examen, necesitábase que aquélla se agotara y no ofreciera ya pábulo á la ansiosa inquietud de la razón, para que ésta recobrase sus fueros, conociese la insuficiencia del saber antiguo, y se lanzase en los campos desconocidos de nuevas investigaciones, á fin de presentar á los unos verdades ignoradas, y despertar en los otros el recelo de alteraciones peligrosas.

Pudo este sistema producir buenos resultados, excitando, entre las varias universidades, una provechosa emulación; pero también, andando el tiempo, esta emulación se convirtió, á impulsos del amor propio, en un apego á las doctrinas que cada cual sustentaba, y en rivalidad engendradora de odios implacables. A los esfuerzos para mejorar, siguiéronse las disputas para deprimirse; en vez de hacer nuevos descubrimientos, se agotaban todos los recursos del ingenio para probar que no se podía saber más; y el error llegó á ser un ídolo que se adoraba con entusiasmo y se defendía con toda la pertinacia del orgullo ofendido.

En aquel tiempo, sin embargo, y hasta

la época fatal de nuestra decadencia, se hallaban las universidades españolas al nivel de las más adelantadas de Europa, enseñándose en ellas, tal vez con mayor perfección que en ninguna, todas las ciencias conocidas. Las humanidades, las lenguas orientales, la filosofía, la jurisprudencia, las ciencias sagradas, no eran los únicos estudios honrados y protegidos: cultivábanse también la medicina, las matemáticas, las ciencias físicas, que á tanta postración llegaron en años posteriores; siendo tal el adelanto, que mientras el gran Galileo era perseguido en Italia por enseñar el sistema copernicano, como contrario á los dogmas religiosos, la universidad de Salamanca sostenía con tesón ese mismo sistema, por más conforme á la observación, y nada opuesto á la verdadera doctrina de la Iglesia.

¡Qué espectáculo tan magnífico el de aquellos siglos en que debelando España á toda Europa con el poder de sus armas, la aventajaba también, como más ilustrada, en los dominios de la inteligencia, siendo á la par famosa por sus guerreros, sabios, literatos y artistas!

Entonces Antonio de Nébrija, Alvarez y el Brocense restauran el estudio de la verdadera lengua latina, tan barbarizada en el transcurso de los tiempos medios. Cisneros, congregando á los varones más versados en las lenguas sabias, imprime en Alcalá la primera Biblia políglota, trabajo colosal que se repite luego en Amberes, bajo la dirección de Arias Montano, célebre por su vasta erudición. Luis Vives, indicando los medios de llegar á la verdadera filosofía, precede á Bacon, y tal vez le hubiera arrebatado su gloria, á no vivir en un país que ya empezaba á sentir el yugo de la Inquisición sobre el pensamiento. Antonio Agustín restablece el estudio de la jurisprudencia civil y eclesiástica; y el maestro Cano aclara las fuentes de donde dimanan las verdades divinas, brillando en los mismos trabajos los Victorias, los Maldonados, los Sepúlvedas, los Covarrubias y otros mil, lumbreras todos de ambos derechos y de la teología. Pedro Monzón introduce la loable costumbre de enseñar la aritmética y geometría antes de entrar en los estudios filosóficos. Pedro Ciruelo es llamado desde la univer-

sidad de Salamanca á la de Paris para ser allí primer catedrático de matemáticas, honor que cupo también á otros muchos españoles que enseñaron con brillantez en las más célebres escuelas extranjeras. De la misma universidad de Salamanca salen maestros para la corrección del decreto de Graciano, y para concluir y perfeccionar la del cómputo eclesiástico gregoriano. Nuestros obispos son los que más brillan en los concilios de Basilea y de Trento. Pedro Ponce inventa el arte de hacer hablar á los mudos. Blasco de Garay hace el primer ensayo de mover los buques sin el impulso del viento y de las velas. Fernán Pérez de Oliva, Fray Luis de León, Avila y Granada, se immortalizan en los anales de la elocuencia. La poesía produce tantos y tan insignes varones, que por demasiado conocidos no es menester nombrarlos. Lope de Vega y su escuela abren al teatro el camino que le conviene seguir en los tiempos modernos. Florián de Ocampo, Garibay, Mariana, Zurita, Hurtado de Mendoza, son de los primeros que en Europa escriben verdaderas historias, abandonando el terreno de las

crónicas, donde también los maestros habían sobresalido. Ni tampoco falta quien, como los mismos Mariana y Zurita, como Ribadeneyra, Sepúlveda y Valera, presente en sus obras doctrinas atrevidas sobre la organización de los pueblos, sus derechos, esencia y forma del poder supremo. Entre nuestros literatos, se encuentran negociadores tan hábiles como Mendoza, Quevedo, Saavedra. Honran las artes cuya gloria se prolonga por más tiempo, porque no asustan á la Inquisición ni al despotismo, arquitectos tan insignes como Toledo y Herrera, juntamente con Berruguete, Cano, Murillo, Velázquez, Zurbarán y otros mil que elevan la escultura y la pintura á un punto tal que la Italia misma nos lo envidia. No hay, en fin, ramo alguno de los conocimientos humanos que en España no sobresalga, dejando en todos insignes muestras de su ilustración y de su ingenio.

¿Cómo después de haber llegado á tanta altura, caímos en tal postración que da vergüenza el pensarlo? ¿Cómo hallándonos al frente de la civilización europea, vinimos á quedar tan rezagados, que nos

tomaron larga delantera pueblos tenidos por bárbaros en aquella época brillante? ¿Cómo nos vemos arrojados ignominiosamente del templo de las ciencias donde ocupáramos un día el más eminente puesto? Triste es recordar tan dolorosa historia; ni seré yo quien me atreva á recorrerla, y mucho menos á señalar todas las causas que contribuyeron á nuestro abatimiento intelectual. Sin embargo, no puedo prescindir de señalar algunos y de presentar varias consideraciones que han de servir á la inteligencia de lo que tengo que decir en el curso de esta obra.

ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

(De la Instrucción pública en España.)

LA NOCHE BUENA DEL POETA

En un rincón hermoso
de Andalucía
hay un valle risueño...
¡Dios lo bendiga!
Que en ese valle
tengo amigos, amores,
hermanos, padres.

I.

Hace muchos años. — ¡como que yo tenía siete! — que al oscurecer de un día de

crónicas, donde también los maestros habían sobresalido. Ni tampoco falta quien, como los mismos Mariana y Zurita, como Ribadeneyra, Sepúlveda y Valera, presente en sus obras doctrinas atrevidas sobre la organización de los pueblos, sus derechos, esencia y forma del poder supremo. Entre nuestros literatos, se encuentran negociadores tan hábiles como Mendoza, Quevedo, Saavedra. Honran las artes cuya gloria se prolonga por más tiempo, porque no asustan á la Inquisición ni al despotismo, arquitectos tan insignes como Toledo y Herrera, juntamente con Berruguete, Cano, Murillo, Velázquez, Zurbarán y otros mil que elevan la escultura y la pintura á un punto tal que la Italia misma nos lo envidia. No hay, en fin, ramo alguno de los conocimientos humanos que en España no sobresalga, dejando en todos insignes muestras de su ilustración y de su ingenio.

¿Cómo después de haber llegado á tanta altura, caímos en tal postración que da vergüenza el pensarlo? ¿Cómo hallándonos al frente de la civilización europea, vinimos á quedar tan rezagados, que nos

tomaron larga delantera pueblos tenidos por bárbaros en aquella época brillante? ¿Cómo nos vemos arrojados ignominiosamente del templo de las ciencias donde ocupáramos un día el más eminente puesto? Triste es recordar tan dolorosa historia; ni seré yo quien me atreva á recorrerla, y mucho menos á señalar todas las causas que contribuyeron á nuestro abatimiento intelectual. Sin embargo, no puedo prescindir de señalar algunos y de presentar varias consideraciones que han de servir á la inteligencia de lo que tengo que decir en el curso de esta obra.

ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

(De la Instrucción pública en España.)

LA NOCHE BUENA DEL POETA

En un rincón hermoso
de Andalucía
hay un valle risueño...
¡Dios lo bendiga!
Que en ese valle
tengo amigos, amores,
hermanos, padres.

I.

Hace muchos años. — ¡como que yo tenía siete! — que al oscurecer de un día de

invierno, y después de rezar las tres Ave-Marias al toque de oraciones, me dijo mi padre con voz solemne:

—Pedro, esta noche no te acostarás á la misma hora que las gallinas; ya eres grande y debes cenar con tus padres y con tus hermanos mayores. Esta noche es *Noche-buena*.

Nunca olvidaré el regocijo conque escuché aquellas palabras.

¡Yo me acostaría tarde!

Dirigi una mirada de desprecio á mis otros hermanos más pequeños que yo, y me puse á discurrir el modo de contar en la escuela, al otro día de Reyes, aquella primera aventura, aquella primera disipación de mi vida.

II.

Eran ya las ánimas como se dice en mi pueblo.

¡En mi pueblo: á noventa leguas de Madrid: á mil leguas del mundo: en un pliegue de Sierra Nevada!

¡Aún me parece veros, padres y hermanos!

Un enorme tronco de encina chiporro-

teaba en medio del hogar: la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba: en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en casa á presidir la ceremonia de familia: en seguida se hallaban mis padres; luego nosotros y, entre nosotros los criados...

Porque en aquella fiesta todos representábamos la casa, y á todos debía calentarnos un mismo fuego.

Recuerdo, sí, que los criados estaban en pie y las criadas acurrucadas ó de rodillas. Su respetuosa humildad les vedaba ocupar asiento.

Los gatos dormían en el centro del círculo, con la rabadilla vuelta al fuego.

Algunos copos de nieve caían por el cañón de la chimenea: ¡por el camino de los duendes!

¡Y el viento silbaba á lo lejos hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!

Mi padre y mi hermana mayor tocaban el arpa; yo les acompañaba, á pesar suyo, con una gran zambomba que había fabricado aquella tarde con un cántaro roto.

¿Conocéis la canción de los aguinaldos,

la que se canta en los pueblos del lado oriental del picacho Veleta?

Pues á esa música se redujo nuestro concierto.

Las criadas se encargaron de la parte vocal y cantaron coplas como la siguiente:

Esta noche es Noche-buena
y mañana Navidad;
saca la bola, María,
que me voy á emborrachar.

Y todo era bullicio; todo contento: los roscos, los mantecados, el alajú, los dulces hechos por las monjas, el rosolí, el aguardiente de guindas circulaban de mano en mano... Y se hablaba de ir á misa del gallo á las doce de la noche, á los *Pastores* al romper el alba, y de hacer sorbete con la nieve que tapizaba el patio, y de ver el *Nacimiento* que habíamos hecho los muchachos en la torre...

De pronto, en medio de aquella alegría, llegó á mis oídos esta copla, cantada por mi abuela paterna:

La Noche-buena se viene,
la Noche-buena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

A pesar de mis pocos años, esta copla me heló el corazón.

Y era que se habían desplegado súbitamente ante mis ojos todos los horizontes melancólicos de la vida.

Fué aquél un raptó de intuición impropio de mi edad, fué un milagroso presentimiento, fué anuncio de los inefables tedios de la poesía, fué mi primera inspiración. Ello es que ví con una lucidez maravillosa los tristísimos destinos de aquellas tres generaciones allí reunidas y que constituían mi familia. Ello es que mis abuelas, mis padres y mis hermanos me parecieron un ejército en marcha, cuya vanguardia entra ya en la tumba, mientras que la retaguardia no había acabado de salir de la cuna.

¡Y aquellas tres generaciones componían un siglo!

¡Y todos los siglos habrían sido iguales! ¡Y el nuestro desaparecería como los otros, y como todos los que vinieron después!...

La Noche-buena se viene,
la Noche-buena se va...

Tal es la implacable monotonía del tiempo, el péndulo que oscila en el espacio, la indiferente repetición de los he-

chos, contrastando con nuestros leves años de peregrinación por la tierra...

Y nosotros nos iremos
y no volveremos más!

¡Concepto horrible; sentencia cruel, cuya claridad terminante fué para mí como el primer aviso que nos daba la muerte, como el primer gesto que me hacía desde la penumbra del porvenir!

Entonces desfilaron ante mis ojos mil *Noches-buenas* pasadas, mil hogares apagados, mil familias que habían cenado juntas y que ya no existían; otros niños, otras alegrías, otros cantos perdidos para siempre, los amores de mis abuelas, sus trajes abolidos, su remota juventud, los recuerdos que les asaltarían en aquel momento; la infancia de mis padres, la primera Noche-buena de mi familia; todas aquellas dichas de mi casa anteriores á mis siete años... Y luego adiviné, y desfilaron también á mis ojos mil *Noches-buenas* más, que vendrían periódicamente robándonos vida y esperanza; alegrías futuras en que no tendríamos parte todos los allí presentes,—mis hermanos que se esparcirían por la tierra; nuestros padres, que naturalmente morirían antes que

nosotros; *nosotros* solos en la vida; el siglo XIX sustituido por el siglo XX; aquellas brasas hechas cenizas; mi juventud evaporada, mi ancianidad, mi sepultura, mi memoria póstuma, el olvido de mí; la indiferencia, la ingratitud con que mis nietos vivirían de mi sangre, reirían y gozarían, cuando los gusanos profanaran en mi cabeza el lugar en que entonces concebía todos aquellos pensamientos...

Un río de lágrimas brotó de mis ojos. Se me preguntó por qué lloraba; y como yo mismo no lo sabía, como no podía discernirlo claramente, como de manera alguna hubiera podido explicarlo, interpretóse que tenía sueño, y se me mandó acostar...

Lloré, pues, de nuevo con este motivo, y corrieron juntas por consiguiente mis primeras lágrimas filosóficas y mis últimas lágrimas pueriles, pudiendo hoy asegurar que aquella noche de insomnio, en que oí desde la cama el gozoso ruido de una cena á que yo no asistía por ser demasiado niño (según se creyó entonces), ó por ser ya demasiado hombre (según sospecho yo ahora), fué una de las más amargas de mi vida...

Al cabo debí dormirme, pues no recuerdo si quedaron ó no en conversación la misa del Gallo, la de los Pastores, y el sorbete proyectado.

P. A. DE ALARCÓN,

(Cosas que fueron)

FRAGMENTO

DE UN DISCURSO ACADÉMICO SOBRE LA BIBLIA

Hay un libro, tesoro de un pueblo que es hoy fábula y ludibrio de la tierra, y que fué en tiempos pasados la estrella del Oriente, adonde han ido á beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones y de arrebatar las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Este libro es la *Biblia*, el libro por excelencia.

En él aprendió Petrarca á modular sus gemidos: en él vió Dante sus terroríficas visiones: de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de su canto. Sin él Milton

no hubiera sorprendido á la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, á Luzbel en su primera conquista, á Dios en su primer ceño; ni hubiera podido decir á las gentes la tragedia del Paraíso, ni cantar, con canto de dolor, la mala ventura y triste hado del humano linaje. Y para hablar de nuestra España, ¿quién enseñó al maestro Fr. Luis de León á ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba á Rioja aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y majestad, y henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos y sobre los mustios collados, y sobre las ruinas de los imperios, como un paño de luto? ¿En cuál aprendió Calderón á remontarse á las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías, y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos

de encendida caridad y de castísimo amor, con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, ó la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.

¿Y qué mucho, señores, que las literaturas se deslustren, si con la supresión de la Biblia quedarían todos los pueblos asentados en tinieblas y en sombra de muerte? Porque en la Biblia están escritos los Anales del cielo, de la tierra y del género humano; en ella, como en la divinidad misma, se contiene lo que fué, lo que es y lo que será: en su primera página se cuenta el principio de los tiempos y el de las cosas: y en su última página el fin de las cosas y el de los tiempos. Comienza con el Génesis, que es un idilio; y acaba con el Apocalipsis de San Juan, que es un himno fúnebre. El Génesis es bello como la primera brisa que refrescó á los mundos; como la primera aurora

que se levantó en el cielo, como la primera flor que brotó en los campos; como la primera palabra amorosa que pronunciaron los hombres; como el primer sol que apareció en el Oriente. El Apocalipsis de San Juan es triste como la última palpitación de la naturaleza; como el último rayo de luz; como la última mirada de un moribundo. Y entre este himno fúnebre y aquel idilio, vense pasar, unas en pos de otras, á la vista de Dios, todas las generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos: las tribus van con sus patriarcas; las repúblicas con sus magistrados; los reinos con sus reyes; los imperios con sus emperadores: Babilonia pasa con su abominación; Níneve con su pompa; Memfis con su sacerdocio; Jerusalén con sus profetas y su templo; Atenas con sus artes y con sus héroes; Roma con su diadema y con los despojos del mundo. Nada está firme sino Dios; todo lo demás pasa y muere, como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ola.

Allí se cuentan y se predicen todas las catástrofes; y por eso están allí los modelos inmortales de todas las tragedias: allí se hace el recuento de todos los do-

lores humanos: por eso las arpas bíblicas resuenan lúgubrementes, dando los tonos de todas las lamentaciones y de todas las elegías. ¿Quién volverá á gemir como Job, cuando, derribado en el suelo por una mano excelsa que le oprime, hiende con sus gemidos y humedece con sus lágrimas los valles de Idumea? ¿Quién volverá á lamentarse como se lamentaba Jeremías en torno de Jerusalén, abandonada de Dios y de las gentes? ¿Quién será lúgubre y sombrío, como era sombrío y lúgubre Ezequiel, el poeta de los grandes infortunios y de los tremendos castigos, cuando daba á los vientos su arrebatada inspiración, espanto de Babilonia? Cuéntanse allí las batallas del Señor, en cuya presencia son vanos simulacros las batallas de los hombres: por eso la Biblia, que contiene los modelos de todas las tragedias, de todas las elegías, y de todas las lamentaciones, contiene también el modelo inimitable de todos los cantos de victoria. ¿Quién cantará como Moisés, del otro lado del mar Rojo, cuando cantaba la victoria de Jehová, el vencimiento de Faraón, y la libertad de su pueblo? ¿Quién volverá á

cantar un himno de victoria como el que cantaba Débora, la sibila de Israel, la amazona de los hebreos, la mujer fuerte de la Biblia? Y si de los himnos de victoria pasamos á los himnos de alabanza, ¿en cuál templo resonaron jamás como en el de Israel, cuando subían al cielo aquellas voces suaves, armoniosas, concertadas, con el delicado perfume de las rosas de Jericó, y con el aroma del incienso de Oriente? Si buscáis modelos de la poesía lírica, ¿qué lira habrá comparable con el arpa de David, el amigo de Dios, el que ponía al oído á las suavísimas consonancias, y á los dulcísimos cantos de las arpas angélicas; ó con el arpa de Salomón, el rey sabio y felicísimo, que puso la sabiduría en sentencias y en proverbios, y acabó por llamar vanidad á la sabiduría; que cantó el amor y sus regalados deijos, y su dulcísima embriaguez, y sus sabrosos transportes, y sus elocuentes delirios? Si buscáis modelos de la poesía bucólica, ¿en dónde los hallaréis tan frescos y tan puros como en la época bíblica del patriarcado; cuando la mujer, la fuente y la flor eran amigas, porque todas juntas y cada una de

por sí, eran el símbolo de la primitiva sencillez y de la cándida inocencia? ¿Dónde hallaréis sino allí los sentimientos limpios y castos, y el encendido pudor de los esposos, y la misteriosa fragancia de las familias patriarcales?

Y ved, señores, por qué todos los grandes poetas, todos los que han sentido sus pechos devorados por la llama inspiradora de un Dios, han corrido á aplacar su sed en las fuentes bíblicas, de aguas inextinguibles, que ora forman impetuosos torrentes, ora ríos anchurosos y hondables, ya estrepitosas cascadas y bulliciosos arroyos, ó tranquilos estanques y apacibles remansos.

Libro prodigioso aquel, señores, en que el género humano comenzó á leer treinta y tres siglos há, y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas, aun no se ha acabado su lectura. Libro prodigioso aquel en que se calcula todo, antes de haberse inventado la ciencia de los cálculos, en que, sin estudios lingüísticos, se da noticia del origen de las lenguas; en que, sin estudios astronómicos, se computan las revoluciones de los astros; en que, sin docu-

mentos históricos, se cuenta la historia; en que, sin estudios físicos, se revelan las leyes del mundo. Libro prodigioso aquel, que lo ve todo y que lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan en el corazón del hombre, y los que están presentes en la mente de Dios; que ve lo que pasa en los abismos del mar, y lo que sucede en los abismos de la tierra; que cuenta ó predice todas las catástrofes de las gentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia, y todos los tesoros de la venganza. Libro, en fin, señores, que, cuando los cielos se replieguen sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca desmayos, y el sol recoja su luz, y se apaguen las estrellas, permanecerá el solo con Dios, porque es su eterna palabra, resonando eternamente en las alturas...

JUAN DONOSO CORTÉS. ®

¿CUANDO ESTA FIJADO UN IDIOMA?

¿CUÁNDO SE FIJÓ EL CASTELLANO?

Larga y trabajosa fué tal preparación, habiéndose llevado á cabo entre sangrientas guerras y continuos trastornos, entre densas tinieblas y penosas contrariedades, ó sea durante la que llamamos *Edad media*, prolongado y curiosísimo paréntesis de diez siglos entre la civilización romana y la moderna.

Los albores del renacimiento y el espíritu de erudición encontraron ya formado el castellano, pero no *fijado*, porque las lenguas no pueden considerarse fijadas hasta que, á fuer de organismos vivientes, han adquirido toda su talla, tomado un carácter definitivo, y revelado su idiosincrasia, que es decir su temperamento propio, individual, idiomático. Las lenguas vivas tienen sus *edades*, y hasta sus *minoridades*, y la fijación de su existencia en la Historia no puede declararse hasta que han florecido y dado frutos sazonados. En rigor, *formado* se halló el latín cuando en este idioma se

escribieron las leyes de las Doce Tablas, y más formado todavía estaba cuando *Plauto* y *Terencio* escribían sus comedias; pero el latín noble, el latín *fijado*, aun había de tardar siglos, durante los cuales nada se vió por cierto comparable á la elocuente prosa de *Tito Livio*, ni á los armoniosos versos de *Virgilio*. Así también en el castellano: evidentemente iniciada se hallaba su formación en tiempo de *San Isidoro*; formado en rigor estaba en 1155, cuando la confirmación de la Carta-puebla de Avilés; muchísimo más formado en el *Poema del Cid*, en las admirables *Partidas* y otros monumentos escritos en la época de *Alfonso el Sabio*; pero hay que avanzar hasta los tiempos de *Juan de Mena* y sus sucesores, despedirse del siglo xv, y entrar un buen trecho en el xvi, para ver á nuestro idioma como reconstituído, regenerado, y desplegar en seguida todo el vigor, toda la gallardía y bríos que autorizan su fijación. Entonces fué cuando los *Romanceros* eclipsaron á los *Cancioneros*, la modesta *Crónica* y la cándida *Leyenda* se remontaron á la majestad de la *Historia*, la *Novela* reemplazó á los *libros*

de *Caballerías*, los *Refranes* se levantaron á *Filosofía*, y la tosquedad de las antiguas farsas y de los *juegos de escarnio*, como llaman las *Partidas* á las representaciones escénicas del siglo XIII, empezó á verse sustituida por cierta cultura y decencia en un nuevo *Teatro*. Bien sé (porque él mismo nos lo dice en su *Arte nuevo de hacer Comedias*), bien sé que *Lope de Vega* encerraba los preceptos con seis llaves, al componerlas; más lo que por fortuna no pudo encerrar, fué la grandiosidad de los asuntos, el interés de las situaciones, la nobleza de los caracteres y el arte inimitable del diálogo, que formaban el distintivo del Teatro español.

Entonces tuvimos una literatura propia y exclusivamente nacional, porque el humilde *dialecto* de los tiempos antehistóricos, el desaliñado *romance* de la Edad Media, era ya un idioma nacional, una lengua idónea para dar agraciado cuerpo á todas las creaciones intelectuales de la nueva época. Entonces fueron posibles las obras inmortales de *Garcilaso* y de *Hurtado de Mendoza*, de *Fray Luis de León*, de *Fray Luis de Granada*

y de *Santa Teresa*, de *Lope de Vega* y *Cervantes*, de *Fernando de Herrera* y de *Quevedo*, y otros cien autores esclarecidos, cuyos nombres esmaltan nuestra historia literaria del siglo XVI. Entonces, en fin, pudo *Alfonso de Palencia* ordenar un primer *Diccionario* (1490), Antonio de *Lebrija* componer la primera Gramática (1492), y Juan de Valdés su precioso *Diálogo de las lenguas* (1536).

En una palabra, las lenguas no pueden considerarse *fijadas* hasta que tienen una literatura propia, rica y completa. Entonces han alcanzado el máximo de su estatura, y entonces cabe medirlas, ó sea formar el inventario de sus vocablos, consignar su sistema gramatical, declararlas *idiomas nacionales*, y asegurarles un porvenir en la Historia, como impresión fiel é indeleble que serán del estado de cultura del espíritu humano en una nación y épocas dadas.

La lengua castellana mereció todas estas honrosas declaraciones en el siglo XVI. Mereciólas, y las obtuvo, por dicha suya, con una pompa singular y sin ejemplo en los anales del mundo. Acompañólas, en efecto, el estruendo del

cañón vencedor de Pavia, de San Quintín y de Lepanto, y las precedieron, como providencialmente, los dos descubrimientos más señalados de las edades modernas: el de la imprenta y el de la América: el de la imprenta, como signo de la diuturnidad de la nueva lengua, y el de la América, como signo de la extensión universal que iba á recibir, y que aún dura; porque si bien carece de la cabal exactitud que tuvo en otros tiempos el dicho de que el sol no se pone jamás para los dominios españoles, todavía cabe decir con toda verdad que *el sol no se pone nunca para el idioma de Castilla.*

PEDRO FELIPE MONLAU.

(*El Arcaísmo y el Neologismo.*)

REFLEXIONES

No ha de reputarse amor de gloria el ridículo vanidoso empeño de transmitir por cualquiera medio nuestro nombre á la posteridad. Transmítelo esplendoroso é inmaculado, y mucho más allá del sepulcro dilata siglos y siglos la vida,

quien amó la honra, la ciencia y la virtud por sí mismas, y con fe y abnegación incontrastables. Ruin fama, y odiosa y aborrecible, la del que se arroja en su dañada intención á incendiar el efesino templo; la del que entrega al justo para que le crucifiquen; la del traidor que abre al ismaelita aventurero las puertas de la patria. Pero gloria envidiable seguramente la de Ictino y Rafael, la de Homero y Cervantes, la de Luis de Granada y el Angel de Aquino; la de Cortés y Guzmán el de Tarifa.

Mucho yerra quien sólo quiere para sí el alimento y regalo del cuerpo y del espíritu; ponzoñosa fiera es aquel á quien mortifican y entristecen la dicha, la fama y la virtud de los demás, cuando por divina permisión; en la ajena felicidad consiste la mayor fragancia y realce de la nuestra. Perversísima y desastrosa manada de hombres aquella que trata, y se sale con la suya, de no diferenciarse de los brutos asidos á la tierra y esclavos de su vientre, pensando, necios, que con el cuerpo muere el alma, incapaces de nada bueno, santo y noble, tragadores de haciendas, devoradores de

pueblos, demoleedores de cuanto admirable respetaron los siglos, y perseguidores furibundos de la verdad y de la justicia. Aliéntanse y entronizanse con la impunidad del crimen, por ignorancia, flojedad é imprevisión de príncipes y repúblicas menguados, causa y móvil siempre de espantosas catástrofes, y de que en perdición y muerte se coja el fruto del execrable lazo que á los malvados une.

¡Tiempos desventurados, infelicísimos, aquellos en que la riqueza y suntuosidad está en los palacios y casas de los ciudadanos, y la pobreza y miseria en los templos de Dios! ¡Más desventurados é infelices aquellos otros en que los vasos, pinturas y ornamentos del santuario, revueltos con impúdicas imágenes, engalanan el camarín del sibarita y el almacén del presumido y avaro! ¡Calamitosísimo siglo el de la pobreza pública y los particulares opulentos! Los excelsos y prepotentes varones de las grandes épocas adornaron los templos con su piedad y las casas con su gloria.

AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

(El libro de Santoña.)

LOS ARTISTAS

La palabra *Artista* es el tirano del siglo actual. En lo antiguo había pintores, escultores, arquitectos, comediantes y aficionados. Hoy sólo hay *Artistas*; y en esta calificación entran indiferentemente, desde el pincel de Apeles hasta el puchero en cinto; desde el cincel de Fidias, hasta las alcarrazas de Andújar; desde el compás de Vitrubio, hasta el cuevo del albañil.

El que enciende las candilejas en el teatro, *Artista*; el motilón que echa tinta en los moldes, *Artista* también; el que inventó las cerillas fosfóricas, *distinguido Artista*; el que toca la gaita ó el que vende aleluyas, *Artistas populares*; el herrador de mi calle, *Artista veterinario*; el barbero de la esquina, *Artista didascálico*; el que saluda á Esquivel ó quita el tiempo á Villaamil, *Artista de entusiasmo*; el que lee el *Laberinto* ó el *Semanario*, los socios del Liceo ó del Instituto, los que asisten á los toros é al teatro, los que forman corro alrededor de la murga, *Artistas de afición*; el perro que baila, el

pueblos, demoleedores de cuanto admirable respetaron los siglos, y perseguidores furibundos de la verdad y de la justicia. Aliéntanse y entronízanse con la impunidad del crimen, por ignorancia, flojedad é imprevisión de príncipes y repúblicas menguadas, causa y móvil siempre de espantosas catástrofes, y de que en perdición y muerte se coja el fruto del execrable lazo que á los malvados une.

¡Tiempos desventurados, infelicísimos, aquellos en que la riqueza y suntuosidad está en los palacios y casas de los ciudadanos, y la pobreza y miseria en los templos de Dios! ¡Más desventurados é infelices aquellos otros en que los vasos, pinturas y ornamentos del santuario, revueltos con impúdicas imágenes, engalanan el camarín del sibarita y el almacén del presumido y avaro! ¡Calamitosísimo siglo el de la pobreza pública y los particulares opulentos! Los excelsos y prepotentes varones de las grandes épocas adornaron los templos con su piedad y las casas con su gloria.

AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

(El libro de Santoña.)

LOS ARTISTAS

La palabra *Artista* es el tirano del siglo actual. En lo antiguo había pintores, escultores, arquitectos, comediantes y aficionados. Hoy sólo hay *Artistas*; y en esta calificación entran indiferentemente, desde el pincel de Apeles hasta el puchero en cinto; desde el cincel de Fidias, hasta las alcarrazas de Andújar; desde el compás de Vitrubio, hasta el cuevo del albañil.

El que enciende las candilejas en el teatro, *Artista*; el motilón que echa tinta en los moldes, *Artista* también; el que inventó las cerillas fosfóricas, *distinguido Artista*; el que toca la gaita ó el que vende aleluyas, *Artistas populares*; el herrador de mi calle, *Artista veterinario*; el barbero de la esquina, *Artista didascálico*; el que saluda á Esquivel ó quita el tiempo á Villaamil, *Artista de entusiasmo*; el que lee el *Laberinto* ó el *Semanario*, los socios del Liceo ó del Instituto, los que asisten á los toros é al teatro, los que forman corro alrededor de la murga, *Artistas de afición*; el perro que baila, el

caballo que caracolea, el asno que entona su romanza... *Artistas, artistas de escuela.*

Entre tanto, como todò el mundo es artista, los Artistas no tienen qué comer, ó se comen unos á otros.—El clero y la nobleza que antes les sostenían, están ahora muy ocupados en buscar donde sostenerse.—La grandeza metálica de los Fúcares modernos, está por las artes de movimiento, protegen la *polka* y la tauromaquia, las diligencias y los barcos de vapor. En sus flamantes salones no quieren estátuas, sino buenas mozas; sus libros son el *Libro mayor* y el *Libro diario*; sus conciertos el ruido del aurífero metal. Cuando más, y para satisfacer su amor propio, se hacen retratar por el pintor, como se hacen vestir por el sastre, de cuerpo entero y todo lo más elegante posible, cuidando de que el marco sea magnífico y de relumbrón.—Para amenizar los salones, basta con las estampas del Telémaco ó las vistas de la Suiza.

El Artista entre tanto, desdeñado por la fortuna, camina á la inmortalidad por la vía del hospital; y se sube á una bullardilla con pretexto de buscar luces; hía se encierra mano á mano con su in-

dependencia, y se declara hombre superior y genio elevado: descuida los atavíos de su persona por hacer frente á las preocupaciones vulgares; y, ostentando su excentricidad y porte exótico é inverosímil, se deja crecer indiscretamente barbas y melenas, únicos bienes raíces de que puede disponer. Desdeña la crítica periodística por incompetente; la autoridad del maestro por añeja; los consejos de los inteligentes por parciales y enemigos; y, con una filosofía estóica, responde á la adversidad con el sarcasmo, á la fortuna con el más altivo desdén. Por último, cuando se permite una invasión en el campo de la política, adopta las ideas más exageradas, y es partidario de las instituciones democráticas, que han acabado con las clases que antes le sostenían, y sustituido las artes liberales por otras también *artes, y liberales* también.

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS.

(Escenas Madrilenas)

EL SALTO DE CALASANS.

Mis entretenimientos juveniles hubieran probablemente conservado su ino-

cente colorido, si una circunstancia imprevista no hubiese venido á cambiar su fisonomía.

Amaneció el día de la fiesta mayor de la villa. Existía en ella, desde remotos tiempos, una costumbre extraña y peligrosa. Dos montañas que se internan en el mar forman allí un puerto. La de la derecha es muy notable por la ermita de San Telmo: la de la izquierda por un molino de viento que en su cumbre se divisa. Muy cerca de esta montaña, una pequeña colina se interna en el puerto, dividiéndole en dos, uno muy pequeño llamado Calasans, otro vasto, denominado antiguamente Puerto del Abrigo. En lo alto de la colina, la naturaleza formó, en medio de la peña viva, una especie de pozo de unos cien pies de profundidad, abierto por la parte de Calasans, y cuyo fondo es el mismo mar. Por este fondo las aguas de Calasans penetran en una cueva que por debajo de la colina les abre comunicación con el Puerto del Abrigo. El pozo y la cueva forman uno de aquellos caprichos de la naturaleza, que el hombre admira y no comprende. Es una tradición inmemorial en

el país que, en una de las crueles persecuciones suscitadas contra los cristianos primitivos, el santo patrono de la villa fué arrojado desde lo alto de aquel pozo, atado á una rueda de molino, y con ella horadó la colina y llegó sano á la opuesta playa. En conmemoración de este prodigio, algunos nadadores excelentes acostumbraban anualmente dar al pueblo un espectáculo no exento de peligros. Precipitábanse de cabeza en el pozo, y los más hábiles hacían esfuerzos increíbles para atravesar la cueva buceando. Hacía algunos años que ningún arrojado marineró se había atrevido á dar el casi temerario salto, cuando, en la tarde de aquel día de regocijo para la villa, corrió la voz de que un piloto y un pasajero habían hecho voto en alta mar de dar el salto temido, si se salvaban de un golpe de viento; y, llegados al puerto, iban á cumplirle.

La colina de Calasans y sus cercanías se llenaron de gente. Improvisóse una música que acompañó á aquellos dos hombres arriscados, y al paso los animaba el pueblo, diciéndoles: no temáis nada, no hay ejemplo de que á nadie le

haya venido daño por haber dado el salto.

Ví pasar á la comitiva y me junté con ella. El piloto iba sereno, con semblante risueño, y saludaba jovialmente á los conocidos que encontraba al paso. Uno le preguntó si se había vuelto loco. Santo, has de decir, le respondió. Otro le dijo que iba á servir de merienda á los peces. Ayer temía á los peces, respondió; pero hoy ya les he ganado el viento. Acercósele un amigo con aire muy ladino, y le preguntó si había hecho testamento. Sí, le contestó; y te lego mis deudas.

Contrastaba el buen humor del piloto con la tristeza que estaba pintada en el rostro de su compañero. Los pasos vacilantes que daba éste, su mirar vago, y la palidez de su semblante indicaban que iba á cumplir su voto, no sin alguna repugnancia, y acaso sólo por un resto de amor propio. A medida que se acercaba á la colina eran más inciertas sus miradas, y, cuando comenzó á trepar por ella, un sudor frío bañaba su frente.

Casi todo el concurso que ocupaba la cima de la colina se componía de mari-

nos, excepto uno que otro curioso como yo, y no habia allí ninguna mujer. Pero la ladera de la vecina montaña estaba llena de un numeroso gentío de todos sexos y edades, que esperaba ansioso el momento solemne. Cuando la comitiva llegó á la orilla del precipicio fué saludada con grandes aclamaciones. La música tocaba una marcha triunfal; el aire volteaba pausadamente las aspas del molino de viento que dominaba esta escena; y las olas que cubrían de espuma la playa cercana, las rocas fronteras y el pie de la colina, daban un aspecto imponente á aquel espectáculo. En esto se dejó ver por un momento en la orilla del precipicio un hombre casi desnudo. Era el piloto, que, saludando á los espectadores, se orrojó al abismo. Durante unos momentos reinó un profundo silencio. Oyóse el ruido sordo de un cuerpo que cae á lo lejos en el agua, y todos nos agolpamos al borde de la colina, por un movimiento de ansiedad general. Los más cercanos al pozo aseguraban en voz baja que el piloto había caído enteramente aplomado, lo cual era una señal feliz. Pero pasaban los instantes, y no parecía. De repente,

resuenan gritos entusiastas: las mujeres hacen ondear sus pañuelos, y todas las miradas se fijan en el puerto de Calasans. El piloto no había entrado en la cueva debajo de la colina, sino que, nadando un buen trecho por debajo del agua, había aparecido casi en el centro mismo de aquel inmenso anfiteatro, como para recibir de los espectadores el parabién debido á su intrepidez y á su fortuna. Al mismo tiempo parecía indicar por señas que esperaba á su compañero.

La atención se fijó entonces en éste. Trémulo, lívido, azorado, se adelantó hacia el precipicio, y no pareció que se arrojaba, sino que resbalaba y se hundía. Oyéronse dos golpes; el de un cuerpo duro que da contra una peña, y el de su caída en el agua.—Es hombre muerto, dijo á mi lado un anciano.—Antes de caer lo mató el miedo, dijo otro.—Secorredle, socorredle, gritaron algunos.

No me es posible contar el fin de esta escena. Dotado yo de un natural apático y reservado en las ocasiones ordinarias de la vida, era sin embargo activo é impetuoso en los lances extraordinarios. Ya he dicho que el mar era mi elemento,

Vestido como me encontraba, me arrojé al agua. Supe después que había dado de cabeza contra un cadáver, y que hubiera perecido sin recurso, si el piloto, ayudado de una sangre fría admirable; no me hubiese salvado. Trasladáronme sin conocimiento á la casa de mi tío.

FERNANDO PATXOT. (*Ortiz de la Vega*).
(Las ruinas de mi convento.)

LOS REYES CATÓLICOS

A pesar de todo este progreso legislativo y literario, á pesar también de las instituciones y de las libertades políticas y del espíritu caballeresco, hallábase España en los últimos tiempos del reinado de Enrique IV de Castilla en uno de aquellos periodos de abatimiento, de pobreza, de inmoralidad, de desquiciamiento y anarquía, que inspiran melancólicos presagios sobre la suerte futura de una nación, é infunden recelos de que se repita una de aquellas grandes catástrofes que en circunstancias análogas suelen sobrevenir á los Estados. ¿Había de permitir la Providencia que por premio de más de siete siglos de terrible lucha y de

esfuerzos heroicos por conquistar su independencia y defender su fe, hubiera de caer de nuevo esta nación, tan maravillosamente trabajada y sufrida, en poder de extrañas gentes?

No; bastaba ya de calamidades y de pruebas; bastaba ya de infortunios. Cuando más inminente parecía su disolución, por una extraña combinación de eventualidades viene á ocupar el trono de Castilla una tierna princesa, hija de un rey débil, y hermana del más impotente y apocado monarca. Esta tierna princesa es la magnánima Isabel.

La escena cambia: la decoración se transforma, y vamos á asistir al magnífico espectáculo de un pueblo que resucita, que nace á nueva vida, que se levanta, que se organiza, que crece, que adquiere proporciones colosales, que deja pequeños á todos los pueblos del mundo; todo bajo el genio benéfico y tutelar de una mujer.

Inspiración ó talento; inclinación ó cálculo político, entre la multitud de príncipes y personajes que aspiran á obtener su mano, Isabel se fija irrevocablemente en el infante de Aragón, en quien

por un concurso de extrañas combinaciones, recae la herencia de aquel reino. Enlázanse los príncipes y las coronas; la concordia conyugal trae la concordia política, es un doble consorcio de monarcas y monarquías; y aunque todavía sean Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, el que les suceda no será ya rey de Aragón ni rey de Castilla, sino *rey de España*; palabra apetecida, que no habíamos podido pronunciar en tantos centenares de años como hemos históricamente recorrido. Comienza la unidad.

Gran príncipe el monarca aragonés, sin dejar de serlo lo parece menos al lado de la reina de Castilla. Asociados en la gobernación de los reinos como en la vida doméstica, sus firmas van unidas como sus voluntades: «*Tanto monta*,» es la empresa de sus banderas. Son dos planetas que iluminan á un tiempo el horizonte español; pero el mayor brillo del uno, modera sin eclipsarle la luz del otro. La magnanimidad y la virtud, la devoción y el espíritu caballeresco de la reina, descuellan sobre la política fría y calculada, reservada y astuta del rey. Los altos pensamientos, las inspiracio-

nes elevadas vienen de la reina. El rey es grande, la reina eminente. Tendrá España príncipes que iguallen ó excedan á Fernando; vendrá su nieto rodeado de gloria y asombrando al mundo: pasarán generaciones, dinastías y siglos, antes que aparezca otra Isabel.

La anarquía social, la licencia y estrago de costumbres, triste herencia de una serie de reinados, ó corrompidos ó flojos, desaparecen como por encanto. Isabel se consagra á esta nueva tarea, primera necesidad de un reino, con la energía de un reformador resuelto y alentado, con la prudencia de un consumado político. Sin consideración á clases ni alcurnias, enfrena y castiga á los bandoleros humildes y á los bandidos aristócratas; y los baluartes de expoliación y de la tiranía, y las guaridas de los altos criminales son arrasadas por los cimientos. A poco tiempo, la seguridad pública se afianza, se marcha sin temor por los caminos, los ciudadanos de las poblaciones se entregan sin temor á sus ocupaciones tranquilas, el orden público se restablece, los tribunales administran justicia. Es la reina la que los preside, la

que oye las quejas de sus súbditos, la que repara los agravios. Los antiguos tuvieron necesidad de fingir una Astrea y una Temis que bajaran del cielo á hacer justicia á los hombres, é inventaron la edad de oro. España tuvo una reina que hizo realidad la fábula.

Isabel encuentra una nobleza valiente, pero licenciosa; guerrera, pero relajada; poderosa, pero turbulenta y díscola. Primero la humilla para robustecer la majestad; después la moralizará instruyéndola.

Ya no se levantan nuevos castillos: ya no se ponen las armas reales en los escudos de los grandes: las mercedes inmerecidas, otorgadas por príncipes débiles y pródigos son revocadas, y sus pingües rentas vuelven á acrecentar las rentas de la corona, que se aumentan en tres cuartas partes. La arrogante grandeza enmudece ante la imponente energía de la majestad, y el trono de Castilla recobra su perdido poder y su empañado brillo, porque se ha sentado sobre él la mujer fuerte.

Honrando los talentos, las letras y la magistratura, y elevando á los cargos

públicos á los hombres de mérito, aunque sean del pueblo, enseña á los magnates que hay profesiones nobles que no son la milicia, virtudes sociales que no son el valor militar, y que la cuna dorada ha dejado de ser un título de monopolio para los honores, las influencias y la participación del poder. Los grandes comprenden ya que necesitan saber para influir, y que el prestigio se les escapa si no descienden, de los artesonados salones de los viejos castillos góticos, á las modestas aulas de los colegios á disputar los laureles literarios á los que antes miraban con superioridad desdeñosa. Aquellos orgullosos magnates que, enamorados de la espada, habían menospreciado las letras, van después á enseñarlas con gloria en las universidades y obligan á decir á Jovio en el Elogio de Lebrija, «que no era tenido por noble el que mostraba aversión á las letras y á los estudios.» Ha hecho, pues, Isabel de una nobleza feroz una nobleza culta, ha ennoblecido la nobleza.

Esos opulentos y altivos grandes maestros, señores de castillos y de pueblos, de encomiendas y de beneficios, de

lanzas y de vasallos, que tantas veces han desafiado y puesto en conflicto la autoridad real con su caballería sagrada, ya no conmoverán más al solio, ni se turbará más la paz del reino en cada vacante de estas altas dignidades, porque ya no hay más grandes-maestros de las órdenes militares que los monarcas mismos.

Hay revoluciones sociales que nos inducen á creer que no siempre las épocas producen los reformadores, ni siempre los cambios de condición que sufre un pueblo han venido preparados por las leyes, las costumbres y las ideas. Por lo menos nos es fuerza reconocer que, á las veces, siquiera sean muy contadas, un genio extraordinario puede bastar con escasos elementos á transformar una sociedad en el sentido que menos parece determinar las ideas y las costumbres que encuentra dominando en el Estado. Y esto es lo que aconteció en España.

Cuando más abocado se podía creer el país á una disolución social, aparece un genio que, sin deber á su primera educación, sino la formación de su espíritu, á una piedad acendrada, y á la escuela del

mundo la reflexión sobre los infortunios que nacen del desorden y de la inmoralidad, acomete la empresa de hacer de un cuerpo cadavérico un cuerpo robusto y brioso, de una nación desconcertada una nación compacta y vigorosa, de un pueblo corrompido un pueblo moralizado, y lleva su obra á próspero término y feliz remate. Este persanaje, con una actividad prodigiosa, con una perseverancia que causa maravilla, y con una universalidad que hace cierto lo inverosímil, purga el suelo de malhechores; organiza tribunales y los preside, administra justicia y manda hacer cuerpos de leyes; derriba las fortalezas de los poderosos, y va á buscar los talentos á los retiros; da ejemplos diarios de virtud, y expide cédulas y provisiones para la reforma de las costumbres; enseña con actos propios de piedad, y manda con severas pragmáticas; asiste á los templos, y recorre los campos de batalla; ora de rodillas ante el altar, y reviste los campamentos sobre un soberbio corcel; socorre á las vírgenes del claustro, y provisiona á los ejércitos; erige santuarios, y toma plazas de guerra á los enemigos; fomenta

las escuelas, y organiza la milicia; contiene la relajación del clero, y hace cesar la corte pontificia en su sistema de invasión y de usurpaciones; restablece la buena disciplina en la Iglesia española, y hace respetar á la tiara los derechos de la corona y las regalías del trono; celebra y preside Cortes, y también celebra y preside torneos; vigila la educación del pueblo, y cuida de la educación de los príncipes; se ejercita en labores de mano bajo el techo doméstico, y atiende al gobierno de dos mundos; y á diferencia del rey de las tablas astronómicas, no desatiende á la tierra por mirar al cielo, sino que atiende simultáneamente al negocio del cielo y á los negocios de la tierra.

Así brillaban bajo su benéfica protección jurisconsultos como Montalvo; prelados como Mendoza, Talavera y Cisneros; capitanes como Aguilar, Gonzalo y el marqués de Cádiz; literatos como Oliva, Pulgar y Vergara.

Las letras humanas adquieren un prodigioso desarrollo en este reinado feliz. Llega su fama á remotos climas, y desde el fondo de la Holanda deja oír el sa-

bio Erasmo los acentos de admiración y de elogio que le arranca el vuelo y progreso de la literatura española. La ilustración se hace extensiva al bello sexo; una dama va á explicar los clásicos en Salamanca, y otra dama sustituye á su padre en la cátedra de retórica en Alcalá. El movimiento literario se extiende desde el romance morisco y la leyenda caballeresca hasta los estudios graves de las aulas universitarias. Échanse los primeros cimientos del teatro español, que habrá de servir de modelo al mundo en los siglos que van á entrar. Fortuna es también de los esclarecidos Reyes Católicos que venga la invención de la imprenta en su siglo, en ayuda de sus esfuerzos, á dar una vida permanente á los progresos de la razón y á centuplicar los medios de propagación de los conocimientos humanos. Merced al prodigioso invento en el mismo año que se conquista el último baluarte de los moros, se da á luz pública la primera gramática de la lengua castellana. A poco tiempo asombra la España al mundo con la edición de la Políglota, la empresa tipográfica más gigantesca del siglo.

Todo renace bajo el influjo tutelar de los Reyes Católicos: letras, artes, comercio, leyes, virtud, religiosidad, gobierno. Es el siglo de oro de España.

.....
MODESTO LAFUENTE.

Historia de España, Discurso preliminar.

DON JAIME EL CONQUISTADOR

La muerte de Don Pedro en los campos de Muret, junto á Tolosa, había entregado el trono y la corona de Aragón y Cataluña á Don Jaime I, llamado más tarde y con justicia *el Conquistador*.

Se considera á Don Jaime como el fundador de la nacionalidad catalana y del poderío aragonés. Razón hay para ello. La gran figura de Don Jaime descuella sobre todos los reyes de aquellos tiempos, como cuentan que su talla sobresalía sobre todas las de los hombres de su época.

Su vida llenó mucho más de medio siglo, y su nombre toda la tierra entonces conocida. Niño aún, viste la cota de maila y manda huestes; antes de los veinticinco años ha conquistado reinos; por él

nacen á la luz y á la vida de la civilización cristiana las Baleares, Valencia y Murcia; gana reinos y dominios para otros; reforma é instituye sobre bases seculares aquel célebre y virtuoso *Consejo de Ciento*, senado barcelonés llamado por excelencia el Sabio, con miras á tan alto, que sin tener facultad de dar coronas, alguna vez le sucedió probar que podía quitarlas; los príncipes cristianos le toman por árbitro y juez en sus contiendas; el Papa le da asiento en sus concilios y le llama á sus consejos; es el terror de los moros, á los que, según la bella expresión de la crónica, ahuyenta con la cola de su corcel de batalla; el kan de Tartaria y el sultán de Babilonia le rinden homenaje; y le sigue y le rodea una corte de sabios y de trovadores; funda estudios y universidades en Lérida, Montpellier, Perpiñán, Valencia y Palma; como César, es á un mismo tiempo soldado y escritor, que con su espada gana reinos y con su pluma narra sus campañas; intenta, aunque en vano, volver á levantar la nacionalidad del Mediodía, caída con su padre en la batalla de Muret; pero crea en cambio la nacio-

nalidad catalana, y con ella una lengua que emplea en sus correspondencias, en sus leyes, en sus tratados y en sus obras literarias; es el más prudente en los consejos y el más arrojado en las batallas; se sienta á la mesa de los mercaderes catalanes y los asocia á sus planes de grandeza y de conquista; discute en los parlamentos con los diputados; los pueblos le llaman justo, las damas galán, los caballeros dadivoso y las leyendas santo; y para que nada falte á la gloria del que es á un tiempo cronista, rey y soldado, es el primero entre los reyes, como es el primero entre los legisladores, como es el primero entre los capitanes, como es el primero entre los literatos; que Dios parece haber dado la primacia en todo á aquel hombre extraordinario, llamado por los altos destinos á ser el vencedor de todo, menos de sus pasiones, y que al morir dejaba escrita en su testamento esta admirable frase, que encierra toda la vida de aquel gran rey, y toda la política de aquel gran reinado: *Dios ama á los reyes que á sus pueblos aman.*

VÍCTOR BALAGUER.

(Discurso ante la Academia de la Historia.)

MONTSERRAT

Cuando el viento azota lentamente las nubes, y por entre sus diformes grietas asoma el azul del cielo, ¿visteis los grupos fantásticos que aquéllas forman, fingiendo ya monstruos horribles, ó ya como fábricas portentosas que levantan al aire cien agujas desiguales? Así aparece fantástico Montserrat al que, viniendo de Igualada, lo contempla por la parte que corre de Mediodía á Poniente; al ver sus peñones desgajados y como colocados por mano de hombre, aquellas crestas multiformes, caprichosas y gigantescas, la fantasía créase catedrales ciclópeas erizadas de cúpulas é inmensos castillos aéreos fortalecidos con cien torres, si ya no se estremece ante aquel conjunto de fantasmas, ante aquel Briareo que, medio hundido en los abismos de la tierra, alza al cielo los cien brazos. Aquel es el monte que cantan las baladas montañesas; aquel con que las madres catalanas entretuvieron á sus hijos en la infancia, y cuyo nombre, apenas pronunciado con labios balbucientes; doró los primeros sueños de nuestra imaginación: aquel que, al oír la

relación de nuestros padres y de nuestros hermanos mayores, excitó en nuestras tiernas almas una vaga idea de algo bien grande, bien hermoso, en que aparecían historias y coronas de reyes formando una aureola alrededor del nombre de María, al paso que concebimos una dulce esperanza que nos prometimos realizar cuando llegásemos á la edad de nuestros hermanos... ¡Cuán bello! ¡Cuán caprichoso! ¡La misma naturaleza le colocó así aislado, como si, complaciéndose en su obra, hubiese querido marcar su diferencia respecto de los demás montes, y destinarlo para objeto de veneración de los pueblos. —Pero ¿haremos nosotros lo que el exacto y frío pintor de paisajes, que no se olvida de indicar en su tela ni el olivo de la izquierda, ni la pared de la derecha, ni deja de indicar entornada la puerta de un corral, pues con ello gana un efecto de sombra, bien que entretanto no hincha los espacios de su cuadro con el aire del cielo, ni roba á la naturaleza su espíritu y expresión, ni oye aquella armonía inmensa é infinita con que cantan la Creación aquellas partes? ¿Describiremos este monte famoso? Y excepto sus bellezas natura-

les, ¿qué describiremos en él, sino soledad y abandono? ¿Y que veríamos en el santuario sino miseria y pesadumbre para el ánima afligida, que recordara lo que fué? Recorramos más bien con rapidez aquellas masas de peñascos; hundámonos en el espantoso y sublime derrumbadero que se abre al pie del monasterio hasta tocar las aguas del Llobregat, ó bien subamos á saciar nuestra alma con la inmensidad de los espacios; deslicémonos por la orilla de los precipicios; trepemos por aquellas largas y casi rectas escaleras que asemejan las no menos bellas comarcas de los Alpes, hasta la desierta ermita donde moraron en paz hombres de corazón sencillo y santo; bajemos después por las rápidas cuestas, mientras el viento pasa mugiendo por entre aquellos fantasmas de roca, y á su violento empuje se arremolinan bandadas densísimas de aves agoreras, cuyos graznidos nos llenan de un horror santo; y cuando, cansados de tan larga correría, y ebria la imaginación de goces y de inspiraciones, nos sentemos en el claustro destrozado ó al pie de la fachada exterior bizantina, envueltos en el manto del espíritu, evoquemos la visión de lo

que ha sido y mirémosla pasar en silencio con los ojos del alma, admirando su simplicidad, religión y misterio.

Asomad, asomad á la ventana, bellas niñas; y vosotras engalanad vuestras puertas, porque ya llegan los devotos romeros de la Virgen, y sus banderas coronadas de flores ondean alegremente por encima de los matorrales.

La brisa de la montaña trae el armonioso eco de sus plegarias, interrumpido de cuando en cuando por el de los instrumentos de los que, siguiendo la procesión, van á visitar á la Virgen.

Bajos los ojos y con el rosario en la mano avanzan devotamente los peregrinos: allí ni esplendor ni riqueza: humilde, muy humilde es su andar, fervientes los rezos que murmuran, y los hay que es maltan con la sangre en sus pies descalzos las espinas y las piedras de los caminos.

Las niñas, suelta la cabellera, que sujeta sólo una guirnalda de flores silvestres, responden con voz tímida á las letanias, y las rosas avergonzadas de sus mejillas y el rubor que baja sus párpados

son la mejor ofrenda que sus corazones inocentes llevan á la Virgen.

Detrás de la clerecía y de los buenos magistrados de la comarca, la turba recogijada marcha al son de las gaitas y al compás de los cantares, con que sus madres les enseñaron á cantar á la Virgen.

Cerrad, cerrad tras vosotras las puertas de vuestras casas, porque ya la procesión se hunde en los recodos de la falda del monte. ¿No veis cual asoma enaquel flanco saliente, al pie de la cruz que sombrea peñascos gigantescos? Allí repiten con más fervor la plegaria, cuyos últimos sonidos espiran en el aire al doblar aquella punta.

Hélos que los divisan del monasterio, y echan á vuelo las alegres campanas, mientras la muchedumbre de peregrinos que llenan los claustros, la plaza y la hospedería, en confuso murmullo llamándose y noticiándose la llegada de los nuevos romeros—mientras los magnates hospedados en los aposentos del monseñor abad aparecen curiosos á la ventana,—mientras los perros contestan ladrando á los silbidos, y losalcones aletean y lanzan chillidos agudos, posados en el puño de

sus amos ó en las sillas de las cabalgaduras.

Entonces el padre despensero redobla su afán, y grande actividad reina en la cocina, cuyo hogar envía á lo alto densas nubes de humo, porque, en verdad, jamás visteis hospitalidad como la de estos buenos monjes de Santa María.

Pero ya al pie del monasterio, antes de apagar los recién venidos su sed en las frescas linfas de aquella fuente, sube al cielo en alas de la devoción una voz general que entona el *Violay* de Santa María.

—«Rosa placentera, joya de amor santo, topacio castísimo, claridad sin sombra, tú tiendes una mano compasiva al acongojado, y eres puerto de salvación en la tormenta.

—»Aguila caudalosa, que remontas tu vuelo á lo alto, puerta sagrada del templo, oye nuestra plegaria: defiéndenos y ruega por nosotros.»

Grande, muy grande es el pasmo de los recién venidos al ver tanta muchedumbre; porque, ciertamente grande, muy grande es la devoción á la Virgen de Montserrat.

Allí miran á sus hermanos de todas las provincias de España; allí oyen la dulce habla del hijo de Italia á la par de las oraciones del que mora en las márgenes del Sena, tierra fecunda en caballeros; y allí contemplan los dorados rizos y ojos azules del blanco germano, que brillan junto á la cabellera negra como las alas del cuervo, del que se adormece al arrullo del mar en Sicilia, ó con las frescas brisas del Sorrento.

¿Oís cuán hondamente resuena el órgano dentro de las sagradas naves, y cómo el eco caprichoso repite los rezos de la comunidad, que, con sendos cirios, va lentamente bajando del altar á recibir la procesión de los romeros? El venerable abad, que viste los adornos pontificales sobre el hábito de San Benito, aparece en lo alto de las gradas, y con los ojos levantados y las manos extendidas, invoca la gracia del cielo sobre los devotos de la Virgen, y con su diestra traza sobre sus cabezas el signo cristiano.

¡Oh! ¡quién podría contar las riquezas que allí pasman á los romeros! Sus ojos no aciertan á contar el número de las bellas lámparas, dádivas de los reyes; de

los poderosos, y también de las buenas y piadosas villas, y, al mirar los cirios gigantes, que arden perpetuamente: «En verdad, exclaman, la morada es ésta de la Virgen.»

Y cuando los solícitos sacristanes les abren el tesoro de la sacristía, cuando les deslumbran los frontales, los tapices y adornos, las joyas, los vestidos, los vasos y candelabros, allí juntan las manos y repiten: «¿Quién tales maravillas vió? En verdad, la morada es ésta de la Virgen.»

Pues al subir trémulos de veneración al camarín de la Madre de Dios, cuando el fuego de la piedad les embarga el uso de sus potencias y hace latir con fuerza sus corazones, al ir á besar la mano á María, y á su Hijo, si sus ojos se atreven á mirar aquel divino rostro, bájense con temor sorprendidos de tanta majestad y magnificencia, heridos por el brillo de las coronas de oro, e i que arden millares de diamantes y esmeraldas, mientras ellos en lo hondo de sus almas murmuran: «En verdad, aquí es la morada, y esta imagen la imagen de la Virgen!»

Allí se postraron sobre las húmedas losas que encierran los restos de los finados;

allí les suceden otros romeros, que se arrodillan en las losas todavía calientes, y allí la oración sube al cielo constante, continua, eterna, como la escala transparente que debe unir la tierra con el cielo.

Entretanto, el movimiento no cesa afuera: óyense las voces de despedida de los que regresan á sus casas y de los que llegan, los silbidos de los que se llaman, el ladrar de los perros y el relinchar de los caballos, los gritos del buhonero y la cantinela del pobre ministril, que, de cuando en cuando, interrumpe con un preludio de su arpa, descolorida por el sol y la lluvia, la balada del ermitaño Garín y de la linda Riquildis, hija del buen conde Wifredo.

Apresuraos, bellas niñas; guiad, guiad vosotros, los gentiles mancebos; el sol tiñe la corriente del Llobregat con el oro del mediodía, y las ermitas de los pobres solitarios están muy lejos. Visitemos los altos picos, donde el hombre de Dios ha construido su cabaña junto al nido del alcón, y entremos en la cueva del Diablo, ahora que el reflejo del sol ahuyenta los espíritus, antes que las tinieblas de la

noche ¡Jesús María! traigan las feas visiones.

P. PIFERRER

(Recuerdos y Bellezas de España.)

LA ESPERANZA.

Hay una cosa que alegra tanto como el dinero, y que está al alcance de todas las fortunas.

Es azul y brilla más que el oro.

Se mezcla en todos los actos de la vida, y nos trae y nos lleva como un soplo de aire trae y lleva un puñado de polvo.

Lo mismo se la encuentra en la política que en la religión, lo mismo en la multitud que en el individuo.

Está en un billete de la lotería.

En el saludo de un hombre poderoso.

En la mirada de una mujer hermosa.

Es lo último que se pierde y se llama *esperanza*.

Es indudablemente el único dinero con que puede comprarse la felicidad.

Desde que el hombre se presenta en el umbral de la vida, parece que una voz misteriosa grava en su corazón esta palabra: *Espera*.

Desde entonces todo es esperar.

El niño espera la juventud: el joven espera la vejez: el anciano espera la muerte.

La vida no es más que una inmensa antesala.

El jugador espera su carta, el asesino espera á su víctima, el hombre político espera su vez, el amante espera una cita, el que aborrece espera vengarse, el pobre espera ser rico, el rico espera ser más: todos esperamos algo.

Hay que convenir en que vivir es una operación universal por medio de la que se está siempre haciendo tiempo.

La esperanza es una cosa bien singular: va desapareciendo conforme se va realizando.

Se puede decir de ella lo que del sueño.

El sueño es la cosa más agradable del mundo, solamente que al cogerlo nos quedamos profundamente dormidos.

Detrás de la esperanza está el desencanto, como detrás de una cara de ángel está una mujer.

Siempre se coloca delante de todo lo que apetecemos, y nunca falta allí donde

terminan las probabilidades, donde el cálculo agota sus pronósticos, donde la razón dice su última palabra.

La esperanza está sobre todos los inconvenientes, y algunas veces sobre muchos imposibles.

Es la fe de los deseos.

Dice un enamorado: «Esa mujer no me quiere, su familia me detesta, sus criados son insensibles, mi espejo no vacila ni un segundo en presentarme feo siempre que lo miro, mi bolsillo me llama pobre siempre que lo toco.»

Aquí traga una vocanada de humo, si está fumando, se pasea, si está de pie, ó se muerde los labios, si está sentado.

Esta reflexión tan negra se va azulando poco á poco por medio de un procedimiento químico que no tiene explicación.

De repente tira el cigarro, ó se sienta, ó se levanta.

La acción puede ser una ó varias á la vez, las palabras pueden ser éstas ú otras; pero la idea siempre es la misma.

Dice: «Todavía tengo esperanza.»

Si se pudiera leer en el alma de estos enfermos, que la muerte ha marcado irre-

vocablemente, encontraríamos en una página:

«Yo no tengo remedio.»

Y en la siguiente:

«¡Quién sabe!»

Penetrad en el seno de una familia que ha agotado su último recurso, que ha llamado á la última puerta, que ha perdido el último amigo.

Conviene fijar bien el día de esta visita domiciliaria.

Por los datos del Almanaque no sería fácil sacar nada en limpio, porque hay días que no se encuentran en ese registro del tiempo.

Días inmensamente largos, cualquiera que sea la estación en que se presenten.

Se conocen con el nombre de días sin pan.

Aprovechad el momento en que el padre de aquella familia levanta el picaporte de la puerta y entra en su casa.

Viene de dar la última vuelta al tornillo de su necesidad.

Salió por la mañana y vuelve á la noche.

Trae... una cosa menos.

No solamente no ha encontrado quien

le dé, sino que todos se han empeñado en quitarle.

Salió con su última esperanza y vuelve sin ella.

La única puerta que se abre delante de él es la de su casa; los únicos brazos que se le tienden son los de sus hijos; los únicos labios que le sonríen son los de la madre de sus hijos.

«Nada,» es todo lo que se atreve á contestar á la pregunta muda de aquella familia que le rodea.

En ninguna ocasión la palabra *nada* ha significado más.

Aquí es preciso que la esperanza haga un esfuerzo supremo.

Es indispensable que pronuncie su última frase, que lance su último rayo de luz.

Para este milagro necesita la esperanza un intérprete digno de su esfuerzo.

Necesita un semblante apacible, unos ojos cariñosos y una voz dulce.

Es preciso que el misterio se realice con todas las circunstancias de la maravilla.

La luz ha de salir de la oscuridad, la fuerza del más débil, la constancia del ser más frágil.

El corazón que resume todos los dolores de la familia es el que va á hablar por boca de la madre.

Oigámosla, porque sus palabras serán breves como la verdad, sencillas como el sentimiento, precisas como la fe.

«Dios, dice, nos está probando; pero no nos abandonará.»

Y este hombre vuelve á tener esperanza, y esa familia vuelve á esperar.

La esperanza es el castigo de la razón.

Es esa creencia inagotable que se rie de las probabilidades, y se mofa de los cálculos, y desprecia las razones.

Se puede vivir sin dinero, sin crédito, sin estimación; pero es imposible vivir sin esperanza.

El incrédulo le pide esperanzas á la casualidad.

El jugador á la suerte.

Las mujeres la buscan en los espejos.

Los que creen la reciben de la Providencia.

La esperanza es á la vida moral lo que el aire á los pulmones.

Las esperanzas no son las cosas, sino el color de las cosas.

Es un resultado maravilloso que se

produce contra todas las leyes de la lógica.

Y ¡cosa singular! ó es bella, ó no es esperanza.

Siempre estamos dispuestos á recibirla.

Semejante á las lisonjas, siempre llega á tiempo. Nunca es tarde para una esperanza.

El hombre es un conjunto de esperanzas que se van disipando una á una. Cuando se apaga la última, cierra los ojos.

Por medio de las esperanzas se abre camino hasta nosotros el tiempo que está por venir.

El tiempo conoce al hombre y lo adula.

¡Cuántas felicidades nos guarda siempre el día de mañana!

Si la esperanza es el camino de la felicidad, vivir no es más que estar en camino.

Sólo nos es lícito ser felices, esperando serlo.

El que no espera nada, ¿qué es lo que espera en el mundo?

Dios le ha dicho al cuerpo: vive.

Y al alma: espera.

Casi todo lo que nos rodea son esperanzas.

Un abogado no es más que una esperanza puesta al alcance de todo aquel que desea ardientemente tener razón.

Un tribunal no es más que una esperanza de la justicia.

La medicina es una esperanza de la salud.

Todas las esperanzas humanas me parecen reflejos más ó menos confusos, más ó menos lejanos de una esperanza suprema.

Así como el sol se reproduce en la superficie de los lagos, y se repite en las olas del mar, y se finge en las nubes, y se refleja en las montañas; así la verdadera esperanza, la única, se refleja en las sombras de nuestros deseos.

Lo que en la luz son reflejos, en la esperanza son presentimientos.

Vamos sucesivamente tomando las imágenes que se nos presentan, por el original que buscamos, y á cada esperanza que consumimos, nos damos una palmada en la frente, diciendo: No era esto lo que buscaba.

.

Esto sucede con las ideas, con los sistemas, con las pasiones y con los placeres.

La esperanza es una prueba evidente de que existe una cosa que todos buscamos y que nadie encuentra.

Las esperanzas humanas son los ecos de una felicidad misteriosa que nos llama desde muy lejos.

Por eso la esperanza es siempre risueña como el cielo, brillante como el cielo, azul como el cielo.

Por eso está, como el cielo, suspendida en el aire.

Una esperanza fundada no es verdaderamente una esperanza, sino una probabilidad.

Para ver bien una esperanza hay que cerrar los ojos á todo.

Entonces se dirige la mirada á otro mundo: allí debe estar.

La inocencia se disipa, el amor nos desecha, la ambición nos deja, los placeres se cansan de nosotros, la hermosura nos olvida, hasta los vicios suelen volvernos la espalda. Ella jamás nos abandona.

¡Qué solos nos encontraría la muerte,

si la esperanza no se quedara á recoger el último aliento de nuestra vida!

JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

LOS HEBREOS

EN LA PENÍNSULA IBÉRICA.

Difficil será abrir la historia de la península Ibérica, ya civil, ya política, ya religiosa, ora científica, ora literariamente considerada, sin tropezar en cada página con algún hecho ó nombre memorable relativo á la nación hebrea, há cerca de dos mil años errante y dispersa en medio de las demás generaciones. Las crónicas de los reyes, las historias de las ciudades y de las órdenes religiosas, tanto militares como conventuales ó monásticas, los anales de las familias, llenos están de acaecimientos en que tuvo por largo tiempo el pæblo de Israel parte más ó menos activa y directa. Los códigos nacionales, dictados unas veces por los monarcas, formados otras por el clero, é inspirados otras por el sentimiento popular; los libros ascéticos, ahora escritos por los descendientes de la

raza hispano-latina, ahora por los conversos del judaísmo; las obras científicas, cuándo traídas de extraños lenguajes, cuándo realizadas, con gloria del nombre español, bajo la protección de los príncipes de Aragón y Castilla, mientras yacían las demás naciones de Europa en medio de la barbarie; las producciones de la amena literatura, debidas, ya á los cristianos viejos, ya á los que en el transcurso de los siglos habían hecho suya la religión del Crucificado, pregonan también con no menor fuerza y verdad, la participación que en uno y otro concepto alcanzó el pueblo proscrito en el desarrollo de la civilización española. En historias, en leyes, en obras ascéticas ó científicas, en libros de controversia ó de poesía, aparece siempre aquella laboriosa é inteligente grey dotada de una actividad sorprendente, que la hace digna de ser maduramente estudiada, cuando se considera sobre todo que, ya se levante á desusada prosperidad, ya sea envuelta en sangrientas persecuciones, jamás decaen su amor al trabajo ni su celo por la ciencia, títulos altamente legítimos, que le conquistan por mucho

tiempo la tolerancia, si no el respeto de sus dominadores.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

(*Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal.*)

LENGUAJE DE ACCIÓN

Los poetas y filósofos que no alcanzaron á concebir una idea clara de Dios, lejos de desterrarlo de la naturaleza, poblaron los montes y los valles, los bosques y cavernas, los ríos y los mares, el cielo y el abismo de una cáfila de dioses sin cuento; y cuando no adoraron el becerro de oro, adoraron los cocodrilos y las cebollas en los huertos. Tanto repugna considerar la naturaleza como un libro de páginas en blanco, ó de mamarachos sin sentido, que hasta los que están privados de la luz divina para poder leer en él la verdad, leen el error; pero leen. Ningún pueblo del mundo ha creído que ante las armonías y símbolos de la naturaleza, el supremo esfuerzo de la ciencia consistiese en cerrar los ojos y taparse los oídos, y ahogar el grito de la conciencia. Repito lo que mil veces te he

dicho: para obrar así, es necesario estar ebrio de vanidad, y sobre todo, poco peso, poco peso.

Pues bien, ese perpetuo flujo y reflujo de los seres que, como un inmenso río, proceden del manantial eterno para volver á él; en su trabajo constante, sin tregua ni reposo, va engendrando formas y colores que, sin repetirse jamás, permanecen siempre los mismos: no de otra suerte que ahora la superficie del mar, vista desde aquí, nos parece inmóvil é inalterable como la losa de un sepulcro, no obstante su agitación perpetua y continuo cambio en todos los instantes transcurridos desde el primer instante de la Creación.

Hasta en los momentos en que la naturaleza nos parece como dormida y yerta, considera la rapidez con que somos arrebatados por el espacio, el trabajo interior de la vida y de la muerte, la incesante actividad del calórico, de la luz, de la electricidad, de la atracción y repulsión, de eso que llamamos fuerza, y que para vosotros, los materialistas, que no sabéis lo que es, lo explica todo.

¿Y qué diremos de los seres animados?

tiempo la tolerancia, si no el respeto de sus dominadores.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

(Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal.)

LENGUAJE DE ACCIÓN

Los poetas y filósofos que no alcanzaron á concebir una idea clara de Dios, lejos de desterrarlo de la naturaleza, poblaron los montes y los valles, los bosques y cavernas, los ríos y los mares, el cielo y el abismo de una cáfila de dioses sin cuento; y cuando no adoraron el becerro de oro, adoraron los cocodrilos y las cebollas en los huertos. Tanto repugna considerar la naturaleza como un libro de páginas en blanco, ó de mamarachos sin sentido, que hasta los que están privados de la luz divina para poder leer en él la verdad, leen el error; pero leen. Ningún pueblo del mundo ha creído que ante las armonías y símbolos de la naturaleza, el supremo esfuerzo de la ciencia consistiese en cerrar los ojos y taparse los oídos, y ahogar el grito de la conciencia. Repito lo que mil veces te he

dicho: para obrar así, es necesario estar ebrio de vanidad, y sobre todo, poco peso, poco peso.

Pues bien, ese perpetuo flujo y reflujo de los seres que, como un inmenso río, proceden del manantial eterno para volver á él; en su trabajo constante, sin tregua ni reposo, va engendrando formas y colores que, sin repetirse jamás, permanecen siempre los mismos: no de otra suerte que ahora la superficie del mar, vista desde aquí, nos parece inmóvil é inalterable como la losa de un sepulcro, no obstante su agitación perpetua y continuo cambio en todos los instantes transcurridos desde el primer instante de la Creación.

Hasta en los momentos en que la naturaleza nos parece como dormida y yerta, considera la rapidez con que somos arrebatados por el espacio, el trabajo interior de la vida y de la muerte, la incesante actividad del calórico, de la luz, de la electricidad, de la atracción y repulsión, de eso que llamamos fuerza, y que para vosotros, los materialistas, que no sabéis lo que es, lo explica todo.

¿Y qué diremos de los seres animados?

El movimiento es lo que principalmente revela su vida, lo que en el hombre revela su voluntad libre, las inclinaciones de su corazón, sus más recónditos pensamientos. El rostro, copia del alma, y sobre todo los labios y ojos, están dotados de una movilidad asombrosa. Cuando la atención se fija en algún objeto, clavamos en él la vista, ó si el alma se absorbe contemplándose á sí misma, la inmovilidad del semblante y de los ojos como cubiertos de un velo, indican que la vida se retira del exterior y se recoge, para concentrarse en lo más íntimo; pero cuando la imaginación vuela como mariposa, de pensamiento en pensamiento, los labios, los párpados, las pupilas, los casi imperceptibles movimientos de la frente siguen su caprichoso vuelo.

Ora nos hacemos todo ojos, ora caen desmayados los párpados, ora tiemblan y se ponen preñados de lágrimas, ora miramos de soslayo y con recelo, ora inclinamos la vista al suelo con humildad ó con vergüenza, ó con hipocresía, ora la paseamos por todas con descaro ó con altanero dominio, ora la apartamos de la tierra para levantarla al cie-

lo. El movimiento de las cejas y de la parte interior de la frente completan la expresión.

A veces la boca entreabierta retrata la inocencia y el candor, otras veces la abrimos toda con admiración ó estupidez: el labio se contrae, se cierra, se tuerce, tiembla de cólera; ya circula por él la sonrisa, ya lo ensangrentamos mor-diéndolo.

El anciano camina con paso débil y tar-do, el guerrero huella con firmeza y seguridad al campo de batalla, la niña tímida casi no se atreve á tocar con sus plantas la tierra, la coqueta se desliza como el aura emponzoñada por la blanda alfombra del salón, y el muchacho sale de la escuela corriendo y brincando más ligero que una ardilla. El charlatán menea los brazos como aspas de molino; quién los trae envarados, quién los dispone y mueve con estudiada afectación; con ellos hacemos ademán de apartar los objetos que nos inspiran aversión ú horror; el deseo y el amor los adelantan hacia el objeto amado: con ellos indicamos, suplicamos, imperamos, amenazamos, bendecimos, imploramos á Dios.

Ya inclinamos el cuerpo con respeto, ya erguimos la cabeza, ya hincamos las rodillas.

Todos nuestros miembros paracen unas veces servidores y esclavos del querer enérgico de la voluntad; y otras veces, como exentos de su imperio, corre por todos ellos el temblor del miedo, ó con sus estremecimientos y convulsiones descubren las internas angustias y padecimientos del alma. Los dedos se crispan, erizanse los cabellos. Un movimiento reprimido, un imperceptible movimiento del labio ó de los párpados, un apretón de mano equivalen á veces á todo un discurso.

Nada demuestra tan evidentemente la fuerza, la flexibilidad del lenguaje de acción como lo que sucede con los sordomudos reunidos en los establecimientos de enseñanza; pues, sin necesidad de otro lenguaje, se hablan y comunican perfectamente entre sí y con sus profesores, y este lenguaje natural es el único que ahora sirve de mediador para la enseñanza de la lengua escrita. M. Morel, al visitar el Instituto de Colmar, vió que los signos que allí empleaban los

sordo-mudos eran los mismos que los que empleaban los del Instituto de Paris. En opinión de los directores de este Instituto, el lenguaje de los sordo-mudos no se limita á la pintura de acciones visibles, sino que se extiende á la expresión de ideas morales y abstractas, y de todos los efectos del alma.

En los pueblos meridionales, el lenguaje de acción es altamente expresivo. Nadie ignora la aptitud de los italianos para la mímica: de la gesticulación de los napolitanos cuéntanse cosas estupendas.

Si el lenguaje de acción comunica realce y nervio á la oratoria, no hay que decirlo para formarse una idea de la importancia que daban los antiguos á la elocuencia del cuerpo, basta pasar la vista por las delicadas y minuciosas observaciones de Cicerón, y principalmente de Quintiliano, que dedica á esta materia uno de los mejores libros de sus *Instituciones*. En el día exigimos en el orador más sinceridad y menos arte: los patriotas de ogaño no se despechugan para manifestar al pueblo sus cicatrices, ni la travesura de nuestros abogados llega hasta el punto de presentar á la flaca

humanidad de los jueces un hermoso cuerpo desnudo, para desviar los ojos de la justicia de los ensortijados garabatos del escribano.

Lo que en la escena vale el lenguaje de acción nos lo mostró la Ristori: Mario y la Frezzolini suplen con él, no pocas veces, las pícaras jugarretas de la aporrada garganta. Nuestros actores suelen estudiarlo poco, y los actores franceses demasiado. Cuando se exagera, dándole más importancia de la debida, se convierte en caricatura. No quiero citar á nadie.

El baile pantomimico de gran espectáculo, todo él no es sino un gran dislocamiento del arte.

Sin embargo la pantomima sola basta para darnos una idea bastante exacta de una acción dramática; y alguno que otro representante en determinadas situaciones expresa admirablemente los conceptos y afectos.

· · · · · DIRECCIÓN GENERAL · · · · ·

En los bailes populares, que generalmente no traspasan, como los del teatro, los límites de su propia jurisdicción,

suele verse perfectamente retratado el carácter del pueblo. Nuestros contrapases y cerdanas y los bailes de las provincias vascongadas presentan un aspecto varonil, grave y decoroso, que contrasta singularmente con la gracia y molicie oriental de los bailes andaluces. Los bailes gallegos, á vueltas de su rusticidad y pesadez, descubren aquel natural bonachón de los tiempos de Mari-castaña.

JOSÉ COLL Y VEHÍ.
[Diálogos literarios.]

LA NOBLEZA DE ARAGÓN

La nobleza de Aragón tuvo el mismo origen que la del resto de España, los elementos aristocráticos de la nación goda, desarrollados en las circunstancias especiales que creó para la península la invasión sarracena y la reconquista del territorio. Si hemos de creer á los historiadores aragoneses, los ricos hombres en Aragón son tan antiguos como la monarquía, y no falta quien los haga anteriores á los reyes; así sería la verdad si se pudiese prescindir en la historia de los

humanidad de los jueces un hermoso cuerpo desnudo, para desviar los ojos de la justicia de los ensortijados garabatos del escribano.

Lo que en la escena vale el lenguaje de acción nos lo mostró la Ristori: Mario y la Frezzolini suplen con él, no pocas veces, las pícaras jugarretas de la aporrada garganta. Nuestros actores suelen estudiarlo poco, y los actores franceses demasiado. Cuando se exagera, dándole más importancia de la debida, se convierte en caricatura. No quiero citar á nadie.

El baile pantomimico de gran espectáculo, todo él no es sino un gran dislocamiento del arte.

Sin embargo la pantomima sola basta para darnos una idea bastante exacta de una acción dramática; y alguno que otro representante en determinadas situaciones expresa admirablemente los conceptos y afectos.

· · · · · DIRECCIÓN GENERAL · · · · ·

En los bailes populares, que generalmente no traspasan, como los del teatro, los límites de su propia jurisdicción,

suele verse perfectamente retratado el carácter del pueblo. Nuestros contrapases y cerdanas y los bailes de las provincias vascongadas presentan un aspecto varonil, grave y decoroso, que contrasta singularmente con la gracia y molicie oriental de los bailes andaluces. Los bailes gallegos, á vueltas de su rusticidad y pesadez, descubren aquel natural bonachón de los tiempos de Mari-castaña.

JOSÉ COLL Y VEHÍ.
[Diálogos literarios.]

LA NOBLEZA DE ARAGÓN

La nobleza de Aragón tuvo el mismo origen que la del resto de España, los elementos aristocráticos de la nación goda, desarrollados en las circunstancias especiales que creó para la península la invasión sarracena y la reconquista del territorio. Si hemos de creer á los historiadores aragoneses, los ricos hombres en Aragón son tan antiguos como la monarquía, y no falta quien los haga anteriores á los reyes; así sería la verdad si se pudiese prescindir en la historia de los

diversos principados que se formaron después de la invasión sarracena, de que todos ellos no eran más que la continuación de la antigua y célebre monarquía de los godos.

De todas maneras es siempre cierto que los nobles en Aragón tuvieron desde los principios grande poder é influencia. La nobleza en este reino tenía á la vez una organización política y militar, y formaba un cuerpo sólido y compacto en que, con los estrechos lazos de un interés recíproco, estaban unidos todos sus miembros desde el rico hombre de natura hasta el último infanzón ó hidalgo. Tres eran los grados principales de la jerarquía nobiliaria. Los ricos-hombres ó nobles por excelencia, los caballeros ó milites, como los llamaban los antiguos fueros, y los infanzones ó hidalgos. Sin éstos había la clase de mesnaderos, que eran los que servían en la mesnada ó casa del Rey, y tenían en ella empleo ó mando superior. Todos ellos, al uso y semejanza de otros reinos, poseían tierras, castillos y vasallos, y en los lugares de su señorío gozaban de la justicia y de los demás derechos que en otras partes, aunque en mayor y

más extensa escala, como diremos luego. Pero además de estos señoríos disfrutaban de otro gran elemento de poder. El gobierno de todas las villas y ciudades de realengo, llamado en Aragón «Honor,» pertenecía por antiguas disposiciones única y exclusivamente á la clase de ricos-hombres, primero en feudo amovible según la libre disposición del Rey; después, como tenencia perpetua de que no podían ser privados sino por causa legítima y por sentencia dada en el tribunal de justicia de Aragón.

Los ricos-hombres gobernaban las villas y lugares de sus Honores; ponían en ellos Justicia y Zalmedinas, cobraban una parte de las cargas públicas, y hacían suyas, excepto en muy pocos casos, las caloñas ó penas pecuniarias, ramo muy importante en aquellos tiempos.

Estos honores no los podía disfrutar el rico-hombre por sí solo; al contrario, estaba determinado por la ley expresa que fuesen divididos en porciones proporcionadas al debido sostenimiento de un caballero, y que fuesen en seguida repartidas única y exclusivamente entre los de esta clase. Llamábanse estas porciones

«Caballería de honor,» y los que las obtenían de mano del rico-hombre cobraban en ellas los derechos que á éste correspondían, pero con la obligación de servirle con las lanzas proporcionadas al producto de la Caballería. Cuando los Honores de amovibles se hicieron perpetuos, las Caballerías siguieron la misma suerte, y los caballeros no pudieron ser privados de ellos sino por causa y sentencia legítima.

Peró así como el Rey no podía dar los Honores sino á los ricos-hombres, ni éstos las Caballerías sino á los caballeros, así también nadie podía ser armado caballero ni obtener, por consecuencia, las Caballerías, sino los infanzones ó hidalgos, completándose de esta manera la gran trabazón y enlace de esta aristocracia y la robusta organización del cuerpo compacto que formaba.

EL MARQUÉS DE PIDAL.

Historia de las alteraciones de Aragón

LA ARQUITECTURA

EN LOS PRIMEROS TIEMPOS CRISTIANOS

Cuando el cristianismo, siquiera tolerado, pudo manifestar públicamente y

comenzó á edificar sus iglesias, la gran arquitectura de los siglos de Augusto y de Trajano se hallaba en una decadencia visible. Esa arquitectura, además, en lo respectivo á templos, habia sido inspirada por ideas y por necesidades muy diferentes, cuando no digamos contrarias, á las de nuestra santa Religión. Ni se sabía, pues, construir los bellos monumentos paganos de la artística antigüedad, que siempre ha admirado y que siempre admirará el mundo; ni las proporciones y la forma de aquellos templos, adonde no entraba la muchedumbre, y que se elevaban sólo para colocar una estatua y un ara en que sacrificarse el sacerdote, eran ya á propósito para satisfacer los instintos, las costumbres, las exigencias del culto cristiano. No se podía repetir lo antiguo, al menos con su majestad y grandeza; y era menester otra cosa que lo antiguo para llenar los nuevos objetos, las nuevas prácticas.

Así nació en el momento propio algo bastardo á la vez que original—bastardo para el arte, original por la idea—que, separándose de las debilitadas tradiciones de los siglos clásicos, no distinguiéndose

por la realización de una belleza de que no era tiempo, y atendiendo en cambio á las primeras y naturales aspiraciones de la noción cristiana, llenó del modo posible lo que se apetecía en aquel instante, una casa de oración y sacrificio, y bastó á una sociedad que en sus jóvenes fervores renegaba de todas las pompas de la materia, á fin de ocuparse sólo en el destino eterno y en la salud de los espíritus.

Esta situación, ese carácter de la arquitectura cristiana, no debieron variar gran cosa por el triunfo de la Iglesia bajo Constantino el Mayor. Si éste pudo hacer levantar un arco como el que lleva su nombre, fué porque existía otro anterior que despojar, el de Trajano, cuyos ricos adornos cabía fácilmente que se aplicaran á la desigual decoración del nuevo. Mas ni los arquitectos de aquella época sabían, repetimos, edificar un panteón como el de Agripa, ni hubieran querido, los que de ellos fuesen cristianos, trasladar el pórtico, la bóveda, las elegentes proporciones de ésta á las iglesias que sacaban de las Catacumbas, y que venían á colocar á la luz del sol, contraponiéndolas

por primera vez á los templos de Jano, de Júpiter Capitolino, de Venus y de Rom.

La Iglesia cristiana, pues, aun después del triunfo del Evangelio, no debió y no pudo ser otra cosa, en el antiguo mundo, en la sociedad romana, que un edificio grande y capaz, donde se tomase algo del anterior templo, porque no podía menos de ser así; no habiendo otro elemento arquitectónico; donde se tomase sin gracia, porque era razón de plena decadencia y no de gusto; donde se atendiese á las ideas más elementales y más fáciles de materializar del propio cristianismo, como lo fué, por ejemplo, la adopción de la forma de cruz; y donde se cuidase, por último, de atender á las nuevas necesidades, haciendo entrar un pueblo numeroso, que antes no entraba, más que ahora había de asistir á las ceremonias apartando los sexos entre sí, y separando por último á los neófitos de los verdaderos fieles.

Tal es, sin ningún género de duda, la basilica cristiana de los primeros siglos; que hasta el nombre de *basilica* tomó por parecerse más á las que de antemano se llamaban así, que á los templos de las

vencidas divinidades. Esa es su procedencia, ese es su carácter necesario.

JOAQUÍN FRANCISCO PACHECO.
(Italia.)

LA RELIGIÓN

Es una cosa indudable que la moral positiva es la religión; que la moral científica no basta para la doctrina, para la enseñanza y para la educación de los pueblos. Y si esto es verdad, ¿cuál es la religión de cada uno? ¿la religión de cada pueblo? Es la que ha heredado de sus mayores; es para los españoles la religión de sus padres; es la religión que España ha tenido durante diez y nueve siglos; es la religión que está unida á todas sus glorias, á sus grandezas, á su civilización, á su carácter, á sus artes, á sus ciencias, á su elocuencia, á su poesía, á su literatura. Esa es la Religión de cada pueblo; la que se mama con la leche, con cuyos cánticos se adormeció el niño en su infancia, con la que educa al hombre su madre.

Es un fenómeno moral, muy frecuente en todas partes, que el hombre más incrédulo, el que más desprecia las prácticas

religiosas, el que más desobedece los preceptos religiosos, tiene sentimientos cristianos, y en su conducta obedece y sigue el espíritu del cristianismo: renegando de Dios, le obedece; renegando de la verdad revelada, la sigue. Si eso no fuera así, la Europa estaria ya disuelta y habria llegado á los últimos limites de la anarquía. Con el indiferentismo que la roe, si no fuéramos cristianos con el sentimiento, aun cuando seamos impíos con la cabeza, ¿qué sería de nosotros? ¿qué sería de los pueblos á quienes regimos? ¿qué sería de la humanidad?

ANTONIO DE LOS RÍOS Y ROSAS.
(Discurso pronunciado en las Cortes Constituyentes de 1835.)

DESCRIPCIÓN

El fin de octubre había sido lluvioso, y noviembre vestía su verde y abrigado manto de invierno.

Stein se paseaba un día por delante del convento, desde donde se descubría una perspectiva inmensa y uniforme: á la derecha el mar sin límites; á la izquierda la dehesa sin término. En medio se dibujaba, á la claridad del horizonte, el perfil

oscuro de las ruinas del fuerte de San Cristóbal, como la imagen de la nada, en medio de la inmensidad. La mar, que no agitaba el soplo más ligero, se mecía blandamente, levantando sin esfuerzo sus oleadas, que los reflejos del sol doraban, como una reina que deja ondear su manto de oro. El convento, con sus grandes, severos y angulosos lineamientos estaba en armonía con el grave y monótono paisaje: su mole ocultaba el único punto del horizonte interceptado en aquel informe panorama.

En aquel punto se hallaba el pueblo de Villamar, situado junto á un río tan caudaloso y turbulento en invierno, como pobre y estadizo en verano. Los alrededores bien cultivados, presentaban de lejos el aspecto de un tablero de damas, en cuyos cuadros variaba de mil modos el color verde; aquí el amarillento de la vid aun cubierta de follaje: allí el verde ceniciento de un olivar, ó el verde esmeralda del trigo, que habían hecho brotar las lluvias del otoño, más allá el verde sombrío de las higueras, y todo esto dividido por el verde azulado de las pitas de los vallados. Por la boca del río cruzaban al-

gunas lanchas pescadoras; del lado del convento, en una elevación, se veía una capilla; delante se alzaba una gran cruz, en una base de forma de pirámide de mampostería blanqueada: detrás había un recinto cubierto de cruces pintadas de negro. Este era el Campo Santo.

Delante de la cruz pendía un farol, siempre encendido; y la cruz, emblema de salvación, servía de faro á los marineres, como si el Señor hubiera querido hacer palpables sus parábolas á aquellos sencillos campesinos, del mismo modo que se hace diariamente palpable á los hombre de fe robusta y sumisa, dignos de aquella gracia.

No puede compararse este árido y uniforme paisaje con los valles de Suiza, con las orillas del Rhin, ó con la costa de la isla de Wight. Sin embargo, hay una magia tan poderosa en las obras de la naturaleza, que ninguna carece de bellezas y atractivos: no hay en ellas un solo objeto desprovisto de interés, y si á veces faltan las palabras para explicar en qué consiste, la inteligencia lo comprende y el corazón lo siente.

.

El día estaba tan hermoso, que sólo podía compararse á un diamante de aguas exquisitas, de brillante esplendor, y cuyo valor no aminora el más pequeño defecto. El alma y el oído reposaban suavemente en medio del silencio profundo de la naturaleza. En el azul turquí del cielo no se divisaba más que una nubecilla blanca, cuya perezosa inmovilidad la hacía semejante á una odalisca ceñida de velos de gasa, y muellemente recostada en su otomana azul.

La subida de la cuesta, aunque corta y poco empinada, había agotado las fuerzas aún no restablecidas de Stein. Quiso descansar un rato y se puso á examinar aquel lugar.

Acercóse al cementerio. Estaba tan verde y tan florido como si hubiera querido apartar de la muerte el horror que inspira. Las cruces ceñidas de vistosas enredaderas, en cuyas ramas revoloteaban los pajarillos cantando: *¡Descansa en paz!* Nadie habría creído que aquella fuese la mansión de los muertos, si en la entrada no se leyese esta inscripción: *«Creo en la remisión de los pecados, en la resurrección de la carne y en la vida perdura-*

ble. Amén.» La capilla era un edificio cuadrado, estrecho y sencillo, cerrado al frente con una reja y coronada su media naranja con una cruz de hierro. La única entrada era una puertecita inmediata al altar.

En éste había un gran cuadro pintado al óleo, que representaba una de las caídas del Señor con la cruz. Detrás se veían la Virgen, San Juan y las tres Marias; y al lado del Señor, los feroces soldados romanos. De puro vieja había tomado esta pintura un tono tan oscuro, que era difícil discernir los objetos; pero aumentando al mismo tiempo el efecto de la profunda devoción que inspiraba su vista, sea porque la meditación y el espiritualismo se avienen mal con los colores chillones y relumbrantes, ó sea por el sello de veneración que imprime el tiempo á las obras del arte, mayormente cuando representan objetos de devoción, que entonces parecen doblemente santificados por el culto de tantas generaciones. Todo pasa y todo muda en torno de esos piadosos monumentos, menos ellos, que permanecen, sin haber agotado los tesoros de consuelos que á manos llenas prodigan.

La devoción de los fieles había adornado el cuadro con diferentes objetos de hojuela de plata, colocados de tal modo que parecían formar parte de la pintura. Eran éstos una corona de espinas sobre la cabeza del Señor, una diadema de rayos sobre la de la Virgen, y remates en las extremidades de la cruz. Esta costumbre piadosa es extraña y aun ridícula á los ojos del artista, es cierto; pero á bien que la capilla del Cristo del Socorro no era un museo: jamás había atravesado un artista sus umbrales: allí no acudían más que sencillos devotos, que sólo iban á rezar.

Las dos paredes laterales estaban cubiertas de ex-votos de arriba abajo.

Los ex-votos son testimonios públicos y auténticos de beneficios recibidos, consignados por el agradecimiento al pie de los altares, unas veces cuando se obtiene la gracia que se pide, otras como cumplimiento de promesas hechas en grandes infortunios y circunstancias apuradas. Allí se ven largas trenzas de cabello, que la hija amante ofreció, como su más precioso tesoro, el día en que su madre fué arrancada á las garras de la muerte; ni-

ños de plata colgados de cintas color de rosa, que una madre afligida, al ver á su hijo mortalmente herido, consagró, para obtener su alivio, al Señor del Socorro; brazos, ojos, piernas de plata ó de cera, según las facultades del votante; cuadros de naufragios ó de otros grandes peligros, en medio de los cuales los fieles tuvieron lo que los descreídos calificaron de la sencillez de creer que sus plegarias podrían ser oídas y otorgadas por la misericordia divina; pues por lo visto las gentes *de alta razón, los ilustrados, los que dicen ser los más, y se tienen por los mejores*, no creen que la oración es un lazo entre Dios y el hombre.

Estos cuadros no eran obras maestras del arte; pero quizás, si lo fueran, perderían su fisonomía, y sobre todo su candor. ¡Y hay todavía personas que, presumiendo hallarse dotadas de un mérito superior, cierran sus almas á los dulces impresiones del candor, que es la inocencia y la serenidad del alma! ¿Acaso ignoran que el candor se va perdiendo al paso que el entusiasmo se apaga? Conservad, españoles, y respetad los débiles vestigios que quedan de cosas tan

santas é inestimables. No imitéis al mar Muerto, que mata con sus exhalaciones los pájaros que vuelan sobre sus olas, ni, como él, saquéis las raíces de los árboles á cuya sombra han vivido felices muchos países y tantas generaciones!

FERNÁN CABALLERO.

(*La Gaceta.*)

INDUSTRIA AGRÍCOLA

Antes que al hombre primitivo le ocurriera cultivar, pudo advertir que de las semillas de los árboles desparramadas por el suelo, eran algunas albergadas por la tierra y yerbecillas, brotando después de los árboles iguales á los de su procedencia. De ahí debió surgir la idea de la imitación.

Cuando el labrador coge una semilla, ó una raíz, ó una rama, y las coloca en un hoyo cubriéndolas con tierra, ejerce su iniciativa. La naturaleza suministra la tierra, la humedad, el calor, el aire, el sol, la electricidad, el estímulo para la germinación, el alimento en el suelo y en la atmósfera; y de ahí el brote, el desarrollo de los medros de la plan-

ta hasta que empieza la época de la decadencia, que termina en la descomposición. ¿Qué ha puesto el labrador? La acción iniciadora hija de su voluntad.

Observa luego que la planta sembrada produce fruto mayor y más dulce que la silvestre, las hojas y las saices tienen más grato sabor, las flores mayor belleza, más adelante reconoce que los trasplantes y los injertos contribuyen á mejorar las castas, se convence de que las plantas inútiles usurpan el alimento de las útiles, y aprende á limpiar y escardar; se hace cargo de que la repetición del cultivo depaupera el suelo, porque las plantas cultivadas absorben por las raíces la materia nutritiva que prefieren hasta agotarla, y concibe la idea de los abonos y de la alternativa de cosechas; experimenta falta de lluvias y acude al riego cuando puede proporcionarse agua; recoge, por fin, sus diversos frutos, y la experiencia le enseña á ser económico; he aquí el arte.

En esta combinación de fuerzas de la naturaleza y el hombre, la primera es el instrumento; ó si se quiere el laboratorio activo; el segundo es el mero mani-

pulante. Por eso, y porque hasta la fuerza muscular procede en el hombre de su estructura física, hemos indicado que en la industria general no viene él en rigor á poner más que el movimiento. Pero con el movimiento impulsado por la voluntad pone cosa que vale mucho, la inteligencia, facultad sublime de esa alma, que no es materia y que eleva la criatura racional hasta el trono de su Dios.

Produce la *industria agrícola* sustancias alimenticias, como el trigo, de que se hace el pan; las patatas, las carnes, verduras y frutas, y también primeras materias para la industria fabril, como el lino, el cáñamo, el algodón, la lana, la gualda, la rubia, etc.

Se ha dividido la industria agrícola en labranza y ganadería. Esta división, propia de los primeros tiempos de la agricultura y escasa población del territorio, va desapareciendo conforme cunde el progreso social. La ganadería alcanzó grandes privilegios en España, que redundaban en menoscabo del cultivo: hoy están muy cercenados, y llegará el día en que únicamente queden consignados en la historia.

Hay ganadería *trashumante*, la que de las regiones frías donde se apacienta en verano, pasa á invernar en las templadas, como Extremadura; *transterminante*, la que transmigra á puntos poco lejanos, ordinariamente en la misma provincia; y *estante*, la que no se separa de la misma localidad. La ganadería trashumante se extingue gradualmente, la transterminante tendrá mayor duración, y la estante y en pequeño es la destinada providencialmente á prevalecer.

Con efecto, los numerosos rebaños de ovejas producen carnes, lanas, pieles, pero desperdician el abono de los excrementos, están expuestos á epizootias, son costosos, se hallan fuera de la vigilancia de sus dueños, y dan origen á desmanes del ganado en siembras ajenas y á desafueros de los pastores. De las manadas de cabras hay que decir que son temibles por invasoras; y de las toradas criadas en estado salvaje pueden dar testimonio muchos viajeros, lisiados de arremetidas ó acuciados de fuertes sustos en los caminos por los *bichos*, tanto más preciados cuanto más feroces se presentan en el anacrónico redondel tauromáquico.

Por el contrario, cierto número de reses, mayores ó menores, en cada finca, bajo la mano del labrador y en estado de domesticidad, se mantienen en parte con plantas inútiles y desperdicios de las útiles, y en parte con raíces y hierbas al efecto cultivadas; devuelven en abono sus alimentos, no exigen aumento de brazos para su cuidado, pues un muchacho de la familia basta para ello, y sobre padecer menos enfermedades y percances que en la ganadería, rinden iguales ó mayores y mejores productos. Las ovejas merinas sacadas de nuestros rebaños españoles, y llevadas á Sajonia, se han multiplicado en aquel clima con ser tan frío, viven en domesticidad, y sus lanas son las más estimadas de todas. El número de cabezas de ganado repartibles en las fincas, pudiera ser en España más que doble del que en la actualidad ostenta la falange de sus manadas, yeguas, piaras y rebaños, grandes, medianos y pequeños.

El consorcio de la labor con la cría de animales forma el cuadro racional de la industria agrícola.

ALEJANDRO OLIVÁN.

(Manual de economía política).

LA MATERNIDAD

I.

¿Recordáis por ventura los años de vuestra infancia?

¿Recordáis aquellas horas tranquilas en que libre el alma de pesares y el corazón de inquietudes dejabáis reposar vuestra cabeza en el regazo de una mujer?

¿Recordáis la ternura con que aquella mujer os acariciaba, estrechaba vuestras manos infantiles, é imprimía, sin ruborizarse, sus labios en vuestra frente candorosa?

¿Recordáis cuántas veces enjugaba solícita vuestro llanto, y os adormecía dulcemente al eco blando de una balada de amor?

¡Oh! Si lo recordáis.

Los que tenemos la dicha de ver todavía á esa mujer sobre la tierra, la invocamos con cariño á todas horas. Su nombre está escrito en el corazón: es el nombre más tierno de cuantos encierra el diccionario.

El nombre solo de MADRE nos represen-

Por el contrario, cierto número de reses, mayores ó menores, en cada finca, bajo la mano del labrador y en estado de domesticidad, se mantienen en parte con plantas inútiles y desperdicios de las útiles, y en parte con raíces y hierbas al efecto cultivadas: devuelven en abono sus alimentos, no exigen aumento de brazos para su cuidado, pues un muchacho de la familia basta para ello, y sobre padecer menos enfermedades y percances que en la ganadería, rinden iguales ó mayores y mejores productos. Las ovejas merinas sacadas de nuestros rebaños españoles, y llevadas á Sajonia, se han multiplicado en aquel clima con ser tan frío, viven en domesticidad, y sus lanas son las más estimadas de todas. El número de cabezas de ganado repartibles en las fincas, pudiera ser en España más que doble del que en la actualidad ostenta la falange de sus manadas, yeguas, piaras y rebaños, grandes, medianos y pequeños.

El consorcio de la labor con la cría de animales forma el cuadro racional de la industria agrícola.

ALEJANDRO OLIVÁN.

(Manual de economía política).

LA MATERNIDAD

I.

¿Recordáis por ventura los años de vuestra infancia?

¿Recordáis aquellas horas tranquilas en que libre el alma de pesares y el corazón de inquietudes dejabáis reposar vuestra cabeza en el regazo de una mujer?

¿Recordáis la ternura con que aquella mujer os acariciaba, estrechaba vuestras manos infantiles, é imprimía, sin ruborizarse, sus labios en vuestra frente candorosa?

¿Recordáis cuántas veces enjugaba solícita vuestro llanto, y os adormecía dulcemente al eco blando de una balada de amor?

¡Oh! Si lo recordáis.

Los que tenemos la dicha de ver todavía á esa mujer sobre la tierra, la invocamos con cariño á todas horas. Su nombre está escrito en el corazón: es el nombre más tierno de cuantos encierra el diccionario.

El nombre solo de MADRE nos represen-

ta aquella mujer en cuyo seno bebimos el dulcísimo néctar de la vida; en cuyo regazo dejábamos reposar nuestra cabeza; aquella mujer que nos acariciaba; que oprimía entre las suyas nuestras manos; que besaba nuestra frente, que enjugaba nuestro llanto; que nos mecía por fin, en sus brazos al eco blando de una balada de amor.

¡Dichosos mil veces los que todavía podemos contemplarla con los ojos de la realidad!

Vosotros, los que habéis perdido á vuestra madre, también podéis verla, si tenéis corazón y sentimiento.

Podéis verla en el sueño dorado de vuestra felicidad. Si el astro de la noche envía sobre la tierra su pálido resplandor, figuraos que el resplandor pálido del astro de la noche es la mirada tranquila y cariñosa que vuestra madre os dirige desde el cielo.

Si veis en la región del cielo una blanca nubecilla, que flota cual tenue gasa sostenida en sus extremos por dos ángeles, es el alma de vuestra madre que al miraros sonríe de cariño desde el cielo.

Si, á la caída de una tarde melancólica, sentís en el valle un eco vago que se pierde á lo lejos, y que no es el canto de las aves, ni el murmurio de la fuente, arrodillaos: es el aleteo de la oración que por vosotros eleva vuestra madre.

Si en noche apacible del estío acaricia vuestra frente una brisa consoladora, que no es la brisa de los campos, ni el hálito embalsamado de las flores, estremeceos de placer: es el beso de pureza y de ternura que os envía desde el cielo vuestra madre.

Aunque la muerte la arrebate, la madre no deja nunca de existir para vosotros, los que tenéis corazón y sentimiento.

II.

¡Pueblos que rebajasteis la dignidad de la mujer; que la considerasteis como un sér casi despreciable, venid! La razón os llama á juicio.

El sér que vilipendiáis ha dado vida á vuestros héroes y á vuestros sabios.

Cuando vuestros héroes y vuestros sabios; cuando los Alejandro y los Homeros, los Césares, y los Virgilio, cruzaban

los azarosos días de la infancia, una mujer los alimentaba con el jugo de su pecho, una mujer los adormecía con el arrullo de su amor.

Cuando sus labios empezaron á articular sonidos, una mujer les enseñó á pronunciar los nombres para vosotros venerandos, y les imbuyó vuestras creencias, y les dijo que había una patria que debían adorar; una patria que ellos ilustraron luego con el brillo de sus conquistas ó con el mágico resplandor de su talento.

¡Detractores sistemáticos del que llamáis sexo débil, recordar que habéis tenido madre; ó que la tenéis todavía!

¡Los que negáis absolutamente la virtud de la mujer, acordaos de vuestra madre!

¡Los que al nombre y á la memoria de madre no sintáis latir de entusiasmo el corazón, apartad, alejaos!

Pero no vayáis á los campos, que allí las tiernas abecillas besan á sus madres en el nido; allí el manso recental trisca de gozo junto á la oveja.

No vayáis á los bosques, que allí podéis ver á la pantera lamer á sus ca-

chorros, y á la leona acariciar á sus hijos.

Y no es bien que la leona y la pantera de los bosques, y la oveja y el ave de los prados, enseñen al hombre las leyes inmutables de la naturaleza, al hombre, que es rey de la naturaleza y primera figura en el gran panorama de la Creación.

Huid adonde el sol no alumbre, adonde halléis, un espacio virgen, jamás hendido por respiración viviente; porque, donde quiera que lleguen los rayos del sol, donde exista un sér organizado y sensible, allí reinará majestuosamente la idea de la maternidad.

III.

Cuentáse que á un pintor célebre encomendaron un cuadro, donde se bosquejasen á un tiempo el amor y la pureza.

Y el artista trasladó al lienzo la imagen de una mujer, que llevaba en los brazos al hijo de sus entrañas.

Aquel pintor era un sabio. Los brazos de nuestra madre son el trono del amor y la pureza, donde, en los albores de la vida del hombre, brilla su majestad de rey de la creación.

En esos primeros años de la vida, la madre viene á ser para nosotros una segunda Providencia.

En los años de la niñez, la madre es nuestra primera maestra; ella nos enseña diariamente á alzar las manos al cielo y á bendecir al Dios de las mercedes.

Por ella aprendemos á coordinar las palabras mismas de nuestras primeras oraciones; de esos primeros himnos que el alma eleva á la Reina de los ángeles.

En los años de la adolescencia, ella nos señala los senderos de la virtud, nos avisa de los precipicios, y quizá enjuga la primera lágrima de fuego que hace asomar á nuestros párpados un amor que no es el suyo.

¡Oh! el amor materno no arranca lágrimas de fuego; produce llanto apacible que refresca el alma como el rocío á la tierra, como el céfiro á las flores.

En los años de la juventud consuela nuestras amarguras, perdona nuestros extravíos, y es la amiga que nunca nos engaña; la amante inalterable y fiel que nos ama sin cálculo y sin interés, sin falsedad y sin celos.

Ella es la sola mujer, que sin aver-

gonzarse ni avergonzarnos, puede besar nuestra frente y estrecharnos en su seno.

Ella es la que comparte con nosotros los infortunios y los males; la que vela nuestro sueño; la que cuenta por segundos las horas de nuestro padecer; la que cierra nuestros párpados en el instante supremo; el único sér, en fin, después de nuestro padre, que no admite consuelos por nuestra pérdida, porque se anega su alma en el mar sin bordes del egoísmo intenso del dolor.

Si es indudable que los padres ocupan en la tierra el lugar de la Divinidad, concluyamos por declarar absurdo é inconcebible el ateísmo.

No puede existir un sér racional que niegue á su madre; si existiere, debe considerarse como una excepción.

Las excepciones, tratándose del linaje humano, se llaman, por otro nombre, mónstruos. Su número es corto por fortuna.

Si consultamos la historia de la humanidad, hallaremos millares de páginas entre cada dos Nerones.

Por cada mónstruo, esto es, por cada hombre en cuyo pecho no se anida el

amor maternal, hay generaciones sin cuento que rinden homenaje á la santa ley esculpida por la mano de Dios en el corazón de los mortales, y por la mano de Dios en el código inmortal del Sinai.

En esa doble ley natural y positiva está escrito el amor materno.

El amor materno es el más puro y sublime de todos nuestros amores.

SEVERO CATALINA.

(La Mujer.)

MEDITACIONES

I.

Si en medio del esplendor sereno del día ó de las sombras pacíficas de la noche alzamos los ojos al cielo, donde está la patria del cristiano, y los fijamos después en la tierra, lugar de su peregrinación, sentiremos en el alma que la tierra y el cielo nos revelan con lenguaje mudo, más de celeste energía, la existencia de un Dios bueno, pródigo, misericordioso, de un Dios padre de los hombres.

Esas estrellas que lucen sobre nuestra frente; esas flores que admiramos á nues-

tros pies; esos arroyos que alegran con sus murmullos á la tierra; ese rocío que la refresca; esa lluvia que enriquece sus entrañas; ese mar azul, espejo magnífico del cielo, que así como un esposo abraza á su esposa, ciñe á la tierra coronada de flores con brazos resplandecientes; ese sol que, imagen de Dios, alumbra y vivifica; esa dulce y sagrada luna que baña con rayos tímidos al mundo adormido y tenebroso, como una lámpara que brilla en un templo solitario, como una esperanza que sonríe, consolando en medio de una profunda aflicción... todo, todo nos revela con un lenguaje mudo, más de celeste energía, la existencia de un Dios bueno, pródigo, misericordioso, de un Dios padre de los hombres.

El universo es su templo: el corazón del hombre, su altar.

¿Pero quién es éste Dios, cuya existencia las flores cuando se entreabren anuncia, proclama el mar cuando ruge, y dice á millares de mundos el sol cuando los ilumina. Abrid, y leed el Evangelio, y hallaréis lo escrito en caracteres de amor?...

Un hombre, hombre á los ojos de los

hombres, pero Dios á los ojos de Dios, nace en un pesebre para ennoblecer á la pobreza, vive entre miseria para santificar á la desgracia, permite reclinar sobre su seno la frente de un amigo para hacer sagrada la amistad, y, enclavado en una cruz, y delante de un mundo para quien era virtud la venganza, perdona al espirar, y pide al Padre perdone á sus verdugos.

Este Hombre-Dios llamábase en el mundo Jesu-Cristo.

Cuando apareció en él, la tierra adoraba á unós dioses peores que los hombres. Tiberio forzaba al mundo á que le hartase de su servidumbre; la fatalidad era la Providencia de los gentiles, la esclavitud su derecho común; tenían ellos por recreo el derramamiento de sangre, por entretenimiento la prostitución, por crimen á la desgracia, por ignominia á la pobreza.

Bossuet, el ilustre Bossuet, ese gran orador, gran poeta, gran filósofo, el cual, según hablaba de las cosas divinas, no parece sino que había asistido á los consejos del Eterno, y según el divino len-

guaje que usaba, que había escuchado la voz de los ángeles, encarecía una vez, con voz verdaderamente de ángel, la bondad y las grandezas de Dios. Y después de haberla encarecido, cual ingenio humano jamás lo ha hecho, prorrumpió en este rasgo, en sus labios, á la verdad, altamente sublime: «Perdonad, Señor; son hombres los que hablan.»

Nosotros, pues, sólo diremos: que, si existe algún hombre que al leer y meditar las palabras tan dulces, tan inefables, tan divinamente divinas como las de Jesu Cristo, no siente que, enternecido su corazón, se mueve por amor y admiración á adorar al Dios de la naturaleza en el Dios del Evangelio; si ese hombre existe, repetimos, es un hombre... verdaderamente desgraciado.

ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.
(Obras completas.)

LAS CORTES DE CASTILLA[®]

No fueron realmente las Cortes de Castilla un cuerpo con forma estable y facultades bien demarcadas, nunca tuvieron influjo permanente en los negocios

de la paz y de la guerra: aun en la obra de la legislación, si para ella era debido consultarlas, no siempre participaron; y si en el otorgamiento de los tributos casi en todas ocasiones ejercieron la facultad de concederlos, á que va aneja, aun cuando no se ponga en uso, la de negarlos, hasta en esto hubo algunos, bien que raros casos, en que fueron sacados al pueblo sin su concesión ciertos socorros. Pero siendo como eran imperfectos instrumentos, las Cortes existieron y vivieron largos años; y toda vida supone acción, y aquella existe aun cuando esté adormecida y aun suspendida, y si latente en ocasiones, en medio de todo no extinguida. De las Cortes, si no hablaron mucho los historiadores, algo dijeron en los casos en que vinieron ellas á figurar con lustre en el teatro de la historia. La memoria de su nombre no se borró del pensamiento en lo general de las gentes; y andando el tiempo, cuando en tierras extrañas cuerpos de igual ó parecida naturaleza cobraron poder y nombradía, á las Cortes se convirtió la atención de quienes deseaban establecer en nuestra patria una clase de gobierno en que la

autoridad Real tuviese contrapeso ó freno; en que un número mayor ó menor de españoles por varios medios, y entre ellos por el de elegir representantes, participase de la potestad legislativa; en que el uso antiguo y común de varios pueblos de Europa, de otorgar la representación popular las sumas necesarias para el servicio del Estado, quedase, no sólo reconocido en la teórica, sino también asegurado con buenas fianzas para que fuese constante é imprescindible; y en que, siguiendo el curso que han llevado estas cosas en varias naciones, se fuese por tales medios creando, extendiendo y afirmando el influjo regular y legal de los gobernados en los gobernantes, apoyado todo ello un tanto en la tradición, para que ésta, aun no siendo fielmente seguida ni bien interpretada, diese á las novedades, hasta á las más atrevidas, el grado de autoridad que en el concepto general de los hombres, sin excluir á los que proclaman el principio contrario, tienen los hechos y nombres de las edades pasadas y remotas.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

*(Discurso leído ante la Academia de la Historia
el 26 de Diciembre de 1864.)*

LA CIVILIZACIÓN

EN LOS CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL
CRISTIANISMO.

Tres grandes ideas forman y componen nuestra civilización: Roma, el cristianismo, los bárbaros. Los bárbaros dan la materia con sus tribus; Roma la organización, la forma, con sus leyes y sus códigos; el cristianismo la sustancia, el alma, con sus ideas y con sus dogmas. Contemplemos estas tres ideas.

El cristianismo, cuyo origen divino todos reconocemos, cuya eficacia inagotable todos confesamos y sentimos; primera luz que nos ha sonreído entre los ensueños de la inocencia, primera ley que ha refrenado las tempestades y los impetus de nuestra juventud; objeto de todas las oraciones; consuelo de todos los dolores; idea que en el seno del hogar doméstico hemos libado, como la miel de la vida, de los labios de nuestras madres, y que guardamos en el fondo del sér como el alma del alma; poesía invisible, que resuena desde la cuna en nuestros oídos; símbolo que vemos en

nuestros campos saludado por el labrador, cuando la golondrina le anuncia la primavera; en nuestras playas adorado por el navegante, cuando la gaviota le señala el buen tiempo; ángel que nos acompaña en vida, que santifica todas nuestras buenas acciones, y que, después de muertos, se sienta silencioso en la tierra donde dormimos, y recoge el aroma de nuestra vida, el alma, y lo lleva en sus alas al través de los orbes á Dios; el cristianismo, que es una religión, un arte, una gran filosofía, todo verdad, todo hermosura, todo bondad como doctrina social, por más que pese á los que quieren ungir con él todas las tiranías; como doctrina social, dió dignidad al esclavo, igualó moralmente al pobre con el rico, hizo de todos los hombres una sola familia, de todas las naciones, antes enemigas, la humanidad; y quiso que esta obra de libertad contara entre sus grandes holocaustos el sacrificio del Verbo, y por su primer mártir al Hijo del Eterno.

Este es el alma de la civilización presente. Ver cómo se desarrolló en los primeros tiempos, cómo luchó con el paganismo, como triunfó, será el objeto de

nuestras lecciones. Pero no era éste el único elemento que en la civilización existía en estos cinco siglos; existía también en el mundo clásico. Grecia había hecho de la humanidad, con su cincel de artista, una hermosa estatua que el cristianismo animó con el fuego del cielo; y Roma, la guerrera y legisladora, había logrado que el mundo se postrara ante el ideal clásico de hinojos, y lo recibiera como la preparación interior de otra idea más alta, como el principio de otra vida más grande. Por eso el mundo clásico tiene siempre armonías para nuestros oídos, dulces cánticos para nuestros corazones, y todos nos acordamos de él, como de la cuna de azucenas donde se nació nuestra civilización, como de la misteriosa lámpara donde empieza a arder la luz de nuestro espíritu. Yo no puedo mirar á Grecia, la nación de las grandes personificaciones, sin que se me aparezca personificada en la figura de una casta musa. Hermosa como la divina Psiquis, las perlas de Oriente, que la traen sus hijos los Pitágoras, los Herodotos, del fondo de los templos antiguos, ornan su frente; la luz de las ideas tiñe

de una hermosura divina su rostro; reclinada en su lecho de azucenas, con la caja de oro, que guarda el néctar de la vida de sus dioses en una mano, y en la otra la lira que produce ardorosos himnos, se mira en el celeste seno de aquellos mares, donde se mezclan las aguas del Asia y de la Europa como la cadencia de una eterna endecha de amor, y deja errar su mirada por aquellos esplendorosos cielos, y pidiendo inspiración á los mares, á las montañas, á los bosques, á los horizontes, dicta á Homero sus poemas, á Píndaro sus cantos, á Esquilo y Sófocles sus tragedias, á Tucídides y Herodoto la historia, á Platón y Aristóteles la filosofía; y cuando Roma la esclaviza, lejos de atarse á su carro triunfal, entra como señora en sus festines, como maestra en sus escuelas, como diosa en sus templos: y si, por último, allá, en el siglo quinto de la Iglesia, consiente en ser sacrificada en la casta figura de Hipatía por manos de los sacerdotes cristianos, como víctima coronada de flores que la antigüedad ofrece al nuevo culto, es después de haber infundido su espíritu en la Iglesia de Oriente y de

haber filigranado el Evangelio con el armonioso ritmo de su divina lengua. Pues si Grecia vive hasta el siglo quinto, ¿qué diremos de Roma? En la gran pira que formó con las armas de todos los reyes y de todos los pueblos, en la gran cárcel del Panteón, donde se reunieron los dioses de todas las gentes, en sus códigos, donde se encerraron las costumbres de todos los pueblos, Roma formó el genio de una civilización que todavía vive en nosotros, y resumió el trabajo de toda la historia precedente, para que no se perdiera la obra de la Providencia.

Pero sobre aquel mundo clásico tan hermoso en los siglos que vamos á historiar, se extendía una espada de fuego. Era la espada de los bárbaros. Venidos del fondo del Oriente, origen de todas las grandes emigraciones, habían acampado en los hielos del Norte, y el alma panteísta que recibieron en su origen, se individualizó en cada uno de aquellos bárbaros en el fondo de sus oscuras cabañas. Mil tribus componían y dividían aquellas gentes, tribus que mandaban sus bandas como grandes manadas de aves de rapiña, á devastar las regiones

abiertas á su voracidad. Engendrados los más de aquellos bárbaros en un carro, nacidos en un punto, amamantados en otro, no conociendo patria, y por lo mismo no radicando en el suelo; poseídos de un instinto viajero, que era el secreto de su destino; azotadas sus espaldas por los hielos y los huracanes, que los empujaban hacia Occidente, sin leyes escritas, sin gobierno organizado; adorando, ora dioses indios, ora griegos, ora divinidades feroces que se abrevaban en sangre, ora una espada puesta de punta en el suelo, á cuyo alrededor danzaban como energúmenos; heridos por tribus todavía más bárbaras, venidas del fondo de la Mongolia á cumplir los decretos del Eterno; tribus que comían y dormían y vivían á caballo, que lanzaban gritos horribles, semejantes á los graznidos de los cuervos; que no sabían dónde iban, que se deshacían como las montañas de arena en el desierto y se condensaban como las trombas marinas; hombres horrorosos, que llegaron á espantar á los mismos bárbaros, pues Jornandes los describe trémulo, espantado, pintándonos su piel teñida de ne-

gro, sus ojos sanguinolentos, escondidos y luminosos como los del buho; su rostro parecido á una deforme tortuga; sus mejillas acribilladas de heridas, pues sus madres se las partían al nacer para que sintieran en sus labios antes el hervor de la sangre, que la dulzura de la leche; y todos estos bárbaros, que unos venían del Rhin, otros del Danubio, otros de la Scitia; otros de la Escandinavia, como huracanes nacidos de diversos puntos del horizonte, unían sus ráfagas sobre la cabeza del gran coloso Imperio romano, y arrancaban uno á uno los diamantes de su triunfal corona; diamantes que, al estrellarse en el suelo, formaban con sus fragmentes las nacionalidades modernas.

EMILIO CASTELAR.

(Discursos en el Ateneo de Madrid)

CARLOS V.

Carlos V; emperador de Alemania, rey de España, señor de las nobles ciudades de Italia, de las de Holanda y Bélgica y del Nuevo Mundo, acepta de verdad desafíos, ni más ni menos que cualquier capitán aventurero de su tiempo, y no es

culpa suya si no se llevan á cabo; busca en frágiles leños á los piratas hasta sobre los arenales de Túnez ó Argel; blande el primero la lanza en Muhlberg, tal cual le representa el pincel del Ticiano; honra en su estudio á este maravilloso artista, como llora sobre el campo á Garcilaso; guarda toda su vida el recuerdo y aun el luto de su sola mujer, la malograda hermosura que, según cuentan, convirtió en santo á don Francisco de Borja, después de muerta; entrégase un dia á merced de su constante adversario Francisco I, y otro da seguro leal á Lutero para que en su presencia dispute con los doctores católicos y los convenza, ó se deje de ellos convencer, procurando así evitar por la sola virtud de la palabra el nuevo cisma que quizá para siempre había de dividir luego á los cristianos; pide, promueve, protege con igual propósito la celebración del gran Concilio de Trento; remóntase en alas de su voluntad poderosa al temerario, mas generoso intento de lograr por sí la reconciliación dogmática del catolicismo con el protestantismo, mediante amplias y recíprocas transacciones, y vencido, al fin, según tenía que

serlo, en la imposible empresa, condénase todavía en buena edad al mezquino claustro de Yuste, donde, á la par que ora día y noche, piensa, escribe, aconseja, ordena aún todas las cosas de España, cuna de su madre y patria suya por elección, hasta el punto mismo en que entorna sus ojos la muerte: haciendo así patente al mundo que, no egoismo vulgar; ni liviano deseo de esquivar trabajos, le encaminaron á aquellas soledades, sino un desprecio sublime de toda vanidad, de todo goce, de todo personal interés.— ¿Quién no admirará, si admirar sabe, la grandeza épica que esto encierra? Hasta en aquel odio profundísimo, inflexible, que en Yuste mostraba á la Reforma, después de haber luchado tanto en vano para impedir que viniera el cisma por medio de la discusión y de las contrarias opiniones, y de haber luego combatido con tamaño valor contra sus secuaces en las llanuras germánicas (odio que heredó de él su hijo, y que transmitió al fin á toda la nación española), podrá echarse de menos habilidad, política, pero no grandeza. Ni es él, por cierto, el solo grande hombre que haya querido remontar en

vano la invencible corriente de su siglo, zozobrando en la empresa.

Discúlpanle, además, en el período de la ira, su moderación primitiva y su espíritu de conciliación, desconocido y burlado por los protestantes, y tan mal llevado por la Santa Sede, que todavía guarda Simancas el proceso original que, á causa del *Interim* se le formó en Roma, sobre indicios vehementes de herejía, bajo el pontificado de Paulo IV. Ciertamente otros hombres habrán errado menos que él; pero ninguno ha sentido, pensado, puesto por obra más cosas, ni cosas más arduas. Y es de advertir que en este mundo naturalmente yerran menos los que menos hacen, y aunque por eso mismo, ó por virtud de las circunstancias, las medianías concluyan la vida en paz con más frecuencia que los grandes hombres, el valor propio de cada cual puede siempre medirlo con rigurosa exactitud la Historia. No ha habido más infelices conquistadores que Aníbal y Napoleón I, al cabo y al fin, y nadie les disputa, no obstante, sus glorias. En resolución, la vida de Carlos V, que tan rápidamente he bosquejado, está más llena aún de arranques he-

róicos y sentimentales, que de fríos cálculos de razón de Estado; y muchas de sus osadas aventuras militares, marítimas, políticas y religiosas, no son para propuestas por modelo á ningún hombre de gobierno del presente ni de los futuros siglos. Hombres como Carlos V nadie los volverá ya más á ver, según todas las señas, si no es abriendo ó profanando con pueril curiosidad los sepulcros.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

*(Prólogo de la Vida de la Princesa de Éboli,
escrita por D. Gaspar Muro.)*

CARTA DE UN SEMINARISTA

Á UN SU TÍO DEÁN.

La monotonía de mi vida en este lugar empieza á fastidiarme bastante, y no porque la vida mía en otras partes haya sido más activa físicamente, antes al contrario, aquí me paseo mucho á pie y á caballo, voy al campo, y, por complacer á mi padre, concurreo á casinos y á reuniones; en fin, vivo como fuera de mi centro y de mi modo de ser; pero mi vida intelectual es nula: no leo un libro, ni apenas

me dejan un momento para pensar y meditar sosegadamente: y, como el encanto de mi vida estribada en estos pensamientos y meditaciones, me parece monótona la que ahora hago. Gracias á la paciencia que V. me ha recomendado para todas las ocasiones, puedo sufrirla.

Otra causa de que mi espíritu no esté completamente tranquilo, es el anhelo que cada día siento más vivo de tomar el estado á que resueltamente me inclino desde hace años. Me parece que en estos momentos, cuando se halla tan cercana la realización del constante sueño de mi vida, es como una profanación distraer la mente hacia otros objetos. Tanto me atormenta esta idea, y tanto cavilo sobre ella, que mi admiración por la belleza de las cosas creadas, por el cielo tan lleno de estrellas en estas serenas noches de primavera, y en esta Región de Andalucía, por estos alegres campos, cubiertos ahora de verdes sembrados, y por estas frescas y amenas huertas con tan lindas y sombrías alamedas, con tantos mansos arroyos y acequias, con tanto lugar apartado y esquivo, con tanto pájaro que le da música y con tantas flores y hierbas

róicos y sentimentales, que de fríos cálculos de razón de Estado; y muchas de sus osadas aventuras militares, marítimas, políticas y religiosas, no son para propuestas por modelo á ningún hombre de gobierno del presente ni de los futuros siglos. Hombres como Carlos V nadie los volverá ya más á ver, según todas las señas, si no es abriendo ó profanando con pueril curiosidad los sepulcros.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

*(Prólogo de la Vida de la Princesa de Éboli,
escrita por D. Gaspar Muro.)*

CARTA DE UN SEMINARISTA

Á UN SU TÍO DEÁN.

La monotonía de mi vida en este lugar empieza á fastidiarme bastante, y no porque la vida mía en otras partes haya sido más activa físicamente, antes al contrario, aquí me paseo mucho á pie y á caballo, voy al campo, y, por complacer á mi padre, concurreo á casinos y á reuniones; en fin, vivo como fuera de mi centro y de mi modo de ser; pero mi vida intelectual es nula: no leo un libro, ni apenas

me dejan un momento para pensar y meditar sosegadamente: y, como el encanto de mi vida estribada en estos pensamientos y meditaciones, me parece monótona la que ahora hago. Gracias á la paciencia que V. me ha recomendado para todas las ocasiones, puedo sufrirla.

Otra causa de que mi espíritu no esté completamente tranquilo, es el anhelo que cada día siento más vivo de tomar el estado á que resueltamente me inclino desde hace años. Me parece que en estos momentos, cuando se halla tan cercana la realización del constante sueño de mi vida, es como una profanación distraer la mente hacia otros objetos. Tanto me atormenta esta idea, y tanto cavilo sobre ella, que mi admiración por la belleza de las cosas creadas, por el cielo tan lleno de estrellas en estas serenas noches de primavera, y en esta Región de Andalucía, por estos alegres campos, cubiertos ahora de verdes sembrados, y por estas frescas y amenas huertas con tan lindas y sombrías alamedas, con tantos mansos arroyos y acequias, con tanto lugar apartado y esquivo, con tanto pájaro que le da música y con tantas flores y hierbas

olorosas; esta admiración y entusiasmo mío, repito, que en otro tiempo me parecía avenirse por completo con el sentimiento religioso que llenaba mi alma, y excitándole y sublimándole en vez de debilitarle, hoy casi me parece pecaminosa distracción é imperdonable olvido de lo eterno por lo temporal, de lo increado y suprasensible por lo sensible y creado. Aunque con poco aprovechamiento en la virtud, aunque nunca libre mi espíritu de los fantasmas de la imaginación, aunque no exento de mí el hombre interior de las impresiones exteriores y del fatigoso método discursivo, aunque incapaz de reconcentrarme por un esfuerzo de amor en el centro mismo de la simple inteligencia, en el ápice de la mente, para ver allí la verdad y la bondad, desnudas de imágenes y de formas; aseguro á V. que tengo miedo del modo de orar imaginario, propio de un hombre corporal y tan poco aprovechado como soy yo. La misma meditación racional me infunde recelo. No quisiera yo hacer discursos para conocer á Dios, ni traer razones de amor para amarle. Quisiera alzarme de un vuelo á la contemplación esencial é íntima. ¿Quién

me diese alas, como de paloma, para volar al seno del que ama mi alma? Pero ¿cuáles son, dónde están mis méritos? ¿Dónde las mortificaciones, la larga oración y el ayuno? ¿Qué he hecho yo, Dios mío, para que tú me favorezcas?

Harto sé que los impíos del día presente acusan, con falta completa de fundamento, á nuestra santa religión de mover las almas á aborrecer todas las cosas del mundo, á despreciar ó á desdeñar la naturaleza, tal vez temerla casi, como si hubiera en ella algo de diabólico, encerrando todo su amor y todo su afecto en el que llaman monstruoso egoísmo del amor divino porque creen que el alma se ama á sí propia amando á Dios. Harto sé que no es así, que no es esta la verdadera doctrina; que el amor divino es la caridad, y que amar á Dios es amarlo todo, porque todo está en Dios y Dios está en todo por inefable y alta manera. Harto sé que no peco amando las cosas por el amor de Dios, lo cual es amarlas por ellas con rectitud, porque ¿qué son ellas más que la manifestación, la obra del amor de Dios? Y, sin embargo, no sé que extraño temor, qué singular escrúpulo,

qué apenas imperceptible é indeterminado remordimiento me atormenta ahora, cuando tengo, como antes, como en otros días de mi juventud, como en la misma niñez, alguna efusión de ternura, algún raptó de entusiasmo, al penetrar en una enramada frondosa, al oír el canto del ruiseñor en el silencio de la noche, al escuchar el pío de las golondrinas, al sentir el arrullo enamorado de la tórtola, al ver las flores ó al mirar las estrellas. Se me figura que hay en todo esto algo de delectación sensual, algo que me hace olvidar, por un momento al menos, más altas aspiraciones. No quiero yo que en mí el espíritu peque contra la carne, pero no quiero tan poco que la hermosura de la materia, que sus deleites, aun los más delicados, sutiles y aéreos, aun los que más bien por el espíritu que por el cuerpo se perciben, como el silbido delgado del aire fresco cargado de aromas campesinos, como el canto de las aves, como el majestuoso y reposado silencio de las horas nocturnas, en estos jardines y huertas, me distraigan de la contemplación de la superior hermosura, y entibien ni por un momento mi amor hacia

quien ha creado esta armoniosa fábrica del mundo.

No se me oculta que todas esas cosas materiales son como las letras de un libro, son como los signos y caracteres donde el alma, atenta á su lectura, puede penetrar un hondo sentido y leer y describir la hermosura de Dios, que, si bien imperfectamente, está en ellas como trasunto ó más bien como cifra, porque no la pintan, sino que la representan. En esta distinción me fundo á veces para dar fuerza á mis escrúpulos y mortificarme. Porque yo me digo: si amo la hermosura de las cosas terrenales, tales como ellas son, y si la amo con exceso, es idolatría: debo amarla como signo, como representación de una hermosura oculta y divina, que vale mil veces más, que es incomparablemente superior á todo.

Hace pocos días cumplí veintidós años. Tal ha sido hasta ahora mi fervor religioso, que no he sentido más amor que el inmaculado amor de Dios mismo y de su santa religión, que quisiera difundir y ver triunfante en todas las regiones de la tierra. Confieso que algún sentimiento

profano se ha mezclado con esta pureza de afecto. Usted lo sabe, se lo he dicho mil veces; y V. mirándome con su acostumbrada indulgencia, me ha contestado que el hombre no es un ángel y que sólo pretender tanta perfección es orgullo; que debo moderar esos sentimientos y no empeñarme en ahogarlos del todo. El amor á las ciencias, el amor á la propia gloria, adquirida por la ciencia misma, hasta el formar uno de sí propio no desventajoso concepto, todo ello, sentido con moderación, velado y mitigado por la humildad cristiana y encaminado á buen fin, tiene sin duda algo de egoista; pero puede servir de estímulo y apoyo á las más firmes y nobles resoluciones. No es, pues, el escrúpulo que me asalta hoy el de mi orgullo, el de tener sobrada confianza en mí mismo, el de ansiar gloria mundana, ó el de ser sobrado curioso de ciencia; no es nada de esto, nada que tenga relación con el egoísmo, sino en cierto modo lo contrario. Siento una dejadez, un quebranto, un abandono de la voluntad, una facilidad tan grande para las lágrimas; lloro tan fácilmente de ternura al ver una florecilla bonita, ó al

contemplar el rayo misterioso, tenue y ligerísimo de una remota estrella, que casi tengo miedo.

Dígame V., qué piensa de estas cosas, si hay algo de enfermizo en esta disposición de mi ánimo.

JUAN VALERA.

LOS MALDICIENTES.

Lo que al prado el bienhechor rocío, son para el mustio espíritu la risa y la chanza, frecuentemente rendido á la ordinaria fatiga del trabajo y estudio, ó á la más congojosa de pretensiones y cuidados. Los chistes y la risa, como la sal á los manjares, hacen agradable y sana la conversación; pues ligados los hombres con secretos vínculos de simpatía, al modo que la tristeza del uno se reverbera en el semblante del otro, así también una cara risueña mueve y alegra el corazón de quien la mira. Alma de paseos y corros las chanzas y burlas, y de juegos y convites, arrójalas cortesmente el discreto, y las recibe y las vuelve con donosura el advertido; cual gozquecillos que, retozando entre sí con inofensivos

dentezuelos, riñen y están en paz, se muerden y acarician.

Pero ¡cuán fácilmente las cañas pueden volverse lanzas, y el decidor y chancero pasarse á bufón, y del plácido y sereno gracejar venir á la sátira sangrienta y matadora de honras! El papel más difícil fué siempre el del gracioso, porque sus chanzas han de hacer cosquillas y no dolor, y con galano disfraz ha de parecer alabanza y cortesanía la mordacidad, como la censura afectuosa, advertimiento. Del corazón alegre y sencillo de Cervantes brotan los donaires y las gracias; del enconado pecho, la sátira maligna; y muchas veces está en la naturaleza del hombre un cierto espíritu satírico y maldiciente, una pluma veloz y una lengua libre, que no se pueden ir á la mano. Aliméntanse de agudezas maliciosas; y por el gusto de decir una, perderán á un amigo y aun la propia vida. Para estos hombres no valen ni la amenaza ni el castigo; y los antiguos solían compararlos con aquellos pajarracos hambrientos que de los altares robaban la carne de las víctimas; y también con las arpias, que ensuciaban todo aquello en que po-

nían la garra. El maldiciente pica; y á la manera que la avispa y el escorpión, no sufre que le toquen.

Una misma punzante frase, disparada á un hijo, será prevención cariñosa; al amigo desabrimiento fugaz; á persona desconocida, agravio; al desvalido, cobardía; al desdichado, injuria; desacato, al superior. Cuando el capricho y la desastrosa arbitrariedad de inicuos depredadores tiraniza á los pueblos, parapetándose tras una brutal soldadesca ó un monarca imbécil, ahora se llame Duque de Lerma, Duque de Uceda, ó Conde Duque de Olivares el detentador de la corona, transfórmanse los chistes en acerradas flechas mortíferos dardos y puñales buídos. Pero cuando la paz y la abundancia resplandecen con el imperio de la justicia, los donaires y las flores del ingenio asemejan el atavío de los más hechiceros vergeles. Luego que nació Minerva, hizo Júpiter descender del cielo abundantísima lluvia de oro. Luego que se entronizan los facciosos tiranos, hacen que el ingenio, semejante al río de Lidia, robe al monte Midas su oro para arrojarlo al mar.

¡Cuánto oro de muy subidos quilates no desperdiciaron grandes poetas, arrojándolo al mar del olvido, en la funesta ocupación de lastimar ajenas honras, mancillar ilustres créditos, descubrir secretos escondidos, y contaminar claros linajes! ¡Oh qué tiempo y fuerzas malogran, y como caen también en el error aun los ingenios más preclaros!

LUIS FERNÁNDEZ-GUERRA.

(Del laureado libro D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza.)

EL MONASTERIO DE LEYRE

EN NAVARRA.

Estas ruinas que se mantienen en pie y acusadoras, en lo alto de este desierto monte; estos restos venerables de un monumento histórico abandonado á las fieras y á las aves de rapiña, convidan al hombre pensador á graves meditaciones. ¿Quién edificó el monumento? ¿quién lo convirtió en ruinas? He aquí dos cuestiones que se pueden resolver sin necesidad de hojear empolvados *infolios* ni descifrar viejos cronicones; el monumento lo levantó la fé; las ruinas las hizo la in-

credulidad. Y en esta, como en todas ocasiones, cada uno de estos agentes cumplió su destino. La fe venida del Cielo, que tiene por auxiliares la abnegación, la perseverancia, la generosidad, la caridad, puebla los desiertos, disputa los terrenos pantanosos á las calenturas y los incultos montes á las fieras y á los malhechores, levanta templos á Dios y modelos al arte, erige hospitales y hospicios para curar á los enfermos y dar albergue á los desvalidos, y funda escuelas para combatir la ignorancia y acercar la criatura al Criador desenvolviendo su inteligencia, que es un rayo de la inteligencia divina. La Incredulidad, salida del Averno, servida por la ignorancia, la codicia, el egoísmo y la vanidad, pasea la tea incendiaria y la piqueta destructora por todas partes; condena á la soledad lo que fueron centros de movimiento y de vida; convierte los más insignes monumentos en ruinas y en escombros ó cenizas las más peregrinas creaciones del arte; vende á vil precio ó abandona al gancho del trapero códices de valor incalculable y libros rarísimos; se apodera sin piedad del patri-

monio del pobre, dejando sin asistencia y sin asilo al enfermo y al desamparado, y sustituye la ciencia sólida por una pedertería gárrula que empieza destronando á Dios para endiosar al hombre—*homo sibi Deus*—y acaba por rebajar al hombre al nivel del mono.

¿Qué fuera de la Europa si á la caída del Imperio romano, no hubiesen surgido aquellas legiones de hombres que iban al encuentro de las hordas de bárbaros que el Septentrion vomitaba incesantemente, y sin más armas que una cruz domeñaban su ferocidad y les disputaban los tesoros de la antigua cultura? Es un error nacido de la ignorancia y propagado por la mala fe el suponer que la vida monástica era la aspiración de las almas cobardes, egoístas, codiciosas, y que los monasterios fueron asilo de regalo, refugios de la pereza ó casas de curación para los enfermos de espíritu. La vida monástica era, por el contrario, patrimonio de las almas viriles, de las grandes energías de los que, ardiendo en la llama del amor divino, abandonaban los goces y las comodidades de la exis-

tencia mundanal, para consagrarse por completo al servicio de Dios y de sus semejantes.

Príncipes, duques, ilustres guerreros, hombres de vida borrascosa, oscuros soldados ó humildes braceros, visten el tosco sayal, se confunden en santa comunidad, olvidando su procedencia, y con sus propias manos roturan terrenos incultos, arrancan la piedra de las canteras, levantan suntuosos templos, que adornan con exquisitos trabajos de escultura y pintura, y junto á ellos, en pobres celdas, cultivan con afán y provecho las letras, las ciencias y las artes, difunden la instrucción, oran por sus hermanos, convierten pecadores, curan enfermos, amparan á los débiles contra los fuertes, ponen diques á las demasías de los poderosos.

El conde de Montalembert prueba con datos irrefutables que los monjes fueron, no solamente los arquitectos de los edificios que levantaron en todos los puntos de Europa, sino que trabajaban en ellos como albañiles. Después de delinear los planos, cuya noble y atinada disposición aun nos admira, dice nuestro autor, los

ejecutan con sus propias manos y por punto general sin el auxilio de obreros extraños á la comunidad. Trabajaban cantando los salmos y no dejaban las herramientas ó instrumentos del trabajo sino para ir al altar ó al coro á cumplir con sus deberes de sacerdote. Empeñaban las tareas más duras, más pesadas y más expuestas del oficio de albañil, sin reparar en la fatiga ni en el peligro. Los mismos superiores no se limitaban á trazar los planos y vigilar los trabajos, sino que daban personalmente el ejemplo de valor y humanidad y no retrocedían delante de ninguna fatiga. Al paso que simples monjes hacían de arquitectos, los abades se reducían de buen grado al papel de obreros.

Y esos hombres que no se desdeñaban de desempeñar el oficio de peón de albañil, eran á un mismo tiempo plateros, fundidores, miniaturistas, músicos, calígrafos, constructores de órganos, sin dejar de ser por esto teólogos, predicadores, literatos y algunas veces obispos y consejeros íntimos de los príncipes, como sucedió en este monasterio de Leyre, du-

rante los dos siglos que los árabes estuvieron en posesión de Pamplona.

Y lo más admirable es que aquellas preciosas obras de arte que exigen para ser ejecutadas bienestar del cuerpo y serenidad de espíritu; aquellos estudios y trabajos literarios que requieren gran concentración y ánimo despreocupado, eran ejecutados en época de lucha, de guerras y trastornos, faltando á los ejecutores casi todas las comodidades y no pocas veces hasta lo más necesario para la existencia.

JUAN MAÑÉ Y FLAQUER.

(El Oasis: Viaje al país de los Fueros)

LA BATALLA DE LEPANTO.

Eran las doce del día: el sol brillaba caluroso en medio de la atmósfera azulada: movíase el viento bonancible, y en toda la redondez del golfo no daban señales de una oscilación siquiera el mar, poco antes tan turbulento. En cuanto espacio alcanzaba á medir la vista, no se descubría otra cosa que velas y bajeles, multitud de banderas, gallardetes de di-

ferentes colores, y hermosos destellos de luz, que salían de las limpias armas, y de los yelmos escudos y cotas resplandecientes. Entre las dos armadas había la distancia que mide una bala de cañón. La del Turco embistió á boca arrancada contra la de los cristianos; levantábase de sus galeras horrible vocería, no por espantar así á los nuestros, que los observaban silenciosos, sino porque tal era su costumbre de acometer, á gritos y fulminando denuestos, á sus contrarios.

Venían la Real de Aali y algunas otras del centro y extremos de sus escuadras cañoneando á las nuestras con valentía, cuando, á llegar al tiro de las galeazas venecianas, recibieron una descarga de cuatro de ellas á la vez, tan certera y tan impetuosa, que, como si hubiesen topado sus proas con un muro, cieron todas en el mismo instante. Preguntó Aali á los forzados qué especie de mahonas eran aquéllas, y al oír como se llamaban, sabiendo que equivalían á otras tantas fortalezas, mandó que se esforzase la boga, pasando de largo cuanto antes; mas no pudieron hacerlo sin experimentar nuevas rociadas y mayor daño que la vez

primera, pues echaron á fondo dos galeras, maltratáron otras, é introdujeron en todas confusión tan grande que no lograron recobrar la buena ordenanza con que venían.

· · · · ·
Dos horas habían corrido desde que D. Juan embistió impávido con el Turco; ni un instante de reposo, ni la más leve esperanza de triunfo se había logrado. Con haber tal mortandad de una parte y otra que las galeras estaban como encalladas entre cadáveres; con los daños que éstas habían sufrido, sin jarcias, ni velas, ni palamenta ni defensa sana, ni árbol que no se viese acribillado de balas ó de saetas; y con hallarse los unos desangrándose de las heridas, los otros cautivos ó desarmados y todos rendidos de sed, de calor y de cansacio, ni cedía un instante la constancia de Aali y los suyos, ni aflojaba un punto la firmeza de D. Juan y sus combatientes. Dos veces llegaron nuestros soldados hasta el árbol de la Real del Turco, y otras tantas fueron rechazados con derramamiento de copiosa sangre. A la tercera, al fin, con ímpetu sobrehumano, con pechos verda-

deramente de españoles, avanzaron hasta el cuartel de popa, y, como incontrastable vendabal, todo lo quebrantaron y destruyeron; cayó el postrer esfuerzo de los jenízaros, y el mismo Aalí, herido en la frente, de un arcabuzazo, dió con su cuerpo sobre cruja. Alzóse al punto un grito de *victoria*, y la cabeza del gran bajá fué testimonio de aquel triunfo. Si es cierto que se enarboló sobre una pica, como afirman tradiciones quizá inexactas, que cayó al mar de las manos de un forzado, ó que el autor de aquel hecho fué un soldado de Málaga, como cuentan testigos presenciales, no es caso digno de prolijas investigaciones. Preferimos dolernos, como D. Juan, de la muerte de un hombre generoso, caudillo valiente y hábil, rival en nada inferior á nuestros guerreros; y no encarecemos con esto sus alabanzas sino las propias: que tanto es más ilustre una victoria, cuando de mayor estimación son los vencidos.

CAYETANO ROSELL.

(*Historia del combate naval de Lepanto.*)

CONVENTOS DE MONJAS.

Son, en general, los monasterios de religiosas, en el ameno y cerrado jardín de la Iglesia Católica, como otros tantos estanques de blanquísimo mármol y de cristalinas aguas. Su caudal se alimenta con la vocación, y se desagua en el sepulcro, pero lenta y silenciosamente, sin revolver limo, que no hay en el fondo, ni turbar siquiera la tersura de la superficie. Allí no penetran las corrientes del siglo, ni crecen las pantanosas y efímeras flores de la ambición: así es que cuando un suceso, por insignificante que nos parezca á nosotros, navegantes de proceloso mar; cuando un acontecimiento, como la visita de una persona ilustre, la profesión de un sujeto insigne, la muerte de un bienhechor querido, cae como piedra en aquella agua serena y apacible, nace de él una tradición, mansa y bella á la vez, que se extiende en círculos concéntricos, de generación en generación, hasta tocar en la orilla, y que permite á quien mira desde ella ver el punto central en que la piedra fué arrojada.

El claustro es un recinto silencioso, y

armónico á un tiempo, fundado entre la oquedad de la tumba y la bóveda del cielo, en donde todo sonido produce eco duradero.

EL MARQUÉS DE MOLINS.
(La Sepultura de Miguel Cervantes.)

IDEA FUNDAMENTAL DE LA EDUCACIÓN

Dios ha criado al hombre «para amarle y servirle en esta vida y gozarle eternamente en la otra,» como nos enseña el *Catecismo de la Doctrina Cristiana*.

Al criarle, le dotó de preciosas y divinas facultades, cual no las reunen los demás seres de la Creación, y que son otras tantas fuerzas de que ha de valerse para alcanzar su fin.

✦ Pero las facultades humanas, aunque desde un principio revelan la existencia y hasta su poder y bellezas, aparecen en estado de germen, y, á semejanza de la flor encerrada en su capullo, sólo se manifiestan en todo su poder desarrollándose progresivamente por medio del cultivo.

Toda la doctrina de la educación se funda en estas verdades, por las cuales se explica su naturaleza, su importancia,

su necesidad, su extensión y las diferentes maneras de considerarla.

Formar al hombre preparándole para cumplir su destino en ese mundo y en el otro, es el *objeto final* de la educación.

Desenvolver las facultades humanas, cultivándolas y ejercitándolas, su *objeto inmediato*.

De modo que la educación es el cultivo y ejercicio de las facultades humanas, para desenvolverlas y perfeccionarlas conforme al fin para que ha sido criado el hombre.

Por la educación despiertan del sueño en que están sumergidas las facultades humanas, se desenvuelven, se fortalecen y adquieren la plenitud de vida y poder de que son susceptibles. Con el desarrollo de estas facultades, que constituyen la naturaleza y dignidad humana, se forma y prepara el hombre para hacer la dicha de su familia, para servir á su patria según su posición y talento, y para el reino de los cielos, donde sólo le es dado alcanzar la perfección.

En este sentido la educación, concurriendo á la obra de Dios, conforme á sus altos designios, es uno de los reflejos más

armónico á un tiempo, fundado entre la oquedad de la tumba y la bóveda del cielo, en donde todo sonido produce eco duradero.

EL MARQUÉS DE MOLINS.
(La Sepultura de Miguel Cervantes.)

IDEA FUNDAMENTAL DE LA EDUCACIÓN

Dios ha criado al hombre «para amarle y servirle en esta vida y gozarle eternamente en la otra,» como nos enseña el *Catecismo de la Doctrina Cristiana*.

Al criarle, le dotó de preciosas y divinas facultades, cual no las reunen los demás seres de la Creación, y que son otras tantas fuerzas de que ha de valerse para alcanzar su fin.

✦ Pero las facultades humanas, aunque desde un principio revelan la existencia y hasta su poder y bellezas, aparecen en estado de germen, y, á semejanza de la flor encerrada en su capullo, sólo se manifiestan en todo su poder desarrollándose progresivamente por medio del cultivo.

Toda la doctrina de la educación se funda en estas verdades, por las cuales se explica su naturaleza, su importancia,

su necesidad, su extensión y las diferentes maneras de considerarla.

Formar al hombre preparándole para cumplir su destino en ese mundo y en el otro, es el *objeto final* de la educación.

Desenvolver las facultades humanas, cultivándolas y ejercitándolas, su *objeto inmediato*.

De modo que la educación es el cultivo y ejercicio de las facultades humanas, para desenvolverlas y perfeccionarlas conforme al fin para que ha sido criado el hombre.

Por la educación despiertan del sueño en que están sumergidas las facultades humanas, se desenvuelven, se fortalecen y adquieren la plenitud de vida y poder de que son susceptibles. Con el desarrollo de estas facultades, que constituyen la naturaleza y dignidad humana, se forma y prepara el hombre para hacer la dicha de su familia, para servir á su patria según su posición y talento, y para el reino de los cielos, donde sólo le es dado alcanzar la perfección.

En este sentido la educación, concurriendo á la obra de Dios, conforme á sus altos designios, es uno de los reflejos más

admirables de la acción, de la bondad y de la sabiduría divinas, y, por consiguiente, uno de los asuntos más elevados y trascendentales. En esto consiste su grande *importancia*.

El estado de germen en que aparecen las facultades humanas, supone su ordenado y progresivo desarrollo conforme á la voluntad de Dios, y de aquí la *necesidad* de la educación, que no consiste fundamentalmente más que en este desarrollo.

Los diversos órdenes de facultades, por más que en su conjunto tiendan á un mismo fin, se manifiestan por diversos efectos y pueden estudiarse separadamente.

Hay, en primer lugar, clara y manifiesta diferencia entre las facultades físicas y las facultades superiores del hombre, lo cual sirve de fundamento para distinguir la educación del *cuerpo* de la educación del *alma*.

Entre las facultades del alma, hay también diversos órdenes. Unas se refieren al entendimiento, otras al sentimiento y otras á la voluntad, y de aquí la educa-

ción intelectual, la educación *moral* y *religiosa*.

Como instrumento del alma, el cuerpo ha de ser sano, robusto y ágil para ejecutar las órdenes del espíritu. Tales disposiciones se adquieren por medio del desarrollo de las fuerzas corporales, que es el objeto de la educación *física*.

Para concurrir al fin común de las facultades humanas, el espíritu debe desplegar la atención, la percepción, la memoria, la imaginación, el juicio, la razón, todas las fuerzas de que está dotado. En su desarrollo consiste la educación *intelectual*.

En el corazón hay que desenvolver los sentimientos afectuosos, nobles y elevados, por medio del ejercicio, y á esto se reduce el desarrollo de la facultad de sentir ó la educación *estética*.

Por fin, el alma debe volverse hacia el Criador, sometiéndose á su voluntad en todo y por todo, obrando siempre bajo las inspiraciones de una conciencia ilustrada por las luces de la fe y de la razón, que es lo que se propone ó tiene por objeto la educación *moral* y *religiosa*.

MARIANO CARDERERA.
(Principios de Educación).

ALEJANDRIA: LA BIBLIOTECA

Alejandro, como todos los pueblos orientales, tiene en su parte antigua un aspecto triste y desordenado. Calles estrechas y tortuosas, casas desiguales, aleros de tejado que con dificultad permiten ver el cielo, mutilaciones exteriores en los edificios, algún ajimez morisco, muchas celosías, pocos recuerdos, escasísimas trazas de lo que fué ó de lo que al viajero se le figura que deben presentarle. Pero Alejandria, como todo pueblo que se moderniza, y permitase la expresión, tiene también calles anchas y rectas, hermosas plazas, magníficos edificios, suntuoso aspecto de elegancia y comodidad contemporánea. No en balde hemos repetido ya muchas veces que es un pueblo mixto.

Su población será hoy de 200,000 almas, mitad sedentaria, y mitad compuesta de soldados, marineros, trabajadores y transeuntes. Este crecimiento de población es muy moderno, pues á principios del siglo quizá no se contaría la cuarta parte del vecindario; y modernos son

también el gran comercio y la industria de hoy, como modernos son los desarrollos de la vida europea, que buscan en las Indias colocación á su pasmosa exuberancia.

¿Es, con todo Alejandria, algo parecido á lo que fué en un tiempo? De ninguna manera.

Nadie tiene derecho á ignorar el origen de esta ciudad tan célebre en la historia del mundo. Alejandro el Grande invade el Egipto, conquista á Menfis, su capital, y sale con su ambición y con su gloria á escoger un punto donde su nombre pueda eternizarse. Llega á las costas de Occidente, como los orientales llaman al confin de su tierra que mira al Mediterráneo, y, encontrando fabricada por la naturaleza la más hermosa bahía que él pudo imaginarse, para establecer el paso de uno á otro mundo, sienta sus reales y encarga al arquitecto Dinócrates que trace allí mismo una gran ciudad. El arquitecto imagina que el nuevo pueblo tenga la figura de la capa macedonia que lleva en sus hombros el hijo de Filipo: las puntas de la capa se adaptarán á las lenguas de tierra que constituyen el magnífico

puerto; pone manos á la obra y funda á Alejandria.

La leyenda refiere que Dinócrates, trazando sobre el suelo los planos de la ciudad, se encontró falto de yeso blanco para seguir las líneas; y que Alejandro mandó entonces que se le entregara la harina de flor de su convoy, para terminar con ella los trazos del pueblo que iba á llevar su nombre. Esta conseja corrobora la idea de que Alejandro comprendió desde el primer momento la gran importancia del pueblo que fundaba: allí existía la solución de continuidad entre Oriente y Occidente; allí era menester reanudarla.

¿Lo consiguió Alejandro?—Alejandro lo consiguió todo.

Nosotros no podemos seguir la historia en estas sencillas jornadas, y la historia además es muy sabida en esta parte de su grandeza antigua: nos contentaremos con recordar simplemente las frases hechas de nuestro idioma, que dicen:—«Escuela filosófica de Alejandria, Faro de Alejandria, Biblioteca de Alejandria, Comercio de Alejandria.»—Con los recuerdos que esas frases despiertan, hay lo suficiente para nuestro objeto.

Alejandro y los Macedonios lo traen aquí todo, los Ptolomeos lo hacen todo, los griegos y los romanos lo acumulan todo: diversas civilizaciones, grandes todas, hacen de Alejandria el objeto de su predilección durante más de diez siglos. ¿Qué resultó, pues?—Omar, el tristemente célebre Omar, escribe al califa después de su conquista de Alejandria á mediados del siglo séptimo de nuestra era:

«He tomado la gran ciudad del Occidente. Me es imposible enumerarte la gran variedad de cosas ricas y bellas que contiene, y me contentaré sólo con indicar que hay en ella cuatro mil palacios, cuatro mil baños, cuatrocientos teatros ó lugares de recreo, doce mil tiendas para el comercio y cuarenta mil tributarios judíos.»

He aquí unas breves palabras que resumen la más grande y maravillosa historia. Busquemos, pues, á través de esas palabras los restos de la antigua Alejandria. Busquemos esos baños y esos palacios, busquemos esa Academia, esa Biblioteca, ese Serapium, esa tumba de Alejandro el Grande, ese Faro que alumbraba desde su elevadísima torre de mármol

blanco al emporio del comercio del mundo. Busquemos... pero ¡ay! en Alejandría no hay ya nada que buscar: hasta las ruinas han desaparecido. Sólo el arqueólogo puede, con Herodoto y Plutarco, Josefo y Plinio en la mano, reconstruir la ciudad por los trazos de cimentación que aún se perciben en diferentes lugares. Los Califas han pulverizado la obra de los Ptolomeos.

Hagamos, sin embargo, una justicia al desdichado Omar, contra quien el mundo de Occidente se revuelve en denuestos hace quince siglos, por su pretendido incendio de la Biblioteca de Alejandría. El asunto no deja de ser curioso.

El incendio de la Biblioteca de Alejandría es un suceso que tiene más de moral que de físico. Antes de la Biblioteca, la civilización; después de la Biblioteca, la barbarie; hoy el renacimiento científico basado en la memoria de la célebre Biblioteca, y la Biblioteca no existe. De aquí la importancia á nuestros ojos de un hecho por demás sencillo.

La Biblioteca de Alejandría que los antiguos egipcios llamaban *Tesoro de los remedios del alma*, estaba compuesta

de 700,000 volúmenes, cuya adquisición se debió exclusivamante á los Ptolomeos. Todos los libros de algún valer que se encontraban por el mundo, producto de las civilizaciones indias, asirias, persas, griegas y latinas, todos iban á parar á la gran Biblioteca, donde se conservaban al decir de los historiadores contemporáneos, con mayor esmero del que se usa en nuestros principales establecimientos de la misma clase. La adquisición de los libros se hacía sin reparar en gastos ni en diligencia. Al término de las batallas, en los momentos de las invasiones, por la vía del comercio de tierra y mar, en los tratados de los pueblos, todas las circunstancias eran aprovechadas para conquistar los tesoros del ingenio con una avaricia apenas comparable á la del bibliófilo moderno más renombrado. Los que viajaban por Egipto, ó por comarcas en que los egipcios ejerciesen autoridad, se veían despojados de sus obras, las cuales, fielmente copiadas por hábiles reproductores, pasaban á ser propiedad de la Biblioteca, entregándose las copias á los desposeídos. La célebre Biblioteca de Pérgamo (origen de la pala-

bra pergamino), pasó intacta por derecho de conquista al inmenso arsenal científico y literario de los Ptolomeos. Baste decir que uno de estos reyes pagó por la traducción al griego de la versión de los Setenta, de la Biblia, una suma en talentos de Alejandría correspondiente á veintidós millones de reales de nuestra moneda.—Y ¡ahora nos admiramos de que el marqués de Salamanca pagase en Roma ocho mil duros por uno de los cinco ejemplares que se conservan de la novela caballeresca *Tirante el Blanco!*

Cuatrocientos mil volúmenes de esta imponderable colección se hallaban colocados en la Academia, magnífico edificio construido sobre uno de los muelles del puerto, especie de Ateneo, y lugar de controversia de los sabios, cuyas ruinas existen aún en la actualidad, sobre lo que fué tumba de Alejandro. Los otros trescientos mil, entre los que se hallaban los de Pérgamo, adquiridos por Cleopatra, residían en el gran templo de Serapis, en el interior de la ciudad, templo que puede asimilarse á la catedral de los egipcios.

Ahora bien: cuando César penetró en

Alejandría á destronar al último de los Ptolomeos para dar la corona á Cleopatra, tuvo necesidad, como ardid de guerra, de incendiar la flota egipcia surta en el puerto; y los vientos que soplaban sobre la Academia destruyeron este grandioso edificio, sepultando en sus ruinas la más hermosa porción, ó como si dijéramos, la verdadera Biblioteca de Alejandría. No fué, pues, el mahometano Omar, sino el civilizador Julio César, quien contribuyó, sin quererlo, á esta catástrofe; y ¡cosa singular! el mundo antiguo se acababa con César, y con César acababa fortuitamente la Biblioteca de Alejandría. Los primeros cristianos pudieron contemplar las cenizas de la Academia.

Restaban aún los volúmenes del Serapium, conservados como por milagro hasta la invasión sarracena: y entonces Omar, bárbaro á las claras, literato como suelen serlo todos los conquistadores, viéndose falto de combustible para calentar los cuatro mil baños, de que habla en su carta el califa, dispuso que los libros alimentasen las calderas. ¿Qué sabía él de la ciencia de griegos ni babilonios?

¡En el presente siglo, los generales franceses que invadieron la Península en nombre de Napoleón, permitían que se hiciese cama para los caballos con los papeles del archivo de Simancas!

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

(*La Novela de Egipto.*)

LA FIESTA DE SAN ANTONIO ABAD

Un cronista está en la obligación de verlo todo, para dar cuenta de todo á sus lectores; cumpliendo esta obligación fui el lunes á la fiesta de vecindad; que se celebra el día de San Antonio abad, en las calles de Fuencarral y de Hortaleza, donde se halla la iglesia que lleva el nombre de aquel bendito solitario de la Tebaida, varón perfecto, de fortísimo espíritu y refractario á todo linaje de tentaciones; y en verdad que su virtud ha tenido pocos imitadores, y cada vez tiene menos.

La fiesta de San Antonio, San Antón le llama el vulgo, es una de las más tranquilas y ordenadas fiestas, aunque á ella asisten muchos animales.

Los jinetes, unos, elegantes, apuestos,

cabalgando en briosos corceles; los otros, luciendo la airosa chaquetilla y el pantalón ajustado, montados en jacos muy corridos y destinados, por su desdicha, á la Plaza de Toros: y otros, en fin, matuteros, ó cosa así, de profesión, en jamelgos acostumbrados á no comer, más lijeros que el viento, entran por la calle de Hortaleza y salen por la de Fuencarral, y vuelven á entrar por aquella y á salir por esta y así se pasan la tarde.

Por las aceras pasea la gente; y en balcones y ventanas las vecinas lucen sus lindas caras, y de cuando en cuando se ve cómo asoma la gaita alguna patrona bigotuda ó algún señor gordo, de bata de ramos y gorro más ó menos griego, ó alguna dama de gran estampa, que tiene en brazos al perrito envuelto en una especie de saco ruso para preservarle del frío.

Yo veo siempre con gusto el edificio donde se halla la iglesia de San Antonio abad, que es el mismo del Colegio de las Escuelas Pías. En esa bendita casa aprendí á leer, á escribir y contar; y la historia, y la geografía, y el latín, y tuve la fortuna de ser uno de los alumnos

más queridos de los excelentes dignos Padres Escolapios. El Padre Fulgencio, entonces tan gallardo y elegante, sacerdote que en aquella época, treinta años hace, alcanzó cierta notoriedad política; y á quien tres ó cuatro veranos atrás hallé en Trillo á donde había ido buscando en vano el remedio á la enfermedad que poco después le quitó la vida; el Padre Blas, siempre tan alegre, tan campechano, con el bonete ladeado, de aire marcial y suelto, tan amable con los chicos; el Padre Angel, el terrible Padre Angel, intransigente con los muchachos torpes ó desaplicados; el Padre Manuel, el Padre Ildefonso, tan suave y apacible, gran latino y maestro incansable; todos, en fin, me trataban con la más cariñosa predilección, y allí era yo como de la casa. Preferíanme para que les ayudara á misa, y yo lo hacía de mil amores; invitábanme á todas sus funciones religiosas, y llegado el día de la del Santo titular, cabíame la honra de acompañar y ayudar en su tarea al Padre encargado de repartir la cebada bendita á los jinetes que, en demanda de ella para sus caballos, se acercaban á la reja de la calle de

la Farmacia. Estaba yo en mis glorias con tan señalada distinción, y no eran pocas las envidias que excitaba entre los demás chicos, descontentos por no haber sido también llamados al desempeño de tan importantes funciones.

En la fiesta de San Antón renuevo todos los años estos agradables recuerdos de la infancia, y por eso voy á verla, y además porque en la función no hay desórdenes ni escándalos, debiéndose esta ventaja inapreciable á la feliz circunstancia de no ser de las de bota y merienda, pues ya se sabe que el vino es el agente principal de todo exceso, de toda reyerta, de todo escándalo, y, á las veces, ha figurado el vino hasta entre los más eficaces agentes electorales.

CARLOS FRONTAURA

(Ilustración Española y Americana.)

ANIMADVERSIÓN

CON QUE

LOS ESPAÑOLES MIRABAN Á LOS FRANCESES
QUE INVADIERON LA PENÍNSULA

Haciendo alto á orillas del Guadalimar, parte del ejército se entretuvo en

marchas incomprensibles, y empleado en esto más de un día, nos encontramos de nuevo sobre Menjibar al anochecer del 18, punto al cual había llegado horas antes la división del marqués de Coupiny. Reunidos ambos ejércitos, no hubo allí más parada que la precisa para recoger las provisiones de que estábamos tan escasos, y ya muy de noche emprendimos el camino de Bailén. Eramos catorce mil hombres. Todo anunciaba que íbamos a tener un encuentro formal con el ejército francés.

Según nuestras noticias, Dupont continuaba en Andújar, reforzado por la división de Vedel. ¿Habían trabado acción con nuestro tercer cuerpo y el de reserva que pasando el río por Marmolejo, estaban situados en la orilla derecha? Nosotros creíamos que sí, á menos que Castaños no aguardase para atacar enérgicamente, á que la segunda y primera división cayeran sobre la espalda del ejército de Dupont, bajando desde Bailén. ¿Era este el objeto que nos guiaba en nuestra marcha? Parecíanos que sí.

Entre tanto llegaba el momento del drama; lejos de nosotros, y en los flancos

del ejército imperial, mil dramáticas peripecias debían precipitar la catástrofe, irritando paulatinamente al enemigo. Los cuerpos francos y columnas de guerrilleros, mandadas por D. Juan de la Cruz, el conde de Valdecañas y el clérigo Argote, se habían desparramado como enjambre mortífero por los pueblos y caseríos que dominaban el cuartel general francés, en las primeras estribaciones de la sierra, al norte de Andújar. De tal modo perseguían aquellos ardorosos paisanos á los franceses y con tanta rapidez se dispersaban para evitar ser atacados, que á los invasores les era de todo punto imposible estar tranquilos un solo momento. El poderoso gigante sacudía de una manotada aquellos moscones venenosos, pero éstos volvían á zumbear en derredor suyo, le molestaban con sus terribles picaduras y huían incólumes sin temer la espada ni el cañón, pues estas armas no se han hecho para mosquitos.

No podían apartarse los franceses de su cuartel general, como no fuera en grandes destacamentos; frecuentemente iban mil hombres á llenar en la fuente

próxima unas cuantas alcarrazas de agua. Si por acaso salían á merodear pe- lotones de poca fuerza, eran despacha- dos por los guerrilleros en menos que se reza un Credo. Antes que consentir que se apoderaran de una panera, la quemaban: las fuentes eran enturbiadas con lo- do y estiércol, para que no pudiesen be- ber: los molinos, desmontados y enterra- das sus piedras para que no molieran un solo grano. ¡Ay de aquel francés que se rezagase en las marchas de su destaca- miento! ¡Sentíase de improviso asido por mil coléricas manos, sentíase arrastrado por las mujeres, pellizcado por los chi- cos y acuchillado por los hombres, hasta que su existencia se apagaba con horri- ble choque en la fría profundidad de un pozo! El invasor no encontraba asilo en ninguna parte, y, forzosamente encerra- do en los límites del cuartel general, veía conjurados contra sí hombres y na- turaleza. Por esto, rabioso y desespera- do, anhelaba batirse en función campal, seguro de su destreza y costumbre de guerrear; y lamentando la estupefacción del general en jefe, exclamaba: «Demíos una batalla, y, aunque muera la mitad

del ejército, la otra mitad conquistará un charco en que beber y un puñado de tri- go seco que llevar á la boca.»

Habían dejado los franceses en Mon- toro un destacamento de setenta hom- bres, para custodiar un molino donde fa- bricaban con dificultad malísima harina. El alcalde de aquella villa, donde no había quedado ni una sola arma de fuego, se atreve, sin embargo, á dar cuenta de los setenta franceses, para lo cual era pre- ciso despachar primero á los veinticinco que á todas horas estaban de guardia en el puente. Reune, pues, algunos paisanos decididos, y, usando el arma blanca, ata- ca con furia á la guardia; los veinticinco son exterminados, apodérase de sus fusi- les, la valiente cuadrilla sorprende el resto del destacamento en la casa donde se albergaba, hace prisioneros á soldados y jefes y los manda á la isla de León. El parte en que se notificó este suceso á la Junta Suprema, decía que todo se hizo con las *varas de los harrieros* (conservo la ortografía del original); pero esto ha de ser una hipérbole andaluza.

Sintiéndose llamado á más grandes acciones D. José de la Torre, que así se

nombraba aquel alcaldito, sale al encuentro de un convoy que venía de Córdoba, y de los cincuenta y nueve franceses que lo custodiaban, los cincuenta quedan tendidos en el camino, y los nueve restantes corren á contar á Dupont lo que ha pasado. Entonces Dupont envía mil hombres á Montoro, con encargo de que incendien el pueblo y lleven vivo ó muerto al alcalde. Arde Montoro, y La Torre, conducido vivo, va á ser pasado por las armas; pero un general francés, á quien poco antes había dado hospitalidad, intercede por él; es puesto en libertad; y aquel *petit caporal* de las guerrillas marcha á Sevilla á recibir de la Junta los galones de capitán de ejército.

Pues bien, lo que pasaba en Montoro ocurría en todos los pueblos de la carretera de Andalucía, desde Córdoba hasta Santa Elena. El gigante que incendiaba lugares y destrozaba ejércitos, no podía dar un paso sin encontrar un avispero, y frenético con aquel zumbido, envenenado por los aguijones, maldecía la hora de la invasión. El águila devorada por los insectos, graznaba á orillas del Guadalquivir con hambre y calentura, afi-

lando sus garras en el tronco de los olivos, con el ansia de que llegara pronto la ocasión de destrozarse alguna cosa.

BENITO PÉREZ GALDÓS.

(*Episodios Nacionales.—Ballén*)

DIVISIÓN DEL TRABAJO

Y CAMBIO DE PRODUCTOS.

Si el hombre viviera aislado dentro de la sociedad, había de verse muy comprometido para la satisfacción de sus menores necesidades. En primer lugar, para que el hombre se proporcione el alimento necesario, ha de producirlo ó ha de comprarlo. Aislado de los demás hombres no puede verificar lo segundo y tiene por consecuencia que concretarse á lo primero. Esto es evidente; pero ¿podrá el hombre solo, en la hipótesis que persigo, atender á la siembra de diferentes vegetales, regar sus sembrados y recolectar sus productos? Aun reducido á los alimentos más sencillos, ¿podrá proporcionarse leña, agua, sal y tantas otras cosas necesarias en la cocina más modesta? Concederé que sí, para que veas que no trato de negar concesiones.

nombraba aquel alcaldito, sale al encuentro de un convoy que venía de Córdoba, y de los cincuenta y nueve franceses que lo custodiaban, los cincuenta quedan tendidos en el camino, y los nueve restantes corren á contar á Dupont lo que ha pasado. Entonces Dupont envía mil hombres á Montoro, con encargo de que incendien el pueblo y lleven vivo ó muerto al alcalde. Arde Montoro, y La Torre, conducido vivo, va á ser pasado por las armas; pero un general francés, á quien poco antes había dado hospitalidad, intercede por él; es puesto en libertad; y aquel *petit caporal* de las guerrillas marcha á Sevilla á recibir de la Junta los galones de capitán de ejército.

Pues bien, lo que pasaba en Montoro ocurría en todos los pueblos de la carretera de Andalucía, desde Córdoba hasta Santa Elena. El gigante que incendiaba lugares y destrozaba ejércitos, no podía dar un paso sin encontrar un avispero, y frenético con aquel zumbido, envenenado por los aguijones, maldecía la hora de la invasión. El águila devorada por los insectos, graznaba á orillas del Guadalquivir con hambre y calentura, afir-

lando sus garras en el tronco de los olivos, con el ansia de que llegara pronto la ocasión de destrozarse alguna cosa.

BENITO PÉREZ GALDÓS.

(*Episodios Nacionales.—Ballén*)

DIVISIÓN DEL TRABAJO

Y CAMBIO DE PRODUCTOS.

Si el hombre viviera aislado dentro de la sociedad, había de verse muy comprometido para la satisfacción de sus menores necesidades. En primer lugar, para que el hombre se proporcione el alimento necesario, ha de producirlo ó ha de comprarlo. Aislado de los demás hombres no puede verificar lo segundo y tiene por consecuencia que concretarse á lo primero. Esto es evidente; pero ¿podrá el hombre solo, en la hipótesis que persigo, atender á la siembra de diferentes vegetales, regar sus sembrados y recolectar sus productos? Aun reducido á los alimentos más sencillos, ¿podrá proporcionarse leña, agua, sal y tantas otras cosas necesarias en la cocina más modesta? Concederé que sí, para que veas que no trato de negar concesiones.

Pero el hombre en cuestión necesita cobijarse bajo techado, y las reparaciones que haga en su choza, aún pudiéndolas hacer sin auxilio ajeno, le arrebatarán un tiempo que reclaman el huerto que cultiva, el monte que le da leña y el río que le surte el agua.

Además de que, ocupado en estos menesteres, ya comprenderás que no podría cuidar mucho del aseo de su persona y tendría que vestir la histórica hoja de parra, único traje que le sería posible estrenar con frecuencia, á menos de sembrar cañamo, hilarlo, coserlo, después de ser al propio tiempo labrador, carbonero, aguador, albañil, hilandero, zapatero y sastre. Dice un refrán castellano que quien mucho abarca poco aprieta, y la vida del hombre que te he descrito sería una palmaria confirmación de ello.

Esto te prueba que la sociedad es un inmenso *mercado* donde cada uno vende lo que le sobra y compra lo que le falta. Y con esto he llegado al objeto principal de esta carta, que procuraré explicar con la claridad que me he propuesto.

Digo que el mundo es un inmenso mercado y que todos los hombres son

comerciantes, y estoy viendo que te sonríes maliciosamente, como dudando de la verdad de mis palabras. Comprendo tu idea é insisto en la mía.

—Pues qué, me preguntas admirado, ¿es comerciante acaso mi papá?

—Si tal, te responderé: tu papá, que tiene una gran riqueza de instrucción, la vende y á buen precio por cierto: si no la vendiera os moriríais de hambre en vuestra casa. Sólo que no la vende directamente al mismo que os surte, por ejemplo, de garbanzos: la riqueza de tu padre la compran los estudiantes, asisten á la escuela ó no; estos que la adquieren para revenderla á su vez, entregan á tu papá en compensación una cantidad de dinero que pasa antes por las arcas del Tesoro, dejando algo en ellas. Tu papá distribuye ese dinero dando una parte de él, que representa una parte de instrucción, al propietario de la casa que habitáis; otra parte al carbonero; otra al comerciante de ultramarinos, y otras muchas á las diferentes personas que venden toda clase de géneros ó solamente su trabajo personal, como el criado, la portera ó el mozo de cuerda.

Fíjate ahora en cualquier caso práctico. El labrador produce una gran cantidad de trigo: parte de ella le es necesaria y no puede ni debe venderla; pero toda la demás que le reclama el mercado social, la vende para comprarse la yunta que facilita su trabajo, el arado con que rompe la dura tierra, el traje que le cubre, la cabaña que le guarda y los alimentos que han de acompañar al trigo que se reserva, como hemos dicho.

Quede, pues, sentado, si te place, que la sociedad no es más que un mercado, y que en dicho mercado deben considerarse dos cosas: la *demanda* y la *oferta*.

Demanda, es, como te lo prueba su etimología latina, la suma ó conjunto de artículos que pide, necesita ó exige el consumo.

Oferta es la suma ó conjunto de artículos que constituyen el mercado.

Recordarás que en mi última carta te hablé del *valor*, y quedamos convenidos en que este no existía mientras los objetos no tuvieran limitación. Me alegro mucho de que lo recuerdes, porque me viene de molde tan buena memoria para

que comprendas ahora un principio en que quiero iniciarte, y es la relación íntima que existe entre la oferta, la demanda y el valor. Con efecto, si el mercado lo constituyera una cosa limitada, el aire, por ejemplo, ¿tendría muchos compradores? De fijo que no. Si en lugar de esto estuviera limitado el producto en venta, nacería, como sabes, el valor, que sería tanto mayor cuanto menos abundante fuera aquél. En esto se explica por qué vale más el salmón que las sardinas, y por qué el vino de Valdepeñas y Aragón es más barato que el Champagne, cuya producción es más limitada.

Figúrate ahora por un momento que las plazuelas y comercios se llenan de salmón repentinamente. Sucederá una cosa muy natural. Al principio abaratará algo para llamar compradores; conforme vayan éstos cansándose del salmón, este alimento será menos buscado y los comerciantes se verán obligados á bajar más su precio para que las personas que no podían pagarlo á cuatro lo compren á tres, á dos ó á uno.

El valor, por lo tanto se halla en relación directa con la demanda é inversa

con la oferta. Más claro: si hay poco salmón de venta y muchos que desean comprarlo, su valor será muy crecido: si hay mucho salmón de venta y pocos que lo deseen, su valor llegará á ser insignificante.

Si aun abrigaras alguna duda sobre este asunto, compra un objeto cualquiera y vete á venderlo inmediatamente á otra parte. Al comprarlo, tu demanda presta valor al objeto: al venderlo, tu oferta te lo roba. La relación entre la oferta, la demanda y el valor te llegaría á arruinar, aunque fueras un Creso, si no me creyeses bajo mi palabra.

En mi próxima carta seguiré explicando esta materia; para cerrar esta, quiero repetirte que *el valor está en relación directa con la demanda é inversa con la oferta.*

Conviene que no lo olvides.

M. OSSORIO Y BERNARD.

(Cartas á un niño sobre Economía Política)

VALLE DE FLORES

Para llegar desde Madrid es menester recorrer uno de los radios más extensos

de la Península, andar más de cien leguas en dirección del Norte, atravesar grandes montañas y trasponer los últimos ramales de la gran cadena del Pirineo, que ciñe la frente de nuestra Península desde las Fuentes del Ebro hasta las rocas del promontorio Trileuco. Y allá, cuando las enriscadas cumbres se han vencido, cuando la brisa húmeda del Océano advierte la proximidad de la costa, y que la escarpada cordillera se deja para siempre á la espalda, todavía encuentra el viajero delante de sí el formidable estribo de otra última sierra, que, más irregular y más quebrantada, le suspende entre nubes y entre riscos, cuando ya creía pisar las arenas abatidas de las olas. Desde aquellas cimas ve el mar y sus plantas, como un abismo. Sepárale solamente de su orilla una zona de verdura y rocas, sino que aquella, que desde la eminencia parece angosta faja, son aún cuatro ó seis leguas de rápido declive. Miranse de allí, como avanzando una garra sobre el Océano, los botareles de la montaña, que entran, elevados y perpendiculares, en medio de las ondas; y las sinuosidades, por donde,

entre los enormes dedos del gigante, penetra el mar á recibir los raudales de corta corriente, en que se reunen, de promontorio á promontorio, todos los manantiales que despiden las altísimas laderas. Ni son de la misma extensión y anchura aquellos infinitos senos, ríos, golfos y radas de la variada costa. Hay puertos espaciosos, donde, en torno de magníficos remansos, se elevan, en leguas de circuito, anchurosos anfiteatros de praderas y verdes colinas y fértiles labranzas, cubiertas de población innumerable. Hay gargantas más angostas, en que, casi perpendicular el tajo del monte sobre las aguas, sólo ha dejado á un lado y otro del río que allí muere, pocas millas de vega para la morada del hombre; recintos, es verdad, donde la naturaleza empezó la estrechez del espacio y la aspereza del suelo con la riqueza suntuosa de la vegetación y con la magia de la perspectiva. En el fondo, cabe las arenas del mar y sobre las aguas del río, el acarreo de los desprendidos aluviones reproduce, al abrigo de los encaramados cerros, las flores y los frutos del ardiente Mediodía, mientras que el

hombre, no cabiendo en el angosto valle, conquistó la ladera y la colina, arrastró afanoso, hacia el pico de la empinada cresta, prodigios de cultivo y torrentes de sudor, y descuajó, capa por capa, y barranco por barranco, los zócalos y pedestales de la cordillera. Casas y aldeas, viñedos y pomares, labranzas é iglesias, se elevaron de grada en grada, hasta los altos pinos que se cimbrean sobre la roca ó la ermita de la última cresta; grandioso anfiteatro, desde cuyos tejados y verdes tendidos se pueden contemplar sin envidia las mieses doradas del llano ó la frondosidad de la vega. El horizonte cerrado de aquellos pintorescos recintos tiene siempre abierto un frente, como el escenario de un inmenso teatro; sólo que aquel telón, eternamente descornado, muestra por el foro el mar, sin límite ni barrera, con el espectáculo incesante de sus grandezas infinitas. Las tempestades hiperbóreas llegan alguna vez hasta aquellas aguas, que no tienen valladar, desde el Polo, haciéndolas rugir con truenos de días y noches, ó bien azotan las rocas y las playas con el furor de los huracanes del Trópico; pero la ribera,

abrigada en el regazo de los montes, permanece tranquila y templada, y ni las inclemencias mismas del invierno la despojan de su eternamente juvenil verdura...

Por aquellas orillas, ni hay grandes ciudadanos ni páramos desiertos. No hay allí lugar ni camino para recintos populosos; pero no hay tampoco senda ni quebrada por aquellos contornos que no conduzca á la vivienda del hombre, ni campo ni seto que no revele cercana, aunque casi siempre emboscada y escondida, la mano que le cuida, la familia que alimenta. Por entre aquellos grupos desparramados de casas de piedra cárdena, revestidas por el Norte de hiedra, sombreadas al Mediodía de pomposos árboles frutales, descuella, con su tosca espadaña ó con su puntiagudo caballete, la iglesia parroquial de cada aldea, ó ermita que consagró, por milagrosa y bienhadada, la devoción de aquellos valles. También los rústicos y sencillos templos están rodeados de árboles y de emparados: también se apoyan contra las quebradas pintorescas, ó se asoman sobre las pendientes peligrosas ó sorprenden

los ojos al súbito revolver de las agrias cuestras. También conducen á su puerta senderos floridos, orillados de madreselva y zarzamora. También circundan sus rústicos atrios lozanos vallados de boj oloroso, mezclado con el laurel silvestre, enemigo del rayo. A veces, cerca del sagrado baptisterio, murmura el arroyo que desciende de la eminencia; á veces, de las mismas paredes de la capilla venerada trasuda la fuente, que los ediles aldeanos adornaron con su concha y bebedero, ó con una urna, que parece un nicho sepulcral; á veces, á través de aquellas construcciones, la naturaleza ha hecho brotar saltadores no menos bellos que los que el genio de Oriente hizo descender por las escaleras del Generalife, y á veces la sombría pizarra del templo se tiñe con aquel viso oscuro y melancólico que allá, sobre las riberas de la Hausse, entre las nieblas donde nació Cromwell y donde se inspiró Milton, conservan severas las antiguas abadías. El cementerio está al lado de la Iglesia, como en las calles de Londres, y las danzas de las romerías forman sus animados corros entre las sepulturas, como en los

paisajes del Pussino. Sin duda que las orillas del río ó las playas del mar han parecido sitios demasiado públicos y descubiertos á esta religión pudorosa y amiga del silencio. Cuando, desde el rompimiento de las primeras gargantas, se empieza á descubrir el valle, á donde vamos llegando, los campanarios y las iglesias se presentan escalonados y guarecidos contra el declive mismo de la montaña. Pero allá, muy en la hondonada, sobre la corriente del río como dique ó tajamar del último recodo que forma, para encaminarse rectamente al Océano, alcánzase á ver de toda aquella vega una fábrica modesta, cuyas proporciones la distinguen desde luego entre las demás construcciones del campo; cuya torre, más regular y más elevada, anuncia de lejos más respetado rango y más importante destino que las humildes parroquias.

Aquel es un convento; siéntase en el centro de la vega, sobre el vértice meridional del ángulo que cierra, estrechando el cauce del río, la ensenada que forma un puerto: rodéanle á alguna distancia casas pobres: habitanle dentro

vírgenes del Señor. Por el Norte, sus rejas miran al mar: por el Mediodía, la Iglesia abriga al monasterio de los encañados vendavales: al Poniente, le separa sólo del río un jardín con elevadas tapias: al Oriente, le domina y sombrea un camino de cornisa, carretera y paseo de un pueblo cercano. Considerado el valle como un templo, aquel edificio ocupa el lugar que el coro de nuestras catedrales, y al entrar por el puerto el navegante, blanquea á sus ojos como una ara antigua, en el último término de las playas, aquel santuario, desde donde suben diariamente al cielo preces que el mundo ignora.

De aquel religioso retiro no puede propiamente decirse que es una soledad; la habitación del hombre de los campos se descubre por todas partes; algunos días la nave espaciosa de la Iglesia se llena de reverente multitud de fieles, y las campanas de su torre dan la señal de la oración é indican las diversiones del día á más de dos mil familias. La vega, donde prevalecen al aire libre los naranjos y la esbelta palma Christi, no será un riguroso clima, ni debe ser un yermo desolado el santuario que dió á su excelsa pa-

trona la graciosa advocación de Virgen de VALLE DE FLORES; pero el horizonte es cerrado y triste: las vecinas montañas limitan la vista por donde quiera: el hombre se ve por todas partes; pero el mundo está muy lejos, y quien desde aquellas rejas se pusiera á escuchar algún ruido, no oiría en todo el año sino el bramar de las ondas, el chirrido de las carretas de labranza y el gorjeo de los innumerables pájaros que pueblan aquellas frondosas arboledas...

NICOMEDES PASTOR DÍAZ.

(De Villahermosa á la China)

EL EMIGRADO.

Lejos, muy lejos de mí la idea, no ya de escarnecer ó ridiculizar al infortunio, mas ni aún de procurar siquiera remotamente disminuir el respeto y la simpatía que á todos debe inspirar la triste suerte de los proscritos. En todos los tiempos la proscripción se ha considerado como el más duro de los castigos, después de la pena de muerte. Apartar á un hombre violentamente del seno de su familia, del suelo siempre querido donde por vez

primera se abrieron sus ojos á la luz del sol; desprenderle como un miembro podrido del gran cuerpo nacional, condenarle implícitamente al aislamiento y á la miseria, ¿no es por ventura un resto de la antigua barbarie? ¿No es este un acto impío y abominable á los ojos de Dios? Y cuando se considera que el motivo ó el pretexto de este tremendo castigo es, ya un simple error político, ya un exceso tal vez de amor patriótico, tentaciones dan de ver todavía en las proscripciones modernas, como en el ostracismo de la antigua Grecia, una verdadera expiación impuesta á la virtud y al genio por el egoismo y la medianía.

Circunscribiéndonos á nuestra España, es cierto que los hombres que más la honran en virtud, en letras y en armas han comido, en alguna época de su vida, el pan amargo del destierro, esa triste y solemne sanción del mérito en estos borrascosos tiempos que alcanzamos. Esto basta para honrar, digásmolo así, el carácter de *Emigrado*; pero, á la sombra de tantas ilustres víctimas del mezquino encono de nuestras pasiones políticas como cuentan en España todos los partidos, ha

llegado á formarse una turba parásita y bastarda de hombres sin vergüenza que han convertido el infortunio en profesión, la emigración en industria, y que son á la respetable clase de los verdaderos Emigrados, lo que es la moneda falsa á la de buena ley, una plaga para lo que llaman ellos su partido, una deshonra para la patria que no merecen.

Entre estas dos grandes divisiones fundamentales del ente *Emigrado*, que son el *legítimo* y el *bastardo*, hay una multitud de matices que, aunque someramente, iremos describiendo en este cuadro copiado del natural. Desde luego se presentan dos clases, separadas entre sí por una distancia verdaderamente inenmensurable, cuales son el Emigrado *rico* y el Emigrado *pobre*: estas dos clases apenas tienen entre sí el menor punto de contacto. Las diferencias de instrucción, de talento, de carácter separan mucho á los hombres; pero las separaciones que establecen entre ellos, lo mismo en la emigración que en el estado normal de la sociedad, son estrechas zanjillas, pequeños surcos, ¿qué digo? verdaderas líneas matemáticas en comparación del insondable

abismo que abre entre unos y otros la diferencia de caudal. Así el rico discreto, Emigrado ó no Emigrado, se roza sin dificultad con el rico tonto; el pobre instruido, ¿con quién se ha de rozar más que con otro pobre, aunque sea un asno? Hablamos en general: á esta regla hay muchas excepciones, honrosas para los pobres que las forman, más honrosas para los ricos que las facilitan.

Antes de pasar adelante, establezcamos bien aquí el valor de las palabras. Las emigraciones, como nadie ignora, se dividen en voluntarias y forzosas. Las primeras, muy frecuentes en los tiempos antiguos, lo son todavía en los modernos más de lo que generalmente se cree. Hay también emigraciones *temporales* y emigraciones *perpetuas*: estas pueden incluirse en la categoría de las forzosas, pues rarísima vez deja de motivarlas una absoluta necesidad, como el exceso de la población respectivamente á los recursos del terreno; esta es la causa más general de las emigraciones: de ellas nos ofrecen continuos ejemplos la Alsacia en Francia, la Inglaterra, la Alemania y alguna de nuestras provincias del Norte. Excusado

es decir que no es de estas emigraciones de las que hablamos. *Emigrado*, en la acepción en que tomamos aquí esta voz, que es en el día la más común, es el hombre que no puede residir en su patria *bajo la protección de la ley común*, que es lo que generalmente se llama el *Emigrado político*, único en que por ahora vamos á ocuparnos. Obsérvese bien la expresión que hemos subrayado, *bajo la protección de la ley común*, porque ella es la que expresa cuál es el verdadero carácter que distingue al *Emigrado* en la gran familia social. La ley común no alcanza al *Emigrado*, este está sujeto á la ley excepcional. La ley que rige para el salteador como para el vecino honrado, para el grande como para el pequeño, no rige para el *Emigrado*, por el mero hecho de serlo, y esto es lo que le distingue esencialmente de todos los demás ciudadanos. Expliquemos esto por un ejemplo, pues es necesario penetrarse bien de la indole de esta proposición para percibir bien la gran diferencia en el fondo, aunque pequeña en apariencia, que media entre lo que hemos llamado el *Emigrado legítimo* y el *bastardo*. Supongamos que

entran en España y son cogidos por la autoridad un hombre que ha cometido un delito ó un crimen cualquiera, y por el cual estaba fugitivo, y un *emigrado*: el primero, por grande que sea el crimen que cometió, será juzgado por un tribunal ordinario con arreglo á la ley que rige para todos los españoles: el segundo lo será en virtud de una ley excepcional, dictada siempre por la pasión, casi siempre por la injusticia. Esto es lo que hace tan digna de interés la condición del *Emigrado*, esta es la causa por que en todos los países cultos donde no dominan las *pasiones* ó la *injusticia* que dictaron la ley de proscripción, se mira á los *Emigrados* con respeto, y se les acoge como á hermanos; esta es, en fin, la razón por que conviene tanto distinguir bien en la gran masa de los *Emigrados* la categoría de los que lo son por motivos políticos, de los que lo son por delitos comunes. A veces es muy difícil distinguirlos; en las emigraciones modernas, resultando casi siempre de las guerras civiles, la línea divisoria entre ambas categorías suele desaparecer con frecuencia, y se necesita un gran criterio para suplirla; pero estos

casos son raros, porque muy raros son los delitos verdaderamente tales, que puede justificar cumplidamente la opinión política del delincuente. Es admirable, sin embargo, ver hasta qué grado se hacen ilusión en este punto algunos hombres: muchos he conocido yo que de muy buena fe miraban como *Emigrado político* al asesino ó ladrón fugado que mató ó robó so color de exaltación en sus opiniones, como si los actos de robar y de matar dejaran de ser crímenes ordinarios y se convirtiesen en crímenes políticos por sólo ejercerlos contra persona de distinta opinión. ¡Pues esta casta de Emigrados entra por una gran suma en la mayor parte de las emigraciones!

EUGENIO DE OCHOA.

(Los Españoles pintados por sí mismos.)

RECUERDOS LITERARIOS.

REMINISCENCIAS BIOGRÁFICAS DEL PRESENTE
SIGLO.

Es un hecho universalmente reconocido, y también deplorado por cuantos en España se ocupan en históricas investi-

gaciones, que entre nosotros escasean, tanto como entre los franceses abundan, los libros que se llaman *Memorias*, no sin propiedad, puesto que en ellos se consiguen hechos de que el autor ha sido testigo, y se describen caracteres con quienes en contacto, más ó menos directo, se ha encontrado, y cuyo recuerdo, relativamente hablando, reciente, le habilita para pintarlos con genuinos y vivos colores.

¿Será que la pereza española explique ese fenómeno, ó deberemos atribuirlo á que haya en nuestra índole mucho menos de *personalismo* y algo más de modestia, que en la de nuestros traspirenáicos vecinos? — De todo puede haber en ella: perezosos, en efecto, lo somos bastante en esta tierra de garbanzos, y, aunque á los desvanecimientos de la vanidad sujetos, como todos los hijos de Eva, no vamos tan lejos en la materia, generalmente hablando, como los franceses.

Pero sea como quiera, de hecho somos poco dados á escribir *Memorias*, y ese elemento, precioso para el historiador de una época cualquiera, cuando á utilizarlos acierta con sana crítica, falta, ya lo

dijimos; falta, generalmente hablando, en nuestros archivos y bibliotecas.

De ahí que, hasta ahora al menos, sean tan raros los libros referentes á la patria historia que interesen y atraigan al común de los lectores, cuya masa, y no sin razón, se paga más que de la erudición, siempre árida, del movimiento dramático en las narraciones, y, sobre todo, de la animación, por decirlo así, de los personajes que en la acción intervienen; animación imposible de lograr cuando el que escribe no ha podido estudiarlo en su vida íntima, ni apreciar su carácter más que por sus actos meramente oficiales.

Y si respecto á la historia política es de lamentar la falta de que vamos tratando, tanto ó más nos lo parece en la historia literaria, pues por más que se haya dicho que «el estilo es el hombre,» y que «por la muestra se conoce el paño,» la verdad es que muy frecuentemente, juzgando de las personas de los escritores por sus obras, hay riesgo de cometer gravísimos errores.

Séneca, aunque pagano, casi ascético en sus lucubraciones filosóficas, era un cortesano, y cortesano de Nerón. intere-

sado, amante del lujo y sibarítico en sus costumbres.

Nuestro Quevedo, licencioso en su lenguaje, y detractor encarnizado de las mujeres y del matrimonio, fué, no obstante, un excelente esposo y un hombre de muy morigerada vida.

Richardson; el autor de la *Clarisa Harlow*, novela en que creó un tipo de seductores, en Lovelace, que es acaso el único que con nuestro *Don Juan Tenorio* equipararse puede, era un honrado impresor, que no había cursado nunca más que la escuela pública de primeras letras de su pueblo, dos veces buen casado y padre de seis hijas, á quienes sucesivamente iba leyendo las *Cartas* de que consta su admirable libro, á medida que escribiéndolas iba.

Tirso de Molina, el creador ingenioso de los caracteres de *Marta la Piadosa* y de la *doña Magdalena*, del *Vergonzoso en Palacio*, era, sin embargo, un religioso ejemplar, no menos que docto.

Y es que, fuera de muy contadas excepciones, los escritores, al tomar la pluma, hacen, sobre poco más ó menos, lo que el comediante al desempeñar su

papel, ó si se quiere comparación más poética, lo que la Sibila al ocupar la tripode, procurar olvidarse á sí mismo, para revestirse del artificial carácter que á su literario propósito cuadra.

Luego el ingenio tiene, como los astros, sus apogeos y sus declinaciones; como la humanidad, sus bacanales y sus arrobamientos; como el cuerpo en que habita, sus horas de vigor y sus momentos de flaqueza. Las vicisitudes de la vida, además, las circunstancias del momento, á cuya influencia ningún mortal puede sustraerse, las ideas, los sentimientos, el gusto, las precauciones de la época en que el escritor florece, son otros tantos elementos que muy poderosamente influyen, y es inevitable que influyan en sus obras, modificando siempre, y con frecuencia alterando fundamentalmente el reflejo que de la personalidad del autor quiere buscarse en sus obras.

PATRICIO DE LA ESCOSURA,

Ilustración Española y Americana.

EL INDIANO

Si Dios en sus justas iras no hubiera roto las cataratas del cielo y levantado los mares sobre el nivel de la tierra; si Isabel la Católica no hubiera cedido á las súplicas de un extranjero que mendigara de trono en trono algo de protección en cambio de un nuevo mundo, no habría en España á quien aplicar con exactitud la calificación de Indiano. Noé, demostrando desde el arca á sus descendientes cómo podían surcarse las olas con el auxilio de frágiles leños; Flavio Gioia, regalando á los navegantes desde el bello recinto de Amalfi su portentoso invento de la brújula para que sin temor alguno se desviasen de las costas; Colón, señalando á sus compañeros de viaje regiones desconocidas desde la popa de sus carabelas; Diego Velázquez, Hernán Cortés y Francisco Pizarro, con la conquista y gobernación del territorio de América, prepararon al Indiano el teatro de sus glorias, la palestra de sus aventuras. Y, sin que haya vuelta de hoja, la existencia del tipo que nos ocupa va unida á la historia de tan insignes

papel, ó si se quiere comparación más poética, lo que la Sibila al ocupar la tripode, procurar olvidarse á sí mismo, para revestirse del artificial carácter que á su literario propósito cuadra.

Luego el ingenio tiene, como los astros, sus apogeos y sus declinaciones; como la humanidad, sus bacanales y sus arrobamientos; como el cuerpo en que habita, sus horas de vigor y sus momentos de flaqueza. Las vicisitudes de la vida, además, las circuntancias del momento, á cuya influencia ningún mortal puede sustraerse, las ideas, los sentimientos, el gusto, las precauciones de la época en que el escritor florece, son otros tantos elementos que muy poderosamente influyen, y es inevitable que influyan en sus obras, modificando siempre, y con frecuencia alterando fundamentalmente el reflejo que de la personalidad del autor quiere buscarse en sus obras.

PATRICIO DE LA ESCOSURA,

Ilustración Española y Americana.

EL INDIANO

Si Dios en sus justas iras no hubiera roto las cataratas del cielo y levantado los mares sobre el nivel de la tierra; si Isabel la Católica no hubiera cedido á las súplicas de un extranjero que mendigara de trono en trono algo de protección en cambio de un nuevo mundo, no habría en España á quien aplicar con exactitud la calificación de Indiano. Noé, demostrando desde el arca á sus descendientes cómo podían surcarse las olas con el auxilio de frágiles leños; Flavio Gioia, regalando á los navegantes desde el bello recinto de Amalfi su portentoso invento de la brújula para que sin temor alguno se desviasen de las costas; Colón, señalando á sus compañeros de viaje regiones desconocidas desde la popa de sus carabelas; Diego Velázquez, Hernán Cortés y Francisco Pizarro, con la conquista y gobernación del territorio de América, prepararon al Indiano el teatro de sus glorias, la palestra de sus aventuras. Y, sin que haya vuelta de hoja, la existencia del tipo que nos ocupa va unida á la historia de tan insignes

sucesos y de tan altos personajes, como el estío al otoño, como la almeja á su concha, como el dolor á la vida.

No teman mis lectores que, prevalido de la voz Indiano, les retrate en bosquejo á un sucesor de Moctezuma ó de Atabaliba, que haya bebido en su niñez las aguas del Marañón ó del Orinoco, ni recreando sus ojos infantiles en las cimas del Cuzco ó de los Andes, ni descansado de sus juegos á la sombra de las ceibas ó las palmas. Nada tiene que ver el protagonista de este cuadro con Incas ni con Tlascaltecas, ni sabe cosa alguna en sus primeros años de las Antillas, ni de las Californias. Quien aspire á conocer el país de donde es oriundo, recorra las aldeas de la antigua Cantabria, ó los concejos de Asturias, ó las parroquias de Galicia: tome á su antojo una partida de bautismo, y, llámese como quiera de nombre y apellido el sujeto á quien corresponda, se las há de seguro con el padre, deudo ó amigo de un Indiano, ó con el mismo Indiano en persona. Pocos días de residencia en cualquiera de esos pueblos le bastan para enterarse á fondo del instituto unánime y vocación firme

del cuajado enjambre de chicos que allí pululan: sólo un fanático por la milicia, sólo un hombre, cuyos marciales ensueños se balanceen entre broqueles y arcabuces, columbrará en ellos inclinación á las armas, sólo quien delire por la agricultura contará con la robustez de aquellos brazos para el cultivo de las propias tierras. Mas, como, por fortuna de la ciencia y por desgracia del individuo, sabe al dedillo todo español, que la prostración es el invierno de las naciones, imagen fúnebre se les presentará más viva al trasladarse al centro de esos muchachos gallegos, asturianos y montañeses, por cuya circunferencia gira nuestro relato, ha de compararlos sin duda á estas bandadas de golondrinas que buscan en más suaves climas amparo contra las nieves y las escarchas que yerman los vergeles donde fabricaran sus nidos: como ellas emigrarán á centenares apenas consigan desplegar al viento sus alas, y mientras llega ese día forman en conjunto un abundoso plantel de Indianos.

A duras penas mataréis el tiempo en una aldea, si no pasáis tres ó cuatro ho-

ras al día en la esquina de una calle ó en el ángulo de una plaza. De este modo observando de cerca á esos chicos, y os persuadiréis de que cuanto les rodea sirve de jugoso pasto al único pensamiento que les anima y crece con ellos y con ellos se desarrolla. Si descubris algún muchacho que va por leña, no le perdáis de vista: el camino que conduce al monte es más llano y espacioso que todos los de la comarca, y antes de aprender el Credo, sabía el leñadorcito ser obra de un paisano suyo, que ganó pingüe fortuna á favor de veinte años de permanencia en Lima. Si á la caída de una tarde de verano tropezáis con un chicuelo que viene de apacentar cinco ó seis vaquillas y le preguntáis dónde se guarece de los ardores de la siesta, os ponderará cuán amena sombra le brindan las tapias de una fértil huerta contigua al prado, propiedad de un pariente suyo, si bien remoto, que regresó á su país cuando Méjico dejó de pertenecer á España. Acaso, sin apercibirlos de ella, se os cruce en angosta travesía algún rapáz para quien es árdua empresa sostener la vasija que lleva en la mano; pues si os viniera en

voluntad adquirir pormenores sobre aquel encuentro, insignificante según las apariencias, averiguaríais cómo hace un viaje cotidiano á la taberna en busca de media azumbre que el autor de sus días, natural de Reinosa, y vecino de Cartagena de Indias, tiene la humorada de costearle á su abuelo, un si es no es dado al mosto. Si sois observador profundo, hasta comprenderéis cómo el muchacho, que por su desdicha pasa la niñez endeble y enfermizo, disfruta como todos los de su edad de ese poderoso estímulo, de ese irresistible aliciente, bajo cuyo influjo merma de día en día la población española, porque desde el poyo ó tarima, testigo de sus dolencias, tiene fijos sus ojos de continuo en terrados y chimeneas de un magnífico edificio, propio de un sujeto á quien los ancianos del país vieron marchar vestido de paño burdo y con almadreñas, para volver con tres millones de reales, amén de un condado.

Aun cuando no llevo escrita ni una sola línea que no sea indispensable para el conocimiento, análisis y estudio del tipo, manantial de mis actuales inspira-

ciones, circunscribiré el asunto á más estrechos limites para que sobresalgan como es debido las brillantes formas del Aquiles de mi Iliada, del Godofredo de mi Jerusatém, del héroe de mi epopeya. Así como de una crisálida sale una mariposa, un montañés se convierte en Indiano; y á fuer de prácticos naturalistas conviene paremos mientes en el accidente más mínimo que concurra á tan importante metamorfosis.

Si eligiéramos por tipo á un gallego, le trasladáramos desde su hogar á la Coruña: si á un asturiano, forzoso era comenzar por llevarle á Vigo á toda costa; preferimos de buen grado á un montañésillo; y desde su aldea le trasladaremos via recta á Santander. Allí le acompaña su padre ó pariente más cercano, siendo portador del producto de su última aranzada de tierra, vendida para satisfacer el flete del viajero y para la manutención de ambos, mientras una velera fragata cierra su registro y sopla viento favorable: en Santander se necesita nordeste hasta para ir á misa. Llegado el instante fiero, el montañés pimpollo, que se columpia entre dos ó tres lustros, responde

con suspiros á los consejos de su padre, y con sollozos á las exhortaciones de la mujer, en cuya casa se hospedan, y para demostrar si serán impertinentes, baste decir que la compungida dueña llevó al cuello por dije una moneda de la proclamación de Carlos III, solemnidad que coincidió con su nacimiento. Por último, en el muelle y con un pie en el bote, que ha de conducirle á bordo de la fragata, recibe el hijo de manos del padre un escapulario de la Virgen de las Angustias, dos bendiciones, tres abrazos y cuatro pesetas sevillanas: sentidas palabras y dolorosas frases dan fin á tan patético cuadro. Triste y macilento regresa el padre de familia al seno de la suya; por honda que sea la del chico desaparece de su corazón antes que el mareo de su cabeza; por copiosas y ardientes que broten sus lágrimas, caen, se hielan y confunden entre las primeras olas del golfo de Gascuña. Al doblar el cabo Finisterre hace crisis la existencia del adalid cántabro: bullen en su mente asombrosas ideas: le ofrecen á los ojos magníficas ilusiones pueblan sus sueños nunca vistas imágenes: en perpétuo éxtasis con su

porvenir sepulta su pasado en el Leteo: todo lo tiene delante, detrás nada; la golondrina engalana ya los espacios con su flexible vuelo: toca ya la crisálida en el primer período de su transformación: ya se nos presenta el montañés con sus ribetes del Indiano.

A las Indias, como al reino de los cielos, son muchos los llamados y pocos los escogidos. Todos los que dirigen su rumbo á tan encantados países van á romper lanzas como paladines de un torneo en que es reina la fortuna, dama voluble en sus gracias para los galanes á quienes concede sus favores, consecuente en sus crueldades para los infelices á quienes miró una vez con faz esquiva y desdeñosa. En tanto que vaga la fragata por esas azarosas y movibles sendas que trazan los vientos en los mares; en tanto que divisa las pintorescas playas de Cuba; descifremos sin hacinar jeroglíficos, emblemas ni conjuros, el inmutable sino de los rapaces que van á bordo de ella, escrito antes que saliera del astillero, en el voluminoso libro de los hados. Oigamos las palabras, estudiemos el carácter, observemos las acciones del montañésillo del

escapulario, diametralmente opuestas á las de un primo suyo que come en un mismo plato y duerme en su misma cama; así deduciremos de un modo infalible cuál se halla entre el número de los *escogidos*, y cuál sólo en el de los *llamados*.

ANTONIO FERRER DEL RÍO.

(*Los Españoles pintados por si mismos.*)

EL VEINTICUATRO DE CÓRDOBA.

INTRODUCCIÓN.

Una desgracia muy grande, cuyo recuerdo entristece todas las horas de mi vida, me tuvo encerrado, inmóvil y ocioso, toda la primavera de 1859, en la casa que primero fué de Séneca, y después de Ambrosio de Morales, hoy ocupada por la Administración de correos de Córdoba. La calle en la actualidad lleva el nombre del segundo de los ilustres propietarios de la casa; termina por una parte en la plazuela de Séneca, y uno de mis balcones caía á la calle de los Pompeyos, paralela á su vez de la de Munda. ¿Puede haber posición más literaria?

Junto con estas peregrinas coincidencias mi lamentable estado que convertía

en calabozo una mansión que en tiempos mejores hubiera sido para mí de delicias, sólo hallaba solaz mi espíritu en las meditaciones literarias, bálsamo preferible á cuantos la ciencia aplica y el dolor aplaude, en volver los ojos á los pasados siglos, sujetando sus hombros y sus cosas, sus libros y sus monumentos al examen de la crítica.

Naturalmente los escritores de Córdoba, que cuenta en este siglo, como en todos, muchos y de revelante mérito, se habían apresurado á ofrecer su noble amistad al inválido de la literatura madrileña, y mi casa á toda hora se hallaba convertida en un Panarsillo, con dulce consuelo de mi despedazado corazón.

Una tarde que, entre otras cuestiones, discutíamos amistosamente acerca de las bellezas y defectos de nuestro antiguo teatro, que en opinión de alguno de los presentes vale más que nuestra historia, con todas sus Covadongas, Pavías, San Quintines y Lepantos, y más que nuestra arquitectura, con todas sus Alhambras, castillos y catedrales: opinión de que yo hasta cierto punto participaba, si se consideraba nuestra historia en su tejido ex-

terno y plástico, en su forma literaria y artística, pues arte por arte, el teatro español solamente puede ser, si no eclipsado, igualado con su hermana la pintura, que á Calderón responde con Velázquez, á Lope con Murillo, á Alarcón con Rivera y á Tirso con Goya; cuando hubo cada cual de los presentes ponderando las cualidades que más predilección le merecían en su autor favorito, deshaciéndose éste en encomios de la rotundidad de Calderón, celebrando aquel la galanura y espontaneidad de Lope, y conviniendo todos unánimemente en que Tirso puede competir con Molière, así como Alarcón se dejó muy atrás á cuantos poetas filósofos hubo en su época, en España y fuera de España; viendo la discusión á punto de agotarse, que el repertorio de las alabanzas es por desdicha más pobre que el de las censuras, ocurrióseme suscitar, en concepto de mantenedor de tan curiosa liza, una cuestión de aquellas que pueden calificarse de verdaderos problemas literarios, por haber ocupado á los más insignes críticos y comentadores, desde Luzán y Montiano, hasta Hartzenbusch y Cañete.

Tentado estuve de sacar á plaza las

madres, ó mejor dicho la ausencia de las madres en nuestras comedias antiguas, fenómeno tan raro como digno de estudio, que presta materia á muy curiosas observaciones, pues no parece si no que nuestras damas y galanes de capa y espada fueran hijos de la Inclusa, según los vemos en el teatro campar á sus solas sin el más estrecho y dulce de los lazos sociales, desprovistos de esa inagotable fuente de ternura, que es para el hijo el amor de su madre, y de ese escudo contra la adversidad, consuelo en la pena y sol vivificante de la vida, que es la madre para el hijo. Pero esta cuestión me pareció demasiado compleja, demasiado abstracta, para tratada en un amistoso aerópago, á la cabecera de un enfermo, pocos días antes moribundo.

Acordóseme entonces otra, que me había parecido siempre no menos curiosa ni difícil; cuestión derivada del gran sentimiento cristiano que informó todas las instituciones de la antigua caballería; pero derivada quizá como del arroyo transparente el oscuro y cenagoso lago. Refiérome á la exageración del punto de honra de los maridos; tésis, aunque tam-

bien abstracta, aunque profunda, de una profundidad más amena, más varia, más digna de aquella ocasión y aquel lugar, pues para discutirla, solamente se necesita recurrir á la filosofía de la historia y á las costumbres históricas de los pasados siglos.

Más de una vez, en efecto, había yo cerrado *El médico de su honra* ó *A secreto agravio secreta venganza*, diciéndome á mi propio, que D. Pedro Calderón, exuberante y grandioso en sus defectos como en sus bellezas, había exagerado las pasiones de sus contemporáneos, que era imposible que aquellos caballeros tan corteses y galanes, que sacrificaban su vida por su dama, pusieran en ella la mano, para clavar en su corazón el puñal del asesino, y contaba en resumen este entre los lunares de nuestros autores del siglo de oro, que bien pudieron ignorar mucho de fisiología de las pasiones los que andaban en punto á costumbres, trajes y otras cosas, tan atrasados como cualquier niño de la escuela.

Grande fué mi asombro al reparar que mi proposición era acogida con extrañeza por los circunstantes, no con esa ex-

trañeza que causa la novedad, sino con la que produce un sentimiento enteramente contrario. Parecía que todos cayesen de las nubes al oírme, y confieso que mi amor propio quedó un tanto resentido de aquel fiasco, que era imposible atribuir á ignorancia de mi auditorio, *última ratio* de toda personalidad orgullosa.

VICENTE BARRANTES.

(Cuentos y leyendas.)

EL ACCIONISTA DE MINAS.

El bipedo infeliz que vamos á describir con el nombre de *Accionista de Minas*, es un ente *casi racional*, y nuevo en España, que se produce por adición ó por sustracción en la clase medianamente acomodada en nuestra sociedad. Antes de entrar en los pormenores de su formación, cúmplenos sincerarnos á los ojos de la generalidad de los accionistas de minas por el alarmante extremo de la casi racionalidad que en nuestra definición hemos ingerido. Protestamos ante todo que no hacemos alusión en este artículo á ninguno de los que racionalmente explotan el interesante ramo de la indus-

tria minera, haciendo de él un empleo más ó menos acertado, pero fundado, de un capital grande ó pequeño, como puede hacerse en cualquier otro género de industria. Estos pertenecen á la numerosísima, útil y heterogénea clase de especuladores en general, la cual no tiene tipo fijo y marcado, ni más objeto real que la *ganancia*; al paso que el ser *sui generis* á que aludimos, constituye una clase nueva enteramente aparte, cuyo distintivo peculiar es el *gusto de perder*.

Así pues, no es nuestro *Accionista de Minas* un cualquiera entre los muchos ciudadanos interesados en empresas mineras: nuestro *Accionista* no es ni el rico banquero que invierte una parte de sus pingües beneficios en la costosa compra de acciones de Linares, ó en el barranco Jaroso; ni el abogado rico de clientela que aventura una modesta porción de su capital en las minas con una esperanza prudente y racional de una buena ganancia, ni el antes pobre, ora afortunado; que por uno de los raros caprichos de la suerte, al recorrer, cuando era miserable, la escabrosa senda de una tierra ingrata, topó con un criadero de ese vil metal

cuya vileza ennoblece tanto al que llena con ella sus bolsillos. Nuestro *Accionista de Minas* no es banquero, ni abogado, ni magistrado, ni artista, ni hombre de ciencias, ó si algo de esto fué, ya no lo es. La minería y la metalurgia le han trastornado el seso, y todo lo ha olvidado por la furia de hacer agujeros en los montes de Toledo, ó en el campo de Cartagena: por el parricida anhelo de abrir pozos y socavones en el seno de la madre tierra, donde si no encuentra plata ú oro, va al menos enterrando bonitamente su dinero:—y he aquí como se constituye por sustracción el *Accionista de Minas*.

Que si el ente primordial que ha de entrar en la composición de un *Accionista* legítimo, no era ninguna de las cosas arriba dichas, ni tenía profesión alguna, ni tenía ningún capital moral que perder antes que la *minomanía* le acometiera; sino que era meramente un hombre que vivía de su renta, sin curarse más de lo que oculta la áspera corteza de la tierra que de lo que encubre el azulado velo del cielo; entonces es cuando en rigor se dice que el *Accionista* se constituye por adición; puesto que, á diferencia del pri-

mero, que para serlo tuvo que perder su profesión y una gran parte de su sano juicio, no necesita el segundo más que haber adquirido la epidemia reinante, y la precisa actividad para dejar su tranquilo hogar y echarse á correr por esos mundos en busca de pedruscos, sudando el quilo en el verano, y dando diente con diente en el invierno:—y he aquí por fin probada nuestra definición del *Accionista* que le denomina *ente casi-racional*.

Don Canuto R***, el *Accionista de Minas* más impertérrito que cubre el cielo de España, y que está interesado en diecinueve empresas mineras consagradas con patriótico celo al empeño de hacer producir oro y plata á todos los montes de ambas Castillas, es la personificación más acabada y exacta de la especie que vamos describiendo. Hasta el año de 1839 vivió dedicado con mediana suerte al comercio, y todo el mundo le tuvo por hombre asentado y sesudo; hasta entonces fué juicioso y mesurado en sus modestas empresas, jamás arriesgó dineros á la ventura, jamás encomendó al azar la más insignificante de sus ac-

ciones. Su vivir retrataba la compasada parsimonia de su alma; ni gastaba una peseta si podía comer con tres reales, ni pagaba por nadie en el café, ni andaba jamás de prisa, ni abría jamás su corazón al temor, á la esperanza ó al cariño, antes de pesar y analizar bien todos los motivos para amar, esperar ó temer. Pero desde la citada época de 1839, desde que empezaron á llenar la España las noticias de los felices descubrimientos hechos en Sierra Almagrera por don Miguel Soler y el tío Perdigón, trocóse de todo punto el sereno y reservado don Canuto: volvióse de repente hombre de acción y de movimiento, se apoderó de él el frenesí de los azares, el fanatismo de los descubrimientos, el vértigo de las empresas, el apetito brutal de la ganancia á poca costa, con hambre y sed inmoderada de plata y oro. Desde entonces perdió su juicio, su aplomo, su calma, su excesiva previsión: salió de quicio, se hizo aturdido, atropellado, hablador, crédulo, imprudente, temerario, corréton... ¡y por remate de cuenta, tramposo!!!

PEDRO DE MADRAZO.

(Los Españoles pintados por sí mismos.)

LA COMEDIA NUEVA

ACTO PRIMERO

ESCENA I

D. ANTONIO.—Pipí

(Don Antonio sentado junto á una mesa, Pipí paseándose.)

D. ANTONIO. Parece que se hunde el techo. ¡Pipí! Pipí. ¿Señor?

D. ANTONIO. ¿Qué gente hay arriba, que anda con tal estrépito? ¿Son locos?

Pipí. No, señor; poetas.

D. ANTONIO. ¿Cómo poetas?

Pipí. Sí, señor: ¡así lo fuera yo! ¡No es cosa! y han tenido una gran comida. Burdeos, Pajarete, Marrasquino; ¡uh!

D. ANTONIO. ¿Y con qué motivo se hace esa franquichela?

Pipí. Yo no sé; pero supongo que será en celebridad de la comedia nueva que se representa esta tarde, escrita por uno de ellos.

D. ANTONIO. ¿Conque han hecho una comedia? ¡Haya picarillos!

Pipí. Pues qué, ¿no lo sabía usted?

D. ANTONIO. No por cierto.

Pipí. Pues ahí está el anuncio en el *Diario*.

D. ANTONIO. En efecto, aquí está. (Leyendo en el *Diario que está sobre la mesa*.) COMEDIA NUEVA INTITULADA GRAN CERCO DE VIENA. ¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. ¡Si son el diantre! ¡Ay amigo Pipí! ¡Cuánto más vale ser mozo de café que poeta ridículo!

Pipí. Pues mire usted, la verdad, yo me alegrara de saber hacer así alguna cosa...

D. ANTONIO. ¿Cómo?

Pipí. Así de versos... ¡Me gustan tanto los versos!

D. ANTONIO. ¡Oh! los buenos versos son muy estimables: pero hoy día son tan pocos los que saben hacerlos, tan pocos, tan pocos...

Pipí. No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios! ¡Cuántos han echado por aquella boca! Hasta las mujeres.

D. ANTONIO. ¡Oiga! ¿También las señoras decían coplillas?

Pipí. ¡Vaya! Hay allí una doña Agustina, que es mujer del autor de la comedia... ¡Qué! Si usted viera... Unas décimas componía de repente... No es así la otra, que en toda la mesa no ha hecho más que rezojar con aquel don Hermógenes, y tirarle miguitas de pan al peluquin.

D. ANTONIO. ¿Hermógenes está arriba? Gran pedantón!

Pipí. Pues con ese se estaba jugando, y cuando le decían: «Mariquita, una copla, vaya, una copla», se hacía la vergonzosa, y por más que la estuvieron azuzando á ver si rompía, nada. Empezó una décima y no la pudo acabar, porq ue decía que no encontraba el consonante: pero doña Agustina, su cuñada... ¡Oh! aquella sí. Mire usted lo que es... Ya se ve, en teniendo vena...

D. ANTONIO. Seguramente. ¿Y quién es ese que canta un poco há, y daba aquellos gritos tan descompasados?

Pipí. ¡Oh! Ese es don Serapio.

D. ANTONIO. Pero ¿qué es? ¿qué ocupación tiene?

Pipí. El es... mire usted: á él le llaman don Serapio.

D. ANTONIO. ¡Ah! sí. Es aquel bullí bullí que hace gestos á las cómicas, y las tira dulces á la silla cuando pasan, y va todos los días á saber quién dió la cuchillada; y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar de la temporada de verano, la

chupa del sobresaliente, y las partes de por medio.

Pipí. Ese mismo. ¡Oh! Ese es de los apasionados finos. Aquí se viene todas las mañanas á desayunar; y arma unas disputas con los peluqueros, que es un gusto oírle. Luego se va allá abajo, al barrio de Jesús; se juntan cuatro amigos, hablan de comedias, altercan, rien, fuman en los portales; don Serapio los introduce aquí y acullá hasta que dá la una; se despiden, y él se va á comer con el apuntador.

D. ANTONIO. ¿Y ese don Serapio es amigo del autor de la comedia?

Pipí. ¡Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto el casamiento de doña Mariquita, la hermana del poeta, con don Hermógenes

D. ANTONIO. ¿Qué me dices? ¿D. Hermógenes se casa?

Pipí. ¡Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya porque el novio no tiene un cuarto ni el poeta tampoco; pero le ha dicho que con el dinero que le den por esta comedia, y lo que ganará en la impresión, les pondrá la casa y pagará las deudas de don Hermógenes, que parece son bastantes.

D. ANTONIO. Si serán, ¡cáspita si serán! Pero y si la comedia apesta, y por consecuencia ni se la pagan ni se vende, ¿qué harán entonces?

Pipí. Entonces ¿qué sé yo? ¡Pero qué! no, señor. Si dice D. Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas.

D. ANTONIO. ¡Ah! pues si don Serapio lo dice no hay que temer. Es dinero contante, sin remedio. Figúrate tú si don Serapio y el apuntador sabrán muy bien dónde les aprieta el zapato, y cuál comedia es buena y cuál deja de serlo.

Pipí. Eso digo yo; pero á veces... Mire usted, no hay paciencia. Ayer, ¡qué! les hubiera dado con una tranca. Vinieron ahí tres, ó cuatro á beber

ponche, y empezaron á hablar de comedias; ¡vaya! yo no me puedo acordar de lo que decían. Para ellos no había nada bueno; ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro. ¿Qué sé yo cuanto dijeron aquellos malditos? Y dale con el arte, el arte, la moral, y... Deje usted: las... ¿Si me acordaré? Las... ¡Válgame Dios! ¿Cómo decían? Las... reglas... ¿Qué son las reglas?

D. ANTONIO. Hombre, difícil es explicártelo. Reglas son unas cosas que usan allá los extranjeros, particularmente los franceses.

PIPI. Pues, ya decía yo: esto no es cosa de mi tierra.

D. ANTONIO. Sí tal: aquí también se gastan, y algunos han escrito comedias con reglas, bien que no llegarán á media docena (por mucho que se estiré la cuenta) las que se han compuesto.

PIPI. Pues ya se ve: mire usted; ¡reglas!... No faltaba más. ¿A qué no tiene reglas la comedia de hoy?

D. ANTONIO. ¡Oh! eso yo te lo fio: bien puedes apostar ciento contra uno que no las tiene.

PIPI. Y las demás que van saliendo cada día tampoco las tendrán: ¿no es verdad, V.?

D. ANTONIO. Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa sino que para hacer una comedia se gastaran reglas. No, señor.

PIPI. Bien: me alegro. Dios quiera que pegue la de hoy, y luego verá V. cuántas escribe el bueno de don Eleuterio. Porque, lo que él dice: si yo me pudiera ajustar con los cómicos á jornal, entonces... ¡ya se ve! Mire V. si con un buen situado podía él...

D. ANTONIO. Cierto (Ap... ¡Qué simplicidad!)

PIPI. Entonces escribiría. ¡Qué! todos los meses sacaría dos ó tres comedias. ¡Como es tan hábil!

D. ANTONIO. ¿Con que es muy hábil, eh?

PIPI. ¡Toma! Poquito le quiere el segundo barba; y si en él consistiera, ya se hubieran echado las cua-

tro ó cinco comedias que tiene escritas; pero no han querido los otros; y ya se ve, como ellos lo pagan... En diciendo no nos ha gustado, ó así, andar ¡qué diantres! Y luego como ellos saben lo que es bueno; y en fin; mire V. si ellos... ¿No es verdad?

D. ANTONIO. Pues ya.

PIPI. Pero deje V., que aunque es la primera que le representan, me parece á mí que ha de dar golpe.

D. ANTONIO. ¿Conque es la primera?

PIPI. La primera. ¡Si es mozo todavía! Yo me acuerdo... Habrá cuatro ó cinco años que estaba de escribiente ahí, en esa lotería de la esquina, y le iba muy ricamente: pero como después se hizo paje, y el amo se le murió á lo mejor, y él se había casado de secreto con la doncella, y tenían ya dos criaturas, y después le han nacido ya otras dos ó tres; viéndose él así sin oficio ni beneficio, ni pariente ni habiente, ha cogido y se ha hecho poeta.

D. ANTONIO. Y ha hecho muy bien.

PIPI. ¡Pues ya se ve! lo que él dice: si me sopla la musa, puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y así ir trampeando hasta que Dios quiera abrir camino.

L. F. DE MORATIN.





VERSO

LA PRESENCIA DE DIOS

Doquiera que los ojos
Inquieto torno en cuidadoso anhelo,
Allí, gran Dios, presente
Atónito mi espíritu te siente.
Allí estás, y llenando
La inmensa Creación, so el alto empireo
Velado en luz te asientas,
Y tu gloria inefable á un tiempo ostentas.
La humilde yerbecilla
Que huella; el monte, de eterna nieve
Cubierto, se levanta
Y esconde en el abismo su honda planta;
El aura, que en las hojas
Con leve pluma susurrante juega,
Y el sol, que en la alta cima
Del cielo ardiendo el universo anima;
Me claman que en la llama
Brillas del sol; que sobre el raudó viento
Con ala voladora
Cruzas del occidente hasta la aurora;
Y que el monte encumbrado
Te ofrece un trono en su nevada cima;
Y la yerbecilla crece
Por tu soplo vivifico, y florece.

Tu inmensidad lo llena
Todo, Señor, y más; del invisible
Insecto al elefante;
Del átomo al cometa rutilante.
Tú á la tiniebla oscura
Das su pardo capuz, y el sutil velo
A la alegre mañana,
Sus huellas matizando de oro y grana.
Y cuando primavera
Desciende al ancho mundo, afable ries
Entre sus gayas flores,
Y te aspiró en sus plácidos olores.
Y cuando el inflamado
Sirio más arde en sus congojos fuegos,
Tú las llenas espigas
Volando mueves, y su ardor mitigas.
Si entonces al bosque umbrío
Corro, en su sombra estás y allí atesoras
El frescor regalado,
Blando alivio á mi espíritu cansado.
Un religioso miedo
Mi pecho turba, y una voz me grita:
«En este misterioso
Silencio mora; adórale humildoso.»
Pero á par en las ondas
Te hallo del hondo mar: los vientos llamas
Y á su saña lo entregas,
O si te place, su furor sosiegas.
Por doquiera, infinito
Te encuentro y siento, en el florido prado,
Y en el luciente velo
Con que tu umbrosa noche entolda el cielo.
Que del átomo eres
El Dios, y el Dios del sol, del gusanillo
Que en el vil lodo mora,
Y el ángel puro que tu lumbre adora.
Igual sus himnos oyes,

Y oyes mi dulce voz, de la cordera

El plácido balido

Y del león el hórrido rugido.

Y á todos dadivoso

Acorres, Dios inmenso, en todas partes,

Y por siempre presente,

¡Ay! oye á un hijo en su rogar ferviente.

Oyelo blando, y mira

Mi deleznable sér: dignos mis pasos

De tu presencia sean,

Y doquier tu deidad mis ojos vean.

Hinche el corazón mío

De un ardor celestial, que á cuanto existe

Como tú se derrame,

Y ¡oh Dios de amor! en tu universo te ame.

Todos tus hijos somos,

El tártaro, el japon, el indio rudo.

El tostado africano

Es un hombre, es tu imagen, y es mi hermano.

J. MELÉNDEZ VALDÉS.

FRAGMENTO

¡Oh salve, salve, fuentecilla hermosa

de adormida corriente. Desmayada

tal vez, Diciembre al Guadarrama frío

te encadenó: benigna primavera

rompe tus grillos; corre á la pradera,

florezca en tu correr, y el bosque umbrío

redoble en tus cristales

la pompa de tus ramas inmortales.

Corre dichosa y tu feliz corriente

oiga nacer el trébol delicado

y verde juncia entre la humilde grama.

Tu benéfico humor la árida frente

cubra aquel risco, y brille hermoso

con musgoso verdor. Mas ¿quién derrama

por la ancha vega en profusión fragante

el balsámico olor que así enajena?

¡Oh coronilla! en la mojada arena

de tu dorada flor eterno amante,

quiero á su sombra fría

posar la sien hasta que espire el día.

NICASIO ALVAREZ CIENFUEGOS.

Oda á la Primavera.

A LA MUERTE DE JESÚS

¿Y eres tú el que, velando

La excelsa majestad en nube ardiente,

Fulminaste en Siná? Y el limpio bando

Que eleva contra tí la osada frente,

¿Es el que oyó medroso

De tu rayo el estruendo fragoroso?

Más ahora abandonado

¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al Cielo

Alzas gimiendo el rostro lastimado;

Cubre tus bellos ojos mortal velo,

Y su luz extinguida

En amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena,

Amor más poderoso que la muerte;

Por él de la maldad sufre la pena

El Dios de las virtudes, y león fuerte,

Se ofrece al golpe fiero

Bajo el vellón de cándido cordero

¡Oh víctima preciosa

Ante siglos de siglos degollada!

Aun no ahuyentó la noche pavorosa

Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno
Moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¿quién podrá mirarte?

¡Oh paz, oh gloria del culpado mundo!

¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia

Del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales

De esas sangrientas llagas, amor mío?

¿Quién cubrió tus mejillas celestiales

De horror y palidez? Cuál brazo impío

A tu frente divina

Cifló corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles:

Al santo perdonad, muera el malvado;

Si sois de un justo Dios ministros fieles,

Caiga la dura pena en el culpado.

Si la impiedad os guía

Y en la sangre os cebáis, verted la mía.

¡Mas ay! que eres tú solo

La víctima de paz que el hombre espera;

Si del Oriente al escondido polo

Un mar de sangre criminal corriera,

Ante Dios irritado

No explicación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo

Su cólera en diluvios descendía,

Y á la maldad, que dominaba el suelo,

Y á las malvadas gentes envolvía,

De la diestra potente,

Depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre

De los montes el agua vengadora:

El sol, amortecida la alba lumbre

Que el firmamento rápido colora,

Por la esfera sombría.

Cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado

De su semblante descogió el Eterno.

Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado,

Domador de la muerte y del Averno,

Tu cólera infinita

Extinguir en tu sangre solicita ..

¿Oyes, oyes cuál clama:

Padre de amor, ¿por qué me abandonaste?

Señor, extingue la funesta llama.

Que en tu furor al mundo derramaste.

De la acerba venganza

Que sufre el justo, nazca la esperanza.

¿No veis como se apaga

El rayo entre las manos del Potente?

Ya de la muerte la tiniebla vaga

Por el semblante de Jesús doliente,

Y su triste gemido

Oye el Dios de las iras complacido.

Ven, ángel de la muerte,

Esgrime, esgrime la fulmínea espada,

Y el último suspiro del Dios fuerte,

Que la humana maldad deja expiada,

Suba al solio sagrado

Do vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno, oh tierra:

Rompe, oh templo, tu velo Moribundo

Yace el Criador: más la maldad aterra,

Y un grito de furor lanza el profundo:

Muere... Gemid; humanos:

Todos en él pusisteis vuestras manos.

ALBERTO LISTA.

AL DOS DE MAYO

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable que esquivando el sueño
Profundas penas en silencio gime,
No desdeñes mi voz; letal beleño
Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía,
Da á mi pincel fatídicos colores,
Con que el *tremendo día*
Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el odio irrite de la patria mía
Y escándalo y terror al orbe sea.
¡Día de execración! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al Averno.
Más ¿quién el sempiterno
Clamor con que los ecos importuna
La madre España en enlutado arreo
Podrá atajar? Junto al sepulero frío,
Al pálido lucir de opaca luna,
Entre cipreses fúnebres la veo.
Trémula, yerta y desceñido el manto,
Los ojos moribundos
Al cielo vuelve que le oculta el llanto;
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el león guerrero
Lanza á sus pies rugido lastimero.
¡Ay! que cuál débil planta
Que agosta en su furor hórrido viento,
De víctimas sin cuento
Lloró la destrucción Mantua afligida!
Yo ví, yo ví su juventud florida
Correr inerme al huésped ominoso.
Más ¿qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo

En quien su honor y su defensa fia,
La condenó al cuchillo.
¿Quién, ¡ay! la alevosía,
La horrible asolación habrá que cuente
Que hollando de amistad los santos fueros
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?
Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infame turba que abrigó en su seno.
Rueda allá rechinando la cureña,
Acá retumba el espantoso trueno;
Allí el joven lozano,
El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote pacífico, el anciano
Que con su airada faz respeto imprime,
Juntos amarra su dogal tirano.
En balde, en balde gime
De los duros satélites en torno
La triste madre, la afligida esposa
Con doliente clamor; la pavorosa
Fatal descarga suena
Que á luto y llanto eterno las condena.
¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!
¡Cuántos ayés doquier! Despavorido
Mirad ese infelice
Quejarse al adalid empedernido
De otra cuadrilla atroz. «¡Ah! ¿qué te hice?»
Exclama el triste en lágrimas deshecho;
«Mi pan y mi mansión partí contigo,
Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
Templé tu sed, y me llamé tu amigo:
¿Y ora pagar podrás nuestro hospedaje
Sincero, franco, sin doblez ni engaño,
Con dura muerte y con indigno ultraje?»
¡Perdido suplicar! ¡inútil ruego!
El monstruo infame á sus ministros mira,

Y con tremenda voz gritando ¡fuego!
Tinto en su sangre el desgraciado espira.
Y en tanto ¿dó se esconden,
Dó están, oh cara patria, tus soldados
Que á tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados
Por jefes sin honor, que haciendo alarde
De su perfidia y dolo
A merced de los bárbaros lo dejan;
Como entre hierros el león, forcejan
Con inútil afán. Vosotros sólo,
Fuerte Daoiz, intrépido Velarde,
Que osando resistir al gran torrente
Dar supisteis en flor la dulce vida
Con firme pecho y con serena frente;
Si de mi libre musa
Jamás el eco adormeció á tiranos,
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento
Allá del alto asiento
A que la acción magnánima nos eleva,
El himno oíd que á vuestro nombre entona,
Mientras la fama aligera le lleva
Del mar de hielo á la abrasada zona.
Mas, ¡ay! que en tanto sus funestas alas
Por la opresa metrópoli tendiendo
La yerma asolación sus plazas cubre;
Y al áspero silbar de ardientes balas,
Y al ronco son de los preñados bronces,
Nuevo fragor y estrépito sucede.
¿Oís como rompiendo
De moradores tímidos las puertas
Caen estallando de los fuertes goznes?
¿Con qué espantoso estruendo
Los dueños buscan que medrosos huyen?
Cuanto encuentran destruyen
Bramando los atroces forajidos
Que el robo infame y la matanza ciegan.

¿No veis cuál se despliegan
Penetrando en los hondos aposentos
De sangre, y oro, y lágrimas sedientos?
Rompen, talan, destrozan
Cuanto se ofrece á su sangrienta espada;
Aquí matando al dueño se alborozan,
Hieren allí su esposa acongojada:
La familia asolada
Yace espirando, y con feroz sonrisa
Sorben voraces el fatal tesoro.
Suelta, á otro lado, la madeja de oro,
Mustio el dulce carmin de su mejilla
Y en su frente marchita la azucena,
Con voz turbada y anhelante lloro
De su verdugo ante los pies se humilla
Tímida virgen de amargura llena;
Mas con furor de hiena,
Alzando el corvo alfanje damasquino
Hiende su cuello el bárbaro asesino.
¡Horrible atrocidad! ¡treguas, oh musa
Que ya la voz rehusa,
Embargada en suspiros, mi garganta!
Y en ignominia tanta
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita serviz á la cadena?
No, que ya en torno suena
De Palas tiera el sanguinoso carro,
Y el látigo estallante
Los caballos flamígeros hostiga.
Ya el duro peto y el arnés brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su ruginoso acero:
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;
Y al grito heróico que en los aires zumba,
¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero;
Guadalquivir guerrero

Alza al bélico són la regia frente,
Y del patrón valiente,
Blandiendo altivo la nudosa lanza,
Corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!
Vosotras, oh infelices
Sombras de aquellos que la infiel cuchilla
Robó á sus lares, y en fugaz gemido
Cruzáis los anchos campos de Castilla;
La heroica España en tanto que al bandido
Que á fuego y sangre de insolencias ciego
Brindó felicidad, á sangre y fuego
Le retribuye el dón, sabrá piadosa
Daros solemne y noble monumento:
Allí en padrón crüento
De oprobio y mengua, que perpetuo dure,
La vil traición del déspota se vea:
Y altar eterno sea
Donde todo español al monstruo jure
Rencor de muerte que en tus venas eunda,
Y á cien generaciones se difunda.

J. NICASIO GALLEGO.

A LA INVENCION DE LA IMPRENTA

¿Será que siempre la invención sangrienta
O del solio el poder pronuncie sólo,
Cuando la trompa de la fama alienta
Vuestro divino labio, hijos de Apolo?
¿No os da rubor? El don de la alabanza,
La hermosa luz de la brillante gloria,
¿Serán tal vez del nombre á quien daría
Eterno oprobio ó maldición la historia?
¿Oh! despertad: el humillado acento
Con majestad no usada
Suba á las nubes penetrando el viento;

Y si queréis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñís la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno también del universo sea.
No los aromas de loor se vieron
Vilmente degradados
Así en la antigüedad, siempre las aras
De la invención sublime,
Del genio bienhechor los recibieron.
Nace Saturno, y de la madre tierra
El seno abriendo con el fuerte arado,
El precioso tesoro
De vivifica miés descubre el suelo,
Y grato el canto le remonta al cielo,
Y Dios le nombra de los siglos de oro.
¿Dios no fuiste también tú, que allá un día
Cuerpo á la voz y al pensamiento diste,
Y trazándola en letras, detuviste
La palabra veloz que antes huía?
Sin tí se devoraban
Los siglos á los siglos, y á la tumba
De un olvido eternal yertos bajaban.
Tú fuiste: el pensamiento
Miró ensanchar la limitada esfera
Que en su infancia fatal le contenía.
Tendió las alas, y arribó á la altura
De do escuchar la edad que antes viviera,
Y hablar ya pudo con la edad futura.
¡Oh gloriosa ventura!
Goza, genio inmortal, goza tú solo
Del himno de alabanza y los honores
Que á tu invención magnífica se deben:
Contéplala brillar; y cual si sola
A ostentar su poder ella bastara,
Por tanto tiempo reposar natura
De igual prodigio al universo avara.
Pero al fin sacudiéndose, otra prueba

La plugo hacer de sí, y el Rhin helado
Nacer vió á Gutemberg. «¿Conque es en vano
Que el hombre al pensamiento
Alcanzase escribiéndole á dar vida,
Si desnudo de curso y movimiento,
En letargosa oscuridad se olvida?
No basta un vaso á contener las olas
Del férvido Océano,
Ni en sólo un libro dilatarse pueden
Los grandes dones del ingenio humano:
¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si á natura
Un tipo basta á producir sin cuento
Seres iguales, mi invención la siga:
Que en ecos mil y mil sienta doblarse
Una misma verdad, y que consiga
Las alas de la luz al desplegarse.»
Dijo, y la Imprenta fué; y en un momento
Vieras la Europa atónita, agitada
Con el estruendo sordo y formidable
Que hace sañudo el viento
Soplando el fuego asolador que encierra
En sus cavernas tóbregas la tierra.
¡Ay del alcázar que el error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía!
El volcán reventó, y á su porfía
Los soberbios cimientos vacilaron.
¿Qué es el monstruo, decid, inmundo y feo
Que abortó el Dios del mal y que insolente
Sobre el despedazado Capitolio
A devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable solio?
Dura, sí; mas su inmenso poderío
Desplomándose va; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.
Así torre fortísima domina
La altiva cima de fragosa sierra:
Su albergue en ella y su defensa hicieron

Los hijos de la guerra,
Y en ella su pujanza arrebatada
Rugiendo los ejércitos rompieron.
Después abandonada,
Y del silencio y soledad sitiada,
Conserva, aunque ruinosa, todavía
La aterradora faz que antes tenía.
Mas llega el tiempo, y la estremece, y cae;
Cae, los campos gimen
Con los rotos escombros, y entre tanto
Es escarnio y baldón de la comarca
La que antes fué su escándalo y espanto.
Tal fué el lauro primero que las sienes
Ornó de la razón, mientras osada,
Sedienta de saber la inteligencia,
Abarca el universo en su gran vuelo.
Levántase Copérnico hasta el cielo
Que un velo impenetrable antes cubria,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso
Que da á torrentes su esplendor al día.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar; la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impío,
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío;
Y navegan con él impetuoso,
A modo de relámpagos huyendo,
Los astros rutilantes; más lanzado
Veloz el genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.
«¡Ah! ¿qué te sirve conquistar los cielos,
Hallar la ley en que sin fin se agitan
La atmósfera y el mar, partir los rayos
De la impalpable luz, y hasta en la tierra

Cavar y hundirte, y sorprender la cuna
Del oro y del cristal? *Mente ambiciosa,*
Vuélvete al hombre.» Ella volvió, y furiosa
Lanzó su indignación en sus clamores.

«¡Conque el mundo moral todo es horrores!
¡Conque la atroz cadena

Que forjó en su furor la tiranía,
De polo á polo inexorable suena,
Y los hombres condena

De la vil servidumbre á la agonía!

¡Oh! no sea tal.» Los déspotas lo oyeron,
Y el cuchillo y el fuego á la defensa
En su diestra nefaria apercebieron.

¡Oh! ¡insensatos! ¿Qué hacéis? Esas hogueras
Que á devorarme horribles se presentan
Y en arrancarme á la verdad porfían,
Fanales son que á su esplendor me guían,
Antorchas son que su victoria ostentán.

En su amor anhelante

Mi corazón extático la adora,

Mi espíritu la ve, mis pies la siguen.

No: ni el hierro ni el fuego amenazante

Posible es ya que á vacilar me obliguen.

¡Soy dueño por ventura

De volver el pie atrás? Nunca las ondas

Tornan del Trajo á su primera fuente

Si una vez hacia el mar se arrebataron:

Las sierras, los peñascos, su camino

Se cruzan á atajar: pero es en vano;

Que el vencedor destino

Las impele bramando al Océano.

Llegó, pues, el gran día

En que un mortal divino, sacudiendo

De entre la mengua universal la frente,

Con voz omnipotente

Dijo á la faz del mundo: «El hombre es libre.»

Y esta sagrada exclamación saliendo,

No en los estrechos límites hundida
Se vió de una región; el eco grande
Que inventó Gutemberg la alza en sus alas;
Y en ellas conducidas,
Se mira en un momento
Salvar los montes, recorrer los mares,
Ocupar la extensión del vago viento;
Y sin que el trueno á su furor la asombre,
Por todas partes el valiente grito
Sonar de la razón: «Libre es el hombre.»

Libre, sí, libre: ¡oh dulce voz! Mi pecho
Se dilata escuchándole y palpita,
Y el numen que me agita,
De tu sagrada inspiración henchido,
A la región olímpica se eleva,
Y en sus alas flamíferas me lleva.

¿Dónde quedáis, mortales,
Que mi canto escucháis? Desde esta cima
Miro al destino las ferradas puertas
De su alcázar abrir, el denso velo
De los siglos romperse, y descubrirse
Cuanto será. ¡Oh placer! No es ya la tierra
Ese planeta mísero en que ardieron
La implacable ambición, la horrible guerra.

Ambas gimiendo, para siempre huyeron,
Como la peste y las borrascas huyen

De la afligida zona, que destruyen,

Si los vientos del polo aparecieron.

Los hombres todos su igualdad sintieron,

Y á recobrarla las valientes manos

Al fin con fuerza indómita movieron.

No hay ya ¡qué gloria! esclavos ni tiranos;

Que amor y paz el universo llenan,

Amor y paz por do quier respiran.

Amor y paz sus ámbitos resuenan.

Y el Dios del bien sobre su trono de oro

El cetro eterno, por los aires tiende:

Y la serenidad y la alegría
 Al orbe que defiende
 En raudales benéficos envía.
 ¿No la veis? ¿No la veis? ¿La gran columna,
 El magnífico y bello monumento
 Que á mi atónita vista centellea?
 No son, no, las pirámides que al viento
 Levanta la miseria en la fortuna
 Del que renombre entre opresión granjea.
 Ante él por siempre humea
 El perdurable incienso
 Que grato el orbe á Gutemberg tributa,
 Breve homenaje á su favor inmenso,
 ¡Gloria á aquel que la estúpida violencia
 De la fuerza aterró, sobre ella alzando
 A la alma inteligencia!
 Gloria al que, en triunfo la verdad llevando,
 Su influjo eternizó libre y fecundo;
 ¡Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

M. J. QUINTANA.

EL BURRO FLAUTISTA.

Esta fabulilla,
 Salga bien ó mal,
 Me ha ocurrido ahora,
 Por casualidad.
 Cerca de unos prados
 Que hay en mi lugar,
 Pasaba un borrieco,
 Por casualidad.
 Una flauta en ellos
 Halló, que un zagal
 Se dejó olvidada,
 Por casualidad.

Acercóse á olerla
 El dicho animal,
 Y dió un reseplido,
 Por casualidad.
 En la flauta el aire
 Se hubo de colar;
 Y sonó la flauta,
 Por casualidad.
 ¡Oh! dijo el borrieco;
 ¡Qué bien sé tocar!
 ¿Y dirán que es mala
 La música asnal?
 Sin reglas del arte
 Borriquitos hay,
 Que una vez aciertan,
 Por casualidad.

IRIARTE.

EL GRAJO Y LOS PAVOS REALES

Con las plumas de un pavo
 Un grajo se vistió: pomposo y bravo
 En medio de los pavos se pasea.
 La manada lo advierte, le rodea,
 Todos le pican, burlan, y le envían...
 ¿Dónde, si ni los grajos le querían?
 ¡Cuánto há que repetimos este cuento
 Sin que haya en los plagiarios escarmiento?

CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
 Viento en popa á toda vela,
 No corta el mar sino vuela
 Un velero bergantín:

Bajel pirata que llaman
 Por su bravura el *Temido*,
 En todo mar conocido
 Del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
 En la lona gime el viento,
 Y alza el blando movimiento
 Olas de plata y azul:

Y ve el capitán pirata,
 Sentado alegre en la popa,
 Asia á un lado, al otro Europa,
 Y allá á su frente Estambul.

«Navega, velero mío,
 Sin temor,
 Que ni enemigo navío,
 Ni tormenta ni bonanza
 Tu rumbo á torcer alcanza
 Ni á sujetar tu valor.

Veinte presas
 Hemos hecho
 A despecho
 Del inglés,
 Y han rendido
 Sus pendones
 Cien naciones
 A mis pies.

*Que es mi barco mi tesoro,
 Que es mi Dios la libertad,
 Mi ley la fuerza y el viento,
 Mi única patria la mar.*

Allá muevan feroz guerra
 Ciegos reyes
 Por un palmo más de tierra;
 Que yo tengo aquí por mío
 Cuanto abarca el mar bravío,
 A quien nadie pone leyes.

Y no hay playa
 Sea cualquiera,
 Ni bandera
 De esplendor,
 Que no sienta
 Mi derecho
 Y dé pecho
 A mi valor

Que es mi barco mi tesoro...

A la voz de «¿barco viene?»
 Es de ver
 Cómo vira y se previene
 A todo trazo escapar;
 Que yo soy el rey del mar,
 Y mi furia es de temer.

En las presas
 Yo divido
 Lo cogido
 Por igual:
 Sólo quiero
 Por riqueza
 La belleza
 Sin rival.

Que es mi barco mi tesoro...

¡Sentenciado estoy á muerte!

Yo me río:
 No me abandone la suerte,
 Y al mismo que me condena
 Colgaré de alguna entena,
 Quizá en su propio navío.

Y si caigo
 ¿Qué es la vida?
 Por perdida
 Ya la di
 Cuando el yugo

Del esclavo
Como un bravo
Sacudí.

Que es mi barco mi tesoro...

Son mi música mejor
Aquilones,
El estrépito y temblor
De los cables sacudidos,
Del negro mar los bramidos
Y el rugir de mis cañones.

Y del trueno
Al son violento,
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sonegado
Arrullado
Por la mar.

*Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.*

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

EL MIÉRCOLES DE CENIZA

¡Oh! despertad mortales,
mirad con atención en vuestro daño.

FRAY LUIS DE LEÓN.

Venid al templo, hermanos:
nieblas que esperece el sol de la mañana
son los goces mundanos.
¡Ay del que en pos se afana,
fija la mente en su ilusión liviana!

Pedidle á Dios un día
que alumbré en paz vuestro mortal camino:
por más segura vía,
y con mejor destino,
guíe á las almas su esplendor divino.

Llevad la frente alzada,
siervos de Dios: con su laurel glorioso,
tras esa vil morada,
en éxtasis dichoso,
hallará vuestro afán dulce reposo
Breve senda es la vida
que da á un pensil de regaladas flores;
¡ay, si el alma perdida
sólo vé en sus colores

de una ilusión los falsos resplandores!

Venid, venid, hermanos,
polvo sois: vuestro bien, vuestra amargura
son como el polvo vanos:
es polvo la hermosura,
polvo la gloria y su inmortal ventura.

Un céfiro os levanta,
una brisa os esperece por el viento:
venid, ya el sol espanta
con su fulgor violento
la bruma que corona el firmamento.

Blanda la excelsa lumbre
del cielo dora la extensión tranquila;

ya enrojece la cumbre,
ya el peñón vacila,
ya la tiniebla en Occidente apila.

La bruma silenciosa
flota un momento, en el azul colgada,
y acataando medrosa
la luz del sol sagrada,
lánzase por el viento atropellada.

Así va en su carrera,
ya por un aura de placer mecida

que la agita ligera,
ya del cierzo impelida,
la tormentosa niebla de la vida.

FRANCISCO ZEA.

EN LAS ERMITAS

DE LA SIERRA DE CÓRDOBA

Hay de la alegre sierra
Sobre las lomas,
Unas casitas blancas
Como palomas.
Les dan dulces esencias
Los limoneros,
Los verdes naranjales
Y los romeros.
Allí junto á las nubes
La alondra trina,
Allí tiende sus brazos
La cruz divina.

La vista arrebatada
Vuela en su anhelo,
Del llano á las ermitas,
¡De ellas al cielo!

Allí olvidan las almas
Sus desengaños;
Allí cantan y rezan
Los ermitaños.
El agua que allí oculta
Se precipita,
Dicen los cordobeses
Que está bendita.
Prestan á aquellos nidos
Luz los querubes,
Guirnaldas las estrellas,
Mantos las nubes...

¡Muy alta está la cumbre!
¡La cruz muy alta!
Para llegar al cielo
¡Cuán poco falta!

Puso Dios en los mares
Flores de perlas,
En las conchas jardines
Donde esconderlas.

En el agua del bosque
Freseos murmullos;
De abril en las auroras
Tiernos capullos.

Arpas del paraíso
Puso en las aves;
En las húmedas auras
Himnos suaves.

Y para dirigirle
Preces benditas,
Puso altares y flores
En las ermitas.

Las cuestas por el mundo
Dan pesadumbre,
A los que desde el llano
Van á la cumbre...

Subid á donde el monje
Reza y trabaja;
¡Más larga es la vereda
Cuando se baja!

Ya la envuelva la noche,
Ya el sol la alumbre,
Buscad á los que rezan
Sobre esa cumbre.

Ellos de santos mares
Van tras el puerto;
¡Caravana bendita
De aquel desierto!

Forman música blanda

De un campanario,
De semillas campestres
Santo *rosario*;
De una gruta en el monte
Plácido asilo;
De una tabla olvidada
Lecho tranquilo.
De legumbres y frutas
Pobres manjares,
Parten con los mendigos
En sus altares.
Allí la cruz consuela,
La tumba advierte;
¡Allí pasan la vida
Junto á la muerte!
Por los ojos que finge
La calavera
Ven el mundo... y su vana
Pompa altanera.
Calavera sombría,
Que en bucles bellos
Adornaron un día
Ricos cabellos;
Esos huecos oscuros
Que se ensancharon,
Fueron ojos que vieron
Y que lloraron;
Por esas grieteadas
Formas vacías,
Penetraron del mundo
Las armonías.
¡¡Qué resta ya del libre
Mágico anhelo,
Con qué esa frente altiva
Se alzaba al cielo!
¡La huella polvorosa
De un sér extraño,

Adornando la mesa
De un ermitaño!
Aquí en la solitaria
Celda escondida,
Un cráneo dice: ¡¡Muerte!
Y una cruz: ¡¡Vida!!

¡Muy alta está la cumbre!
¡La cruz muy alta!
Para llegar al cielo
¡Cuán poco falta!

ANTONIO F. GRILLO.

UN CASTELLANO LEAL

I.

«Hola, hidalgos y escuderos
De mi alcurnia y mi blasón,
Mirad como bien nacidos
De mi sangre y casa en pró,
Esas puertas se defiendan,
Que no ha de entrar, vive Dios,
Por ellas quien no estuviere
Más limpio que lo está el sol.
No profane mi palacio
Un fementido traidor,
Que contra su rey combate
Y que á su patria vendió.
Pues si él es de reyes primo,
Primo de reyes soy yo,
Y conde de Benavente,
Si él es duque de Borbón,
Llevándole de ventaja
Que nunca jamás manchó

De un campanario,
De semillas campestres
Santo *rosario*;
De una gruta en el monte
Plácido asilo;
De una tabla olvidada
Lecho tranquilo.
De legumbres y frutas
Pobres manjares,
Parten con los mendigos
En sus altares.
Allí la cruz consuela,
La tumba advierte;
¡Allí pasan la vida
Junto á la muerte!
Por los ojos que finge
La calavera
Ven el mundo... y su vana
Pompa altanera.
Calavera sombría,
Que en bucles bellos
Adornaron un día
Ricos cabellos;
Esos huecos oscuros
Que se ensancharon,
Fueron ojos que vieron
Y que lloraron;
Por esas grieteadas
Formas vacías,
Penetraron del mundo
Las armonías.
¡¡Qué resta ya del libre
Mágico anhelo,
Con qué esa frente altiva
Se alzaba al cielo!
¡La huella polvorosa
De un sér extraño,

Adornando la mesa
De un ermitaño!
Aquí en la solitaria
Celda escondida,
Un cráneo dice: ¡¡Muerte!
Y una cruz: ¡¡Vida!!

¡Muy alta está la cumbre!
¡La cruz muy alta!
Para llegar al cielo
¡Cuán poco falta!

ANTONIO F. GRILLO.

UN CASTELLANO LEAL

I.

«Hola, hidalgos y escuderos
De mi alcurnia y mi blasón,
Mirad como bien nacidos
De mi sangre y casa en pró,
Esas puertas se defiendan,
Que no ha de entrar, vive Dios,
Por ellas quien no estuviere
Más limpio que lo está el sol.
No profane mi palacio
Un fementido traidor,
Que contra su rey combate
Y que á su patria vendió.
Pues si él es de reyes primo,
Primo de reyes soy yo,
Y conde de Benavente,
Si él es duque de Borbón,
Llevándole de ventaja
Que nunca jamás manchó

La traición mi noble sangre,
Y haber nacido español.»

Así atronaba la calle
Una ya cascada voz
Que de un palacio salía,
Cuya puerta se cerró,
Y á la que estaba á caballo
Sobre un negro pisador
Siendo en su escudo las lises
Más bien que timbre, baldón,
Y de pajes y escuderos
Llevando un tropel en pos,
Cubiertos de ricas galas,
El gran duque de Borbón,
El que lidiando en Pavía
Más que valiente, feroz,
Gozóse en ver prisionero
A su natural señor,
Y que á Toledo ha venido
Ufano de su traición,
Para recibir mercedes
Y ver al Emperador.

II.

De una anchurosa cuadra
Del alcázar de Toledo,
Cuyas paredes adornan
Ricos tapices flamencos:
Al lado de una gran mesa
Que cubre de terciopelo
Napolitano tapete
Con borlones de oro y flecos;
Ante un sillón de respaldo,
Que entre bordado arabesco
Los timbres de España ostenta
Y el águila del Imperio,
De pie estaba Carlos quinto,

Que en España era primero,
Con gallardo y noble talle,
Con noble y tranquilo aspecto.
De brocado de oro y blanco
Viste tabardo tudesco,
De rubias motas orlado
Y desabrochado y suelto,
Dejando ver un justillo
De raso jalde, cubierto
Con primorosos bordados
Y costosos sobrepuestos,
Y la excelsa y noble insignia
Del Toisón de oro, pendiendo
De una preciosa cadena,
En la mitad de su pecho.
Un birrete de velludo
Con un blanco airón, sujeto
Por un joyel de diamantes
Y un antiguo camafeo,
Deseubre por ambos lados,
Tanta majestad cubriendo,
Rubio, cual barba y bigote,
Bien atusado el cabello.
Apoiada en la cadera
La potente diestra ha puesto.
Que aprieta dos guantes de ámbar
Y un primoroso mosquero.
Y con la siniestra halaga,
De un mastin muy corpulento,
Blanco y las orejas rubias,
El ancho y carnoso cuello
Con el condestable insigne,
Apaciguador del reino,
De los pasados disturbios
Acaso está discurrendo;
O del trato que dispone
Con el rey de Francia preso,

O de asuntos de Alemania
Agitada por Lutero,
Cuando un tropel de caballos
Oye venir á lo lejos
Y ante al alcázar pararse,
Quedando todo en silencio.
En la antecámara suena
Rumor impensado luego.
Abrese al fin la mampara,
Y entra el de Borbón soberbio
Con el semblante de azufre
Y con los ojos de fuego,
Bramando de ira y de rabia
Que enfrena mal el respeto.
Y con balbuciente lengua,
Y con mal borrado ceño,
Acusa al de Benavente
Un desagravio pidiendo.
Del español condestable
Latió con orgullo el pecho,
Ufano de la entereza
De su esclarecido dudo
Y aunque advertido procura
Disimular cual discreto,
A su noble rostro asoman
La aprobación y el contento:
El Emperador un punto
Quedó indeciso y suspenso.
Sin saber qué responderle
Al francés de enojo ciego.
Y aunque en su interior se goza
Con el proceder violento
Del conde de Benavente,
De altas esperanzas lleno
Por tener tales vasallos
De noble lealtad modelos,
Y con los que el anejo mundo

Será á sus glorias estrecho;
Mucho al de Borbón le debe
Y es fuerza satisfacerlo;
Le ofrece para calmarlo
Un desagravio completo.
Y llamando un gentil hombre,
Con el semblante severo
Manda que el de Benavente
Venga á su presencia presto.

III.

Sostenido por sus pajes
Desciende de su litera
El conde de Benavente
Del alcázar en la puerta.
Era un viejo respetable,
Cuerpo enjuto, cara seca,
Con dos ojos como chispas,
Cargados de largas cajas,
Y con semblante muy noble,
Mas de gravedad tan seria,
Que veneración de lejos
Y miedo causa de cerca.
Eran su traje unas calzas
De púrpura de Valencia,
Y de recamado ante
Un colero á la leonesa.
De fino lienzo gallego
Los puños y la gorguera,
Unos y otra guarnecidos
Con randas barcelonesas.
Un birretón de velludo
Con su cintillo de perlas,
Y el gabán de paño verde
Con alamares de seda.
Tan sólo de Calatrava
La insignia española lleva,

Que el Toisón ha despreciado
Por ser orden extranjera.
Con paso tardo, aunque firme,
Sube por las escaleras,
Y al verlo, las alabardas
Un golpe dan en la tierra,
Golpe de honor, y de aviso
De que en el alcázar entra
Un grande, á quien se le debe
Todo honor y reverencia.
Al llegar á la antesala,
Los pajes que están en eila
Con respeto le saludan
Abriendo las anchas puertas.
Con grave paso entra el conde
Sin que otro aviso preceda,
Salones atravesando
Hasta la cámara regia.
Pensativo está el monarca,
Discurriendo cómo pueda
Componer aquel disturbio
Sin hacer á nadie ofensa.
Mucho al de Borbón le debe,
Aun mucho más de él espera,
Y al de Benavente mucho
Considerar le interesa.
Dilación no admite el caso,
No hay quien dar consejo pueda,
Y Villalar y Pavia
A un tiempo se lo recuerdan.
En el sillón asentado
Y el codo sobre la mesa,
Al personaje recibe
Que comedido se acerca:
Grave el conde le saluda
Con una rodilla en tierra,
Mas como grande del reino

Sin descubrir la cabeza,
El Emperador benigno
Que alce del suelo le ordena:
Y la plática difícil
Con sagacidad empieza,
Y entre severo y afable
Al cabo le manifiesta,
Que es el que á Borbón aloje
Voluntad suya resuelta.
Con respeto muy profundo,
Pero con la voz entera,
Respóndele Benavente
Destocando la cabeza:
— «Soy, Señor, vuestro vasallo,
Vos sois mi rey en la tierra,
A vos ordenar os cumple
De mi vida y de mi hacienda.
Vuestro soy, vuestra mi casa,
De mí disponed y de ella;
Pero no toquéis mi honra
Y respetad mi conciencia.
Mi casa Borbón ocupe,
Puesto que es voluntad vuestra;
Contamine sus paredes,
Sus blasones envilezca,
Que á mí me sobra en Toledo
Donde vivir, sin que tenga
Que rozarme con traidores
Cuyo solo aliento infesta.
Y en cuanto él deje mi casa,
Antes de tornar yo á ella,
Purificaré con fuego
Sus paredes y sus puertas.»
Dijo el conde, la real mano
Besó, cubrió su cabeza,
Y retiróse, bajando
A do estaba su litera.

Y á casa de un su pariente
Mandó que le condujeran,
Abandonando la suya
Con cuanto dentro se encierra.
Quedó absorto Carlos quinto
De ver tan noble firmeza,
Estimando la de España
Más que la imperial diadema.

IV

Muy pocos días el duque
Hizo mansión en Toledo,
Del noble conde ocupando
Los honrados aposentos;
Y la noche en que el palacio
Dejó vacío, partiendo
Con su séquito y sus pajes
Orgullosos y satisfecho,
Turbó la apacible luna
Un vapor blanco y espeso
Que de las altas techumbres
Se iba elevando y creciendo:
A poco rato toreóse
El humo confuso y denso
Que en nubarrones oscuros
Ofuscaba el claro cielo:
Después en ardientes chispas,
Y en un resplandor horrendo
Que iluminaba los valles,
Dando en el Tajo reflejos:
Y al fin su furor mostrando
En embravecido incendio,
Que devoraba altas torres
Y derrumbaba altos techos.
Resonaron las campanas.
Conmovióse todo el pueblo,
De Benavente el palacio

Presa de las llamas viendo.
El Emperador confuso
Corre á procurar remedio,
En atajar tanto daño
Mostrando tenaz empeño.
En vano todo: tragóse
Tantas riquezas el fuego,
A la lealtad castellana
Levantando un monumento.
Aun hoy unos viejos muros,
Del humo y las llamas negros,
Recuerdan acción tan grande
En la famosa Toledo.

DUQUE DE RIVAS.

CERVANTES

Gloria á Cervantes, loor
al genio que en alto vuelo
mojó en raudales del cielo
la pluma del escritor:
gloria al genio seductor,
que asombra, encanta ó divierte;
lauros al atleta fuerte

que, con sus hercúleos brazos,
arrojó un mundo en pedazos
á las plantas de la muerte.

Él con su genio profundo
y la fe por estandarte,
cual nuevo Colón del arte
buscó por el arte un mundo;
con entusiasmo fecundo
trabajó artista y guerrero;
y al fin consiguió altanero,
con gloria que aturde al hombre,

fijar su potente nombre
junto á Dante y junto á Homero.

El vió otra aurora lucir
por enmedio del nublado,
é hirió de muerte al pasado
presintiendo el porvenir;
dejó en la tierra al morir
su nombre que el mundo aclama;
de su inspiración la llama
que brilla radiante y pura,
y una copa de amargura
tan grande como su fama.

Titán de la inspiración,
con la distancia creciendo,
va un aplauso recibiendo
de cada generación;
y es tan grande la ovación
que da el mundo á su memoria,
que si cantando victoria
se alzase en la tumba fría,
en la tumba se hundiría
bajo el peso de su gloria.

Al escuchar los rumores
que produce su talento,
toma vuelo el pensamiento
para otros mundos mejores:
porque son tan seductores
y es tan pura su belleza,
que cuando á escribir empieza
sobre el mundo su proscenio,
todas las cumbres del genio
se humillan á su grandeza.

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

AL SEPULCRO DE NAPOLEÓN

Duerme tu sueño profundo,
Duerme en paz, hombre de gloria,
Ya que no puede en el mundo
Dormir nunca tu memoria.

Coloso de la fortuna,
Fundido para la guerra,
Con la frente allá en la luna,
Y por pedestal la tierra;
Genio y numen verdadero,
Con la máscara mortal,
Con un corazón de acero
Y un pecho de pedernal;

Aguila de torbellino,
Que arrebataste tu vuelo
Para medir el destino
Por los espacios del cielo:

De las sombras la mayor;
Sombra reina de los manes,
Sombra del conquistador,
Por sepulcro no te afañes;

Que abortó naturaleza
Peñasco en el hondo mar,
Lecho para tu cabeza,
Donde puedas descansar.

Que no puede ciertamente,
Mientras que tu fama zumba,
Soportar el continente
Todo el peso de tu tumba.

Emulo de los titanes,
Ebrio de gloria y honor,
Hijo de los huracanes,
Busca á Homero por cantor:

El con su trompa inmortal
Puede ensalzar tus blasones

En la gruta de Fingal,
Cercado de mil tritones;
Y la tempestad bravía
Repita en el hondo mar,
Con horrisona harmonía,
Los ecos de su cantar.
Y cuando el sol tras un monte
Pongo su globo encendido
Que figure el horizonte
Con pincel descolorido,
Varias sombras generosas,
Con su caseo y con su lanza,
Que se agrupan silenciosas
Para escuchar tu alabanza:
Mientras vagan cual perdidas,
Como en fúnebre misterio,
Con las nubes confundidas
Las águilas del imperio:
Duerme en quietud eternal
Sin sepulero sin celado;
Tu lucillo funeral
Es el pecho del soldado.
¡Duerme!... Necia profusión,
¿Para qué la quieres, di?
Duerme sin más pretensión,
Tu nombre te basta á tí.
Te temieron, te adoraron,
Grande tu destino fué,
Pues los tronos vacilaron
Cuando tú moviste el pie.
Tus fríos restos encierra
Pobre y mísero lugar;
Vivo te tembló la tierra,
Muerto te respeta el mar.
Alas mi numen me dió;
Volando á tu tumba vengo;
No seré quien nombre yo

Los laureies de Marengo.
Que tal vez á nuestra gloria
Del sepulero te alzarías,
Y el acento de victoria
Con amor saludarías.
Dejando este polvo frio
Con la descarnada faz,
Volvieras al poderío,
Y el mundo á perder su paz...
Duerme, pues, hombre temido,
Duerme tu sueño profundo,
Que mientras estás dormido
Puede descansar el mundo.

AROLAS.

EL TABACO

No hay cosa como el tabaco.
¡Oh, bien haya el primer saco
Que allá de región extraña
Tal regalo trajo España!
Con más gozo lo consumo
Que el moscatel y el aloque;
Sea en polvo, ó sea en humo,
Soy tabaquista *in utroque*.
Para abrir el apetito.
¡Vaya un polvito!
Después de apurar el jarro.
¡Venga un cigarro!

Según yo alcanzo y discurro,
El tabaco, como el burro,
Con perdón sea del nombre,
Son los amigos del hombre.
¡Entrele usted á D. Servando
Que tome á pasto el rapé!

Como el triunfo de su bando,
Para él es cosa de fe,
Dirá aunque dé en el garlito,
¡Vaya un polvito!

Y para eso de fumar,
Nadie como un militar.
¡Y al tabaco llaman vicio!
El le alienta en el servicio;
Con él corre á la victoria,
Si hay un jefe que le guíe
Por la senda de la gloria,
Y exclama cuando se engríe
Contando el triunfo bizarro,
¡Venga un cigarro!

El rapé en dorada caja
Para un ministro es alhaja.
Si el viento sopla feliz,
Sorbe ufana su nariz;
Aunque se duerma en el ocio
El polvo le da opinión;
Con él hace su negocio,
Y si acerba oposición
Le condena á voz en grito.
¡Vaya un polvito!

No importa que un general,
Sin dar batalla campal,
Pierda su tropa y su honor...
Como él sea fumador,
Lejos del fiero enemigo,
En segura caravana
Siempre llevará consigo
Ricos puros de la Habana;

Y mientras triunfa el navarro,
¡Venga un cigarro!

Y sin el polvo frecuente,
¿Cómo á tanto penitente
Daría audiencia un vicario
En hondo confesonario?
Si del crimen en el lodo
Un pecador le horroriza,
Polvo, y á *Roma por todo*;
Si beata asustadiza
El rostro asoma contrito,
¡Vaya un polvito!

Antes renunciará al sol
Que al tabaco un español.
El fomenta su desidia,
Digna por cierto de envidia.
Fuma, se hace el remolón,
Y á todo dice *¿qué importa?*
Y no le falta razón,
Porque la vida es tan corta...
Ruede como quiera el carro,
¡Venga un cigarro!

Y ya las hembras también
Toman polvo á *tutiplén*,
Y más de una pesadumbre
Las ahorra esta costumbre.
Así en medio de sus quejas
Contra el hombre y su falsía,
Podrán decir todavía:
«¡El Señor sea bendito!»
¡Vaya un polvito!

¿Quién al primero que llega
Un polvo, un cigarro niega?

¡Oh comercio el más social!
 ¿A quién no haces liberal?
 Más de una fortuna loca
 Por un polvito comienza.
 Y con un puro en la boca,
 ¿Dónde hay temor y vergüenza?
 ¡Oh qué placer infinito!

¡Vaya un polvito!

¡Pase la bota!

¡Suene el guitarro!

¡Venga un cigarro!

BRETÓN DE LOS HERREROS.

INMORTALIDAD

Cuando en el éter fulgido y sereno
 Arden los astros por la noche umbria,
 El pecho de feliz melancolía
 Y confuso pavor sientese lleno.

¡Ay! así girarán cuando en el seno
 Duerma yo inmóvil de la tumba fría!...
 Entre el orgullo y la flaqueza mía
 Con ansia inútil suspirando peno.

Pero ¿qué digo? irrevocable suerte
 También los astros á morir destina
 Y verán por la edad su luz nublada.

Mas, superior al tiempo y á la muerte,
 Mi alma verá del mundo la ruina
 A la futura eternidad ligada.

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

EN LA MUERTE DE JESUCRISTO

Torva nube que arroja escarcha fría
 Rayos aborta que al mortal espantan;

De las tumbas los muertos se levantan,
 Tiembla la tierra y se oscurece el día.

Las crespas ondas de la mar sombría
 Cabe las duras rocas se quebrantan;
 Ni el río corre, ni las aves cantan,
 Ni el sol su luz al universo envía;

Cuando en el monte Gólgota sagrado
 Dice el Dios-Hombre con dolor profundo:
 «Cúmplase, Padre, en mi vuestro mandado;»

Y á la rabia de un pueblo furibundo,
 Inocente, sangriento y enclavado
 Muere en la cruz el Salvador del mundo.

GABRIEL DE LA C. VALDES (PLÁCIDO).

AL PARTIR.

¡Perla del mar! ¡estrella de Occidente!
 ¿Hermosa Cuba! tu brillante cielo
 La noche cubre con opaco velo,
 Como cubre el dolor mi triste frente.

¡Voy á partir!—La chusma diligente
 Para arrancarme del nativo suelo
 Las velas iza, y pronta á su desvelo
 La brisa acude de tu zona ardiente.

¡Adiós, patria feliz, Edén querido!
 Doquier que el hado en su furor me impela,
 Tu dulce nombre halagará mi oído.

¡Adiós!... ya cruje la turgente vela,
 El ancla se alza, y el buque estremecido
 Las olas corta y silencioso vuela!

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

ÚLTIMO CANTO.

Ni temo el odio, ni el desdén me irrita
Ni late el corazón, ni el alma inquieta
Con la imagen de un lauro de poeta,
Goza feliz, ni férvida palpita.

El fuego de la gloria no me agita:
No está mi vida á la ambición sujeta;
Mi más bella ilusión es cruel saeta,
Mi esperanza mejor es flor marchita.

Versos... delirios... lágrimas, anhelo...
Nubes y nieblas son en mar sombrío;
Ni espero bien, ni de mí mal me duelo.
Sus alas pliega el pensamiento mío,
Y fijando los ojos en el cielo,
Tan sólo en Dios y en su bondad confío.

RAFAEL MENDIVE.

LA MADRE AFRICANA.

¿Y así, cruel pirata, así te alejas
Robándome, tirano,

Los hijos y el esposo? ¿así, inhumano,
En desamparo y en dolor me dejas?

¡Ay, vuelve, vuelve! en mi infeliz cabaña,
Sin consuelo y sin vida,

Ve cual me dejas como débil caña
De huracán violento combatida.

Vuelve, entrañas de fiera,
Que por mi mal viniste!

Llévame, vil, y en servidumbre muere
Con mis prendas amadas; más ¡ay triste,
Que no espero ablandar tu pecho duro

Con lamentos prolijos.
Tú no sientes amor, no tienes hijos!!!

¿Y es posible que el sol que entre zafiros
Ostenta esa bandera
Llegue á esta playa por la vez primera
A presenciar tu infamia y mis suspiros?
¡Oh! globo celestial que esplendoroso
Dominas en las cumbres!
¡Oscurece tu luz y el monstruo odioso
Sólo sangriento y con horror alumbres!

—
¡Más ay, qué nueva pena!
Ya descubren mis ojos
La azagaya y el arco que en la arena
Del asalto feroz fueron despojos.
¡Inocente consorte! ¡Tú ignorabas
Que saben esos bravos
Proclamar «Libertad...» y hacer esclavos!

—
De esta suerte la mísera africana
Se queja inútilmente
Mientras la nave apresta indiferente
El traficante cruel de carne humana;
Y truena el bronce, y su clamor repite,
Que el clamor la consuela.

Mas el «Aquila» en hombros de Anfitrite
Suelta las alas, y al estruendo vuela.

—Al punto encadenados
Los cautivos se miran
Y al fondo del bajel desesperados
Los lanzan sin piedad; y ellos suspiran
Mientras que la infeliz desde la Peña
Se arroja y da un lamento
Que en pos de la alta popa lleva el viento.

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA.

FRAGMENTO

¿Qué nos importa vivir
 Si aunque cien años contemos
 Se tocan en los extremos
 El nacer con el morir?
 ¿De qué vale un año más
 De existencia pasajera
 Si es la vida una carrera
 Más inquieta que fugaz?
 ¿De qué sirve que el espacio
 Eterno Corras ¡oh sol!
 Y tiñas con tu arrebol
 Esos techos de topacio?
 ¿De qué vale que tu luz
 Mi vista ansiosa deslumbre
 Si al fin es fuerza que alumbre
 Un sepulcro y una cruz?
 «Porque habremos de llegar
 A nuestro término impío,
 Como las ondas de un río
 A los abismos del mar.»

JUAN ANTONIO MARTÍN.

RIMAS

XLI.

Tú eres el huracán, y yo la alta
 Torre que desafia su poder;
 ¡Tenías que estrellarte ó abatirme!...
 ¡No pudo ser!
 Tú eres el Oceano, y yo la enhiesta
 Roca que firme aguarda ~~en~~ vaivén:

¡Tenías que romperme ó arrancarme!...
 ¡No pudo ser!
 Hermosa tú, yo altivo: acostumbrados
 Uno á arrollar, el otro á no ceder;
 La senda estrecha, inevitable el choque...
 ¡No pudo ser!

XLII.

Cuando me lo contaron senti el frío
 De una hoja de acero en las entrañas;
 Me apoyé contra el muro, y un instante
 La conciencia perdí de donde estaba.
 Cayó sobre mi espíritu la noche,
 En ira y en piedad se anegó el alma...
 Y entonces comprendí por qué se llora,
 Y entonces comprendí por qué se mata!
 Pasó la nube de dolor... con pena
 Logré balbucear breves palabras...
 ¿Quién me dió la noticia?... Un fiel amigo...
 ¡Me hacía un gran favor!... Le di las gracias.

XLIII.

Dejé la luz á un lado, y en el borde
 De la revuelta cama me senté,
 Mudo, sombrío, la pupila inmóvil
 Clavada en la pared.
 ¿Qué tiempo estuve así? No sé: al dejarme
 La embriaguez horrible del dolor,
 Espiraba la luz, y en mis balcones
 Reía el sol.
 Ni sé tampoco en tan terribles horas
 En qué pensaba ó qué pasó por mí;
 Sólo recuerdo que lloré y maldije,
 Y que en aquella noche envejecí.

XLIV.

Como en un libro abierto
Leo de tus pupilas en el fondo;
¿A qué fingir el labio
Risas que se desmienten con los ojos?
¡Llora! no te avergüences
De confesar que me quisiste un poco.
¡Llora! Nadie nos mira.
—Ya ves: yo soy un hombre... ¡y también lloro!

XLV.

En la clave del arco mal seguro,
Cuyas piedras el tiempo enrojeció,
Obra del cincel rudo, campeaba
El gótico blasón.
Penacho de su yelmo de granito,
La hiedra que colgaba en derredor
Daba sombra al escudo, en que una mano
Tenía un corazón.
A contemplarle en la desierta plaza
Nos paramos los dos:
Y «ese, me dijo, es el cabal emblema
De mi constante amor.»
¡Ay! es verdad lo que me dijo entonces:
Verdad que el corazón
Lo llevará en la mano... en cualquier parte...
Pero en el pecho, no.

ADOLFO BECQUER.

LA MANO DERECHA Y LA IZQUIERDA

Aunque la gente se aturda
Diré, sin citar la fecha,
Lo que la mano derecha
Le dijo un día á la zurda.

Y por si alguno creyó
Que no hay izquierda con labia,
Diré también lo que sabía
La zurda le contestó.

Es, pues, el caso que un día.
Viéndose la mano diestra
En todo lista y maestra,
A la izquierda reprendía.

—«Veo, exclamó con ahinco,
Que nunca vales dos bledos,
Pues teniendo cinco dedos,
Siempre eres torpe en los cinco.

Nunca puedo conseguir
Verte coser ni bordar;
¡Tú una aguja manejar!
Lo mismito que escribir.

Eres lerda, y no me gruñas,
Pues no puedes, aunque quieras,
Ni manejar las tijeras
Para cortarme las uñas.

Yo en tanto las corto á ti,
Y tú en ello te complaces,
Pues todo lo que no haces
Carga siempre sobre mí.

¿Dirásme, por Belcebú,
En que demonios consista
El que, siendo yo tan lista,
Seas torpe siempre tú?»

—«Mi aptitud, dijo la izquierda,
Siempre á la tuya ha igualado;
Pero á ti te han educado,
Y á mí me han criado lerda.

¿De qué me sirve tener
Aptitud para mi oficio
Si no tengo el ejercicio
Que la hace desenvolver?»

La izquierda tuvo razón,

Porque, lectores, no es cuento:
¿De qué os servirá el talento,
Si os falta la educación?

MIGUEL A. PRÍNCIPE.

EPÍGRAMAS

Cascando un piñón D. Justo,
Abaro sobresaliente,
Sintió rompersele un diente,
Y se llevó mucho susto.
Pero pronto se rehizo
Y exclamó muy placentero:
—Este no cuesta dinero;
¡Me temí que era el postizo!

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

Viendo un entierro, el caribe
De un centinela inexperto,
Dijo á lo lejos:—¿Quién vive?
Y contestaron:—Un muerto.

Mostrando un duro un impío
Avaro, que Dios confunda,
Dijo:—¿Es de Isabel segunda?
Y contestó:—¡No! que es mío.

J. M. VILLEGAS.

Á MÉRIDA

¡Cómo en tierra postrada
Sin fuerzas yace quebrantada llora,
Y sola y olvidada
En su tristeza ahora,
La que opulenta fué, grande y señora!

¡Como yace abatida
Emérta infeliz, ya su cabeza
En polvo confundida,
Perdida su belleza,
Perdido el esplendor y la grandeza!
La que fué celebrada
En los cantos sin fin de sus guerreros,
Sólo escucha humillada
De buhos agoreros
Los clamorosos ecos lastimeros
¡Ay Dios, que en torno de ella
Los tristes ojos con dolor vagaron,
Y sólo amarga huella
De los siglos hallaron
Que su brillo y beldad en pos llevaron!

Allí el pasado brío
Restos de gloria en soledad revelan,
Que en ademan sombrío
Entre el escombros velan
Sombras livianas, que á su pie revuelan.
Y el arco majestuoso
De Trajano, en los siglos venerado,
Allí, inmoble coloso,
El cuerpo descarnado
Y la atezada faz levanta airado.

Mas ¡ay! que ni las huellas
De los soberbios templos se salvaron,
Ni cenizas de aquellas
Torres que se ostentaron,
Y á la matrona bella coronaron.

Allá bajo la puente,
De otra edad más feliz reliquia anciana,
Camina lentamente
Por la vereda llana
El perezoso y lánguido Guadiana.
¡«*Emérta*!» murmura
En onda gemidora lamentando

Porque, lectores, no es cuento:
¿De qué os servirá el talento,
Si os falta la educación?

MIGUEL A. PRÍNCIPE.

EPÍGRAMAS

Cascando un piñón D. Justo,
Abaro sobresaliente,
Sintió rompersele un diente,
Y se llevó mucho susto.
Pero pronto se rehizo
Y exclamó muy placentero:
—Este no cuesta dinero;
¡Me temí que era el postizo!

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

Viendo un entierro, el caribe
De un centinela inexperto,
Dijo á lo lejos:—¿Quién vive?
Y contestaron:—Un muerto.

Mostrando un duro un impío
Avaro, que Dios confunda,
Dijo:—¿Es de Isabel segunda?
Y contestó:—¡No! que es mío.

J. M. VILLEGAS.

Á MÉRIDA

¡Cómo en tierra postrada
Sin fuerzas yace quebrantada llora,
Y sola y olvidada
En su tristeza ahora,
La que opulenta fué, grande y señora!

¡Como yace abatida
Emérta infeliz, ya su cabeza
En polvo confundida,
Perdida su belleza,
Perdido el esplendor y la grandeza!

La que fué celebrada
En los cantos sin fin de sus guerreros,
Sólo escucha humillada
De buhos agoreros
Los clamorosos ecos lastimeros
¡Ay Dios, que en torno de ella
Los tristes ojos con dolor vagaron,
Y sólo amarga huella
De los siglos hallaron
Que su brillo y beldad en pos llevaron!

Allí el pasado brío
Restos de gloria en soledad revelan,
Que en ademan sombrío
Entre el escombros velan
Sombras livianas, que á su pie revuelan.
Y el arco majestuoso
De Trajano, en los siglos venerado,
Allí, inmoble coloso,
El cuerpo descarnado
Y la atezada faz levanta airado.

Mas ¡ay! que ni las huellas
De los soberbios templos se salvaron,
Ni cenizas de aquellas
Torres que se ostentaron,
Y á la matrona bella coronaron.

Allá bajo la puente,
De otra edad más feliz reliquia anciana,
Camina lentamente
Por la vereda llana
El perezoso y lánguido Guadiana.
¡«*Emérta*!» murmura
En onda gemidora lamentando

Su triste desventura.
Y el polvo recalando,
Y los cimientos lúgubres bañando.
Anciano compañero,
Testigo fué de sus pasadas glorias;
Arrulló lisonjero
Sus triunfos y victorias,
Y ora lamenta el fin de sus historias.
A su orilla callada
Venid vosotros que pulsáis divinos
La cítara sagrada
Y los campos vecinos
Llenad de vuestros campos peregrinos.
De *Emérta* olvidada
Cantad, poetas, con sentido acento
La suerte desdichada,
Y el fúnebre lamento
Hierva las aguas y lastime el viento.

CAROLINA CORONADO.

LOS PUROS.

Cigarro de buen tamaño
Que en la tercena se estanca,
Y al pasar un mes ó un año
Nos da la ceniza blanca.
Y el humo no muy oscuro...
Bien puede llamarse puro.
Pero el otro cigarrillo,
De seco y mezquino talle,
Con ribetes de amarillo,
Que si se enciende en la calle,
Se apaga en una oficina...
No es puro que es tagarnina.

El habano cuyo aroma,

Nunca la fragancia pierde,
Arda en Madrid ó arda en Roma,
Y aunque de capa algo verde,
Tiene el interior maduro...
Bien puede pasar por puro.
Pero aquel que dobla la hoja
Al roce de un leve tacto,
Y en el perfume que arroja
Nos da el olorcillo exacto
Del incienso de cocina...
No es puro, que es tagarnina.

El que cruzando los mares,
Con rambo apenas incierto,
Después de ingratos azares
Llega incorruptible al puerto
De su despacho futuro...
Bien puede llamarse puro.
Pero el que, al primer escollo,
Do la embarcación tropieza,
Aplástase como un bollo,
Y ofrece de pie á cabeza
Más pliegues que una cortina...
No es puro, que es tagarnina.

El que no es de contrabando,
Y el fallo sobre esto invoca
De quien se lo está fumando,
Si el humo que da en la boca
No es á la nariz perjuro...
Bien puede pasar por puro.
Pero el que entre otros resabios
Que oculta con eficacia,
Cuando llega á nuestros labios
Tiene la maldita gracia
De amargar más que la quina...
No es puro, que es tagarnina.

El que viene de la Habana

Directamente á la corte,
Y al entrar en la aduana
Nos muestra en el pasaporte
Su precio fijo y seguro...
Bien puede llamarse puro.
Pero el otro que no enseña
Más que los dientes acaso
Al que comprarlo se empeña,
Y por un ajuste escaso
Vende su raza canina...
No es puro que es tagarnina.
El que de abrigo algo pobre
Su brillo nunca ha perdido,
Ni en triste cajón metido,
Ni envuelto en un débil sobre,
Tras las almenas de un muro...
Bien puede pasar por puro.
Pero aquel que, haciendo un sayo
De su capa pordiosera,
Se derrite enal la cera
Al esplendoroso rayo
Del primer sol que ilumina...
No es puro, que es tagarnina.

En suma, el que en sus repartos,
Si vale media peseta,
Nunca se da por dos cuartos,
Y cuando más se le aprieta
Suele mostrarse más duro...
Bien puede llamarse puro.
Pero el que brilla con arte
A la luz de sus bravatas,
Y al precio de las patatas
Lo compran en cualquier parte
Isabel, Paco ó Cristina...
No es puro, que es tagarnina.

J. BERNAT BALDOVI.

EL SOL Y LA NOCHE

Encendido en sus propias llamaradas
la sed devora el luminar del día,
y eterno amante de la noche fría,
persigue sus espaldas enlutadas.

Sediento de sus sombras regaladas,
en vano corre la abrasada vía,
que él mismo va poniendo el bien que ansia,
donde nunca penetran sus miradas.

La dicha ausente y el afán consigo,
arde y redobla su imposible instancia,
llevando en sus entrañas su enemigo.

Así corro con bárbara constancia,
y siempre encuentro mi ansiedad conmigo,
y el bien ansiado á la mayor distancia.

ADELARDO LÓPEZ DE AYALA.

TRABAJAR PARA SU DAÑO

La madre de un muchacho campesino
Ganaba de comer hilando lino:
Y el muchacho, grandísimo galopo,
Le hurtaba una porción de cada copo.
Juntando las porciones, fué tejiendo
Un látigo tremendo,
Con la villana idea
De zurrar á los chicos de la aldea.
Los ocios del amigo no eran buenos;
La intención, por lo visto, mucho menos.
Dióse á pelar la rueca tanta prisa,
Que hubo la madre de notar la sisa:
Y registrando desde el piso al techo,
El látigo encontró de hurtillos hecho.
Cogióle furibunda,

Y al hijo dió con él tan recia tunda,
 Que á contar de las posas al cogote,
 No le dejó lugar libre de azote.
 Diciendo al batanarle de alto abajo:
 ¡Mira cómo te luce tu trabajo!
 A robar te llevó tu mal deseo,
 Y con el robo yo te vapuleo.
*Siempre verás que el vicio
 Se labra por sus manos el suplicio.*

J. E. HARTZENBUSCH.

LA TEMPESTAD

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupau
 Del aire transparente por la región azul?
 ¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
 Del zénit suspendiendo su tenebroso tul?
 ¿Qué instinto las arrastra? ¿qué esencia las mantiene?
 ¿Con qué secreto impulso por el espacio van?
 ¿Qué ser velado en ellas, atravesando viene
 Sus cóncavas llanuras, que sin lumbrera están?
 ¡Cuál rápidas se golpean! ¡Cuál ruedan y se ensanchan
 Y el firmamento trepan en lóbrego montón,
 Y el puro azul alegre del firmamento manchan
 Sus misteriosos grupos en torva confusión!
 Resbalan lentamente por cima de los montes,
 Avanzan en silencio sobre rugiente mar.
 Los huecos oscurecen de entrambos horizontes.
 El orbe y las tinieblas bajo ellas va á quedar.
 La luna huyó al mirarlas; huyeron las estrellas;
 Su claridad escasa la inmensidad sorbió:
 Ya reinan solamente por los espacios ellas:
 Doquier se ven tinieblas, mas firmamento no.
 En vano nuestros ojos se afanan por hallarle
 Del tenebroso velo que le embozó detrás,
 Que cuanto más los ojos se empeñan en buscarle,
 Se esconde el firmamento de nuestros ojos más.
 ¡Las nubes solamente! ¡Las nubes acrecientan
 Sobre el dormido mundo! ¡Las nubes por doquier!

A cada instante que huyen, la lóbreguez aumentan,
 Y se las ve en montones sus limites crecer.
 Ya montes gigantescos semejan sus contornos
 Al brillo de un relámpago que aumenta la ilusión;
 Ya de volcanes ciento inflamados hornos,
 Ya de móviles monstruos aligero escuadrón.
 Ya imitan apiñadas de espesos pinos
 Las desiguales copas y el campo desigual,
 Ya informes pelotones de objetos peregrinos
 Que mudan de colores, de forma y de local.
 ¿Qué brazo las impele? ¿Qué espíritu las guía?
 ¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz
 Cuando retumba el trueno y cuando va bravia
 Rugiendo por su vientre la tempestad veloz?
 Acaso en medio de ellas á visitar los mundos
 El Hacedor supremo del Universo va,
 Y envuelto en sus vapores, sus senos más profundos
 Estudia, y sus cimientos, por si caducan ya.
 Acaso de su carro tras la viviente rueda
 Con impotente saña comunicará Luzbel;
 Y porque allí cegarle su resplandor no pueda
 Agolpará sus nubes entre su gloria y él.
 Y acaso alguna de ellas será la formidable
 Que circundó la cumbre del alto Siná,
 En tanto que el ardiente misterio impenetrable
 Que iluminó al profeta se fermentaba allí.
 Acaso será alguna la que vertió en Sodoma
 En inflamadas fuentes la cólera de Dios,
 Acaso será alguna la que en los mares toma
 Las aguas de un diluvio que la acompaña en pos.
 ¡Señor, yo te conozco! ¡La noche azul serena
 Me dice, desde lejos: «Tu Dios se esconde allí.»
 Pero la noche oscura, la de nublados llena,
 Me dice más pujante: «Tu Dios se acerca á ti.»
 Te acercas, si, conozco las orlas de tu manto
 En esa ardiente nubé con que ceñido estás;
 El resplandor conozco de tu semblante santo
 Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.
 Conozco, si, tu sombra que pasa sin colores
 Detrás de esos nublados que bogan en tropel;
 Conozco en esos grupos de lóbregos vapores

Los pálidos semblantes, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas
Del repentino trueno en el crujiente son,
Las chispas de tu carro conozco en las centellas,
Tu aliento en el rugido del rápido Aquilón.

¿Quién ante ti parece? ¿Quién es en tu presencia
Mas que una arista seca que el viento va á romper?

Tus ojos son el día, tu soplo la existencia,
Tu sombra el firmamento, la eternidad tu sér.

¡Señor! yo te conozco, mi corazón te adora:
Mi espíritu de hinojos ante tus pies está;

Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
Los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;
Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor;
Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo,
Y cantaré á par vuestro la gloria del Señor.

Si su hábito llegara al arpa del poeta,
Si á mí, Señor, bajara tu espíritu inmortal,

Mi corazón henchido del fuego del profeta
Cantara, y no tuvieran mis cánticos igual.

Mi voz fuera más dulce que el ruido de las hojas
Mecidas por las auras del odoroso abril,

Más gratas que del fenix las últimas congojas,
Y más que los gorjeos del ruiseñor gentil.

Más grave y majestuosa que el eco del torrente
Que cruza del desierto la inmensa soledad,
Más grande y más solemne que sobre el mar hirviente
El ruido con que rueda la ronca tempestad.

¡Mas ay! que sólo puedo mostrarme con mi lira
Delante de esas nubes con que ceñido estás,
Porque mi acento débil en mi garganta espira
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
Aunque mi vista impura tu aparición no ve.

Mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos
Te adora en esas nubes mi solitaria fe.

JOSÉ ZORRILLA.

LA VUELTA DEL VOLUNTARIO

Partióse Juan á la guerra
Con pecho firme y sereno,
Y combatió como bueno,
Y herido tornó á su tierra.

Ya cerca de su destino
Decir oyó á un campesino:
—Los sables de los franceses
Han arrancado tus mieses,

¡Pobre Juan!

¿Y están en la villa, están?

—De echarlos España acaba,
A su tierra van marchando...
Y Juan iba andando... andando...
Y de júbilo lloraba.

Rayando apenas la aurora
En el pálido horizonte,
En la espesura del monte
Halló Juan á una pastora.

Ella le dijo:—No sigas,
Pues las tropas enemigas,
Al compás de sus cantares,
Han quemado tus hogares,

¡Pobre Juan!

—¿Y están en la villa, están?

—De echarlos España acaba,
A su tierra van marchando ..
Y Juan iba andando... andando...
Y de júbilo lloraba.

A la puerta de la villa
Encontró á su hermano ciego,
Y una lágrima de fuego
Le rodó por la mejilla.

—¡Sin ojos tú, hermano mío!

—Por amparar con mi brío
A tus hijos, sin fortuna,
Degollados en la cuna,

¡Pobre Juan!

—¿Y los franceses están?

—De echarlos España acaba;
A su tierra van marchando...
*Y Juan iba andando... andando...
Y de júbilo lloraba.*

Cuando vino el nuevo día
Se fué Juan de puerta en puerta,
Y en la que encontraba abierta
Una limosna pedía.

Y los niños y los viejos,
Que escuchaban los consejos
Y las glorias del valiente,
Repetían tristemente:

¡Pobre Juan!

Y él decía:—Ya no están,
De echarlos España acaba,
A su tierra van marchando...—
*Y Juan iba andando... andando...
Y de júbilo lloraba.*

Prostrado por los dolores
Juan esperaba la muerte,
Y dolidos de su suerte
Así hablaban los pastores:

—¡Qué de vueltas da este mundo!
¡Ayer, bueno!... ¡hoy, moribundo!
—Hoy, la miseria le humilla,
Y era envidiado en la villa:

¡Pobre Juan!

—Mas ya... en la villa... no es... tán.—
Y Juan, que esto murmuraba
En el lecho agonizando,

*Se iba acabando... acabando...
Y aun de júbilo lloraba.*

VENTURA RUIZ AGUILERA.

EN MONASTERIO DE PIEDRA.

Venga el ateo y fije sus miradas
En las raudas cascadas
Que caen con el estrépito del trueno.
En ese bosque que oscurece el día
De rústica armonía
Y de perfumes y de sombras lleno.

En la gruta titánica que arredra
Con sus monstruos de piedra,
Su oculto lago y despeñado río;
Que ante tantas grandezas el ateo
Dirá asombrado:—creo,
Creo, en tu excelsa majestad, ¡Dios mío!

Arpa es la Creación, que en la tranquila
Inmensidad oscila
Con ritmo eterno y cántico sonoro,
Y no hay murmullo, ni rumor, ni acento
En tierra, mar y viento,
Que del himno inmortal no forme coro.

El insecto entre el césped escondido,
El pájaro en su nido,
El trueno en las entrañas de la nube,
Hasta la flor que en los sepuleros brota,
Todo exhala su nota
Que en acorde són al cielo sube.

Nunca del hombre la soberbia ciega,
Que á enloquecerle llega,

Podrá alcanzar, en su insaciable anhelo,
 Este poder augusto y soberano.
 Que enfrena el Océano
 Y hace girar los astros en el cielo.

En vano, golpeándose la frente,
 Se agitará impotente
 En su orgullo satánico y maldito.
 Siempre desesperado Prometeo.

Le acosará el deseo,
 ¡Ay! que, como el dolor, es infinito.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

EL SAUCE Y EL CIPRÉS.

Cuando á las puertas de la noche umbria,
 Dejando el prado y la floresta amena,
 La tarde melancólica y serena,
 Su misterioso manto recogía.

Un macilento sauce se mecia
 Por dar alivio á su constante pena,
 Y en voz suave y de suspiros llena
 Al són del viento murmurar se oía:

— ¡Triste nael!... mas en el mundo moran
 Seres felices, que, el penoso duelo,
 Y el llanto oculto, y la tristeza ignoran.

— Dijo, y sus ramas esparció en el suelo.
 « Dichosos, ay, los que en la tierra lloran. »
 Contestóle un ciprés, mirando al cielo.

JOSÉ SELGAS.

LOS PADRES Y LOS HIJOS.

Un enjambre de pájaros metidos
 En jaula de metal guardó un cabrero,

Y á cuidarlos voló, desde el otero,
 La pareja de padres afligidos.

— « Si aquí, dijo el pastor, vienen unidos
 Sus hijos á cuidar con tanto esmero,
 Ver cómo cuidan á sus padres quiero
 Los hijos por amor, y agradecidos. »

Deja entre redes la pareja envuelta;
 La puerta abre el pastor del duro alambre,
 Cierra á los padres, y á los hijos suelta.

Huyó de los hijuelos el enjambre,
 Y como en vano se esperó su vuelta,
 Mató á los padres el dolor y el hambre.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

BIENAVENTURADOS

LOS QUE CREEN.

Aunque viva engañado,
 poco me importa
 que también el engaño,
 tiene su gloria.

I.

« Duerme, niño del alma,
 no tengas miedo,
 por más que el viento silbe
 y aullen los perros;
 duerme, que al niño
 mientras duerme le guardan
 los angelitos. » —

Así cantó una noche
 mi dulce madre,
 procurando dormirme
 con sus cantares,
 y fui quedando
 poco á poco dormido
 con aquel canto.

Hasta que empezó á verse
la luz del día,
dicen que el viento estuvo
silba que silba,
y aun aseguran
que estuvieron los perros
aulla que aulla.

Mas yo pasé en un sueño
toda la noche,

junto á mi cuna oyendo
dulces canciones,
junto á mi viendo
un ángel que velaba
mi dulce sueño.

Y desde aquella noche
durmió tranquilo
bajo el ala del ángel
el pobre niño.
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

II.

«Tal vez encuentres, hijo
de mis entrañas,
más espinas que flores
en tu jornada;
pero, hijo mío,
piensas que están las palmas
tras el martirio!»—

Así me dijo un día
mi dulce madre,
convertidos sus ojos
en dos raudales;
así me dijo
cuando dejé la tierra
por que suspiro.

¡Ay mis montañas verdes!
¡ay mis cantares!
¡ay mi casita blanca!
¡ay mis nogales!
¡ay mis castaños
en donde yo jugaba
con mis hermanos!

¡Hallo tantas espinas
en mi jornada,
que el corazón me duele,
me duele el alma!
¡Si alguien lo duda,
en mi frente está escrito
con una arruga!

Mas si Dios me da penas,
yo las bendigo,
porque crecen las palmas
tras el martirio...
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

III.

«Si el amor, hijo mío,
llama á tu pecho,
no olvides que su origen
está en los cielos,
y ten presente
que la mujer es débil
y el hombre es fuerte.»—

Así me escribió un día
mi dulce madre...
Coronada de gloria
por ello se halle,
que desde entonces
por el amor del ángel
troqué el del hombre.

En el amor contemplo
la pura esencia
de lo santo y lo puro
que hay en la tierra,
y el amor pago
con lo que hay en la tierra
más puro y santo.

La mujer á mis ojos
es débil planta
de eternos huracanes
amenazada;
y así procuro
su generoso apoyo
ser en el mundo.

Esta dulce creencia
me proporciona
mil goces inefables
que el vulgo ignora...
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

IV.

«No flores, hijo mío,
cuando yo espire,
que si mueren los cuerpos,
las almas viven;
y al fin y al cabo
la pérdida es un poco
de polvo vano.»—

Así me escribió un día
mi dulce madre,
de su existencia el término
viendo acercarse...
Mi madre es muerta;
pero yo á todas horas
hablo con ella.

Exhalan cada día
su último aliento
seres por quienes late
mi amante pecho,
mas no me importa,
que les hablo y me escuchan
á todas horas.

Cuando un ramo de flores
pongo en su tumba,
ó su nombre defendiendo
de la impostura,
un tierno voto
de gratitud me envían
llenos de gozo.

¡Santa creencia! Nunca
de mí se aparte,
que á los seres amados
hace inmortales.
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

ANTONIO DE TRUEBA.

EN UN ALBUM

¿Cómo estarás, Manuela, más hermosa,
Ostentando un espléndido ropaje,
O mal envuelta en vaporoso encaje
Sembrado de clavel, de lirio y rosa?
¿Parecerá tu frente más graciosa
Del sombrero francés entre el follaje,
O velando tu ojos el celaje
Que forma el tul de la mantilla airosa?
Si te engalanas por consejo mío
Parecerás á todos una estrella,
Aunque jamás de vestimenta mudes.

¿Quieres saber el mágico atavío
Con que has de estar eternamente bella?
—; Vestida y coronada de virtudes!

ENRIQUE DE CISNEROS.

ORIENTAL

En el harém de Abdalá,
moro que es rey de la Alhambra,
entró el valiente Abenzaide
en demanda de una esclava
que el rey á su amor concede
en premio de heróica hazaña,
que dejó sangrienta huella
en la frontera cristiana.
La esclava, fija en el suelo
la hermosísima mirada,
y Abenzaide de rodillas
de tal manera la habla:

—«Nazarena que el rey moro
guarda en su harém cual tesoro
á sus amores velado;
la sultana en hermosura,
la de gentil apostura,
la del cabello dorado;
yo al rey moro juré un día,
si tu amor me concedía,
llevar su roja bandera
hasta el confín castellano
y entrar, venciendo al cristiano,
en Jerez de la Frontera.

Alcaide soy en Alhama:
el rey su león me llama;
tiembla á mi voz el cristiano;
Cinco-villas y un castillo

sustentan el regio brillo
de mi nombre soberano.
Llevo á la lid mil cenetes
en blancas yeguas jinetes:
mi fama el mundo venera
y una mora no se hallara
que al vencedor desdeñara
de Jerez de la Frontera.

Eunucos, francas estén
las salidas del harém:
el rey me da esta doncella;
gacela, mi esclava, eres:
¡ay de ti si mi amor hieres
y no es amarme tú estrella!
Pronto en mi arém estarás:
¡atrás, esclavas, atrás!
¡Eunucos, sacadla fuera!
¡Ay! si mi fe no es premiada,
¡maldita sea mi entrada
en Jerez de la Frontera!

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

GLORIA

—Dime, ¿por qué suspiras,
bendita madre,
cuando de regocijo
tiemblan los aires?

Dí: ¿por qué lloras?
¿No oyes que las campanas
tocan á gloria?

—¡Oh! déjame que lllore...
Dejad que muera...
¡Al hijo de mi vida,
ya se lo llevan!

¿No veis mi duelo?
¿No oís las campanas
tocan á muerto?

— Tu pobre niño enfermo
triste gemía
ayer en tus brazos,
madre bendita...
¡Y hoy ya no llora...
Hoy por él las campanas
tocan á gloria!

— ¡Ah! si... su alma de ángel
allá me espera...
Pero su cuerpo hermoso
yace en la tierra...
¡No podré verlo!...
¡que por él las campanas
tocan á muerto!

De besos y de flores
colmé su cuna...
¡Hoy de flores y lágrimas
colmé su tumba!
Ya no lo veo...
¡Para él tocan á gloria!
¡Para mí á muerto!

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

LA PLUMA, LA MANO Y LA CABEZA

No recuerdo en qué lugar,
Ni á qué fin, ni en que sazón
Se hallaron en un rincón,
Reunidas al azar,

Una pluma muy usada
Por el tajo ennegrecida,
Una mano desprendida,
Y una cabeza cortada.
Comprarlas quiso un inglés:
A verlas se aproximó,
Y sorprendido quedó
Oyendo hablar á las tres.
En su cartera apuntando
Fué sus frases una á una,
Cartera que, el tiempo andando,
A mí llegó por fortuna,
Sin saber cómo ni cuando.

LA PLUMA

Olvidada duermo aquí;
Pero aunque en el polvo estoy,
No me quita lo que soy
La gloria de lo que fui
Yo la historia enriquecí
Los misterios aclaré,
Las luces multipliqué,
Y de la nada en lo obscuro,
Brotaron á mi conjuro
Amor, entusiasmo y fe.

LA MANO

Mucho te enorgulleciste
Y yo tu poder no acato;
Que sólo de mi mandato
Dócil instrumento fuiste.
Para obedecer naciste
Y de mí marchaste en pos:
¿Quién vale más de las dos?
¿Cuál debe ser más sagrada?
¿La pluma por mi guiada,
Ó yo movida por Dios?

LA CABEZA

Callad: vuestro orgullo vano
Yo desharé como espuma,
¿Qué fuera sin mí la pluma?
¿Qué sin mí fuera la mano?
Sin el soplo soberano
Del genio que alienta en mí,
¿A qué vinieráis aquí?
¿Disfrutaréis, ni aun de lejos,
De mi gloria los reflejos
Ni la ventura que os di?

EL INGLÉS

Dice la cabeza bien,
Y sus razones son graves,
Que plumas tienen las aves,
Y el cerdo manos también.
Pero cabeza en que ardiente
Brille del ingenio el sol,
¿Quién la tiene? ¿Mucha gente?
Los ingleses solamente
Y acaso algún español.

Lector, quién quiera que seas,
De cuantas cabezas veas,
Pocas hallarás vacías:
Pero diez tienen ideas,
Y noventa, tonterías.

MANUEL DEL PALACIO.

LA VENGANZA CATALANA

ACTO PRIMERO

ESCENA VII

MIGUEL PALEÓLOGO, GIRCÓN.

MIGUEL.

¿Roger mueve su campo?

GIRCÓN.

Y arrogante
Con su gente hacia el nuestro se encamina.

MIGUEL.

¿Qué quiere eso decir?

GIRCÓN.

¿Qué hay que os espante,
O qué insensato error os alucina?
Harto, señor, acreditado habemos
Todo el temor que en nuestros pechos labra,
Y hartos nuestra vergüenza merecemos:
¿Vergüenza y abyección! ¡Sí, por mi nombre!

MIGUEL.

Mas ¿qué puedo yo hacer?

GIRCÓN.

Una palabra,
Decid: que muera, y morirá ese hombre.

LA CABEZA

Callad: vuestro orgullo vano
Yo desharé como espuma,
¿Qué fuera sin mí la pluma?
¿Qué sin mí fuera la mano?
Sin el soplo soberano
Del genio que alienta en mí,
¿A qué vinieráis aquí?
¿Disfrutaréis, ni aun de lejos,
De mi gloria los reflejos
Ni la ventura que os di?

EL INGLÉS

Dice la cabeza bien,
Y sus razones son graves,
Que plumas tienen las aves,
Y el cerdo manos también.
Pero cabeza en que ardiente
Brille del ingenio el sol,
¿Quién la tiene? ¿Mucha gente?
Los ingleses solamente
Y acaso algún español.

Lector, quién quiera que seas,
De cuantas cabezas veas,
Pocas hallarás vacías:
Pero diez tienen ideas,
Y noventa, tonterías.

MANUEL DEL PALACIO.

LA VENGANZA CATALANA

ACTO PRIMERO

ESCENA VII

MIGUEL PALEÓLOGO, GIRCÓN.

MIGUEL.

¿Roger mueve su campo?

GIRCÓN.

Y arrogante

Con su gente hacia el nuestro se encamina.

MIGUEL.

¿Qué quiere eso decir?

GIRCÓN.

¿Qué hay que os espante,

O qué insensato error os alucina?

Harto, señor, acreditado habemos

Todo el temor que en nuestros pechos labra,

Y hartos nuestra vergüenza merecemos:

¡Vergüenza y abyección! ¡Sí, por mi nombre!

MIGUEL.

Mas ¿qué puedo yo hacer?

GIRCÓN.

Una palabra,

Decid: que muera, y morirá ese hombre.

MIGUEL

¿Por qué tanto rigor, y por cuál crimen?

GIRCÓN.

Al Asia preguntad: sus moradores
Que vuestros hijos son, pidiendo gimen
Venganza de sus nuevos opresores.
Y vos se la daréis; que aunque no os venza
Del corazón la rabia comprimida,
Os dolerá, señor, nuestra vergüenza,
¿Qué nos importa sin honor la vida?

MIGUEL.

Paciencia y no irritemos nuestro encono.
Yo lo siento también, y sufro y callo;
Quien tan alto nació y ocupa un trono...

GIRCÓN.

¿No escuchará las quejas del vasallo?

MIGUEL.

Mas si la voz de la pasión escucha,
Y el sentimiento del rencor le vicia,
¿Quién le asegurará que en esta lucha
No venza la pasión á la justicia?
Si con mayor fortuna y más denuedo
Venció Roger las bárbaras falanges
De Amurat y Carcano...

GIRCÓN.

A Dios pluguiera

Que, al usado rigor de sus alfanges,
Antes el Asia con baldón cayera.
Dobla el esclavo con dolor la frente

Cuando tirano azote le castiga:
Pero es más alevoso, más se siente,
Señor, el golpe de la mano amiga,
No es afrenta ceder cuando se agota
De la mezquina humanidad el brío:
Mas sucumbir vencido sin derrota.
Y el látigo desear que nos azota...
¡Nunca! ¡eso excede al sufrimiento mio!

MIGUEL.

No su dura altivez, no sus desmanes
Irritan nuestra cólera, es la gloria
Y el valor de sus fieros catalanes
Que al turco arrebataron su victoria.
Y ¿qué hicimos los dos? En esa tierra,
Que escogieron los cielos irritados
Para campo y despojo de esta guerra,
¿Cuántas veces probamos la fortuna,
Que ante la cruz de Cristo se eclipsara
El resplandor de la menguante luna?
¡Miserable pasión, pero terrible
Es la envidia, Gregorio! y si inflexible
Dentro del corazón se arraiga y crece,
Con nuestra propia mengua alimentada,
Punzante flecha en el rigor parece,
Del hondo pecho en la mitad clavada.

GIRCÓN.

¡En buen hora, señora! envidia sea
O justa indignación, al fuego oculto
Dejad que prenda, y que la Grecia os vea
Satisfacción tomar de tanto insulto.

MIGUEL.

Algún dia, tal vez ...

GIRCÓN.

El pueblo es ama,
Y en sed la venganza también arde.

MIGUEL.

Mas ¡de esa suerte mancellar mi fama...

GIRCÓN.

Con más alto clamor el riesgo os llama,
Y ¡ay, que á atajar el mal no lleguéis tarde!

MIGUEL.

¿Qué teméis?

GIRCÓN.

Aun Roger las afecciones
De sus antiguos dueños se concilia,
Llevando con descaro en sus pendones
Las armas de Aragón y de Sicilia.
¿Por qué? porque en su orgullo ha imaginado,
Creuyendo que es mayor nuestra flaqueza,
Veros de la corona despojado,
Para adornar de Jaime la cabeza.

MIGUEL.

No lo puedo creer.

GIRCÓN.

Y esa corona
Aun no es vuestra, señor; que si ha querido
Andrónico ensalzar vuestra persona,
Si ya con vos el trono ha compartido,
Aun él es en sus reinos el primero.

Y aceptando ese honor ha contraído
Arduas obligaciones su heredero.

(Se oye un clarín.)

MIGUEL.

¡Silencio!

GIRCÓN.

Es el clarín que nos avisa
La marcha de Roger, y ya su gente
Pasando está los vados del Murisa.

MIGUEL.

Aquí su campo asentará; no quiero
Dar ocasión á celos y rencores.

GIRCÓN.

Se hará como decís.

MIGUEL.

Así lo espero.

GIRCÓN.

¿Qué otra cosa mandáis?

MIGUEL.

¿Qué? Tus alanos

En la ciudad se alojarán, y cuenta
Si á su ciego rencor no atas las manos,
Y el muro de mi alcázar se ensagrienta.

GIRCÓN.

Yo sabré refrenarlos.

MIGUEL.

Ni un instante.

Tardes.

ESCENA VIII.

MIGUEL *y su comitiva*: luego ROGER, BERENGUER *y*
caballeros catalanes y aragoneses.

MIGUEL.

¡Oh, corazón! guarda en tu centro
La saña, y que tu cárcel no quebrante,
Revelándose al lívido semblante
El oculto volcán que hierve dentro.
(En este momento se presenta en la escena Roger, ar-
 armado á la ligera y seguido de los personajes arriba
 indicados.)
¡Roger! *(Adelantándose hacia él.)*

ROGER.

¡Cómo! ¡Sois vos!

MIGUEL.

Tanto merece
Quien, de mi padre y mi señor honrado,
Hoy añade á sus timbres de soldado
El cesáreo blasón que le engrandece.
Pero ¿qué significa esta venida
Sin avisarme?

ROGER.

Estando tan cercano,
¿No os he debido dar mi despedida?

Muy pronto es mi partida
Contra el fiero enemigo del cristiano.
Sorprenderos pensaba.

MIGUEL.

Ya lo veo.

ROGER.

Pero vos, como siempre bondadoso,
Habéis anticipado mi deseo,
Interrumpiendo así vuestro reposo.

MIGUEL.

Eso merecen inclitos varones
Como vos.

ROGER.

Al honrarme de esta suerte,
Cadenas de inflexibles eslabones
Ponéis á mi lealtad.

MIGUEL.

Lo sé, Rogerio;
Y sé también que vuestro brazo fuerte
Columna es hoy de mi abatido imperio.

ROGER.

Ensalzáis mi humildad,

MIGUEL.

Nada podría
Recompensar valor tan esforzado,
Si, dueño venturoso de María,
Hoy no se uniera con la sangre mía

Del parentesco el vínculo sagrado.
¿Vuestra esposa?...

ROGER.

A la corte en este instante
Se encamina, señor, con mis galeras.

MIGUEL.

¿No queréis reposar? que es la jornada,
Y más de noche, larga y escabrosa.

ROGER.

No por mí; mas mi gente fatigada
Viene, y de algún descanso deseosa.

MIGUEL.

Perdonadme, Roger, si otro más digno
Hospedaje...

(Señalando á las tiendas de campaña.)

ROGER.

(Con extrañeza.)

Pues ¿qué?

MIGUEL.

Vuestros soldados
Aquí estarán, Roger, aposentados,
Aunque será por poco.

ROGER.

No quisiera
Que ese favor que le otorgáis, benigno,
En desaire mi gente convirtiera.
¿No permitir la en la ciudad la entrada!

MIGUEL.

Quiero evitar desórdenes, Rogerio,
Y está por mis alanos ocupada:
No hay otra causa aquí ni otro misterio.
(Movimiento de impaciencia y murmullos de indignación entre los caballeros.)

BERENGUER.

Pues, ¡vive el cielo! ¡la razón extraño!

ROGER.

¿Qué decís, Berenguer!

BERENGUER.

Y de ese modo,
Más que atajar de la ciudad el daño,
Dais ocasión á que se pierda todo.

MIGUEL.

Y, ¿es un vasallo quien así responde
A su señor?

BERENGUER.

El que de fiel blasona
Nunca á los reyes la verdad esconde.

MIGUEL.

(A Roger.)

¿Es caballero?

ROGER.

Y su lealtad le abona.
Berenguer de Roudor, ahora llegado
De Cataluña, á vuestro imperio viene
A ofreceros su espada: es buen soldado.

MIGUEL.

Bien con su patria su altivez conviene.
¿Es catalán?

ROGER.

En los allá nacidos
Se hermanan la franqueza y el aliento.

BERENGUER.

Somos en el honor poco sufridos,
Y una vez ofendidos,
No callamos verdad ni sentimiento;
Y postergarnos á tan vil canalla...

MIGUEL.

Entre vasallos, Berenguer, no hay fueros.

BERENGUER.

Deben ser en el premio los primeros
Los que primeros son en la batalla.
Si no pusieran en tan cruda guerra
El catalán y aragonés las manos,
En cuanto espacio vuestro imperio encierra,
No hallaran ¡vive Dios! bastante tierra
Donde fijar el pie, vuestros alanos.

ROGER.

¡Basta!

MIGUEL.

Es mi voluntad, y nadie intente
Hacer á mis mandatos resistencia.

ROGER.

Id, Berenguer, repartid la gente:
Vuestro deber primero es la obediencia.

(Berenguer se dirige al fondo, y figura dar órdenes á algunos soldados, los cuales se van en diferentes direcciones. Alejo sale por el fondo izquierda, se dirige á donde está Berenguer y le habla.)

ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ.

EDIPO.

(DEL ACTO TERCERO.)

—
ESCENA II.

EDIPO, YOCASTA, EL SUMO SACERDOTE; además JORBAS, á su lado HIPARCO, y detrás algunos de la GUARDIA y gente del PUEBLO.

(Jorbas, se acerca lentamente, y se coloca á la derecha del Sacerdote; Hiparco se queda á alguna distancia; el pueblo formará detrás de todos una especie de media luna.)

JORBAS.

(Al salir.)

¿Dónde está ese monarca, celebrado
Por sabio y justiciero en toda Grecia?...
Conducidme á su vista; admire, goce
El triunfo que sus armas le granjean...
Ya estoy, Edipo, aquí; tras largos años
Al ver mi patria por la vez primera...
Mi patria á la que sólo demandaba
Un pobre asilo y sosegada huesa...
Al pisar este suelo en que he nacido,

Al ver mi propio hogar, y ante las puertas
De ese mismo palacio en que algún día
Junto al buen Layo me miraba Tebas...
En vez de amparo y compasión, enuentro
Amenazas, insultos y violencias;
Y cual vil criminal aquí arrastrado,
Ni estas honradas canas se respetan.

Edipo.

No, venerado anciano, no tan pronto
A Edipo agravies con injustas quejas,
Cuando en vez de amenazas y de insultos,
Mercedes te apercibe y recompensas.
Un vasallo leal, el fiel amigo
Del justo Layo, quien vertió en defensa
De su señor la sangre, ante mis ojos
Con títulos sagrados se presenta;
Y hoy mis pueblos verán si sabe Edipo
Cual monarca pagar tan justa deuda.—
Mas tu misma lealtad, el tierno afecto
Que á la memoria de tu rey conservas,
La firmeza del trono y de las leyes,
Tu infeliz patria, á perecer expuesta,
Te imponen un deber de que yo propio
Mal pudiera eximirte, aunque quisiera.
La muerte de tu rey está aún impune;
Y el cielo mismo por ocultas sendas
Al formidable juicio te ha traído,
Cual instrumento á su justicia eterna;
Y sólo con mi voz y poderío
Cumpli su voluntad.—Habla, revela
Las circunstancias del horrendo crimen
Que tanta sangre y lágrimas nos cuesta:
De tu labio tal vez está pendiente
En este instante la salud de Tebas,

JORBAS.

¿De mi labio, señor?... Luz muy escasa
Mis tristes voces administrar pudieran;
Y sin provecho alguno renovar
Del fatal caso la memoria acerba...
Harto presente y viva, un año y otro,
Me acompaña y persigue por doquiera,
Sin que tan sólo un día ni una hora
La muerte de mi rey olvidar pueda...

Edipo.

Cálmate, buen anciano: tus amigos,
Tu familia, tus hijos te rodean;
Y cual nuncio de paz y de esperanza
Con lágrimas de gozo te contemplan:
Por su rey, por su padre te preguntan
Ansiosos é impacientes; de tí esperan
Que ayudes á vengar su fin sangriento,
Para alcanzar del cielo la clemencia;
Y cada instante que el hablar retardas,
A destrucción y muerte los condenas.

JORBAS.

Mucho, señor, me cuesta el sacrificio;
Mas pues tan justas causas me lo ordenan,
Mostraré la verdad breve y sencilla
A la faz de los cielos y la tierra,
Cual si al bajar al tribunal tremendo,
La sombra del buen Layo allí me oyera.—
(Movimiento de suma atención en el pueblo.)
Solo, sin pompa inútil, confiado
Del cielo en el favor y en su conciencia,
Cual un padre camina entre sus hijos,
El bondadoso rey salió de Tebas.

Solo conmigo iba... y aun me acuerdo,
 ¡Páreceme escucharle! su afán era
 Preguntarme, saber los desgraciados
 De que aliviar pudiese las miserias...
 No era un rey, era un padre; nunca, nunca
 Otro monarca igual verá la Grecia.

(Suspéndese un instante enternecido, y luego prosigue.)

Dos días caminamos; y al siguiente,
 Al despuntar la aurora...

EDIPO.

(Con sobresalto.)
 ¿Qué hora era?

JORBAS.

¿No lo oiste señor?... la de la aurora:
 Nada se me ha olvidado; el sol apenas
 Doraba una colina...

EDIPO.

¡Una colina!

JORBAS.

Y la cima del templo de minerva.

EDIPO.

Sigue, anciano, prosigue...

(Con impaciencia.)

JORBAS.

Allí el monarca.

Su curso encaminaba con la idea
 De consultar al Numen sobre el medio

De vencer á la esfinge; y ya la senda,
 En tres brazos á un tiempo dividida,
 Comenzaba á estrecharse, cuando suena
 El confuso rumor de veloz carro
 Que apercibimos por la parte opuesta;
 Y apenas le divisan nuestros ojos,
 En polvo envuelto se aproxima y llega.
 Un mancebo imprudente le guiaba...

EDIPO.

(Con mayor inquietud.)

¿Un mancebo?

JORBAS.

Sí, Edipo: mozo era;
 Le tengo muy presente: aun estoy viendo
 Su rostro, su ademán, su audaz presencia...

EDIPO.

No te detengas, sigue.

JORBAS.

En pie venía

Sobre el carro veloz, con ambas riendas
 El cuello á los caballos azotando,
 Y á gritos animando su presteza;
 Cual si en el circo olímpico anhelara
 El premio conseguir de la carrera...

EDIPO.

Sigue...

JORBAS.

El buen Layo en vano le demanda
 Que un instante siquiera se detenga

Para dejarle paso; al ciego joven
De la menor tardanza se impacienta,
Insta, se obstina, crúzanse los carros,
Y en el terrible encuentro el suyo vuelca.

EDIPO.

(Con la mayor turbación.)

Sigue... sigue...

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

JORBAS.

Apenas eae,
Alzase el mozo audaz, mira por tierra
Su fuerte lanza cógela y furioso
Acércase blandiéndola en su diestra;
Y al reprenderle Layo su osadía,
Arrojale la lanza por respuesta:
Todo fue un punto; traspasado el pecho,
Cayó exánime el rey; yo con presteza
Salto del carro, y vuelo al homicida...

(En el calor de esta relación, se habrán ido aproximando insensiblemente, y al llegar á este punto, se hallará Jorbas mucho más cerca de Edipo, que ya le escucha inmóvil y como fuera de sí: alza Jorbas los ojos, los clava en el rostro del rey, y exclama apartándose con asombro:)

¡Santos cielos!

PUEBLO.

¡Él es!

YOCASTA.

(Cayendo desvanecida en brazos de las esclavas.)

¡Ay de mí!

SACERDOTE.

Eterna

Justicia de los Dioses, á tu vista
¿Qué son las potestades de la tierra?

(Silencio general.)

Tebanos, la señal los Dioses dieron
Y un soplo suyo disipó la niebla,
Que al impetu y conatos de los hombres
Un siglo y otro impenetrable fuera:
Preso en sus propias redes el culpable,
Con su silencio él mismo se condena;
Y desde el alto trono despeñado,
De los cielos aguarda la sentencia.
Ella se cumplirá. — Mas entre tanto
Ni el agua ni la luz ni el aire sea
Común entre vosotros y el impio,
Cual contagio letal, huid su presencia,
Y los pueblos, los templos, los hogares,
La tumba misma ciérrenle sus puertas.
Así el Destino lo escribió en los cielos:
Así los Dioses por mi voz lo ordenan;
Y el mismo parricida, el propio Edipo
Confirmó con su labio su anatema.

FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTÉCAS



LA MUERTE DE CESAR

(DEL ACTO I.)

ESCENA II.

CESAR. — ANTONIO. — LÉPIDO.

(Lépido llega apresurado, con varios pergaminos en la mano.)

LÉPIDO.

¡Oh César!

Conspiran contra tí. Torpes libelos,
En que tu honor y dignidad excelsa
Por el lodo se arrastra, en Roma corren.
Hacer odioso tu poder se intenta.
Mira: de Aulo Cecino es este, y este
De Pitolao, el cínico poeta.

(Entrega á César los libelos. — César se sienta á leerlos.)

Pues ese fruto tu bondad recoge,
Que la venganza á la bondad suceda.
Aquí del falso amigo que te vende
Verás el nombre, la denuncia es ésta.
Para tramar conjuración traidora
Nocturnos conciliábulos celebran:
Tu salvación, la nuestra, la de Roma
Su sangre piden.

ANTONIO.

(Mirando la denuncia.)

¿Confirmadas están? — Lépido, vámos.
Y que divida al punto su cabeza

La segur del licior. He aquí su nombre
¡Perezca Bruto!

CÉSAR.

¡Bruto!... ¡Ten la lengua!

(Se levanta y toma la denuncia.)

¿Quién este escrito te entregó?

LÉPIDO.

Un esclavo

De Casio: Ennio se llama.

CÉSAR.

Y ¿tienes pruebas

De la vil delación?

LÉPIDO.

Aquí al instante

Le haré traer.

CÉSAR.

Detente.

LÉPIDO.

En tu presencia

Revelará tal vez.

CÉSAR.

Lépido, basta:

(Rompe la denuncia.)

Nada quiero saber.

ANTONIO.

¡Bondad funesta!

CÉSAR.

(Dictando.)

«En Roma se conspira: hombres ingratos
Pagan así de César la clemencia.
El Dictador lo sabe; sabe el sitio,
Y los nombres también.»

ANTONIO.

Y los condena...

CÉSAR.

Nada más. — Este edicto se publique.

(Da el pergamino á Lepido.)

LÉPIDO.

Y de Cecino y Pitolao ¿qué ordenas?
En el pórtico están entre lictores.

CÉSAR.

Al punto vé, y en libertad los deja.

LÉPIDO.

¿Sin castigar su audacia?

CÉSAR.

Que no escriba

Dí á Pitolao: que no nació poeta.
Con todo, de estos versos miserables
Cuantos logros hallar recoge y quema.
Pueden hacer fortuna: son muy malos.

(Los rompe.)

Obedece. — Vosotros salid fuera.

ESCENA VI.

CÉSAR, BRUTO.

CÉSAR.

Tú me comprendes, Bruto: no desea
Adulación servil el alma mía.
¿Por qué el único labio en que resuena
La voz de la verdad, con tal desvío,
Con tal ingratitud de mí se aleja?
Por la gloria de Roma he combatido.
A su dicha desde hoy mi vida entera
Pretendo consagrar. Habla: tú eres
El idolo del pueblo: sus querellas
Cuéntame tú: satisfacerlas quiero
Por tu mano. ¿Qué pide? ¿qué desea?

BRUTO.

De tí, solo una cosa.

CÉSAR.

¿Cuál?

BRUTO.

Que abduques
El supremo poder. — Pues tanto anhelas
Que llegue la verdad á tus oídos,
A decírtela vengo; y no pudiera
Bruto corresponder más noblemente
De tu cariño á las continuas muestras.
¿César! cuando en los siglos venideros
La historia de tu vida el mundo lea,
Los triunfos increíbles, tus conquistas,
Tus hazañas sin cuento, tus proezas,

En el Nilo, en el Rhin y el Océano,
 Tu gloria, tu fortuna, tu clemencia;
 ¡Llenarás de asombro! Si ese asombro
 Quieres que en alabanza se convierta,
 Corona ya tus hechos inmortales
 Con un hecho que á todos oscurezca:
 Volviendo á Roma sus antiguas leyes
 Y su antigua República. Contempla
 Que las victorias atribuirse pueden
 Tal vez á la fortuna; mas la empresa
 De dar á un pueblo libertad, es sólo
 Obra de la virtud. Acción tan bella,
 Mejor que triunfos bélicos, tu fama
 Sobre cimientos sólidos eleva!

CÉSAR.

¿Qué libertad me pides, triste Bruto?
 ¿Qué libertad para tu patria sueñas?
 ¿La que gozaba Roma, cuando iguales
 Todos, y todos pobres, las faenas
 Del campo eran su oficio? ¿Cuándo el Cónsul,
 Cumplido el año, la segur depuesta,
 Bajaba en paz del alto Capitolio,
 Tornando ufano á manejar la esteva?
 No es esta aquella Roma: ¡las conquistas
 Vertieron en su seno las riquezas
 Del subyugado mundo, y con el oro,
 La ponzoña que corre por sus venas!
 El rico fué tirano: esclavo el pobre;
 ¡La libertad murió! ¡Turbas ambrientas,
 Tendidas en los pórticos, aguardan
 Los desperdicios de opulenta mesa;
 Y el libre voto que á los altos puestos
 De la suprema dignidad eleva,
 A precio vil en los comicios venden!
 ¡Roma degenerada se prosterna
 A las plantas de Mario, ó bajo el hacha

De Sila tiende la servil cabeza!
 ¿Y en tales manos, su salud, su gloria
 Pudiera yo fiar? ¡Bruto! desecha
 Tu mentida ilusión: los ojos abre;
 Mira á Roma cual es, y no cual era;
 Y ambos, desde hoy unidos, procuremos,
 Pues libre no ha de ser, que feliz sea.

BRUTO.

No puede ser feliz un pueblo esclavo.

CÉSAR.

No es esclavo por mí; para él cadenas.
 Mis bondades no son.

BRUTO.

¡Ab! ¡tus bondades!
 ¡Esas son á la patria más funestas
 Que los suplicios del sangriento Sila!
 Si desoyes mis ruegos; si te empeñas
 En ser tirano, imítale, derrama
 Nuestra sangre á torrentes; quizá al verla,
 De su letargo despertando Roma,
 Se alee al fin contra tí. Mas ¡oh! con esa
 Bondad inicua acariciando al pueblo.
 ¡Pérfido! ¡á amar la esclavitud le enseñas!

CÉSAR.

No le hice esclavo yo.

BRUTO.

¿Pues quién?

CÉSAR.

¡Sus vicios!

BRUTO.

Esos vicios que, hipócrita, lamentas,
Con el ejemplo combatirlos debes.
Dálo el primero tú: ¡la noble empresa
Digna de César es! Abdica, abdica
El supremo poder, y ante la fuerza
De esta heroica virtud, verás que Roma
Asombrada se postra y te venera,
No como á Dictador, mas como á Numen.

CÉSAR.

¡Es tarde ya!

BRUTO.

¡No es tarde! ¡te lo ruega
Bruto, y cae á tus plantas! Por la patria,
Por tu gloria inmortal, abdica, ¡oh César!

CÉSAR.

¿Qué pides, infeliz? Si yo abdicase
¡Ay de la patria!

BRUTO.

¡Basta! No hay en ella
Más que un romano ya, que avergonzado
De tí y de Roma con horror se aleja!

(Se va.)

ESCENA VII.

CÉSAR.

¡Sublime indignación! ¡No sufre dueño! —
Veo mi sangre en él: ¡hijo es de César!

VENTURA DE LA VEGA.

FERNANDO.

Que eres hombre de provecho
sé, y te doy mil parabienes.

ANTONIO.

Si, amigo mío, aqui tienes
un doctor hecho y derecho.
Y ya verás cuál me afano,
y que no como ni duermo
por enterrar al enfermo
y hacer enfermar al sano.
¿Y tú, te diviertes?

FERNANDO.

Sí...

ANTONIO.

¡Lo dices de un modo!

FERNANDO.

Luchó
contra un mal...

ANTONIO.

Me alegro mucho:
prefiero ensayarme en tí.

FERNANDO.

¿Ensayarte—¿qué imprudencia!
en mí que tu amigo soy?

ANTONIO.

Yo siempre al amigo doy
en todo la preferencia.

Obraré con juicio y calma;
y si no te pongo bueno
antes de un mes...

FERNANDO.

No hay Galeno
que cure males del alma.
Y á curarme no te obligo,
porque ya comprenderás...

ANTONIO.

Si el médico está de más,
podrá curarte el amigo.

FERNANDO.

Ya sabes que fué pactada
con Clara há tiempo mi unión,
y hoy que sus hechizos son
maravilla de Granada,
la dicha sin par me espera
de poder llamarla esposa.

ANTONIO.

Pues dígame que es la cosa
para afligir á cualquiera.
¡Ah, ya caigo! Es en el día
tan coqueta la mujer,
y hay tanto... ¿Tendrás que hacer
á algún pollo una sangría?

FERNANDO.

No, mi prima es virtuosa.

ANTONIO.

Entonces yo no me explico
por qué te lamentas.

FERNANDO.

Chico,
mi prima...

ANTONIO.

Acaba.

FERNANDO.

¡Es celosa!
(Con mucho énfasis, levantándose.)

ANTONIO.

De eso que te ama se infiere.

FERNANDO.

Me quiero de tal manera,
que ojalá no me quisiera
tanto ¡hay Dios! como me quiere.

ANTONIO.

Pues no te enojés si toco
(Levantándose también.)

la llaga: cuando has notado
que te quiere demasiado,
tú debes quererla poco.

FERNANDO.

Te engañas. Saben los cielos
que sólo para ella existo:
mas tú nunca por lo visto,
has sido amado con celos.
Ni este mal en Clara es como
el que á otras niñas desvela,

no: los celos de mi Otela
son celos de tomo y lomo.
Son terrible frenesí,
que acabará con los dos
si antes no se apiada Dios
de la celosa ó de mí.
¡Qué dicha si al fin la viera
tierna y afable; capaz
de vivir conmigo en paz:
trocada en mujer la fiera!
Pero no: el mal que padece
no hay remedio, y más se inflama
con mi tierno amor, cual llama
que más con el viento crece.
Distinto amor cada día
me atribuye: si hoy por Juana
ó Luisa ó Petra, mañana
por Inés, Concha ó Lucía.
No hay mujer bonita ó fea,
moza ó vieja, fina ó ruda,
doncella, casada ó viuda
de que galán no me crea.
En continua actividad
todo lo observa, y de todo
indicio saca á su modo
de nueva infidelidad.
Cualquiera monada irrita
su vil pasión; no me es dado,
sin que haya un altercado,
ni estrenar una levita.
Cuando mucho se dilata
mi sueño, á mi bella plugo
tratarme bien: si madrugo,
es porque bien no me trata.
Y firme en su empeño loco
de hallar en todo misterio,
no le gusta verme serio,

ni verme alegre tampoco.
Preso en tan estrechos grillos,
dejo con santa paciencia
que abra mi correspondencia,
que registre mis bolsillos.
¿No sale? Pues con, efecto,
yo aquí me quedo encerrado.
Que sale. Pues yo á su lado
muy rígido y circunspecto.
Sin que su furor estalle,
no puedo en casa chistar:
no puedo hablar ni mirar
ni respirar en la calle.
Si por fin su venia obtengo,
y suelto algún paso doy,
ella sabe á donde voy,
donde estoy, de donde vengo:
á ella nada se le escapa,
porque, á la menor sospecha,
por orden suya me acecha,
toda una ronda de capa.
Hay para darse al demonio;
es cosa de no poder
vivir; es cosa de hacer
un disparate. Ay, Antonio;
cásate con la que sea
más pobre y más gastadora,
más necia y más habladora,
más presumida y más fea:
con una dama de pro,
á quien cerque el mundo entero
y que juegue y fume: pero
¿con mujer celosa? No.

ANTONIO.

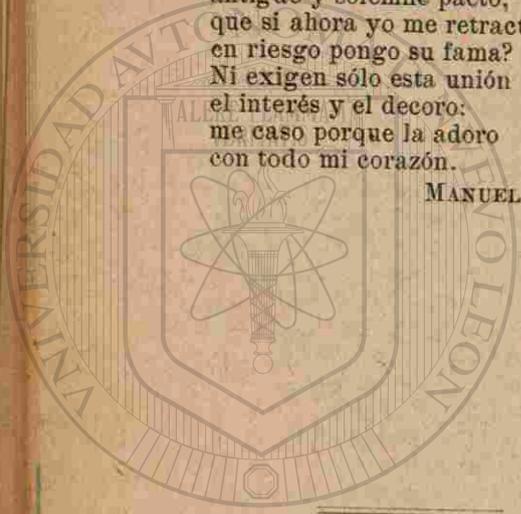
Cierto que Clara es muy bella,
pero si tanto te oprime

y te martiriza, dime,
¿por qué te casas con ella?

FERNANDO.

¿No ves que así lo reclama
antiguo y solemne pacto;
que si ahora yo me retracto
en riesgo pongo su fama?
Ni exigen sólo esta unión
el interés y el decoro:
me caso porque la adoro
con todo mi corazón.

MANUEL TAMAYO Y BAUS.



NADIE SE MUERE

HASTA QUE DIOS QUIERE

ESCENA IX.

ARTURO Y MAGDALENA.

MAGDALENA.

Yo soy póstuma... por parte
de papá, porque se fué
á América cuando yo
nací, y el día en que él
anoheció para el mundo
empecé yo á amanecer.
Primera desdicha.

ARTURO.

Una.

MAGDALENA.

Mi mamá se fué á Jerez,
y un jerezano la dijo
que poniendo un almacén
de vinos de pasto aquí,
es cosa de enriquecer:
pues señor, que se casaron,
ya á fuerza de mirar él

por los vinos de mamá,
se tomó tanto interés
que un día se le encontraron
difunto, junto á un tonel.
Se bebió toda la hacienda
en cuatro años y un mes.
Pusimos casa de huéspedes:
había cerca un cuartel
y vino á vivir á casa
un teniente, ¡qué toser,
qué fumar y qué zurrarle
al asistente la piel!
no pagaba casi nunca.
Y mamá dijo: Tal vez
casándome con él, vamos...
y en fin se casó con él;
pero el capitán un día
le llamó animal, porque
no hacía que los caballos
engordasen sin comer;
y no pudiendo el teniente
romperse el alma con él,
porque dicen que hay un libro
que se lo impedía hacer,
enfermó del berrenchín
y reventó.

ARTURO.

Pues van tres.

NARCISO SERRA.

DIRECCIÓN GENERAL DE

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

ACTO TERCERO

ESCENA VII.

QUEVEDO.

No me han visto.—Es fuerte apuro
que me hayan de perseguir
necios siempre, y de seguro
con este infame conjuro:
«Quevedo hacednos reir.»
Y es, por Dios, contraste horrendo,
y aun vice-versa nefando,
y hasta sarcasmo estupendo,
que ellos escuchen riendo
lo que yo digo rabiando.
—Tal vez porque se desvíen,
suelto un chiste insulso y frío...
mas de gusto se deslien,
y tanto á veces se rien
que al fin... yo también río.
—Risas, hay de Lucifer...
risas preñadas de horror!
Que en nuestro mezquino sér,
como su llanto el placer,
tiene su risa el dolor!
—¡Necios, los que abris las bocas,
abrid los ojos!... ¡Quizás
veréis que mis risas locas
son de lástima no pocas,

y de tedio las demás...

—¡No!... con su chata razón
no comprenden, cosa es clara,
que mis chistes gotas son
de la hiel del corazón
que les escupo á la cara.

—Y jamás librarne puedo
de ese infernal retintín,
que ya me produce miedo:

«divertidnos vos, Quevedo».

—y hablo y los divierto al fin.

¿Qué tal?— Me divierto mucho,

dice, al divertirse, un bicho,

ya en diversiones muy ducho...

—Y con qué temblor lo escucho,
yo que en mi vida lo he dicho!...

Sí... los necios de mil modos,

que se divierten discurre

hasta por cogote y codos...

Y yo, al divertirse todos,

siempre me canso y me aburro. *(Pausa.)*

Cansado estoy de cansarme

y aburrido de aburrirme...

—¡Necios... venid á enseñarme

cómo tengo de arreglarme

para saber divertirme!

ELOGIO FLORENTINO SANZ.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE LIBROS Y PUBLICACIONES

ELOQUENCIA Y POESÍA CASTELLANAS

ÍNDICE

	Págs.
Preliminar.	5
Breve reseña de literatura española.	7
PROSA.	
La elocuencia, por Salustiano de Olózaga.	31
De la poesía en general, por Manuel Milá y Fontanals.	33
Elocuencia popular, por Joaquín María López.	39
La Geografía base para el estudio de la Historia, por Gaspar Melchor de Jovellanos.	41
Guerra de la Independencia, por el Conde de Toreno.	52
Conocimiento adquirido por el testimonio inmediato de los sentidos, por Jaime Balmes.	61
Yo quiero ser cómico, por Mariano J. de Larra.	68
Origen de nuestras escenas; su esplendor y decadencia, por Antonio Gil de Zárate.	80
La Noche-Buena del Poeta, por Pedro Antonio de Alarcón.	105
Fragmento de un discurso académico sobre la Biblia, por Juan Denoso Cortés.	112

y de tedio las demás...

—¡No!... con su chata razón
no comprenden, cosa es clara,
que mis chistes gotas son
de la hiel del corazón
que les escupo á la cara.

—Y jamás librarne puedo
de ese infernal retintín,
que ya me produce miedo:

«divertidnos vos, Quevedo».

—y hablo y los divierto al fin.

¿Qué tal?— Me divierto mucho,

dice, al divertirse, un bicho,

ya en diversiones muy ducho...

—Y con qué temblor lo escucho,
yo que en mi vida lo he dicho!...

Sí... los necios de mil modos,

que se divierten discurre

hasta por cogote y codos...

Y yo, al divertirse todos,

siempre me canso y me aburro. *(Pausa.)*

Cansado estoy de cansarme

y aburrido de aburrirme...

—¡Necios... venid á enseñarme

cómo tengo de arreglarme

para saber divertirme!

ELOGIO FLORENTINO SANZ.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE LIBROS Y PUBLICACIONES

ELOCUENCIA Y POESÍA CASTELLANAS

ÍNDICE

	Págs.
Preliminar.	5
Breve reseña de literatura española.	7
PROSA.	
La elocuencia, por Salustiano de Olózaga.	31
De la poesía en general, por Manuel Milá y Fontanals.	33
Elocuencia popular, por Joaquín María López.	39
La Geografía base para el estudio de la Historia, por Gaspar Melchor de Jovellanos.	41
Guerra de la Independencia, por el Conde de Toreno.	52
Conocimiento adquirido por el testimonio inmediato de los sentidos, por Jaime Balmes.	61
Yo quiero ser cómico, por Mariano J. de Larra.	68
Origen de nuestras escenas; su esplendor y decadencia, por Antonio Gil de Zárate.	80
La Noche-Buena del Poeta, por Pedro Antonio de Alarcón.	105
Fragmento de un discurso académico sobre la Biblia, por Juan Denoso Cortés.	112

¿Cuándo está fijado un idioma? por Pedro Felipe Monlau.	120
Reflexiones, por Aureliano Fernández Guerra y Orbe.	124
Los artistas, por Ramón de Mesonero Romanos.	127
El salto de Calasáns, por Fernando Patxot.	129
Los Reyes Católicos, por Modesto Lafuente.	135
Don Jaime el Conquistador, por Victor Balaguer.	145
Montserrat, por P. Piferrer.	148
La esperanza, por José Selgas y Carrasco.	157
Los Hebreos en la península Ibérica, por José Amador de los Ríos.	166
Lenguaje de acción, por José Coll y Vehi.	168
La nobleza de Aragón, por el Marqués de Pidal.	175
La Arquitectura en los primeros templos cristianos, por Joaquín Francisco Pacheco.	178
La Religión, por Antonio de los Ríos y Rosas.	182
Descripción, por Fernán Caballero.	183
Industria Agrícola, por Alejandro Oliván.	190
La Maternidad, por Severo Catalina.	195
Meditaciones, por Antonio Aparisi y Guijarro.	202
Las Cortes de Castilla, por Alejandro Alcalá Galiano.	205
La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo, por Emilio Castelar.	208
Carlos V, por Antonio Cánovas del Castillo.	214
Carta de un Seminarista á un su tío deán, por Juan Valera.	218
Los Maldicientes, por Luis Fernández Guerra.	225
El Monasterio de Leyre en Navarra, por Juan Mañé y Flaquer.	228
La batalla de Lepanto, por Cayetano Rosell.	233
Conventos de monjas, por el Marqués de Molins.	237
Idea fundamental de la educación, por Mariano Corderera.	238
Alejandro: la Biblioteca, por José de Castro y Serrano.	242
La fiesta de San Antonio Abad, por Carlos Frontaura.	250
Animadversión con que los españoles miraban á los franceses que invadieron la Península, por Benito Pérez Galdós.	253

División del trabajo y cambio de productos, por M. Ossorio y Bernad.	259
Valle de flores, por Nicomedes Pastor Díaz.	264
El Emigrado, por Eugenio de Ochoa.	272
Recuerdos literarios, por Patricio de la Escosura.	278
El Indiano, por Antonio Ferrer del Río.	283
El veinticuatro de Córdoba, por Vicente Barrantes.	291
El accionista de minas, por Pedro de Madrazo.	296
La comedia nueva, por L. F. de Moratin.	301

VERSO.

La presencia de Dios, por J. Meléndez Valdés.	306
Fragmento, por Nicasio Alvarez Cienfuegos.	308
A la muerte de Jesús, por Alberto Lista.	309
Al dos de Mayo, por J. Nicasio Gallego.	312
A la invención de la Imprenta, por J. M. Quintana.	316
El burro flautista, por Iriarte.	322
El grajo y los pavos reales, por Samaniego.	323
Canción del Pirata, por José de Espronceda.	323
El Miércoles de ceniza, por Francisco Zea.	326
En las ermitas de la sierra de Córdoba, por Antonio F. Grilo.	328
Un castellano leal, por el Duque de Rivas.	331
Cervantes, por Bernardo López García.	339
Al sepulcro de Napoleón, por Arolas.	341
El tabaco, por Bretón de los Herreros.	343
Inmortalidad, por José María Heredia.	346
En la muerte de Jesucristo, por Gabriel de la C. Valdés (Plácido).	346
Al partir, por Gertrudis Gómez de Avellaneda.	347
Ultimo canto, por Rafael Mendive.	348
La madre africana, por Francisco Acuña de Figueroa.	348
Fragmento, por Juan Antonio Martín.	350
Rimas, por Adolfo Becquer.	350
La mano derecha y la izquierda, por Miguel A. Príncipe.	352
Epigrama, por A. Ribot y Fontseré.	354

	Págs.
Epigramas, por J. M. Villergas.	351
A Mérida, por Carolina Coronado.	354
Los puros, por J. Bernat Baldoví.	356
El sol y la noche, por Adelardo López de Ayala.	359
Trabajar para su daño, por J. E. Hartzenbusch.	359
La Tempestad, por José Zorrilla.	360
La vuelta del voluntario, por Ventura Ruiz Aguilera.	363
En el Monasterio de Piedra, por Gaspar Núñez de Arce.	365
El sauce y el ciprés, por José Selgas.	366
Los padres y los hijos, por Ramón de Campoamor.	366
Bienaventurados los que creen, por Antonio de Trueba.	367
En un álbum, por Enrique de Cisneros.	371
Oriental, por Manuel Fernández y González.	372
Gloria, por Pedro Antonio de Alarcón.	373
La pluma, la mano y la cabeza, por Manuel del Palacio.	374
La venganza catalana, por Antonio García Gutiérrez.	377
Edipo, por Francisco Martínez de la Rosa.	387
La muerte del César, por Ventura de la Vega.	394
La bola de Nieve, por Manuel Tamayo y Baus.	401
Nadie se muere hasta que Dios quiere, por Narciso Serra.	409
Don Francisco de Quevedo, por Eugenio Florentino Sanz.	411



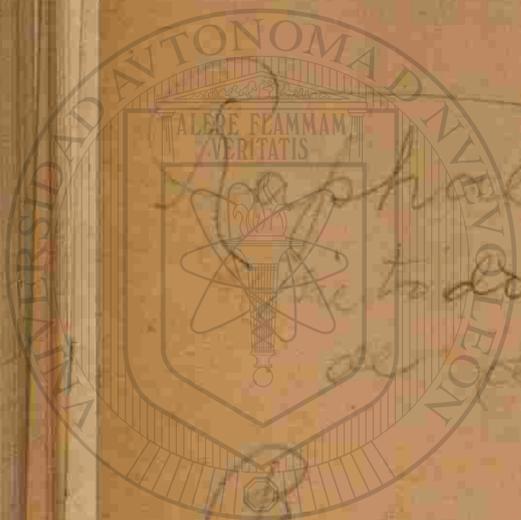
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Leos del bosque
De la selva
Aquí donde, quejas, rugidos
Ninguna la vida se siente.
En el bosque argentero par pite
El dulce murmurio de agua*

*Oh! cuando desde es ragon para
Cuando los cantos del bosque
Las estrellas entilan, brillantes
En el cielo, en suelta la flor,
Y tambien los enenjos entilan
Que tocan los bosques madra fulgor.
Todos, todos los seres de bosques
Al escuchar nuestros cantos elevan
Sus alas y se van las alas romanas
Y se van sus perfumes, sus truenos
Y su voz.
Y en el mundo grande
Y en el mundo grande
Y en el mundo grande
Y en el mundo grande*

Faint handwritten text in Spanish, possibly a title or introductory paragraph.



Handwritten text in cursive script, including the name 'Lophael' and 'de todo Practico de Sibayo'.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

EW
EC